Aldo Rossi

La arquitectura de la ciudad

La arquitectura de la ciudad

Editorial Gustavo Gili, SL

Rosselló 87-89, 08029 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61
Valle de Bravo 21, 53050 Naucalpan, México. Tel.(+52) 55 55 60 60 11

Aldo Rossi

La arquitectura de la ciudad

GG®

Título original:
L'Architettura della città

Versión castellana:
Josep Maria Ferrer-Ferrer, Salvador Tarragó Cid, Arq.,
y de la "Introducción a la versión portuguesa":
Francesc Serra i Cantarell

Revisión bibliográfica:
Joaquim Romaguera i Ramió y Xavier Güell Guix, arqto.

La Editorial no se pronuncia, ni expresa ni implícitamente, respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

CREATIVE COMMONS

© Aldo Rossi, Milán
y para la edición castellana:
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 1982

ISBN: 978-84-252-0678-8 (digital PDF)
www.ggili.com

Índice

Prólogo a la edición castellana 7

Notas al prólogo 35

Prefacio a la segunda edición italiana 41

Introducción a la versión portuguesa 47

INTRODUCCIÓN
Hechos urbanos y teoría de la ciudad 60

1. *Estructura de los hechos urbanos* 70
   1. Individualidad de los hechos urbanos 70
   2. Los hechos urbanos como obra de arte 73
   3. Cuestiones tipológicas. 77
   4. Crítica al funcionalismo ingenuo 81
   5. Problemas de clasificación 84
   6. Complejidad de los hechos urbanos 94
   7. La teoría de la permanencia y los monumentos 98

   Notas al capítulo primero 106

2. *Los elementos primarios y el área* 111
   1. El área-estudio 111
   2. Área y barrio. 118
   3. La residencia 125
   4. El problema tipológico de la residencia en Berlín 133

5. Garden city y ville radieuse 147
6. Los elementos primarios 155
7. Tensión de los elementos urbanos 158
8. La ciudad antigua 163
9. Procesos de transformación 167
10. Geografía e historia. La creación humana 170
Notas al capítulo segundo 180

3. *Individualidad de los hechos urbanos. La arquitectura* 185
1. El locus 185
2. La arquitectura como ciencia 190
3. Ecología urbana y psicología 195
4. Precisión de los elementos urbanos 202
5. El Foro romano. 209
6. Los monumentos, crítica al concepto de ambiente . . . 219
7. La ciudad como historia 222
8. La memoria colectiva. 226
9. Atenas 228
Notas al capítulo tercero 234

4. *Evolución de los hechos urbanos* 240
1. La ciudad como campo de aplicación de fuerzas diversas. La economía 240
2. La tesis de Maurice Halbwachs. 244
3. Consideraciones acerca de los caracteres de las expropiaciones 249
4. La propiedad del suelo 256
5. El problema de la vivienda 263
6. La dimensión urbana 268
7. La política como elección 272
Notas al capítulo cuarto 276

Ilustraciones 281

Prólogo a la edición castellana

1. Planteamiento previo

La aportación decisiva del texto de Rossi es la de enunciar que la dimensión arquitectónica de la ciudad es una condición imprescindible para la correcta formulación de una teoría de los hechos urbanos. Esta es la tesis central que se desarrolla y estructura en los trechos más importantes del libro.

A nuestro entender, la dimensión arquitectónica de lo urbano tiene que ser explicada y complementada recíprocamente, por la dimensión urbana de la arquitectura, que si bien en el texto se enuncia, no puede desarrollarse, por no ser ésta la finalidad específica del ensayo.

La consideración de la arquitectura como dimensión esencial de la ciudad es una formulación polémica en nuestro contexto cultural urbanístico, por cuanto se había llegado a creer que uno de los logros definitivos de nuestra concepción de lo urbano lo constituía la consideración de la supremacía de la dimensión económica de la ciudad respecto de las otras variables urbanas posibles. A esclarecer esta contradicción obedecen las presentes notas preliminares.

Problemática de toda concepción del arte.

Para apreciar adecuadamente la importancia y trascendencia de la dimensión arquitectónica de la ciudad es preciso, como paso previo, valorar justamente la naturaleza del hecho arquitectónico y de la arquitectura por extensión.

Aunque un desarrollo pertinente del anterior enunciado requeriría un laborioso trabajo de investigación, nos limitaremos aquí a los aspectos más generales y decisivos que a nuestro entender entran en la consideración del tema.

La problemática sobre la esencia de la arquitectura se conecta con otras consideraciones de orden más general que están implícitas en ella, cuales son la concepción y validez del arte, la dimensionalidad de lo estético, etc y que en cualquier desarrollo del

tema surgen como premisas ineludibles que es preciso al menos apuntar.

Cuando centramos nuestro interés en los términos envueltos en esta problemática surgen diversidad de concepciones de lo artístico que están desempeñando un papel activo en nuestro mundo cultural. Así, mientras que se puede interpretar lo artístico como el campo propio de lo intuitivo e irracional, valores éstos que al ser asignados desde una óptica positivista que circunscribe el mundo de lo esencial estrictamente a la dimensión de la realidad con que opera (la de las relaciones cuantitativas), forzosamente ha de conllevar una subvaloración de la importancia y trascendencia del arte al quedar éste ligado a una forma de intervención no cientificista y por lo tanto secundaria.

Pero precisamente de este rechazo, y de otros, puede surgir la posición contrapuesta: la legitimación del arte como uno de los medios liberadores de la realidad cosificada; es decir, que mediante la potenciación de las facultades irracionales convenientemente enderezadas por una mediación marcusiana, por ejemplo, se puede conseguir el resurgimiento de una nueva realidad liberada.

También si el papel de protagonista de la obra de arte es asignado, en último término, a los factores socioeconómicos que la circunscriben, de tal forma que la importancia de éstos se define por su carácter determinante y activo, el desarrollo necesario de esta concepción sociologista conlleva la apreciación pasiva y quietista del arte propiamente dicho. «El sociologismo reduce la realidad social a la situación, a las circunstancias, a las condiciones históricas, que así definidas adquieren el aspecto de una objetividad natural. La relación entre las "condiciones" y las "circunstancias históricas", así entendidas, de una parte, y la filosofía y el arte de la otra, no pueden ser esencialmente sino una relación mecánica y exterior. El sociologismo trata de eliminar este mecanicismo mediante una complicada "jerarquía de términos intermediarios" auténticos o construidos (la "economía" se halla "medianamente" en contacto con el arte), pero hace el trabajo de Sísifo.» [1] *La escisión queda así perpetrada entre el mundo objetivo de las cosas y de las relaciones humanas cosificadas a la que pertenecen tanto la ciencia como los valores culturales de ella derivados,* [2] *y por el otro lado y en contraste con ella, el mundo subjetivo del hombre, con sus valores (entre los que se cuenta el arte), sus errores, su imperfección y su arbitrariedad.*

Constreñida así la naturaleza específica del arte a una subjetividad y a un pasivismo, se intenta salvarlo mediante la explica-

ción del contenido ideológico que comporta. Dado el carácter activo de los condicionantes históricos, a la obra artística no le queda más que registrar o reflejar estos elementos estructurales con unos medios específicos, con lo que el valor de la obra de arte no reside en ella misma sino en el reflejo de aquella realidad sofocante. Estas representaciones ideológicas no importa que surjan consciente o inconscientemente por parte del autor, pusto que, en cada caso, la obra puede reportarse a las condiciones socioeconómicas que la conforman.

Un paso adelante en el desarrollo de las ideas estéticas fue dado cuando se superó la concepción del arte como forma ideológica mediante la teoría del valor cognoscitivo de la obra artística, con lo que, al desprenderse aquélla de muchas de sus formulaciones simplistas, se abrió un ancho camino de posibilidades interpretativas y metodológicas diversas que se desarrollaron simultáneamente, y en la que caben tanto las interpretaciones estructuralistas como las realistas (éstas en sus múltiples acepciones desde las de vía estrecha a las de sin ribera). Un común denominador de esta diversidad de interpretaciones como forma de conocimiento de la realidad consiste en la reducción de los medios de expresión artística a términos de un lenguaje que se busca de interpretar, bien directamente en el estructuralismo, o como complemento del conocimiento del mundo de lo humano en las versiones de algunos marxistas actuales.

Así concebido, continúa sin resolverse el interrogante del porqué de la duplicidad de los modos distintos de conocer la realidad, el de la ciencia y el del arte, si para tal cometido la eficiencia y la funcionalidad de la primera es más que satisfactoria. Duplicidad que, como señala Sánchez Vázquez, [3] pone de manifiesto la debilidad de los supuestos de los que se parte.

En el desarrollo de las diversas concepciones de lo artístico, el discurso aboca a la discusión de los supuestos más profundos de los que se parte, a los fundamentos filosóficos y epistemológicos en que se funda toda la construcción teórica posterior; en una palabra, se desemboca a la concepción de la realidad que subyace en la base de todo ello. ¿Qué es la realidad?, [4] ¿en qué términos es comprendida, desarrollada y dominada?, son las preguntas ineludibles que afloran en todo desarrollo discursivo y sin cuya correcta consideración y dilucidación es imposible hacer progresos definitivos.

Planteamiento de una concepción dialéctica del arte

En el esquemático resumen de las principales caracterizaciones de las concepciones del arte hasta aquí esbozado, hemos escogido un método de descripción más bien de tipo estático a efectos expositivos, con la confianza de desencadenar su movimiento recíproco al exponer la concepción a nuestro entender correcta; conscientes de que este esquematismo no puede justificar la validez axiomática del método seguido, puesto que el método explicativo [5] *correcto arranca desde el principio de la consideración dialéctica del conjunto de desarrollos y teorías, contraponiéndolos a lo largo del curso de la exposición, en unas secuencias concatenadas según el proceso de concreción de la totalidad y ritmadas por el contrapunto del movimiento dialéctico.*

La realidad escindida por el sociologismo y el estructuralismo, en realidad objetiva, o mejor dicho objetual, y el sujeto fetichizado, mitologizado y cosificado, es una pobre realidad. Dicha realidad como totalidad, surge de la acción recíproca de las conexiones y estructuras autónomas, y por lo tanto en esta concepción lo subjetivo queda definido por su reclusión a la pasividad y a la contemplación como única forma suprema de existencia.

Sólo una perspectiva que conciba la realidad como totalidad de la base y supraestructura, dando a la base un papel determinado, [6] *al mismo tiempo que la conciba como un proceso en el cual el sujeto concreto produce la realidad social, al mismo tiempo que es producido por ella, sólo esta concepción de la realidad, repetimos, posibilita una solución a la dicotomía planteada. Pero temiendo muy en cuenta al mismo tiempo que «la totalidad de base y de supraestructura es abstracta si no se demuestra que es el hombre, como* sujeto histórico real, *quien crea en el proceso de producción y reproducción social la base y la supraestructura, forma la realidad social como totalidad de las relaciones sociales, instituciones e ideas, y en esa creación de la objetiva realidad social se crea al propio tiempo a sí mismo como ser histórico y social, lleno de sentido y potencialidad humana, y realiza el proceso infinito "de humanización del hombre"».* [7]

Sobre la base de la unidad dialéctica de la subjetividad y la objetividad, es posible concebir el arte desde una nueva perspectiva: la del arte como creación de una realidad específica (la artística) y como expresión de la realidad. Dicha concepción del arte no ha de entenderse como dos concepciones yuxtapuestas y exteriores de un mismo hecho, sino como una unidad dialéctica que puede formularse así: la obra de arte expresa la realidad en cuanto

la crea; y crea el mundo en cuanto se expresa en la obra artística. «Toda obra de arte muestra un doble carácter en indisoluble unidad: es expresión de la realidad, pero simultáneamente crea la realidad, una realidad que no existe fuera de la obra o antes de la obra, sino precisamente sólo en la obra.» [8]

La concepción del arte como creación y como expresión sintetiza admirablemente la dimensionalidad esencial de lo artístico. En cuanto creación de una realidad artística, permite reconocer lo decisivo de su propia naturaleza, como es la importancia de la obra por ella misma, por lo que ella es, sin necesidad de recurrir a distintos justificantes; con lo que los valores propios de cada arte (*el espacio construido en arquitectura, la plástica en pintura, etcétera*) *son apreciados en toda su importancia y precisamente por su especificidad.*[9] *Y en cuanto a su expresión, la obra de arte se retrotrae a aquella unidad originaria de la cual forma parte: la praxis general de la humanidad, de la que surge la cultura como forma suprema de la vida social y que permite heredar las valiosas aportaciones del realismo, del estructuralismo y del sociologismo en lo que éstas tienen de realmente decisivo.*

Esta doble caracterización, aun constituyendo la esencia del hecho artístico, no pretende exclusivizar y agotar la concepción del arte, que en unidad dialéctica engloba tanto la esencia (*doble dimensionalidad anteriormente señalada*) *como los diversos aspectos o dimensiones* (*entre los que las dimensiones cognoscitiva, ideológica y sociológica constituyen las más importantes*), *sino que, en su totalidad, el arte se define como proceso de concreción de las diversas angulaciones* [10] *posibles a través del movimiento dialéctico de la esencia al fenómeno, del sujeto al objeto, del todo a las partes, del contenido a la forma, y sus recíprocos.*

La definitiva ventaja de la concepción dialéctica del arte reside en que se define, no como excluyeme de toda otra formulación anterior, que es la forma de presentarse ésta, sino que en su despliegue totalizado las engloba en dos dimensiones: una, en cuanto libera lo que de positivo tienen las otras formulaciones, es decir, como método que logra reproducir racionalmente la dimensión de lo real sin tergiversarlo; y la segunda, en cuanto en su análisis crítico del surgimiento de las diversas teorías artísticas, permite comprenderlas y hacer explicables sus condicionantes y la propia formulación, como expresión y creación de la realidad específica de la que surge. Con ello no deja nada fuera de su consideración, no es reduccionista como las anteriores formulaciones, sino que su propia concepción es el fruto de una superación dialéctica de las contradicciones de las que aquéllas estaban achacadas.

Cuán profunda y rica es la concepción del arte como creación y como expresión, lo constituye el comprobar su trascendencia. [11] *Kosic lo ha formulado magistralmente en un par de párrafos que permiten abarcar en su conjunto la dimensión de las posibilidades humanas.*

El hombre quiere comprender la realidad, pero con frecuencia sólo tiene «en la mano» la superficie de ella, o una falsa apariencia de esa realidad. ¿Cómo se muestra entonces esta última en su autenticidad? ¿Cómo se manifiesta al hombre la verdadera realidad humana? El hombre llega al conocimiento de sectores parciales de la realidad humanosocial, y a la comprobación de su verdad por medio de las ciencias especiales. Para conocer la realidad humana en su conjunto y descubrir la verdad de la realidad en su autenticidad, *el hombre dispone de dos «medios»: la filosofía y el arte.* Por esta razón, *la filosofía y el arte tienen para el hombre un significado específico y cumplen una misión especial. Por sus funciones, el arte y la filosofía son para el hombre vitalmente importantes, inapreciables o insustituibles. Rousseau habría dicho que son inalienables.*

En el gran arte la realidad se revela al hombre. El arte, en el verdadero sentido de la palabra, es al mismo tiempo desmitificador y revolucionario, ya que conduce al hombre de las representaciones y los prejuicios sobre la realidad a la realidad misma y a su verdad. Tanto en el arte auténtico como en la auténtica filosofía, se revela la verdad de la historia: la humanidad es colocada ante su propia realidad. [12]

Consideraciones acerca del hecho arquitectónico

El discurso iniciado con la consideración de la dimensión arquitectónica de la ciudad y con la búsqueda de la esencia de la arquitectura nos ha llevado al desarrollo de las diversas formulaciones de lo artístico y a la búsqueda de la interpretación más adecuada al nivel de nuestros conocimientos actuales. Con ello, llegamos al final de esta incursión, al replanteo de aquella premisa (la dimensión esencial de la arquitectura), pero ahora pertrechados ya con un bagaje teórico algo más esclarecido que nos ha de ayudar, al mismo tiempo que a apreciar el nudo de la problemática, a precisar la dimensión trascendente del arte.

La arquitectura, concebida como forma específica de actividad artística (superada la concepción académica clasista que reducía el arte al estrecho campo de las bellas artes, por una concepción dialéctica que concibe el arte como modo específico de la praxis humana) y gracias a la concepción del arte como creación y expresión de la realidad humanosocial, puede ser considerada en una nueva dimensión que hasta ahora tanto los reduccionismos (sociologismo, positivismo, estructuralismo, cientificismo y tecnicismo) como las mistificaciones idealistas (la de la cultura académica y

de las versiones vanguardistas) *no habían permitido apreciar: su dimensión cualitativa.*

La intrínseca conexión entre la arquitectura como creación y su dimensión cualitativa es resaltada por Rossi, a quien no escapa la gran trascendencia de este hecho.

«*La cualidad de la arquitectura —la creación humana— es el sentido de la ciudad.*» [13]

Señalamos anteriormente que la teoría dialéctica del arte permitía reconocer en toda su importancia la especificidad de los modos y medios propios de cada actividad artística. Así, en la arquitectura, el reconocimiento del papel esencial que desempeña el espacio construido [14] *permite concebirla en su doble dimensión: en su especificidad y en su generalización; definiéndose ambos términos, no como opuestos en una exterioridad recíproca y excluyente como los concebiría el idealismo, sino como términos de un todo dialéctico en el que precisamente lo que constituye su especificidad y singularidad lo define al mismo tiempo como común y general a las diversas formas artísticas, y recíprocamente.*

La apreciación del espacio construido como realidad arquitectónica fundamental y preeminente, que en una concepción más general engloba el reconocimiento de la forma en un sentido amplio, nos ofrece una apreciación cualitativa que el conocimiento cuantitativo había excluido, y en la que descubrimos una dimensión humana trascendental: la de la realización de la verdad humana, es decir, la humanización de la arquitectura y la arquitecturización del hombre (*pero no en términos alienatórios, sino como una parte del proceso de la humanización del hombre, donde tanto el mundo como el hombre puestos en relación por la arquitectura, lo son en sus aspectos esenciales y liberados*).

Su temporalización

La gran importancia del aspecto cualitativo de la arquitectura, y por extensión de la ciudad, radica en que su consideración nos permite percatarnos de dimensiones insospechadas que habían sido soslayadas por los reduccionismos de las teorías anteriores, y que al ser valoradas nuevamente basándose en una concepción dialéctica (*la concepción metafísica había sido hasta el presente la única detentadora de estos dominios*), *nos sorprende por su profunda significación; quizá debido a que, tanto por haber sido primero mistificado y después ignorado, nos produce el impacto de un primer descubrimiento.*

El reconocimiento del aspecto cualitativo de la arquitectura nos permite descubrir una dimensión esencial: su supervivencia; supervivencia que nos revela el carácter específico de la realidad arquitéctónica. [15]

La permanencia de la obra arquitectónica a través del tiempo no es un proceso de petrificación y erosión en el decurso histórico –a pesar de que ciertas obras puedan correr este riesgo–, sino que es la capacidad de despliegue que históricamente puede asumir la obra. Pero la capacidad de la obra arquitectónica de sobrevivir en el transcurso del tiempo solamente es posible por su íntima vinculación a la realidad humana. Vinculación expresada por Kosic en estos términos:

La obra no vive por la inercia de su carácter institucional, o por la tradición –como cree el sociologismo–, sino por la totalización, es decir, por su continua reanimación. La vida de la obra no emana de la existencia autónoma de la obra misma, sino de la recíproca interacción *de la obra y* de la humanidad. *La vida de la obra se basa en:*

1) La saturación de la realidad y verdad que es propia de la obra.

2) La «vida» de la humanidad como sujeto productor y sensible. Todo lo que pertenece a la realidad humanosocial debe mostrar en una u otra forma esta estructura sujeto-objetiva. [16]

Hasta qué punto son coincidentes estas reflexiones con la concepción rossiana queda testimoniado mediante la siguiente cita: «[…] *la sustitución de* arte gótico como lugar *por* paisaje gótico *tiene enorme importancia.*

» En este sentido la construcción, el monumento y la ciudad, llegan a ser lo humano por excelencia; pero en cuanto tales, están profundamente unidos al acontecimiento originario, al primer signo, a su constituirse, a su permanecer y a su desarrollarse». [17]

La capacidad polivalente de contenidos del espacio arquitectónico, que tan distinto es para los diferentes individuos y clases sociales a la vez que para ellos mismos ofrece caracterizaciones continuamente cambiantes, [18] *podría corresponder a la concepción de la polisemántica que ha definido el estructuralismo como una forma elemental del propio existir o sobrevivir de la obra misma. Dicha supervivencia o facultad de la obra de expandirse en el tiempo se basa en que su vida exige en cada momento una interpretación, y constituye, al mismo tiempo, la segunda dimensión temporal de la arquitectura.*

Su trascendencia

La dialéctica de lo transitorio (*las circunstancias que enmarcan la obra arquitectónica entendidas como situación dada y facticidad empírica, o sea, como condicionantes y por lo tanto creadoras de ella*) *y de lo imperecedero* (*la obra arquitectónica cuya supratemporalidad se fundamenta en su capacidad de asumir diversas formas y apariencias a lo largo de su vida histórica*), *puesta de manifiesto en tas reflexiones sobre la supervivencia de la obra arquitectónica, como una forma de la dialéctica de lo relativo y de lo absoluto, desemboca en toda una amplísima perspectiva.*

El problema de la relación entre lo relativo y lo absoluto en la historia, se formula dialécticamente así: ¿Cómo las etapas históricas del desarrollo *de la humanidad se* convierten *en elementos suprahistóricos de la* estructura *de la humanidad, es decir, de la naturaleza humana? ¿En qué relación se encuentran entonces la génesis* y *el desarrollo con la estructura y la naturaleza? Las diversas formas de la conciencia humana* [19] *en que las clases, los individuos, las épocas y la humanidad han tomado conciencia y han luchado por resolver* sus *problemas histórico-prácticos, se convierten —apenas surgen y son formulados— en parte integrante de la conciencia humana y, por tanto, en formas ya elaboradas en las que* cada *individuo puede vivir, tomar conciencia y concretar los problemas de toda la humanidad. La conciencia desdichada, la conciencia trágica, la conciencia romántica, el platonismo, el maquiavelismo, Hamlet y Fausto, don Quijote, Josef Svejk y Gregorio Samsa, son formas de la conciencia* surgidas *históricamente, o modos de existencia humana, creados en este aspecto clásico en una forma* determinada, *única e irrepetible, que apenas creados aluden a sus predecesores en fragmentos dispersos del pasado, que en comparación con aquéllos resultan conatos imperfectos. Apenas formados y en cuanto están «aquí», se insertan en la historia porque ellos mismos crean la historia y adquieren así una validez independiente de las condiciones históricas originarias en que surgieron.* La realidad social como naturaleza humana es inseparable de sus propios productos y de sus formas de existencia: no existe sino en la totalidad histórica de estos productos suyos que con respecto a dicha realidad social no son «cosas» exteriores y accesorias; son cosas que, no sólo expresan el carácter de la realidad (naturaleza) humana, sino que a su vez lo crean. [20]

Hacia una definición de la naturaleza arquitectónica

Con esto llegamos al final de un amplio despliegue totalizador iniciado a partir de la consideración cualitativa de la arquitectura y que ha puesto de manifiesto, en el decurso de ésta, las instancias a dimensiones insospechadas como son la trascendencia

y la inmortalidad. [21] *Esta pequeña demostración de la capacidad de concreción y totalización que la concepción dialéctica del arte y de la arquitectura posibilita, no ha sido desarrollada con otra pretensión que la de sugerir cuál ha de ser su verdadera dimensión. Esto es, la arquitectura angulizada desde su dimensión cualitativa, permite, en su despliegue y totalización, la consideración de otras dimensionalidades conexas, como son la trascendente y la intrascendente, lo imperecedero y lo transitorio, lo absoluto y lo relativo, lo universal y lo particular, etc., con lo que* una adecuada y correcta comprensión de la arquitectura en su totalidad exigirá el desarrollo de los diversos aspectos y dimensiones que entran en su concreción. Del despliegue y de la realización del movimiento dialéctico entre las diversas angulaciones y dimensiones, desde la subjetiva-objetiva, la genética-estructural, la cualitativa-cuantitiva, la del contenido-forma, la esencia-fenómeno, y todos cuantos pares dialécticos entren en su consideración, surgirá en cada momento concreto una concepción de la arquitectura como rica totalidad de las múltiples relaciones y determinaciones, acorde con el grado de desarrollo de todo el proceso de ebullición anteriormente descrito.

2. De la concepción dialéctica de la arquitectura surge una nueva metodología arquitectónica

El surgir de una concepción espacial, cuyos elementos fundamentales se están perfilando, [22] *exigirá como condición indispensable un desenvolvimiento teórico extraordinario, así como la adecuación de unas concepciones al alto nivel de las realidades en desarrollo y creación.*

La directa dependencia entre los contenidos y las concepciones globales de la realidad humanosocial, y los del arte y de la arquitectura, obligan a un continuo esfuerzo de creación teórica en cuanto alguno de ambos términos, en el curso del desarrollo histórico, presenta nuevas dimensiones y modalidades.

Por otro lado, la vinculación de la praxis arquitectónica (como actividad especializada de la praxis general de la sociedad) con la visión totalizadora de la realidad que se realiza a través del cordón umbilical de la metodología arquitectónica (como concreción de una racionalidad más vasta y general que la sustenta), permite, a partir de su propia plasmación en la actividad profesional, valorarla por su fecundidad y su corrección.

Todo lo cual, dado el papel fundamental que desempeña la metodología profesional (*entendida ésta, en términos generales, como un conjunto teórico-práctico de concepciones y modos que encauza y dirige el complejo proceso del proyectar y del construir*) *en la creación del producto arquitectónico, nos lleva a intentar precisar las implicaciones particulares que derivan de las concepciones más generales del arte y de la arquitectura anteriormente expuestas.*

Tridimensionalidad del racionalismo ilustrado

Pero, ¿por qué llevar a cabo una reflexión sobre la importancia de la racionalidad? En la primera parte de este texto hemos querido desarrollar la concepción dialéctica del arte y de la arquitectura para conseguir una adecuada comprensión de los hechos artísticos y arquitectónicos, al mismo tiempo que por la potencia creadora y transformadora de la realidad que dicha concepción comporta. Pero es preciso aclarar las exigencias mínimas que su aplicación y desarrollo precisan, para que aquellas posibilidades se consigan; es decir, determinar las características de la metodología a usar para la creación de aquellas realidades artísticas y arquitectónicas.

Empecemos centrando la atención sobre la concepción ilustrada de la racionalidad dado su peso fundamental en el pensamiento de Rossi, que nos permitirá aclarar algunos aspectos de la problemática en estudio.

La triple dimensionalidad del racionalismo ilustrado, que, como define Rossi, podemos caracterizar por: «*a*) *el establecimiento de principios de arquitectura que pueden ser desarrollados sobre bases lógicas, en cierto sentido sin trazado; b*) *cada elemento viene siempre concebido como parte de un sistema; c*) *este sistema en la ciudad es la forma, aspecto último de la estructura, es distinta del momento analítico de ésta, y tiene una persistencia* (*clásica*) *que no está reducida al momento lógico*», [23] *coincide esencialmente con la definición de Viollet le Duc que, «en su esfuerzo por entender la arquitectura como una serie de operaciones lógicas fundamentadas en pocos principios racionales*», [24] *enriquece la concepción de la racionalidad ilustrada con la incorporación de la dimensión dialéctica, si bien ésta es entendida todavía en términos idealistas.*

Del análisis del contenido de estos puntos definitorios del pensamiento ilustrado se deduce toda la variedad y riqueza de la problemática planteada. Así, en lo referente al primer punto, cabe destacar dos aspectos.

Cabría preguntarse: ¿qué se entiende por principios de arquitectura, que tanto Ledoux, como Viollet le Duc y Rossi reiteran en destacar por su importancia normativa?, ¿cuáles son estos principios únicos? De los ejemplos aducidos por Rossi al estudiar la aportación ilustrada y la de Viollet le Duc, se deduce que éstos son o pueden ser: el carácter de unicidad del espacio arquitectónico, así como su inserción en el lugar; la realización adecuada de la función; la satisfacción de otros aspectos menos cuantitativos y más cualitativos; la inserción en una problemática tipológica; las consideraciones compositivas, formales, estilísticas, constructivas, técnicas, climáticas, sociológicas, históricas, económicas, etc. Estos principios únicos, que podemos decir que abarcan todas las componentes, dimensiones o variables que intervienen en un proyecto y en su construcción, en el pensamiento ilustrado están relacionados, ligados y enhebrados por una concatenación de juicios y formulaciones o, por decirlo de una forma más amplia y quizá más exacta, por una racionalidad, que es la que define la actuación del arquitecto.

Pero el racionalismo ilustrado, que arranca de la razón racionalista del individuo atomizado, «presuponía que el individuo puede "servirse de su razón en todo", y en este sentido se oponía a cualquier autoridad y tradición y quería examinar y conocer todo, con la propia *razón. Además de este lado positivo, que constituye un elemento* permanente *del pensamiento moderno, contenía también un rasgo negativo por la ingenuidad con que ignoraba el hecho de que el individuo no es sólo sujeto que pone, sino que también es puesto, y de que la razón del individuo atomizado, apenas se realiza, produce* necesariamente *la sinrazón, ya que parte de sí misma como de algo inmediatamente dado y no abarca práctica ni teóricamente la totalidad del mundo.* La racionalización y el irracionalismo son encarnaciones de la razón racionalista.»[25]

Por otro lado, refiriéndonos propiamente al aspecto metodológico, si bien en el Renacimiento ya se establecieron unos postulados compositivos fundamentados en las relaciones paramétricas entre los elementos arquitectónicos, es en la arquitectura neoclásica en la que es definido, con carácter fundamental y decisivo, el aspecto lógico y analítico de la composición arquitectónica. El neoclasicismo define el espacio más bien como resultado del proceso lógico de la composición o, por decirlo esquemáticamente, a partir de las reglas de composición y de los elementos arquitectónicos previamente clasificados e instrumentalizados, mediante su vuxtaposición mecánica, nace el espacio estructurado.

La verdadera trascendencia de este primer punto de la contribución ilustrada fue el gran porvenir de su procedimiento compositivo, que en cierta manera prefiguraba la metodología racionalista del movimiento moderno, aunque no podía superar las propias contradicciones sin desarrollar plenamente, a través de su desarrollo histórico, los supuestos científicos que la definían. Al identificar la validez del método de composición con los elementos formales y compositivos que utilizaba, es decir, al conferirles carácter de eternidad, de validez plena y absoluta (*la concepción platónica de éstos permitía tal intrumentalización y cosificación*), *el método corrió la misma suerte que ellos al hundirse su vigencia histórica operativa. En este sentido, es representativa de esta irresoluble contradicción ilustrada el destino de la arquitectura académica, ejemplificada por Benevolo en su primer volumen de la* Historia de la arquitectura moderna. *La identificación del mundo formal neoclásico con su metodología fue la causa fundamental de su mutua defunción histórica, a pesar de que, por otra parte, sus raíces y su supervivencia han estado continuamente presentes en las realizaciones de la arquitectura de nuestro siglo, como lo evidencian trágicamente los ejemplos de las arquitecturas fascistas y estalinistas que se apoyaron en ella.*

En cuanto al segundo punto de la contribución ilustrada, también es un antecedente válido, que con el movimiento moderno se convertirá en uno de sus postulados esenciales: la dimensión urbana de la arquitectura. Pero por otro lado, hay que señalar su carácter limitado, puesto que la visión de la totalidad o sistema, en cuanto se refiere a la ciudad, venía limitada a la visión de su época neoclásica que ignoraba a las anteriores (*véase el ejemplo aducido por Rossi, que explica cómo los neoclasicistas no comprendían el valor de los espacios góticos de la ciudad, motivo por el cual los destruyeron*), *si bien era importante que estableciese la consideración de la importancia del conjunto de la ciudad en la situación y en la concepción de la obra arquitectónica aislada.*

Por otro lado, ello no resta, como dice Rossi, su corrección en la concepción de la totalidad entendida como obra de arte, así como la validez del discurso tipológico general de los hechos urbanos.

Por último, en lo que atañe al tercer punto, la distinción de que la forma es distinta del momento analítico, es aún completamente válida, y es la que ha permitido la supervivencia de esta concepción frente a la embestida del pensamiento sociologista que quería reducirla a mero subproducto; pero al mismo tiempo no satisface la formulación global correcta de que es en la unidad de

la praxis general de la humanidad como se resuelve plenamente esta dependencia y autonomía.

Hacia una superación de la racionalidad racionalista

Con esta reflexión sobre la tridimensionalidad de la razón arquitectónica ilustrada –como forma particular de la razón racionalista general que la engloba–, en la que se ponen de manifiesto algunos de sus caracteres definitorios, podemos percatarnos mejor de la importancia de la contribución de Viollet le Duc, que como señala acertadamente Rossi, representa un gran paso adelante en el camino de la formulación de una metodología arquitectónica actual.

Su pensamiento comprende ya una dimensión totalizante en la que pone en movimiento, no solamente el aspecto teórico, sino también su desarrollo y realización. [26] *Pero aquella totalidad es aún un proceso dialéctico idealista, por cuanto en la consideración de la interacción entre los principios de arquitectura y su realización, concibe a esta última muy mecánicamente y no como la actuación que se inscribe en un proceso globalizador en que la interacción y la mediación, tanto lógica como dialéctica, de los términos que entran en su consideración (la teoría arquitectónica y su materialización como consecuencia de una voluntad que persigue unos fines y del desarrollo efectivo de las acciones precisas para conseguirlos) se desarrollan y realizan como creación y expresión, por lo que no puede dar toda la importancia a la racionalidad como realización de la verdad.*

Pero es con Rossi, que parte implícitamente de la concepción dialéctica del arte y de la arquitectura, que llegamos a la formulación más próxima de la razón dialéctica referida a la actividad arquitectónica, y que sintetiza cuando dice: «La creación humana y el utensilio forjado parecen, por lo tanto, encerrar los hilos de este razonamiento en una visión de la arquitectura basada en lo concreto; a través de una visión totalizante que constituye quizá la aportación del artista». [27]

Aunque la reiteración mantenida a lo largo del texto, en expresiones como: «Me inclino a creer, por lo tanto, que el momento principal de un hecho arquitectónico está en su técnica, es decir, en los principios autónomos según los cuales se funda y se transmite», [28] *y «el mundo de la arquitectura puede desarrollarse y ser estudiado en su sucesión lógica de enunciados y formas»,* [29] *puedan hacer creer en la permanencia de una influencia del pensamiento ilustrado aún no superado.* [30]

Por todo lo cual, si la razón dialéctica como forma correcta que sustente la metodología arquitectónica es entendida adecuadamente, [31] *creemos que posibilitará el poder ofrecer vastas perspectivas de contribución de resolución, tanto de las contradicciones propias de la arquitectura como de las que afectan a las problemáticas extraarquitectónicas.*

3. Acerca del lugar que puede ocupar la ciencia urbana dentro de la urbanística

De hecho, la dimensión arquitectónica de la ciudad sólo constituye la hipótesis del ensayo de Rossi, el cual está encaminado a establecer los fundamentos de la ciencia urbana.

Este esfuerzo central, que a nuestro entender constituye la aportación más decisiva que se ha hecho en los últimos años en el desarrollo de la urbanística, es una angulación de gran trascendencia de la que es muy consciente su autor, para quien la proyección que una ciencia de este tipo puede alcanzar es la de «constituir un capítulo de la historia de la cultura, y por su carácter comprensivo, uno de los capítulos principales». [32]

Las vastas perspectivas que una tal concepción posibilita nos sugieren llevar a cabo, aunque sólo sea esquemáticamente, algunas reflexiones en torno al lugar que puede ocupar la ciencia urbana en el conjunto de la urbanística, lo que en cierta manera ha de constituir un marco de referencia más amplio donde encuadrarla.

Intentar precisar el lugar que ocupa la ciencia urbana en el conjunto de la urbanística exige una definición conveniente de los ámbitos o disciplinas que entran en su relación.

Pero esto es muy problemático, dado que el nivel de desarrollos diversos y contradictorios de las concepciones y teorías de lo urbano y de la actividad urbanística no hace más que reflejar una situación de profunda crisis de crecimiento, por lo que si la relación entre la ciencia urbana y la urbanística es problemática, nuestro intento se vuelve más difícil y arriesgado en cuanto exige el replanteo del conjunto de fundamentos del quehacer urbanístico, es decir, su definición, así como una profunda revisión de la problemática urbanística, si es que en verdad pretendemos asentarnos sobre bases firmes.

Parece que el camino correcto para la investigación de la naturaleza de los hechos urbanos que pretenda fundar una teoría de éstos habría de abarcar el estudio del fenómeno urbano en sí, de la ciudad en sí misma (lo que parece ser la óptica dominante

adoptada por Rossi, que al cargar el acento en el resultado, olvidando un poco el proceso de formación de los hechos urbanos, puede valorarlo más atentamente desde el punto de vista contemplativo, así como pormenorizar extensamente en sus fuentes e interpretaciones diversas), y hacerse cargo, al propio tiempo que de los marcos disciplinares en que aquella teoría se desarrolla, de la actividad o actividades específicas a través de las cuales se toma conocimiento de la problemática en estudio. Por lo demás, toda esta labor de estudio tendría que basarse en el desarrollo del proceso dialéctico entre los dos niveles antes apuntados, pues es sólo en su movimiento donde puede resolverse la problemática planteada.

Por otro lado, la indagación sobre la naturaleza de los hechos urbanos (que no es más que otra forma de preguntar ¿qué es la ciudad?), planteada en términos de discernimiento esencial y profundo, exige una angulación filosófica para ser contestada adecuadamente, puesto que el conocimiento de la realidad urbana (que en nuestros días constituye uno de los sectores mayoritarios de la realidad humana, debido al acelerado proceso de la urbanización del hombre), de su estructura, sólo puede ser comprendida cabalmente a través de su consideración global y unitaria, como totalidad, función en que sólo la filosofía, como actividad específica que la desarrolla en términos de tema propio y como integradora de las aportaciones tematizadas de las ciencias específicas, puede dar respuestas satisfactorias.

Probablemente una consideración metodológica tan amplia como la aquí apuntada ayudaría al proceso de investigación a no olvidar ningún aspecto, o al menos ninguno de los más significativos que comprenden la realidad urbana, condición ésta obligada en todo intento de definición integradora.

Así, planteadas en conjunto las exigencias que hay que considerar en el trabajo de investigación sobre la ciudad, esquematizaremos algunas consideraciones importantes que de tal estudio se infieren.

Naturaleza de los hechos urbanos

Que el fenómeno urbano es un fenómeno complejo, contradictorio y multitudinario, empieza a ser lugar común en casi toda reflexión sobre el tema. Su multidimensionalidad hay teorías que la toman como explícita tesis de sus exégesis; pero aun en los casos en que tales fundamentos han sido desarrollados, no se ha

logrado precisar exactamente de qué grado de complejidad se trataba, ni el alcance exacto con que cabía considerar los conjuntos expuestos.

No cabe duda, por otro lado, de que nos encontramos frente a uno de los nudos más espinosos de la problemática urbanística, y que sin el recurso de una fundamentación filosófica correcta nos arriesgamos a fáciles esquematizaciones, moneda tan corriente de estos desarrollos, si bien ello no debe arredrarnos a plantear esta problemática en el contexto que exige la naturaleza de los hechos urbanos.

Para el desarrollo inicial del tema, un planteamiento metodológicamente correcto podría ser la consideración fenomenológica de la ciudad, que como «modo de percepción» expusiese la globalidad del hecho urbano en su conjunto. Para ello nada más fácil que hundirnos en la multiplicidad de la vida urbana de una cualquiera de nuestras grandes ciudades, de incorporarnos vitalmente a su intenso torbellino, y con ojo crítico y avizor intentar percatarnos de cada detalle, de cada parte, de las visiones parciales, esquemáticas; en suma, de cuantas perspectivas cotidianas, locales, globales, parciales y específicas podamos abarcar.

De la percepción de esta totalidad confusa, multitudinaria, amalgamada y compleja, sólo una conciencia profundamente crítica, tras un largo y arduo proceso desmitificador e investigador, puede llegar a desentrañar. A nosotros nos ha costado cinco años de esfuerzos; pero de hecho este período es mucho más largo, puesto que es el resumen de todo el esfuerzo de la humanidad, al menos de aquella que nosotros hemos llegado a conocer directamente y cuyos trabajos nos han ayudado a formarnos (*entre otros muchos recordamos concretamente el sentido testimonio de Arthur Korn, que en su escueto prólogo resumía su trabajo* La historia construye la ciudad *como la síntesis de veinte años de esfuerzos sobre este monstruoso y magnífico fenómeno que es la ciudad*). *Decir esto no es pretensión, es profundo reconocimiento y gratitud.*

Así pues, para nosotros la ciudad, en un sentido amplio, [33] *por abarcar «casi» todo lo real, es decir, una totalidad que engloba un mayoritario campo de la realidad, precisa ser concebida como un proceso unitario de realización y de reproducción espiritual de aquélla, lo que en términos más precisos se expresa como* totalidad concreta. [34]

La consideración de la ciudad como totalidad concreta (*y por ello forzosamente multidimensional y polifacética*) *es una concepción de la realidad urbana que pretende ser omnicomprensiva,*

sin que se quede ningún aspecto o variable fuera de su consideración.

Tradicionalmente las voces latinas urbis *y* civitas *han sintetizado admirablemente la doble dimensión esencial de los hechos urbanos, esto es, su dimensión física y construida, y su dimensión política y social. Pero modernamente, al englobar la ciudad un radio cada vez más amplio de la realidad, se le entrecruzan e interfieren otras dimensiones o aspectos que la complican cada vez más. Así, los aspectos literarios, sanitarios o circulatorios, entre otros, pueden tener tanta naturaleza de legitimidad al reflexionar sobre el fenómeno urbano como las otras dimensiones tradicionales.*

Ello se pone claramente de manifiesto al considerar la evolución histórica del proceso de urbanización, pues si bien desde que empezó la vida urbana siempre ha existido la problemática de su expansión (atemperada en cada caso concreto al lugar y al momento histórico de que se trate), ha sido su moderna expansión acelerada la que nos ha permitido descubrir la vastedad de la realidad urbana. De tener conciencia principalmente, en cada época determinada, de un núcleo central de la problemática urbanística, como es su doble dimensionalidad arquitectónica y social (aunque más correcto sería decir que históricamente la realidad urbano siempre se ha dado como totalidad, en la que, aunque no formuladas explícitamente, todas las dimensiones estaban presentes), con el decurso histórico se ha ido desarrollando un proceso de complicación y enriquecimiento tanto de la problemática de la ciudad como de la actuación urbanística, tanto de la toma de conciencia [35] *como de su intervención para resolverla, con lo que se han ido revalorando, descubriendo y diversificando variables como la higiénica, la circulatoria, la psicológica la paisajística, la plástica, la económica, la métrica, la literaria, la orgánica, y tantas como adjetivaciones operativas puedan concebirse de la ciudad. En este proceso,* [36] *al mismo tiempo que se fue tomando conocimiento de la complejidad,* [37] *de la independencia, del movimiento dialéctico entre las partes o aspectos, fue posible llegar a la concepción totalizadora de la realidad urbana que la explica como proceso de conocimiento genético-estructural de la totalidad concreta.*

La totalidad concreta como concepción dialéctico-materialista del conocimiento *de lo real (cuya dependencia, respecto de la problemática ontológica de la realidad, ya hemos subrayado repetidas veces) significa, por lo tanto, un proceso indivisible cuyos elementos son: la destrucción de la seudoconcreción,* [38] *es decir, de la aparente y fetichista objetividad del fenómeno, y el conocimiento de su auténtica objetividad; en segundo lugar, el conocimiento*

del carácter histórico del fenómeno, en el cual se manifiestan de modo peculiar la dialéctica de lo singular y lo general humano; y por último, el conocimiento del contenido objetivo y del significado del fenómeno, de su función objetiva y del lugar histórico que ocupa en el seno del todo social. [39]

Estructura de los hechos urbanos y la tematización de la ciudad

El conocimiento de la multidimensionalidad de la realidad urbana solamente es posible mediante su valoración. «*No es posible captar de inmediato la estructura de la cosa o la "cosa misma" mediante la contemplación o mera reflexión. Para ello es preciso una determinada* actividad. *No se puede penetrar en la "cosa misma" y responder a la pregunta de qué es la "cosa en sí misma", sin realizar un análisis de la actividad gracias al cual es comprendida la cosa, con la particularidad de que este análisis debe abarcar el problema de la* creación *de la actividad que abre el acceso a la "cosa misma". Esta actividad son los aspectos o modos diversos de la* apropiación *humana del mundo.*» [40]

Estos modos diversos de apropiación de la realidad que se fundan en la «*escisión del todo*», *permiten aislar los aspectos o dimensiones del contexto* (*totalidad*) *confiriéndoles la autonomía precisa para poder ser adscritos para su estudio a una ciencia específica. A cada ciencia específica corresponde un modo propio de apropiación del mundo, que comporta a su vez tanto una intencionalidad como un sentido específico.*

Pero ello no debe llevar a confundir que la dimensión que abarca cada marco disciplinar operativo es la única dimensión esencial de la realidad (*error cometido por el positivismo, con lo que reduce la inagotabilidad del mundo objetivo a la sola realidad con que trabaja*), *sino que mediante la oscilación dialéctica entre los hechos y la totalidad, cuyo centro mediador activo es el método de investigación,* [41] *hay que alcanzar la visión de la realidad en la totalidad de su concreción.*

Así, referidos a nuestro campo de estudio como ya apuntamos anteriormente, podemos decir que las dimensiones de la ciudad básicamente son dos, la artística y la histórica; aunque en un desarrollo más preciso convendría especificar lo artístico y lo arquitectónico; y en la histórica, lo económico y lo social, si por concepción de lo histórico entendemos la unidad fundamental de lo humanosocial.

Esta dualidad de lo urbano se funda tanto en la naturaleza objetiva de los hechos urbanos como en el modo específico en que

éstos son apropiados y creados. Estos modos específicos de acceso a lo real urbano serían, por lo tanto, el artístico-arquitectónico y el histórico-económico-social, en el que el primero desempeña un papel fundamental e insustituible, como acertadamente señala Rossi en repetidas ocasiones.

Del papel que desempeña el arte y la arquitectura como medio de conocimiento de la realidad urbana, y la de fundamentación de una ciencia urbana que tal conocimiento posibilita, el contenido del presente libro constituye su mejor alegato.

Por otro lado, para la comprensión de los aspectos históricos, [42] *económicos y sociales de la ciudad, solamente a través del desarrollo de las actividades de las disciplinas específicas (la historia, la economía y la sociología) llegamos a descubrir la estructura tematizada de la realidad urbana.* [43]

La tematización de la ciudad en sus aspectos más esenciales, realizada a través de su sectorialización específica, y por lo tanto de su desenvolvimiento disciplinario tanto teórico como práctico, ha de ser sólo como una primera fase del método de estudio. La segunda fase será la integración, el proceso dialéctico, que considere el movimiento de todos los aspectos y problemas, de todas las relaciones interdisciplinarias y de todas las especificidades; en suma, de todos los hechos y contradicciones.

En un intento de precisar la caracterización de estas etapas convendría señalar que la angulación de la realidad urbana desde cada ciencia específica, y la reconsideración desde cada perspectiva disciplinar de la misma realidad urbana, es tan inagotable en consideraciones, relaciones y contradicciones como lo era antes desde otro punto de vista. La realidad urbana no se agota en cada una de las angulaciones, sino que solamente se concreta en cada momento del estudio como fruto de un proceso del conocimiento genético-estructural de la realidad.

Surge aquí de nuevo, aunque a una escala mucho más global, la problemática que ya se planteaba al estudiar las concepciones del arte y de la arquitectura, esto es, la problemática de las relaciones entre las dimensiones supraestructurales y estructurales de la ciudad.

El gran acierto del planteamiento de Rossi consiste en que, en la búsqueda de una fundamentación de la ciencia urbana, a partir de la dimensión arquitectónica y por extensión artística de la ciudad, a la par que descubre la autonomía de los hechos urbanos en su aspecto de realidad construida, valora adecuadamente la trascendencia de la política, la economía o lo social, [44] *como variables esenciales de lo urbano.*

La conflictividad entre los términos arquitectónicos y económicos, para centrar específicamente una de las contradicciones que dentro del pensamiento sociologista es irresoluble [45] *en cuanto se plantea dentro de una concepción totalizadora, es claramente resuelta por concebirse en la unidad de la praxis sociohistórica humana en general y de la praxis urbanística en particular. Solamente una explicación del significado de la praxis y del trabajo en la creación de la realidad humana, desarrollada en toda su extensión y profundidad, puede hacer ver claramente que el monismo antes señalado es fundamental en la concepción dialéctica, lo que permite plantear y resolver correctamente el problema de la autonomía y de la dependencia de las variables urbanas en términos de resolución dialéctica.*

Con lo que será en la unidad de la praxis objetiva de la humanidad y de la urbanística en particular (*que es al mismo tiempo la creación y su concepción de la totalidad de las concreciones de la ciudad*) *es como será posible integrar sus varios modos de apropiación en un proceso totalizador de angulaciones interdisciplinarias donde el movimiento dialéctico entre todas las esferas y variables han de permitir la creación de síntesis plenas.*

El cometido de la tesis de Rossi, como ya hemos señalado, consiste en esclarecer la naturaleza de los hechos urbanos puesta al descubierto mediante el estudio del tipo de relaciones existentes entre la dimensión arquitectónica y las dimensiones económica, histórica y política, [46] *y del descubrimiento de la autonomía de la primera, elaborar todo un cuerpo teórico al que ha denominado* ciencia urbana.

Para nosotros, que al proponernos la redacción de estas notas nos planteamos el lugar que podía ocupar la ciencia urbana dentro del conjunto de la problemática urbanística, de tal forma que esta dimensión epistemológica, planteada en términos amplificados de la siguiente manera ¿la ciencia urbana puede ser el cuerpo teórico único o más importante de la actividad urbanística (*urbanismo*)*?, ¿abarca toda la problemática del urbanismo?, ha desencadenado toda la tensión que nos ha mantenido a lo largo de este intento de resolución de dicha problemática.*

Nuestra conclusión es que la ciencia urbana, o ciencia de la ciudad planteada por Rossi, es la consideración y análisis crítico de la ciudad, desde el punto de vista específico que entra en su consideración: la dimensión arquitectónica de la ciudad. Dicho de otra manera, la ciencia urbana es la reconsideración de todos los aspectos del hecho urbano desde la perspectiva disciplinar pro-

pia que busca establecer las relaciones y definir la estructura de la ciudad.

Por otra parte, la ciencia urbana es un capítulo fundamental, el más importante, [47] *habida cuenta de la esencialidad arquitectónica de la ciudad, dentro del cuerpo teórico del urbanismo, que con el descubrimiento, la incorporación y el enriquecimiento de los otros aspectos o variables del hecho urbano permite alcanzar una concepción de la totalidad más cierta y científica. A la vez, con la incorporación de la concepción dialéctica de la realidad urbana como totalidad concreta, creemos que puede formularse uno de los conocimientos más completos realizados hasta el presente.*

Cabe por último, y como la más importante, una consideración de la ciencia urbana en sí misma como la expresada al iniciar el presente capítulo, que la contemple como totalidad independiente que es la forma habitual de ser vivida por la sociedad (desde su explotación folklórica y turística, hasta su contribución esencial en la creación del espacio urbano), y cuyo alcance el propio Rossi ha determinado con verdadera nitidez: «el de poder constituir un capítulo de la historia de la cultura, y por su carácter comprensivo, uno de los capítulos principales». Esta es la angulación adoptada por Rossi en el presente texto.

La actividad urbanística

La consideración de las actividades a través de las cuales se ha tomado conciencia del hecho urbano primero, y se ha descubierto su naturaleza después, ha de tener en cuenta que la ciudad como manufactura *es fruto principalmente de una práctica específica: la praxis urbanística o urbanismo. Pero no es sólo a través de esta actividad urbanística como se ha ido formulando teórica y prácticamente la ciudad (acompañada ésta por toda la problemática social de nuestra época), sino que no hay que olvidar toda una serie de actividades diferentes como pueden ser la higiénica, la administrativa, la comercial, la de los servicios, entre otras, que interviniendo en la problemática urbana con sus problemas específicos, han hecho también ciudad, y como elementos esenciales de la vida urbana no cabe ignorarlos.*

Diciendo esto, no ignoramos que es el conjunto *de la praxis social, como englobadora de la diversidad de prácticas desarrolladas, la auténtica creadora de la ciudad en su totalidad. Pero precisamente porque se trata de un conjunto estructurado que presupone la existencia de diversidad de niveles o campos, la*

exclusiva referencia que hacemos de una de estas dimensiones (fundamental para el propio ser de la ciudad), ni ha de absolutizarse como único y exclusivo protagonista del hecho urbano, ni minimizarse frente a una concepción del todo urbano definida por su abstracción (como realiza H. Lefebvre en su Le droit de la ville), *sino que en su justa acepción, como concreción de* una de las formas *de la praxis social, no hace más que corroborar la concepción de la esencialidad de la sociedad como única y exclusiva autora.*

Continuando con lo dicho al principio, diremos que el planteamiento de la actividad urbanística puede angulizarse desde muy diversas perspectivas, desde las maximalistas a las reduccionistas, y de su análisis pueden surgir consideraciones positivas que han de servirnos para esclarecer su conocimiento en un intento de precisión del mismo.

Así, a partir de la focalización de la actividad urbanística, puede hacerse derivar todo un planteamiento coherente del urbanismo, como éste que ha sido formulado concretamente:

> *Toda justificación, pues, de la cienca urbanística habrá de partir de la referencia a un quehacer ontológico previo. Y esta actividad práctica será la que dictará el enfoque específico de «lo urbanístico»; por lo tanto, métodos, instrumentos y actitudes con los que la urbanística se acerca a los hechos.* [48]

Un tal planteamiento es rico en la precisión de los aspectos más operativos de la problemática urbanística, como puede ser la consideración: «El método genéricamente urbanístico es el planeamiento», y sus ulteriores concreciones. [49]

Pero la consideración de la operatividad de la actividad urbanística en cuanto es amplificada en su importancia, o más correctamente, en cuanto es entendida como operativismo o deificación de la actividad por la actividad misma, conlleva a un olvido de su producto: la ciudad, que de esta forma se cosifica.

Este extremo es de suma importancia. ¿Cómo puede convertirse la consideración de la actividad urbanística, cuya aportación a la definición del urbanismo como praxis específica es esencial, en una concepción mistificadora? Solamente si en la base y en el contexto en que tal concepción se desarrolla, existe una realidad y una concepción de esta realidad que sean reduccionistas.

En un contexto social donde las realizaciones urbanísticas han de hacer frente al dilema de quedarse en el papel o de concretarse en sórdidas realidades epigónicas, está claro que el recurso que le queda a la actividad urbanística es el de su propia deificación, superado el pensamiento idealista que considera al contexto de la

teoría como única realidad valiosa. Deificación que puede verificarse sobre los supuestos tanto de la irrelevancia de los aspectos teóricos que se apoyan en la esencialidad del resultado como parte integrante del propio proceso de creación, como de la absolutización de determinada concepción de la naturaleza de los hechos urbanos.

Así, la sobrestimación de la realidad económica y social de la ciudad, como dimensión esencial de ésta, al mismo tiempo que reduce la importancia del sistema teórico de la actividad urbanística a los aspectos directamente operativos, como pueden ser la búsqueda y definición del programa, el análisis de problemas y la propuesta de objetivos; comporta al mismo tiempo, repetimos, la desconsideración de la dimensión arquitectónica de la ciudad (que puede concebirla según cualquiera de los reduccionismos analizados anteriormente, ya sea el sociologista, el positivista o el estructuralista), así como hacer tabla rasa de la contribución determinante que para la definición de estos mismos aspectos, así como para la correcta formulación teórica de la urbanística, pueden aportar los aspectos comprendidos por la ciencia urbana.

Exigencias de una teoría urbanística científica

Dada la naturaleza específica de lo urbano, que reiteradamente hemos señalado, ¿qué exigencias comporta la realización práctica de una teoría urbanística científica?, y aun ¿cómo es posible una teoría urbanística científica?

En respuesta a este último interrogante cabría decir de modo general, como una primera aproximación, que una teoría científica del urbanismo tendrá que expresar a la par que un sistema racional de los conceptos teóricos de una ciencia urbanística, un método que explicite la relación que mantiene la teoría con su práctica urbana. Teoría y método están por lo tanto profundamente unidos y no constituyen sino las dos caras de una misma realidad: la disciplina científica en su vida misma.

Asimismo, como ya hemos señalado anteriormente, dada «la raíz eminentemente práctica y profesional» de la teoría urbanística, ello «nos sitúa frente a un caso claro de teoría-práctica» [50] *y nos aproxima a una angulación más unitaria de aquella dicotomía clásicamente antagónica de teoría-práctica.*

Desde esta perspectiva, dicha compenetración es tal que las posibilidades de una teoría científica del urbanismo están directamente determinadas por las posibilidades de su realización, am-

bas se interfieren y se condicionan mutuamente. Por ello, la teoría, además de tener conocimiento de la realidad urbana en su complejidad, [51] *y de saber el lugar que ocupan cada hecho o conjunto de hechos en la totalidad de la amplia materia que se estudia, es guía de la acción urbanística, y como tal, precisa de la definición de unos fines y la adecuación de unos medios de acción a emplear para obtener estos fines* (*con toda la implícita dialéctica entre fines-medios*), *lo que permite incorporar dentro de la constitutividad de lo teórico toda la rica problemática de su realización.*

Por otro lado, las posibilidades de existencia de una teoría científica urbanística dependen de que ésta haya superado la naturaleza ideológica de su fundamento teórico.

Si por ideología entendemos cierta representación de lo real, pero necesariamente falseada por su tendenciosidad (*que viene determinada porque su fin no es el de proporcionar el conocimiento objetivo de la realidad urbana, sino que dada su función subordinada a los intereses de la clase en cuyo contexto se produce la cultura y por lo tanto la vida teórica es una representación mistificada en vez de una* reproducción racional *de la ciudad*), *y al mismo tiempo tenemos presente la triple dimensionalidad que la ideología puede llegar a alcanzar, como ha dicho L. Althusser,* [52] *de ello deriva el que, teniendo en cuenta el contexto de donde han surgido la mayoría de las formulaciones teóricas del urbanismo que se han realizado, podamos decir que éstas no son sino diversas formas ideológicas del urbanismo.*

Pero, ¿cómo se puede superar la ideología urbanística? Kosic para quien la seudoconcreción se identifica con la ideología, ha dicho a este respecto: «*La destrucción de la seudoconcreción como método dialéctico crítico gracias al cual el pensamiento disuelve las creaciones fetichizadas del mundo cosificado e ideal* para alcanzar la realidad, *es sólo el segundo aspecto, el reverso de la dialéctica como método revolucionario de transformación de la realidad*». [53]

Posibilidades de la ciencia urbanística

Esta interdependencia entre todos los factores que definen la teoría científica urbanística que nos plantea Kosic presupone la adecuación tanto de su correcta concepción a la naturaleza específica del campo de su realización, la ciudad, como a esta misma realización.

Así, respecto al primer punto, dado el carácter esencialmente

filosófico, artístico, arquitectónico, histórico, social, político y económico de la ciudad, la teoría urbanística está definida por este carácter, tanto en sus fundamentos (filosofía dialéctica y materialismo dialéctico, ciencia urbana y arquitectura de la ciudad, historia y materialismo histórico, etc.) y en sus fines (entre los que tiene un acento preferente el carácter asistencial, el desarrollo cultural y la apropiación de la ciudad) como en su metodología (método de investigación, análisis disciplinares, tematizaciones, plan urbanístico, modelística, etc.) y en las posibilidades de su propio vivir teórico. [54]

En cuanto a la realización de la teoría científica urbanística, a la par que su materialización comporta la creación de la propia teoría científica, como reiteradamente hemos señalado; el análisis crítico desarrollado por Lefebvre en su ensayo, [55] *a pesar de su esquematismo, es decisivo a este respecto. Las realizaciones urbanísticas desarrolladas en nuestras ciudades patentizan bien a las claras su correspondencia con una estrategia de clase claramente definida, tanto en sus formas generales (como puede ser la segregación social y espacial, el centro cívico como centro de decisiones de la clase en el poder, el problema de la vivienda, las actuaciones urbanísticas de prestigio, etc.), como en sus aspectos cotidianos más próximos (vividos individualmente como partes aisladas e inconexas). Ambos extremos patentizan, repetimos, la sordidez y la desintegración como forma general y absoluta de darse la vida urbana.*

Está claro que toda teoría urbanística que deriva de tal contexto, tanto si es directamente responsable de éste, como si lo rehúye en formulaciones abstractas, cerradas y aisladas que pretenden situarse por encima mediante su exclusiva superación teórica, no pueden integrarse en una formulación científica del urbanismo, si no es por su negatividad, es decir, por las enseñanzas que de ella pueden derivarse. Tales teorías no son otra cosa que ideologías urbanísticas.

La ciencia urbanística, para constituirse como tal, precisa de realizaciones positivas, es decir, materializarse en un contexto social y político en el que los logros alcanzados sean elementos decisivos para la transformación de la realidad y de la vida urbana así como para la apropiación de la ciudad.

Dicho esto hay que hacer dos consideraciones. Una, que toda praxis urbanística definible o valorable en un sentido general por su progresismo, por su propia estructuración no niega la autonomía de sus partes o dimensiones (que en el caso de los resultados arquitectónicos, por ejemplo, ya hemos hecho explícitas referen-

cias), ni agota la multiplicidad de aspectos o valorizaciones que puedan hacerse de dicha praxis.

La segunda es que si una estrategia y una táctica urbana corresponden a una forma propia de praxis social como la política (que, en cuanto se deifica como ocurre con Lefebvre, constituye el medio de transformación revolucionario de la sociedad); la praxis específicamente urbanística no ha de quedar constreñida dentro de una intervención tecnocrática, sino que en su justa concepción, en su especificidad técnica no será más que una contribución, esencial, si bien sectorializada, al pleno desarrollo de una sociedad futura urbana más justa.

4. Conclusiones

Resumiendo, de la constatación de que toda reflexión sobre la problemática de la actividad urbanística descansa en la concepción que se tenga de la ciudad, que como creación y expresión de la teoría y de la práctica urbanísticas se interfiere dialécticamente con ella interviniendo activamente en su definición, de dicha constatación, repetimos, es posible deducir las premisas de una concepción de la actuación urbanística que presuponga la consideración de la totalidad de los términos envueltos en su problemática.

Dicha concepción podría formularse aproximadamente en estos términos: la praxis urbanística, como actividad urbanística, es la unidad dialéctica de la teoría, realizada mediante su materialización, y de la práctica, como presupuesto creador de la teoría; de la génesis o proceso histórico que abarca la globalidad de su realización, y de las contradicciones que la definen; de la objetividad, como realización, y de la subjetividad, como protagonista creador de su materialización.

Esta globalidad nada fácil de abarcar, [56] *podemos desglosarla, para una mayor precisión, en sus niveles más específicos:*

—El urbanismo *como praxis urbanística engloba en su realización tanto un desarrollo teórico (Urbanística),* [57] *como un método (el planteamiento), al mismo tiempo que precisa del recurso de unas técnicas urbanísticas que sirven para dirigir su realización práctica.*

—El conjunto de las praxis que también hacen ciudad.

—La ciudad como objeto-sujeto, producto-productor de la praxis urbanística y demás actividades específicas, cabe considerarla

como un todo estructurado y dialéctico que se crea y se desarrolla en la multiplicidad de sus variables y dimensiones. [58]

La consideración de la praxis urbanística en sí misma y en relación con su producto, la ciudad, replantea, pues, a otra escala, aquella unidad dialéctica, reiteradamente señalada, que surge en cuanto estudiamos globalmente las partes que entran en la definición del todo urbano, sea cual fuere la angulación con que hayamos iniciado el planteamiento del problema.

Por lo que ha de ser a través del movimiento de todos estos niveles, dimensiones y actividades; de su proceso dialéctico global y especializado; de su concreción, *en suma, como tendrá que formularse y definirse la problemática urbana y urbanística.*

Melilla, 1968.

SALVADOR TARRAGÓ CID, ARO.

Notas del prólogo a la edición castellana

[1] KAREL KOSIC, *Dialéctica de lo concreto,* Ediciones Grijalbo, S. A., Barcelona-México, 1967, p. 148. (Versión catalana: *Dialéctica del concret,* Edicions 62, S. A., Barcelona, 1970.)

[2] La problemática de la tesis de Snow de «las dos culturas» se inscribiría en esta perspectiva.

[3] «Las diferencias entre el arte y la ciencia desde el punto de vista formal no logran rebasar la concepción hegeliana del arte como conocimiento específico pero sin objeto propio.» *Ideas estéticas de Marx,* Editorial Era, página 34.

[4] La pregunta *¿qué es la realidad?* no es más que el replanteo del núcleo esencial de la problemática que toda concepción del mundo ha de afrontar, y continúa constituyendo, en pleno siglo xx, el problema central del debate filosófico entablado entre el marxismo y el idealismo.

[5] KOSIC, *op. cit.,* p. 50 y siguientes.

[6] Por base o estructura económica en sustitución del factor económico del sociologismo, se entiende «el conjunto de relaciones sociales que los hombres contraen en la producción y en su relación con los medios de producción». KOSIC, *op. cit.,* p. 131.

[7] KOSIC, *op. cit.,* p. 74.

[8] KOSIC, *op. cit.,* p. 143.

[9] Una de nuestras hipótesis que explicaría el carácter insatisfactorio de la concepción estructuralista del arte, es la de haber surgido ésta como una generalización demasiado precipitada de los frutos obtenidos de su aplicación al campo de la literatura. Al carácter específico de la literatura le corresponde más exactamente la concepción del arte como forma de conocimiento que no a las artes plásticas. La confusión de lo genérico de cada arte ha sido uno de los mayores obstáculos que han frenado el desarrollo de las teorías artísticas.

[10] Definidas éstas en lo que de específico tienen al referirse al fenómeno artístico.

[11] Los conceptos de esencia, trascendencia, absoluto, inmortalidad que utilizamos, son aquí entendidos de forma desmitificada y en el contexto de una filosofía materialista.

[12] KOSIC, *op. cit.,* p. 145. El último subrayado es nuestro. Nota del autor: «Los epítetos como *auténtica, grande,* etc., debieran ser un pleonasmo. En determinadas circunstancias son precisiones necesarias».

[13] Tema esencial de este libro.

[14] Otra esencialidad de la arquitectura, *la dimensión temporal* como modo de darse en su vida real la obra arquitectónica, es decir, en su forma de ser vivida y utilizada (primera dimensión temporal de la arquitectura), así como *la consubstancialidad del espacio-tiempo como definición esencial de la arquitectura* (que por otro lado ha sido uno de los mayores logros del movimiento moderno), quedan soslayados en las presentes notas que sólo buscan presentar alguno de los elementos fundamentales del hecho arquitectónico (la forma y su apreciación cualitativa).

[15] «El templo griego es algo distinto de una moneda antigua que al desaparecer el mundo antiguo ha perdido su propia realidad, su validez; ya no vale, ya no funciona como medio de pago o materialización de un valor. Con el hundimiento del mundo antiguo pierden también su realidad los elementos que cumplían en él cierta función: el templo antiguo pierde su inmediata función social como lugar destinado a los oficios divinos, a las ceremonias religiosas; el palacio renacentista ya no es un símbolo visible del poderío, la auténtica residencia de un magnate del Renacimiento. Pero al hundirse el mundo histórico y quedar abolidas sus funciones sociales, ni el templo antiguo ni el palacio renacentista han perdido su valor artístico. ¿Por qué? ¿Son expresión de un mundo que ya ha desaparecido en su historicidad, pero que sigue sobreviviendo en ellos? ¿Cómo y con qué sobrevive? ¿Tal vez como conjunto de condiciones dadas? ¿O bien como material trabajado y elaborado por hombres que imprimieron en él sus propias características?»

«Una creación cultural en la que la humanidad vea *exclusivamente* un testimonio no es propiamente una obra. La particularidad de ésta consiste precisamente en que no es –ante todo o únicamente– un testimonio de su tiempo; su particularidad estriba en que, *independientemente* de la época y de las condiciones en que surgió –y de las cuales también da testimonio–, la obra es, o llegan a ser, un elemento constitutivo de la existencia de la humanidad, de una clase social, del pueblo.» KOSIC, *op. cit.,* pp. 147, 157.

[16] KOSIC, *op. cit.,* p. 159.

[17] Página 159 de la presente obra.

[18] Sentida esta caracterización ya sea por su pasividad o por su actividad, por su introspección o por su extraversión, o por todas las diversas formas de darse el espacio y el hombre, pero determinado siempre por su radical consubstancialidad con el hombre que lo impregna, lo define y lo crea desde el primer momento del proyectar y durante toda su supervivencia.

[19] Apuntamos dicha cita por el valor genérico de su pensamiento, habida cuenta de que su contenido, referido a las formas de conciencia humana, es una ejemplificación de un enunciado general válido tanto para las arquitecturas como para las demás formas artísticas significativas.

[20] KOSIC, *op. cit.,* p. 163.

[21] El análisis de la dimensión cualitativa de la arquitectura aquí desarrollado ha sido realizado solamente para poner de manifiesto su aspecto trascendente y para poder valorar la esencia de la arquitectura y percatarnos de su rica totalidad. Pero no ha de olvidarse que el presente desarrollo deja de lado otros aspectos inherentes a la dimensión cualitativa que lo pone en relación con su dimensión opuesta: la cuantitativa, con la que se interfiere de continuo, y en cuyo desarrollo dialéctico comprende y engloba en unidad totalizadora que en cada caso y para cada fase ha de ser explicado. Así, por ejemplo, en cuanto es considerada la diversa gradación cualitativa que se ofrece en el conjunto de construcciones de nuestras ciudades, se ponen de manifiesto las complejas y ricas matizaciones de las arquitecturas, que se extienden desde las obras señeras (que son las que la historia de la arquitectura estudia corrientemente) hasta la inmensa mayoría de construcciones de nuestras ciudades. La sordidez del espacio cotidiano, que a la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos nos toca en suerte vivir, es de por sí ya una dimensión cualitativa que no por su negatividad está exenta de todas las dimensiones anteriormente señaladas, al quedar éstas definidas no solamente por la fragancia de sus altos valores positivos, sino también por todo el considerable peso de todas aquellas negatividades que en unidad dialéctica en cada caso concreto entran en su definición.

[22] Fruto de la herencia de las concepciones espaciales del movimiento moderno, y de la progresiva resolución de la dramática crisis de éste (debido

principalmente a la irresolubilidad de las grandes contradicciones que .frenan su desarrollo, como son, entre las más importantes, la inadecuación de las estructuras sociales a una forma de actuación arquitectónica y urbanística necesarias para la realización de éstas, así como el escaso grado de desarrollo de la industrialización de la construcción que las mismas provocan, etc.)

[23] Tema de este libro.

[24] Página 157 de la presente obra.

[25] KOSIC, *op. cit.,* p. 118.

[26] Como cita el propio Rossi: los «principios de la arquitectura y las modificaciones de lo real constituyen la estructura de la creación humana, según la primera definición del maestro francés».

[27] Página 165 de la presente obra.

[28] Página 186 de la presente obra.

[29] Página 168 de la presente obra.

[30] En este sentido cabría explicar dicha influencia como fruto de un largo estudio por parte de Rossi de los tratadistas del siglo XVIII, a partir de la incorporación de la cultura arquitectónica ilustrada a nuestra cultura arquitectónica gracias a la abnegada labor de Emil Kaufmann (valorada por el propio Rossi en sendos trabajos sobre dicho autor, en *Casabella-Continuità,* núms. 219 y 222). La importante contribución de M. O ZOUF en "L'Image de la ville chez C.S.N. Ledoux" (*Anuales,* año 21, núm. 6, 1966), aporta sólidas conclusiones para una definitiva revisión y actualización de la problemática ilustrada que consideramos.

[31] «La concepción metafísica petrifica [...] lo racional y lo irracional, los concibe como inmutables y dados de una vez y para siempre, y en este sentido hipostasía la frontera *históricamente cambiante* del *conocimiento* y la *creación* humana de la realidad en dos fronteras ontológicas: la entidad de lo racional y la entidad de lo irracional. Por el contrario, la historia de la dialéctica moderna testimonia que la razón dialéctica destruye esta frontera histórica y que poco a poco va ocupando en bien del hombre y de lo racional, en el amplio sentido de la palabra, «territorios» que la razón metafísica consideraba exclusivos del racionalismo. La razón dialéctica es un proceso universal y necesario dirigido a conocer y plasmar la realidad de modo que no deje nada *fuera* de sí; por consiguiente, es razón tanto de la ciencia y del pensamiento como de la libertad y realidad humanas. La sinrazón de la razón consiste en el hecho de negar la negatividad. La racionalidad de la razón consiste en el hecho de presuponer y prever la negatividad como su propio producto, de concebirse a sí misma como una continua negatividad histórica y en saber, por tanto, de sí misma, que *su misión es plantear y resolver las contradicciones. La razón dialéctica no existe fuera de la realidad y tampoco concibe la realidad fuera de sí. Existe únicamente en cuanto realiza su racionalidad; esto es, se crea como razón dialéctica sólo en tanto que crea una realidad racional en el proceso histórico.* Es posible agrupar las características fundamentales de la razón dialéctica en los siguientes puntos esenciales: 1) El historicismo de la razón, a diferencia de la suprahistoricidad de la razón racionalista. 2) A diferencia del procedimiento analítico-computativo de la razón racionalista, que va de lo simple a lo complejo, y que toma los puntos de partida, aceptados de una vez y para siempre, para realizar la suma del saber humano, la razón dialéctica procede en cambio del fenómeno a la esencia, de la parte al todo, etc., y concibe el progreso del conocimiento como progreso dialéctico de la totalización, que incluye la eventual revisión de los principios fundamentales. 3) La razón dialéctica no es sólo la capacidad de pensar y conocer racionalmente, sino también y al mismo tiempo el proceso de formación racional de la realidad, es decir, la realización de la libertad. 4) La razón dialéctica

es negatividad que sitúa históricamente los grados de conocimiento ya alcanzados y la realización de la libertad humana, superando teórica y prácticamente cada grado alcanzado, insertándolo en la totalidad evolutiva. No confunde lo relativo con lo absoluto, sino que *comprende y realiza* la dialéctica de lo relativo y de lo absoluto en el proceso histórico.» KOSIC, *op. cit.,* pp. 122 y 123. Los subrayados son del propio autor.

[32] Página 53 de la presente obra.

[33] Para nosotros la ciudad, lo urbano, la realidad, urbana, el fenómeno urbano y el hecho urbano no son más que acepciones de una misma totalidad: la urbe, y en este sentido los empleamos.

[34] «El mundo real oculto de la seudoconcreción y que, no obstante, se manifiesta en ella, no es el mundo de las condiciones reales en oposición a las condiciones irreales, o en el mundo de la trascendencia en oposición a la ilusión subjetiva, sino el de la praxis humana. Es la comprensión de la realidad humanosocial como *unidad* de la producción y el producto, del sujeto y del objeto, de la génesis y de la estructura.» KOSIC, *op. cit.,* p. 35.

[35] Y, por lo tanto, de creación del sentido humano de esta problemática, es decir, de la sensibilidad, en un sentido amplio respecto a estos problemas y realidades.

[36] Este proceso exigiría considerar toda la historia de la problemática urbanística (la praxis urbanística de la humanidad) para poderla explicar correctamente.

[37] Complejidad que hay que considerar en su evolución histórica, basándonos al mismo tiempo tanto en la función que desempeña en cada momento histórico cada una de las partes o dimensiones de la ciudad en el conjunto, como en su recreación en el todo-complejo.

[38] «En consecuencia, la destrucción de la seudoconcreción se efectúa como: 1) crítica revolucionaria de la praxis de la humanidad, que coincide con el devenir humano del hombre, con el proceso de «*humanización del hombre*», cuyas etapas clave son las revoluciones sociales; 2) el pensamiento dialéctico, que disuelve el mundo fetichizado de la apariencia, para llegar a la realidad y a la «cosa misma»; 3) la realización de la verdad y la creación de la realidad humana en un proceso ontogénico, ya que para cada individuo humano el mundo de la verdad es, al mismo tiempo, su propia creación espiritual como individuo histórico-social.» KOSIC, *op. cit.,* p. 36.

[39] KOSIC, *op. cit.,* p. 74.

[40] KOSIC, *op. cit.,* p. 40.

[41] «El método de investigación comprende tres grados: 1) Asimilación minuciosa de la materia, pleno dominio del material incluyendo todos los detalles históricos posibles. 2) Análisis de las diversas formas de desarrollo del material mismo. 3) Indagación de coherencia interna, es decir, determinación de la unidad de esas diversas formas de desarrollo.» KOSIC, *op. cit.,* página 50.

[42] La angulación histórica de la ciudad merecería por sí sola una amplia reconsideración, que tendría que destacar que su importancia se basa tanto en su esencialidad para la fundamentación filosófica de la ciudad como por constituir una disciplina con un vasto campo de estudio propio y por el valor metodológico que de ella deriva.

[43] Usamos el término *tematización* en el sentido de adscripción de un sector o aspecto de la realidad que es estudiada por una ciencia específica.

[44] Tenemos presentes expresiones rossianas tan características como: «el aspecto colectivo parece constituir el origen y fin de la ciudad», y todo el contenido del capítulo 4 principalmente, que patentizan toda la riqueza de su concepción.

[45] Es esclarecedora, a este respecto, la síntesis magistral elaborada por Bernardo Secchi en «Las bases teóricas del análisis territorial» (*Análisis de las estructuras territoriales,* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1968), que permite recomponer la visión económica de la ciudad a expensas de unos reduccionismos, que sólo la «naturalidad» lograda a partir del manejo cotidiano de las variables económicas, puede concederles el mínimo de aprecio científico que consiguen dentro del mundo «occidental», el cual expresan y crean a un mismo tiempo.

[46] De hecho, Rossi, al considerar los aspectos económicos, políticos e históricos de la ciudad, no entra en su análisis crítico para definirlos (pues no es ésta la finalidad de su ensayo), sino que se sirve de ellos para recabar la autonomía de la ciudad como construcción.

[47] Tradicionalmente, las teorías abarcadas ahora por la ciencia urbana han sido el cuerpo teórico y casi exclusivo.

[48] *Memoria pedagógica,* de MANUEL SOLÁ-MORALES RUBIÓ, p. 8.

[49] «Es, pues, el proceso de crecimiento, la misma dinámica urbana, el objeto del planteamiento; y de ahí la tendencia a buscar como plan urbanístico, más que una forma estática, precisamente el análisis y la programación de su proceso de desarrollo.» SOLÁ-MORALES, p. 13.

[50] MANUEL SOLÁ-MORALES, p. 21.

[51] Para una ulterior precisión de las fuentes metodológicas, cabe mencionar: «Si la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia, no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en su disposición), de tal concepción de la realidad se desprenden ciertas conclusiones metodológicas que se convierten en directriz heurística y principio epistemológico en el estudio, descripción, comprensión, ilustración y valoración de ciertos sectores tematizados de la realidad, tanto si se trata de la física o de la ciencia literaria, de la biología o de la economía política, de problemas teóricos de las matemáticas o de cuestiones prácticas vinculadas con la regulación de la vida humana o de las relaciones sociales». KOSIC, *op. cit.,* p. 56.

[52] «Se comprende que toda ciencia tenga que romper, cuando nace, con la representación mistificada-mistificadora de la ideología; que la ideología, en su función *alusiva-ilusoria,* pueda sobrevivir a la ciencia, dado que su objeto no es el conocimiento, sino un desconocimiento social y objetivo de lo real. Se comprende también que la ciencia no pueda, en su función social, reemplazar la ideología, como creían los filósofos de la Ilustración, quienes no veían en la ideología más que la ilusión (o error), sin ver en ella la alusión a lo real, sin ver en ella la función social de esta unión a primera vista desconcertante, pero esencial de la *ilusión* y de la *alusión,* del reconocimiento y del desconocimiento.» *Teoría, práctica-teórica y formación teórica. Ideología y lucha ideológica,* p. 23.

[53] KOSIC, *op. cit.,* p. 35.

[54] Entre las que cabe mencionar, sólo por vía de ejemplo, la existencia de un marco económico y social democrático como condición indispensable para la objetivización de la información urbanística.

[55] HENRI LEFEBVRE, *Le Droit à la ville,* Éditions Anthropos, París, 1967. Versión castellana: *El derecho a la ciudad,* Ediciones Península/Edicions 62, S. A., Barcelona, 1969.

[56] Cuyos fundamentos han sido magistralmente formulados por Karel Kosic en estos términos: «A diferencia del conocimiento sistemático (que obra por vía acumulativa) del racionalismo y del empirismo, que parte de

principios fijados en un proceso sistematico de adición lineal de nuevos hechos, el pensamiento dialéctico arranca de la premisa de aue el pensamiento humano se realiza moviendose en espiral, donde *cada* comienzo es abstracto y relativo. Si la realidad es un conjunto dialéctico y estructurado, el conocimiento concreto de la realidad consiste, no en la sistemática adición de unos hechos a otros, y de unos conceptos a otros, sino en un proceso de *concretización,* que procede del todo a las partes y de las partes al todo; del fenómeno a la esencia y de la esencia al fenómeno; de la totalidad a las contradicciones y de las contradicciones a la totalidad y precisamente en este proceso de correlación en espiral, en el que todos los objetos entran en movimiento *recíproco* y se iluminan mutuamente, alcanza la concreción. El conocimiento dialéctico de la realidad no deja intactos los distintos conceptos en el camino ulterior del conocer; no es una sistematización de conceptos que procede por adición, una sistematización que se levanta sobre una base inmutable y de una vez y para siempre, sino que es un proceso en espiral de *compenetración y esclarecimiento mutuos* de los conceptos en el que la abstracción (unilateralidad y aislamiento) de los diversos aspectos es superada en una correlación dialéctica cuantitativo-cualitativa, regresivo-progresiva. La concepción dialéctica de la totalidad no sólo significa que las partes se hallan en una interacción y conexión internas con el todo, sino también que el todo no puede ser petrificado en una abstracción situada por encima de las partes, ya que el todo se crea a sí mismo en la interacción de éstas». KOSIC, *op. cit.,* pp. 62 y 63.

[57] A efectos solamente de una más clara precisión definitoria, creemos que debería denominarse a la formulación teórica del urbanismo como *urbanística o ciencia urbanística* en sustitución de sus acepciones históricas de *teoría general de la urbanización, urbanología, teoría del urbanismo o ciencia del urbanismo.*

[58] El todo urbano que hemos tratado de precisar anteriormente, quede claro que se refiere a una totalidad de la ciudad que abarca tanto su existir físico como el social, en el que cabe comprender el conjunto de elementos que integran la vida urbana social. Pero a la vez que la referencia constante a este todo urbano es utilizada como contexto, lejos está considerarlo como totalidad abstracta en la que todos los gatos son pardos, ni aun su deificación, sino que en la continua, quizá excesiva referencia a la naturaleza de este todo complejo está explicitada su estructura y su concepción.

Prefacio a la segunda edición italiana

En los años transcurridos entre la primera y la segunda edición de este libro algunos de los temas aquí tratados se han visto confirmados por los materiales proporcionados por otras investigaciones, y se han difundido a través de la confrontación de ideas. En particular, el estrecho vínculo existente entre el estudio de la ciudad y la arquitectura ha dominado el debate de un vasto sector de la cultura arquitectónica. Tanto la confirmación de la dirección de investigación empezada por este libro como la necesidad de hacer disponible un texto actualmente agotado, me han convencido de la utilidad de publicar nuevamente esta obra. Por otro lado, modificar algunos capítulos e introducir otros nuevos, además de destruir la estructura global de la obra e imponer una recomposición completa habría significado un aplazamiento que creo innecesario, al menos en lo que se refiere a la parte central de este trabajo.

De la fortuna de este libro pueden dar testimonio numerosas citas de que ha sido objeto, la difusión de sus términos y, singularmente, por su mismo título, repetido conveniente e inconvenientemente. La arquitectura de la ciudad, *en efecto, tiene un significado preciso que conviene recordar del modo más simple posible. Considerar la ciudad como arquitectura significa reconocer la importancia de la construcción de la arquitectura como disciplina dotada de una propia y determinada autonomía* (*no, claro está, autónoma en sentido abstracto*) *la cual, precisamente en la ciudad, constituye el hecho urbano preeminente que, a través de todos aquellos procesos que aquí analizamos, une el pasado con el presente. La arquitectura no queda por eso esfumada en una pretendida arquitectura urbana donde otra escala ofrezca nuevos significados; al contrario, se trata de individualizar el sentido de cada proyecto y de su constitución como hecho urbano.*

En este estudio de la arquitectura que considera y crece sobre todo su pasado, ocupa preeminente lugar la meditación sobre la teoría de la arquitectura del Movimiento Moderno; por ello este libro constituye también una valoración del legado del Movimiento Moderno en arquitectura, por cuanto esta herencia tiene gran significado. En los cuatro años transcurridos desde la primera

edición de este libro han habido numerosas publicaciones, traducciones, aportaciones sobre el Movimiento Moderno que testimonian cuánta importancia tiene el problema de la valoración de su legado. Aceptar tal herencia significa desde luego poner en un plano crítico el material disponible. Actualmente la teoría del Movimiento Moderno como salto cualitativo de la arquitectura o como movimiento políticomoral ha sido abandonada casi por todos, excepción hecha de algunos obstinados que prefieren las ideas y las tendencias artísticas del pasado a las modernas, y cuya producción, por otro lado, no ha aumentado en ningún modo el patrimonio defendido. En este libro se ha ofrecido una primera valoración de esta herencia, intentando ver los términos dentro de los cuales su aceptación es positiva.

Volviendo a leer este libro emerge de él, como problema de fondo, la cuestión de las tendencias y de la relación entre el análisis urbano y el proyectar. Estos temas están unidos entre sí. Pocas cosas ilustran la pobreza de una parte de las investigaciones de la arquitectura moderna como el uso del concepto de cientificidad que viene explícitamente (o implícitamente en los peores casos) unido al de neutralidad. La neutralidad es una noción que se aplica en un sistema constituido por conceptos y reglas; pero cuando se entra en el examen de estos mismos conceptos no tiene sentido alguno. La arquitectura y la teoría de la arquitectura, como todo, pueden ser descritos por determinados conceptos, los cuales, a su vez, no son absolutos o neutrales. Por consiguiente, ninguna idea puede ser neutral, sino que modifica profundamente, según su importancia, el modo de ver de la humanidad. En arquitectura los problemas del conocimiento han ido siempre unidos a las cuestiones de las tendencias y de la elección. Una arquitectura sin tendencia no tiene campo ni modo de manifestarse. Así, al construir una teoría de la arquitectura, también la relación con la historia es una correspondencia de elección; mi traducción e introducción a Boullée, realizada después de haber escrito este libro, tiene este significado. La construcción de un racionalismo más complejo que aquel esquemático, presentado por la historiografía de la arquitectura moderna hasta hace unos años, se enfrenta con una tradición propia y sólo en su referirse a ella puede encontrar una justa relación con el presente.

La falta de una orientación es señal de la gratuidad de muchas investigaciones a las que asistimos, y de su improvisación. La relación entre el análisis urbano y el proyectar es por tanto una cuestión que sólo puede ser resuelta en un marco de tendencias, dentro de determinado sistema, y no puede concebirse como neu-

tralmente resoluble; en este sentido, es significativo el ejemplo de la investigación realizada por Hilberseimer, donde el análisis de la ciudad y construcción de la arquitectura, rigurosamente dependientes, son aspectos de una teoría general del racionalismo en arquitectura.

Los dos términos aquí presentados (*análisis y proyecto*)*, sobre los cuales se ha vuelto muchas veces y que han sido objeto de un trabajo colectivo, creo que van disponiéndose en una sola investigación fundamental, donde el estudio de los hechos urbanos y de la forma se hacen arquitectura.*

La racionalidad de la arquitectura reside en su capacidad de construirse sobre la meditación de los hechos acaecidos donde algunos elementos forman parte integrante de su construcción. Las ruinas de una ciudad son objeto de invención para un arqueólogo o para un artista, del mismo modo, sólo cuando resulta posible unirlas en un sistema concreto, construido por hipótesis claras que adquieren y desarrollan como fuere su validez, en este momento construyen lo real.

Esta construcción de lo real es por tanto un acto en el que interviene la arquitectura en su relación con las cosas y la ciudad, con las ideas y con la historia.

Refiriéndome a tales conceptos he propuesto, después de este libro, la hipótesis de la ciudad análoga, *con la que entiendo referirme a las cuestiones teóricas del proyectar en arquitectura; esto es, a un procedimiento compositivo que gira sobre algunos hechos fundamentales de la realidad urbana y en torno a los cuales construye otros hechos en el marco de un sistema analógico.*

Para ilustrar este concepto he hecho algunas consideraciones sobre la prespectiva de Venecia del Canaletto, conservada en el Museo de Parma, donde el Puente de Rialto del proyecto palladiano, la Basílica y el Palacio Chiericati se ven enfocados y descritos como si el pintor produjese un ambiente urbano observado por él. Los tres monumentos palladianos, de los que uno es sólo proyecto, constituyen así una Venecia análoga cuya formación es realizada con elementos ciertos y ligados tanto a la historia de la arquitectura como a la de la ciudad. La transposición geográfica de los monumentos en torno del proyecto constituye una ciudad que conocemos por constituirse como lugar de puros valores arquitectónicos. Esta referencia me sirve para mostrar cómo una operación lógicoformal puede traducirse en un modo de proyectar; de ahí la hipótesis de una teoría del proyectar arquitectónico donde los elementos están prefijados, formalmente definidos, pero

donde el significado que nace al término de la operación es el sentido auténtico, imprevisto, original de la investigación.

Creo que algunas partes de este libro tocan cuestiones que aún están por desarrollar y que podrían considerarse muy importantes en un panorama más completo de los estudios de la arquitectura. De este modo la teoría de la permanencia y el significado de los monumentos, el concepto de locus, *la evolución de los hechos urbanos, el valor concreto que la arquitectura da al lugar como estructura física propia de las instituciones. Otras cuestiones –como la de la tipología edificatoria y de la morfología urbana o la de la clasificación en arquitectura que aquí se ha intentado tratar por primera vez de forma sistemática– han recibido contribuciones importantes y ofrecen referencias que este libro ha de tomar en cuenta.*

La exigencia expresada en la introducción misma de este libro acerca de la necesidad de poseer un mayor material analítico sobre la ciudad –y por tanto una conciencia auténtica de situaciones urbanas diversísimas que ofrecen el marco de la particular construcción arquitectónica de una ciudad– aún es válida. El material que poseemos es todavía demasiado fragmentario para poder manejarlo con seguridad; el mismo análisis de los elementos que ofrece, descomponiendo por partes las hipótesis sobre la base de nuevos hechos, podrá hacernos comprobar nuestra teoría. Estas monografías son sobre todo necesarias porque sólo a través de ellas podemos desarrollar las cuestiones del análisis urbano de modo completo; la configuración de una ciudad es un sistema donde las cuestiones topográficas y catastrales, las reglamentaciones, la lucha de clases, la idea de la arquitectura tienden sucesivamente a una construcción precisa. Ahora toda teoría general debe siempre verse confrontada con esta única y concreta construcción; en estos últimos años se han practicado algunas investigaciones en este campo y creo que su publicación ha de ofrecer referencias útiles.

Otro punto de este libro que ha sido tratado de forma diversa en estos últimos años, ofreciendo material interesante a la tesis aquí sostenida, es el relativo a la cuestión del funcionalismo; la crítica aquí expuesta se refiere al funcionalismo ingenuo que tanto en su aspecto de instrumento compositivo, como se ha practicado en nuestras escuelas, como en su aspecto de instrumento normativo, la notificación es un principio tan simplificado de lo real como humillante para la fantasía y consiguientemente para la libertad. Durante los años transcurridos he llevado adelante esta crítica; por ejemplo en la introducción a Boullée donde he buscado contraponerle una visión alternativa del racionalismo; y en otros

trabajos. La crítica al funcionalismo debe ser considerada uno de los pilares de la fundación de una nueva teoría de la composición arquitectónica como principio básico del análisis urbanos Pero la refutación del funcionalismo ingenuo no significa rechazar el concepto de función en su sentido propio. En otros términos, como he escrito en este libro, es menester referirse al concepto de función en sentido algebraico, lo que implica que los valores son cognoscibles uno en función del otro y que las funciones y la forma establecen vínculos más complejos que no los lineales de causa y efecto, desmentidos por la realidad.

Finalmente, entre las diversas acogidas que ha tenido este libro debo agradecer a todos los que lo han reseñado, discutido, estudiado, analizando sus diversos aspectos. Un interés particular han despertado en mí las reseñas de Cario Aymonino, Giorgio Grassi y Vittorio Gregotti; sobre todo por que estos autores, desde puntos de vista distintos, se han fijado en la relación que este libro establece con la arquitectura y, en particular, con los fundamentos teóricos de mis proyectos y de mi enseñanza. Estos ensayos, tanto por su autoridad cuanto por los elementos nuevos que introducen, podrían constituir una parte de este trabajo. Debo destacar también a Manfredo Tafuri, quien al considerar la teoría de la arquitectura moderna ha enmarcado los temas de este libro en el ámbito de los fenómenos arquitectónicos, juzgando mis escritos y proyectos en el marco de una compleja investigación de la arquitectura. Además de los juicios positivos emitidos por estos autores, el sentido de este reconocimiento ha sido muy importante para mí al coincidir con la parte más difícil de mi investigación unitaria en el campo de la arquitectura. Un agradecimiento particular a Salvador Tarragó Cid, por el largo ensayo introductivo escrito para la edición castellana.

Diciembre de 1969 **ALDO ROSSI**

Introducción a la versión portuguesa

Al escribir este ensayo introductorio no es mi intención modificar o corregir algunos fragmentos de este libro, sino más bien dar cuenta al estudioso de las ampliaciones de algunos temas aquí tratados, en el curso de la investigación, sobre todo por parte de la tendencia *que este libro expresa, y que en los seis años desde su aparición ha producido en numerosos trabajos.*

Creo poder afirmar que, tanto en las loas como en las condenas, el sentido de este libro ha sido captado exactamente, como un proyecto de arquitectura de la ciudad; por ello, muchas de sus afirmaciones han sido acogidas con aquella neutralidad que se puede conceder, o que se suele conceder, a un libro de crítica.

Mi referencia al tratado de arquitectura, como diseño general de la obra, puede recogerse de nuevo; con ello no intento deshacerme de los viejos idola, *como el del funcionalismo, para citar una polémica crítica, sino, sobre todo, presentar proposiciones diferentes sobre el carácter de la proyección y el estudio de la forma.*

Me he visto obligado a citar raramente a arquitectos, y sí en muchas ocasiones a estudiosos de otras disciplinas, a partir de los geógrafos e historiadores, y, en lo que se refiere a la arquitectura, no he señalado una frontera precisa entre los arquitectos antiguos y modernos. Esta posición puede parecer rara, la asunción de tesis de campos disciplinarios ajenos a la arquitectura, precisamente por parte de quien se preocupa de definir los límites del corpus *de los estudios arquitectónicos. En realidad, nunca he hablado de una autonomía absoluta de la arquitectura o de una arquitectura* an sich, *como algunos pretenden atribuirme; sencillamente, me he preocupado por establecer cuáles eran las proposiciones típicas de la arquitectura. El hecho de querer establecer estas proposiciones por medio de la teoría ha suscitado aquella desconfianza que, en otro caso, creo, mi arquitectura no habría suscitado. Esta observación, que podría parecer de naturaleza autobiográfica, se debe a una consideración fundamental sin la cual es difícil comprender todo el sector de la investigación del cual nos ocupamos y que constituye un gran obstáculo, por causa de razones histórí-*

cas muy precisas, para todas las arquitecturas y, sobre todo, para la arquitectura en general.

Me refiero a la relación entre teoría y práctica, que raramente he visto superar, incluso en personas muy lúcidas, en la actividad propia; podríamos ocuparnos de este tema de dos maneras distintas.

La primera, de carácter general, es la que limita la historia al acto historiográfico, como conocimiento del pasado, sin abrir hacia el futuro ninguna perspectiva de conocimiento, y por ello, sustituyendo el problema de la perspectiva histórica por la fe genérica en el progreso. La referencia a la historia me parece la más clara, por cuanto la historia de las artes y técnicas es inseparable de cualquier teoría de las artes y técnicas.

La segunda se refiere a la insuficiencia de las concepciones teóricas corrientes, como la fragilidad de la arquitectura contemporánea, y se olvida totalmente de las posiciones del movimiento moderno, confiada en un gusto con frecuencia comercial.

Para indagar mejor esta relación, que podríamos plantear también como teoría o práctica, y que en realidad se identifica en la institución *arquitectónica, he intentado sucesivamente leer las declaraciones de los artistas, dándoles mayor peso. Hay autores como Klee, Van de Velde, Loos y otros que, de una manera más o menos sistemática, nos muestran claramente el camino a seguir en la investigación; pero sus investigaciones, que a primera vista parecen las más evidentes, a menudo se olvidan.*

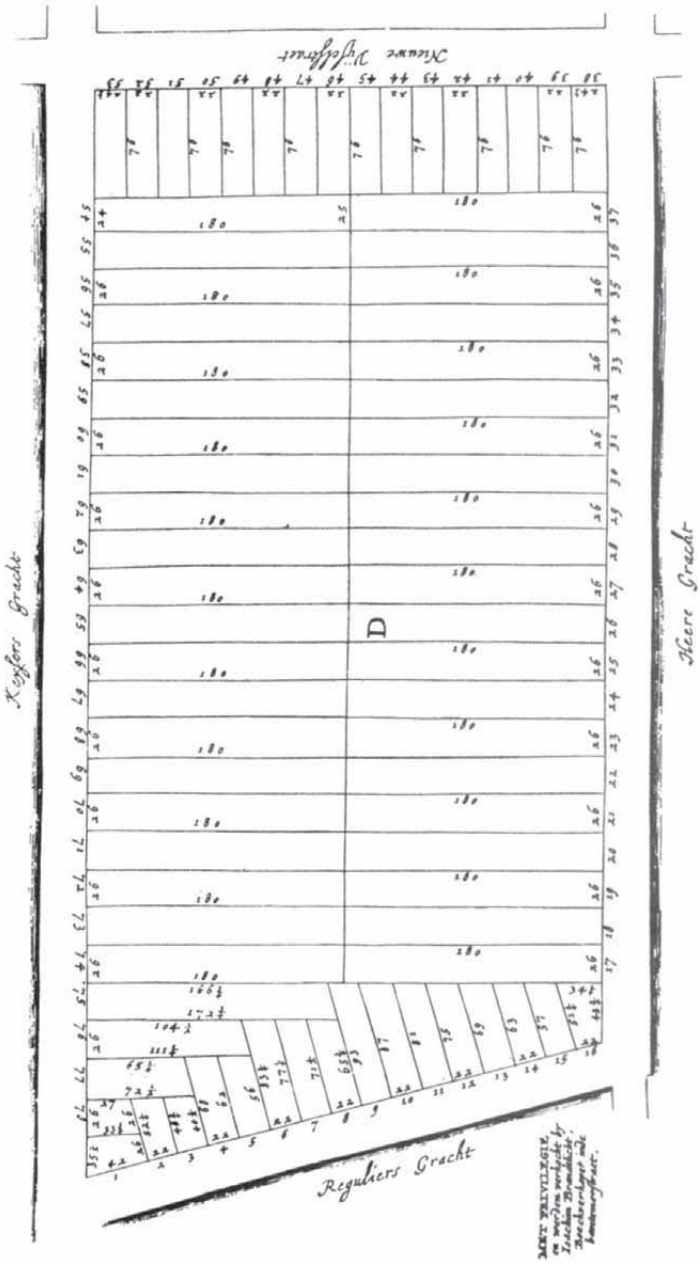
Así, las investigaciones sobre el arte siempre son escasas, en tanto que se multiplican los estudios filológicos sobre tal o cual período histórico, las reconstrucciones de hechos, la búsqueda puntillosa de eventos; no niego que estas contribuciones sean importantes, pero no pueden ser decisivas para una teoría de la proyección.

La cuestión está clara ante la herencia del Movimiento Moderno, que a menudo es aceptada o como un dogma, por lo demás poco conocido, o limitada a un acto historiográfico.

En mi comentario a la traducción de Boullée he querido precisamente enunciar una teoría de la arquitectura, partiendo de un texto que constituye un raro ejemplo de unidad arquitectónica, escrito mediante la formulación y el comentario de los proyectos, para construir una teoría de la arquitectura.

Aquí, el sentido de construcción va referido a la explicación del corpus *de la arquitectura, a que antes aludía; constituye, en relación con el arte y la arquitectura, la misma referencia que existe para la ciencia.*

El problema de los predecesores y modelos, de la situación



Amsterdam, parcelación de una manzana en 1612, comprendida en la zona de expansión del plan de 1607, organizado según el nuevo sistema de canales.

particular en que trabaja el artista, y el de trabajar en un ámbito ya estructurado problemáticamente, se sitúa en una esfera no diferente de la científica y la filosófica. Si no se lee así, por tanto, el arte, como la ciencia o la filosofía, no puede tener significado. Por otra parte, es cierto que la arquitectura tiene un ámbio tan particular en la transmisión de sus modelos que no es preciso insistir mucho en estos temas.

Por ello, mis investigaciones, sólo lateralmente históricas, sobre el neoclasicismo lombardo, sobre Adolf Loos, sobre Louis-Étienne Boullée, en realidad no son nada más que referencias culturales sobre las que he construido mi teoría de la arquitectura; y he intentado constituir, con la mayor precisión posible, el ámbito en el cual se puedan desenvolver determinados principios. Y es natural que el núcleo histórico de la Ilustración tenga especial importancia.

En fin, puedo decir que la historia de la arquitectura constituye el material de la arquitectura. Estamos trabajando en la construcción de un gran proyecto unitario, y, a la vez, trabajamos en determinados elementos que vamos modificando lentamente; y con ello, sin duda, llegaremos a la invención.

Entre estos elementos, tienen una importancia especial las formas tipológicas.

En La arquitectura de la ciudad *la importancia que se da a la tipología, aunque no sea preeminente, es importante. Posteriormente, en mi trabajo en la escuela he dado una posición preeminente a la tipología, considerándola como base esencial de la proyección.*

Me parece útil examinar por qué caminos se ha desarrollado este proceso.

A partir del discurso de la tipología se ha desarrollado el aspecto clasificatorio, de conocimiento de la arquitectura, y el concepto de forma tipológica. Las tablas publicadas aquí han sido extraídas de una investigación común sobre la tipología residencial y sobre la estructura urbana de la ciudad de Milán. Otras, del libro La città di Padova, *al que más adelante me referiré.*

El aspecto clasificatorio de las tipologías plantea en primer término el problema de las formas tipológicas.

Ya que el planteamiento de esta investigación está basado en el desarrollo de las tesis principales y de la hipótesis anunciadas en La arquitectura de la ciudad, *intentaré resumirlo.*

Tomemos una referencia: la casa urbana. La casa urbana es considerada como un elemento en la construcción de la ciudad que se define por su doble aspecto de objeto de uso y de obra conformada dentro de los caracteres institucionales de la arquitectura.

Por ello, el material a investigar estaba en el campo de la arquitectura; debían clasificarse las tipologías existentes y sus dimensiones, indagando sobre el significado que éstas asumen, mantienen, al margen de cualquier otro esquema preconstituido de evolución.

En este sentido, la relación entre el hecho y la denominación del mismo se convierte en objeto de un análisis que es también análisis del proceso mismo de la arquitectura y de la relación que de ella se establece constantemente entre las formas asumidas y la vida misma de la colectividad. Pero la arquitectura, en todo su iter *histórico y en su proceso de constituirse y afirmarse como disciplina, se identifica con la ciudad y no puede afirmarse sin la ciudad. Términos como* hotel o wohnhof *hacen referencia a un determinado hecho cultural y se refieren también a una esfera determinada de esta cultura; por otra parte, tales términos también pueden deformarse y, por ello, adaptarse a situaciones distintas, pero siempre corresponden a hechos claramente determinados.*

Sólo dentro de la sucesión lógica de los hechos urbanos se puede valorar con mayor precisión el carácter formalista *de algunas propuestas, y también de aquel grupo especial de propuestas, más o menos realizadas históricamente, o realizables positivamente, o parcialmente comprobadas, que se cobijan bajo la denominación de utopía.*

Esta investigación tiene su apoyo más válido en los estudios topográficos y catastrales. Así, el bloque, el barrio, se precisan por su permanencia como partes de una estructura urbana preconstituida en la que los hechos topográficos, sociológicos, lingüísticos, etc., concurren ya sea a una individualización precisa de tales elementos o a una caracterización en el plano tipológico de los mismos, poniendo en evidencia el hecho local, regional, nacional, etc.; hasta convertirse en los elementos de una normativa.

Aquí, la relación entre lo particular y lo general se hace cada vez más precisa; se pueden establecer las características de la parcela gótica que están estrechamente ligadas a la tipología de la casa gótica, la llamada casa del mercader.

Una tipología de este tipo la hallamos en situaciones muy diversas: en Venecia, en Alemania, en Budapest y en cualquier parte de Europa. Cada situación se caracteriza por su aspecto particular propio, por ser aquella arquitectura precisa; pero, por otra parte, se puede reducir a un diseño general.

Este diseño general se puede definir como forma tipológica.

La clasificación de las diferentes casas góticas nos lleva a la

necesidad de determinar el carácter común que las unifica, que hace de ellas una experiencia única; y ésta es la forma.

Una forma que, después de precisarse por medio de la relación con realidades distintas, se convierte en una manera de afrontar la realidad; una manera con la que, dentro de un cuadro histórico determinado, se divide el terreno y se fijan los caracteres de la casa.

Esto tiene para la arquitectura el valor de una ley, con su autonomía, con su capacidad de imponerse sobre lo real. La parcela gótica, con su forma estrecha y alargada, con la posición de la escalera fijada y con su relación constante entre lleno y vacío, constituye una experiencia precisa de la unidad.

Una experiencia que permanece como forma, incluso en situaciones diversas, hasta hoy; por ello, cuando un arquitecto capta la belleza del corte largo y estrecho de los apartamentos de Le Corbusier, se refiere a una experiencia precisa que ha aprendido por medio de la arquitectura.

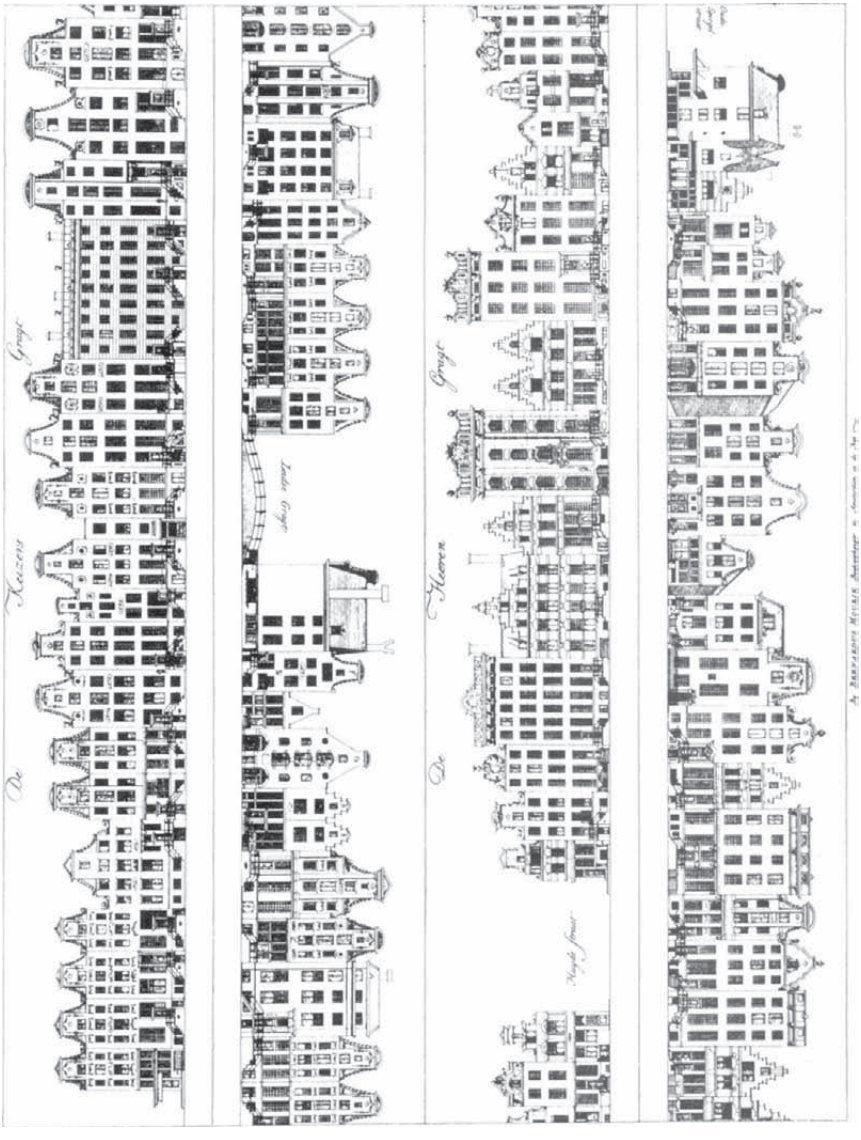
Así pues, entiendo por forma tipológica aquellas formas que en la historia o en las opciones que se les atribuyen en ciertos períodos, o en las implicaciones que se les dan, acaban por asumir el carácter sintético de un proceso que precisamente se manifiesta en la propia forma.

Se puede afirmar que las innovaciones arquitectónicas se han valido siempre de acentuaciones particulares, no de invenciones de la tipología.

No existe ninguna posibilidad de invención de la tipología, si admitimos que ésta se conforma por medio de un largo proceso en el tiempo, y que está en un complejo vínculo con la ciudad y con la sociedad.

Un ejemplo singular nos lo ofrece el uso de la tipología clásica realizado por Palladio, en donde, por un lado, se asiste a una mezcla herética de elementos religiosos y civiles que reducen los edificios religiosos a los estatales, y, por otro, se asumen tipológicamente, indiferentemente, tipos vinculados a usos diversos como formas en sí. En especial los tipos clásicos de la planta central del templo.

En el primer caso, la invención arquitectónica (dentro de los límites expresados) se descubre en los mayores arquitectos de la Revolución; en el segundo, las consideraciones sobre la tipología de la habitación como forma, a partir de Schinkel, se encuentra en toda la arquitectura moderna. Creo que unos pocos ejemplos pueden servir para demostrar que los caracteres inmutables de la tipología, en realidad, son aquellos con los que más se puede trabajar en el planeamiento arquitectónico.



Amsterdam, alzados de las casas correspondientes a los canales Heren Gracht y el Keizers Gracht, dos de los tres canales concéntricos previstos en el plan de 1607 (grabados de la segunda mitad del XVIII, Caspar Philips).

Otra tesis de este libro, en la que la investigación ha avanzado, es la que se refiere a las partes de la ciudad. Aquí se habla de la ciudad como de un conjunto constituido por varios trozos completos en sí mismos y de que el carácter distintivo de toda ciudad, y por tanto de la estética urbana, es la tensión que se ha creado y se crea entre las zonas y elementos, entre las diversas partes. Afirmaba, además, que esta ciudad, constituida por varios trozos completos en sí mismos, es la que permite la mayor libertad de opciones.

La ciudad se ve precisamente a través de sus partes.

Esta teoría se ha desarrollado por medio del estudio concreto de las ciudades y aparece en todo momento de la historia de la ciudad. También los planeamientos, sobre los cuales será importante decir algo aquí, representan una parte de la ciudad.

Los estudios realizados por mí antes de este libro sobre las grandes ciudades europeas, en particular Viena y Berlín, junto con una investigación que tuve ocasión de desarrollar en una parte de la ciudad de Milán, me convencieron de que este principio era generalizable; que constituía una hipótesis fundada.

Después, el estudio sobre las ciudades de la región veneciana me ha dado nuevos elementos para verificar esta hipótesis; y, por extensión, todas las ciudades mediterráneas y mercantiles, en las que por una parte permanece la romanidad y las influencias orientales son más fuertes, y, por otra, el capitalismo aparece pronto con características específicas. Uno de los ejemplos más interesantes en esta dirección lo ofrece el ghetto de Venecia y, en general, la estructura de Venecia y de las poblaciones venecianas.

Es cierto que todas estas tesis son disponibles para una profundización científica, desde el punto de vista de los estudios urbanos y como elemento de la proyección; y, naturalmente, ya me doy cuenta de que pueden ser deformadas en sentido académico.

Pero la riqueza cada vez mayor de los datos lleva también la invención a una mayor comprensión y capacidad. Me refiero a la tesis de los elementos primarios y los monumentos, sostenida por primera vez en este libro y que en la época de mi investigación general ha conseguido mayores documentos que la atestiguaran.

A propósito de ello, había citado como ejemplos algunos casos clamorosos como el anfiteatro de Arles, la ciudad de Villa Viçosa, insistiendo sobre todo en estos ejemplos.

El razonamiento ha de ser profundizado, llevándolo paralelamente a las cuestiones tipológicas; es decir, demostrando que la presencia de la forma, de la arquitectura, es preeminente en relación con las cuestiones distributivas; y, por ello, negando las teorías que quieran reducir una vez más la tipología a la distribución

de los edificios. La forma es perfectamente indiferente a la distribución, precisamente cuando se constituye como forma tipológica. La referencia con la cual se inicia esta investigación es el Palazzo della Ragione, en Padua, y hoy todavía no he sabido hallar otro ejemplo más esclarecedor. Pero en la esfera urbana no he ilustrado aquí el caso de Spalato, que, a mi juicio, constituye no un ejemplo excepcional sino, sin duda, el más demostrativo. Es decir, el de un gran edificio, un palacio, que se convierte en ciudad y transforma sus caracteres internos en caracteres urbanos, demostrando la riqueza infinita de las transformaciones analógicas en la arquitectura, cuando ésta opera sobre formas precisas.

Respecto a los ejemplos de Vila Viçosa o de Braganza, en los que la ciudadela se convierte en núcleo urbano, y en los que, en fin, la cuestión puede relacionarse con aquella más compleja de las murallas, el caso de Spalato representa una auténtica transformación de los espacios externos en sentido colectivo, es decir, urbano.

Además de Arles y Nimes, y Lucca (*con implicaciones morfológicas respecto a la ciudad distinta*)*, Spalato encuentra, en su forma tipológica, a toda la ciudad; y, por ello, el edificio se refiere análogamente a una forma de ciudad. La consecuencia de ello es que el edificio también puede ser proyectado por analogía con la ciudad.*

No cabe duda de que este concepto no se refiere solamente a los ejemplos antiguos y mitológicos: basta pensar en la rue corridor *de Le Corbusier y en la deformación del sentido de la calle que los arquitectos modernos han dado del corredor, aunque aquí trabajaran con una tipología prefijada de antemano: la del elemento vertical que separa varios pequeños ambientes. Recientemente, un arqueólogo italiano ha expresado claramente esto cuando, al hablar de la tipología clásica, ha definido claramente que* «la atribución de funciones variadas a edificios de tipología única» *era una regla constante. Esta afirmación es válida para toda la arquitectura y nos da el sentido del monumento; y es cierta precisamente para la arquitectura que más se identifica con la forma tipológica. Me refiero una vez más a la planta central de Palladio.*

Por otra parte, la arquitectura moderna ha comprendido bien este concepto de relación arquitectura/ciudad en el desarrollo de las unidades residenciales y de las grandes Hofe *de la arquitectura alemana.*

El desarrollo de estas tesis me ha llevado a ver más claramente el nexo que existe entre el estudio de la forma tipológica y la proyección arquitectónica; aunque las nuevas adquisiciones que podemos ofrecer estén vinculadas a la referencia urbana.

0 10 20 30 40 50m

Split, levantamiento tipológico del centro histórico realizado en 1966.

En algunos casos, como los que he citado de la tipología en Palladio, la relación es muy clara; en otros, como en el análisis del convento cartujo y benedictino, que he hecho en mis lecciones del Politécnico de Milán, los nexos entre tipología, arquitectura y ciudad se establecen con una complejidad y secuencia cada vez mayores.

Elementos tan complejos, y, con todo, cada vez, más ordenados, me han llevado a enunciar la teoría de la ciudad análoga, sobre todo en la Introducción a mi estudio de las ciudades venecianas y en otros escritos. No puedo hacer más que indicar aquí esta teoría, por cuanto constituye un desarrollo derivado de las tesis sostenidas en este libro.

La ciudad análoga se puede entender como un procedimiento compositivo que se centra en algunos hechos fundamentales de la realidad urbana y en torno a los cuales constituye otros hechos en el cuadro de un sistema analógico. Para ilustrar este concepto, he indicado algunas consideraciones sobre la perspectiva de Venecia, de Canaletto, conservada en el museo de Parma, en la que el puente de Rialto del proyecto palladiano, la basílica, el Palazzo Chiericati, se ponen juntos y se describen como si el pintor reprodujera un ambiente urbano observado por él. Los tres monumentos palladianos, de los cuales uno es un proyecto, constituyen así una Venecia análoga, cuya formación se realiza con elementos ciertos y vinculados a la historia de la arquitectura y de la ciudad. La transposición geográfica de los monumentos en torno al proyecto constituye una ciudad que conocemos, aunque se presente como lugar de puros valores arquitectónicos. Esta referencia me servía para demostrar que una operación lógico-formal podía traducirse en un modo determinado de proyección; de ahí viene la hipótesis de una teoría del planeamiento arquitectónico en la que los elementos están prefijados, definidos formalmente, pero en la que el significado que se desprende al término de la operación es el sentido auténtico, imprevisto, original, de la investigación. Esto es un proyecto.

Creo que hay muchas vías para llegar a este proyecto, si definimos cada vez más los argumentos que aquí solamente he indicado. Una de ellas parte directamente de la investigación urbana; el análisis que hemos realizado sobre la ciudad de Milán ha encontrado en su recorrido todas las dificultades que el análisis teórico había señalado; pero, de una manera bastante imprevista, nos ha llevado a componer unas tablas de elementos presentes conjuntamente, que estaban ordenándose en un proyecto. Las tablas, publicadas aquí, son fruto del trabajo realizado con Vanna Gavazzeni y Massimo Scolari, y nos han ofrecido la posibilidad de

realizar una serie de operaciones cuya naturaleza se hacía, cada vez más, de carácter compositivo; también aquí la ciudad análoga ha significado un sistema de referencias de la ciudad a elementos fijos de los que se pueden derivar otros hechos. Por otra parte, la supresión de los límites precisos de tiempo y de espacio ofrece al diseño aquella tensión que hallamos en la memoria.

En este sistema, los proyectos tienen una existencia propia, al igual que las arquitecturas ya construidas; son un término de referencia del todo real. La ciudad de Milán estudiada por los arquitectos refleja el proyecto de Antolini del Foro Bonaparte, como un elemento real. Y es real en la medida en que se traduce en una serie de hechos sucesivos que no pueden explicarse sin su presencia; en otras palabras, sin su forma. Esta dirección de la investigación posee un carácter verdaderamente científico para el mundo de la arquitectura. En cambio, me doy cuenta de que el uso de los textos de geografía, para referirnos a una disciplina cuyo interés es notable para este libro, está siendo ocasión para una investigación rigurosa, pero cerrada. Yo he utilizado estos textos como se utiliza un material de construcción; el problema estriba en servirse de ellos para la ciencia urbana y para la teoría de la arquitectura. Así, al escribir sobre las ciudades venecianas he intentado forzar la interpretación del material, hasta hacerlo asimilable a la teoría de la arquitectura.

Creo que ahora la ciencia urbana, entendida mediante todos los argumentos que he indicado, es como una trama compuesta de miles de hilos y cuyo diseño nos aparece cada vez más claro.

Examinad el problema de la transformación de las murallas de la ciudad antigua, la presencia del material arqueológico, el mismo problema de los centros históricos como partes de la ciudad; en fin, el estudio de la ciudad por partes. No creo que deban examinarse estos elementos en sí sino que se han de ver como elementos de una formación unitaria.

Para terminar, quisiera expresar mi agradecimiento más vivo a mis alumnos y amigos José Charters y José da Nobrega, que se han hecho cargo del trabajo de traducir este libro en lengua portuguesa y que, con su trabajo sobre las ciudades portuguesas y las ciudades de fundación, siguen adelante en la investigación aquí iniciada.

Aldo Rossi

Hechos urbanos y teoría de la ciudad

La ciudad, objeto de este libro, viene entendida en él como una arquitectura. Hablando de arquitectura no quiero referirme sólo a la imagen visible de la ciudad y el conjunto de su arquitectura, sino más bien a la arquitectura como construcción. Me refiero a la construcción de la ciudad en el tiempo.

Pienso que este punto de vista, independientemente de mis conocimientos específicos, puede constituir el tipo de análisis más global acerca de la ciudad. Esta se remite al dato último y definitivo de la vida de la colectividad, la creación del ambiente en el cual ésta vive.

Concibo la arquitectura en sentido positivo, como una creación inseparable de la vida civil y de la sociedad en la que se manifiesta; ella es, por su naturaleza, colectiva.

Así como los primeros hombres se construyeron moradas y en su primera construcción tendían a realizar un ambiente más favorable para su vida, a construirse un clima artificial, igualmente construían según una intencionalidad estética. Iniciaron la arquitectura al mismo tiempo que el primer trazo de la ciudad; la arquitectura es, así, connatural a la formación de la civilización y un hecho permanente, universal y necesario.

Creación de un ambiente más propicio a la vida e intencionalidad estética son los caracteres permanentes de la arquitectura; estos aspectos emergen en cada búsqueda positiva e iluminan la ciudad como creación humana.

Mas, puesto que da forma concreta a la sociedad y puesto que está íntimamente relacionada con ésta y con la naturaleza, la arquitectura es diferente y tiene una originalidad con respecto a todo otro arte o ciencia.

Estas son las bases para el estudio positivo de la ciudad, que ya se dibuja en los primeros asentamientos. Pero con el tiempo, la ciudad crece sobre sí misma; adquiere conciencia y memoria de sí misma. En su construcción permanecen sus motivos originales, pero con el tiempo concreta y modifica los motivos de su mismo desarrollo.

Florencia es una ciudad concreta, pero la memoria de Florencia y su imagen adquieren valores que valen y representan otras experiencias. Por otra parte, esta universalidad de su experiencia nunca podrá explicarnos concretamente aquella forma precisa, aquel tipo de cosa que es Florencia.

Este contraste entre lo particular y lo universal, entre lo individual y lo colectivo, es uno de los puntos de vista principales desde los cuales está estudiada la ciudad en este libro; este contraste se manifiesta en diversos aspectos, en las relaciones entre la esfera pública y la privada, en el contraste entre el diseño racional de la arquitectura urbana y los valores del *locus,* entre edificios públicos y edificios privados.

Por otra parte, mi interés por los problemas cuantitativos y por sus relaciones con los cualitativos constituye una de las razones del origen de este libro: los estudios que he realizado sobre ciudades determinadas siempre han agravado la dificultad de establecer una síntesis y de poder proceder tranquilamente a una valoración cuantitativa del material analítico. En realidad, toda zona parece ser un *locus solus,* mientras que cada intervención parece que deba referirse a los criterios generales de implantación. Así, mientras por un lado niego que se puedan establecer de forma racional intervenciones vinculadas a situaciones locales, por el otro me doy cuenta de que estas situaciones son también las que caracterizan las intervenciones.

Por esto, en los estudios urbanos nunca daremos suficiente importancia al trabajo monográfico, al conocimiento de los hechos urbanos particulares. Omitiendo éstos —aun en los aspectos de la realidad más individuales, particulares e irregulares, pero por ello también más interesantes— terminaremos por construir teorías tan artificiales como inútiles.

Fiel a esta tarea, he tratado de establecer un método de análisis que se preste a una valoración cuantitativa y que pueda servir para reunir el material estudiado según un criterio unitario;

este método se deduce de la teoría de los hechos urbanos antes indicada, de la consideración de la ciudad como manufactura y de la división de la ciudad en elementos primarios y en zona residencial. Estoy convencido de que hay una buena posibilidad de progresar en este campo si se procede a un examen sistemático y comparativo de los hechos urbanos sobre la base de la primera clasificación intentada aquí.

Acerca de este punto me es necesario todavía decir esto: que si la división de la ciudad en esfera pública y esfera privada, elementos primarios y zona residencial, ha sido varias veces señalada y propuesta, nunca ha tenido la importancia de primer plano que merece.

Esa división está íntimamente relacionada con la arquitectura de la ciudad, porque dicha arquitectura es parte integrante del hombre, es su construcción. La arquitectura es la escena fija de las vicisitudes del hombre; con toda la carga de los sentimientos de las generaciones, de los acontecimientos públicos, de las tragedias privadas, de los hechos nuevos y antiguos. El elemento colectivo y el privado, sociedad e individuo, se contraponen y se confunden en la ciudad, constituida por tantos pequeños seres que buscan una sistematización y, al mismo tiempo, juntamente con ella, un pequeño ambiente para ellos, más adecuado al ambiente general.

Los edificios de viviendas y la zona sobre la cual persisten se convierten, en su fluir, en los signos de esta vida cotidiana.

Contemplemos las secciones horizontales de la ciudad que ofrecen los arqueólogos: son como una trama esencial y eterna del vivir; como un esquema inmutable.

Los que recuerden las ciudades de Europa después de los bombardeos de la última guerra tendrán presente la imagen de aquellas casas despanzurradas, donde entre los escombros permanecían firmes las secciones de las habitaciones familiares, con las tapicerías descoloridas, las fregaderas suspendidas en el vacío, el entresijo de tuberías, la deshecha intimidad de cada lugar. Y siempre, envejecidas extrañamente para nosotros mismos, las casas de nuestra infancia en el fluir de la ciudad.

Así, las imágenes, grabados y fotografías de los despanzurramientos nos ofrecen esta visión; destrucción y escombros, expropiación y cambios bruscos en el uso del suelo así como especulación y obsolescencia son algunos de los medios más conocidos de la dinámica urbana; intentaré por ello analizarlos como se merecen. Pero aparte de toda valoración quedan también como la imagen del destino interrumpido de lo singular, de su participación,

muchas veces dolorosa y difícil, en el destino de la colectividad. La cual, como conjunto, parece en cambio expresarse con caracteres de permanencia en los monumentos urbanos. Los monumentos, signos de la voluntad colectiva expresados a través de los principios de la arquitectura, parecen colocarse como elementos primarios, como puntos fijos de la dinámica urbana.

Principios y modificaciones de lo real, constituyen la estructura de la creación humana.

Este estudio intenta, por lo tanto, ordenar y disponer los principales problemas de la ciencia urbana.

El nexo de estos problemas y sus implicaciones ponen a la ciencia urbana en relación con el complejo de las ciencias humanas; pero en este cuadro creo que esa ciencia tiene autonomía propia, aunque en el transcurso de este estudio me pregunto muchas veces cuáles son las características de autonomía y los límites de la ciencia urbana. Podemos estudiar la ciudad desde muchos puntos de vista: pero ésta emerge de manera autónoma cuando la consideramos como dato último, como construcción, como arquitectura.

En otras palabras, cuando se analizan los hechos urbanos por lo que son, como construcción última de una elaboración compleja; teniendo en cuenta todos los datos de esta elaboración que no pueden ser comprendidos por la historia de la arquitectura, ni de la sociología, ni de otras ciencias.

Me siento inclinado a creer que la ciencia urbana, entendida de esta manera, puede constituir un capítulo de la historia de la cultura, y por su carácter total, sin duda, uno de los capítulos principales.

En el curso de este estudio me ocupo de diversos métodos para afrontar el problema del estudio de la ciudad; entre ellos surge el método comparativo. También ahí la comparación metódica de la sucesión regular de las diferencias crecientes será siempre para nosotros la guía más segura para aclarar las cuestiones hasta en sus elementos últimos. Por ello hablo con particular convencimiento de la importancia del método histórico; pero insisto además en el hecho de que no podemos considerar la historia de una ciudad simplemente como un estudio histórico. Debemos también poner particular atención en el estudio de las permanencias a fin de evitar que la historia de la ciudad se resuelva únicamente en las permanencias. Creo, desde luego, que los elementos permanentes pueden ser considerados también en la proporción de elementos patológicos.

El significado de los elementos permanentes en el estudio de

la ciudad puede ser comparado con el que tienen en la lengua; es muy evidente que el estudio de la ciudad presenta analogías con el de la lingüística, sobre todo por la complejidad de los procesos de modificación y por las permanencias.

Los puntos fijados por De Saussure para el desarrollo de la lingüística podrían ser traspuestos como programa para el desarrollo de la ciencia urbana: descripción e historia de las ciudades existentes, investigación de las fuerzas que están en juego de modo permanente y universal en todos los hechos urbanos. Y, naturalmente, su necesidad de limitarse y definirse.

Aplazando un desarrollo sistemático de un programa de este tipo, he intentado detenerme particularmente en los problemas históricos y en los métodos de descripción de los hechos urbanos, en las relaciones entre los factores locales y la construcción de los hechos urbanos, en la identificación de las fuerzas principales que actúan en la ciudad entendidas como fuerzas que están en juego de manera permanente y universal.

La última parte de este libro intenta plantear el problema político de la ciudad; aquí el problema político es entendido como un problema de elección por la cual la ciudad se realiza a sí misma a través de una idea propia de ciudad.

Estoy convencido, desde luego, de que una parte importante de nuestros estudios tendrían que estar dedicados a la historia de la idea de ciudad; en otras palabras, a la historia de las ciudades ideales y a la de las utopías urbanas. Las contribuciones en este sentido, por lo que yo sé, son escasas y fragmentarias, bien que existan investigaciones parciales en el campo de la arquitectura y en la historia de las ideas políticas.

Hay en realidad un continuo proceso de influencias, de intercambios, a menudo de contraposiciones entre los hechos urbanos tal como se concretan en la ciudad y las propuestas ideales. Yo afirmo aquí que la historia de la arquitectura y de los hechos urbanos realizados es siempre la historia de la arquitectura de las clases dominantes; habría que ver dentro de qué límites y con qué éxito las épocas de revolución contraponen un modo propio y concreto de organizar la ciudad.

En realidad, desde el punto de vista del estudio de la ciudad, nos encontramos ante dos posiciones muy diferentes; sería útil iniciar el estudio de estas posiciones a partir de la historia de la ciudad griega y de la contraposición del análisis aristotélico del concreto urbano y de la república platónica. Aquí se plantean importantes cuestiones de método.

Tengo para mí que el planteamiento aristotélico en cuanto es-

tudio de los hechos ha abierto el camino de manera decisiva al estudio de la ciudad y hasta a la geografía y a la arquitectura urbanas.

Sin embargo, es indudable que no podemos percatarnos del valor concreto de ciertas experiencias si no operamos teniendo en cuenta esos dos planos de estudio; de hecho, algunas ideas de tipo puramente espacial han modificado notablemente no sólo de forma sino, con acciones directas o indirectas, los tiempos y los modos de la dinámica urbana.

El análisis de estos modos es para nosotros de extrema importancia.

Para la elaboración de una teoría urbana podemos remitirnos a una masa de estudios imponente; pero tenemos que tomar estos estudios de los más diversos lugares y valemos de ellos para lo que importa en la construcción de un cuadro general de una específica teoría urbana.

Sin querer trazar ningún cuadro de referencia para una historia del estudio de la ciudad, se puede afirmar que hay dos grandes sistemas; el que considera la ciudad como el producto de los sistemas funcionales generadores de su arquitectura, y por ende del espacio urbano, y el que la considera como una estructura espacial.

En los primeros, la ciudad nace del análisis de sistemas políticos, sociales, económicos, y es tratada desde el punto de vista de estas disciplinas; el segundo punto de vista pertenece más bien a la arquitectura y a la geografía.

Bien que yo parta de este segundo punto de vista, como dato inicial, tengo en cuenta los resultados de los primeros sistemas que contribuyen a plantear problemas muy importantes.

Así, en el curso de esta obra hago referencia a autores de procedencia diversa e intento considerar algunas tesis que creo fundamentales independientemente de su calificación. Los autores de que me valgo no son demasiados, considerando la masa del material disponible; pero aparte de la observación general de que un libro o un autor forman parte concretamente de una investigación y su punto de vista constituye una contribución esencial a esta investigación o si no el citarlos no tiene ningún significado, he preferido comentar la obra de algunos autores que creo en todo caso fundamentales para un estudio de este tipo. Las teorías de algunos de estos especialistas, cuyo conocimiento me es por otra parte familiar, constituyen las hipótesis mismas de esta investigación. Cualquiera que sea el punto de partida desde el que queramos ini-

ciar los fundamentos de una teoría urbana autónoma, no podemos prescindir de su contribución.

Quedan, naturalmente, fuera de la discusión que aquí emprendemos algunas contribuciones que son fundamentales y que serán aprovechadas: así las profundas intuiciones de Fustel de Coulanges, de Mommsen y de otros.

Sobre el primero de esos autores me refiero particularmente a la importancia dada por él a las instituciones como elemento realmente constante de la vida histórica y a la relación entre el mito y la institución misma. Los mitos van y vienen sin interrupción de un lado para otro. Toda generación los explica de modo diferente y añade al patrimonio recibido del pasado nuevos elementos. Pero detrás de esa realidad que cambia de una época a otra hay una realidad permanente que en cierta manera consigue sustraerse a la acción del tiempo. En ella tenemos que reconocer el verdadero elemento portador de la tradición religiosa. Las relaciones en que el hombre llega a encontrarse con los dioses en la ciudad antigua, el culto que les rinde, los nombres con los cuales los invoca, los dones y sacrificios que les debe son todo ello cosas unidas a normas inviolables. Sobre ellas el individuo no tiene ningún poder.

Creo que la importancia del rito y su naturaleza colectiva, su carácter esencial de elemento conservador del mito constituyen una clave para la comprensión del valor de los monumentos y, para nosotros, del valor de la fundación de la ciudad y de la transmisión de las ideas en la realidad urbana.

En efecto, doy en el presente esbozo de teoría urbana gran valor a los monumentos; y me detengo a menudo a considerar su significado en la dinámica urbana sin encontrar ninguna solución completamente satisfactoria. Este trabajo tendrá que ser llevado adelante; y estoy convencido de que al hacerlo así será necesario profundizar la relación entre monumento, rito y elemento mitológico en el sentido indicado por Fustel de Coulanges.

Puesto que el rito es el elemento permanente y conservador del mito, lo es también el monumento que, desde el momento mismo que atestigua el mito, hace posibles sus formas rituales.

Este estudio comenzaría en la ciudad griega; nos serviría para aportar notables contribuciones al significado de la estructura urbana que tiene, en sus orígenes, relación inseparable con el modo de ser y con el comportamiento de las personas.

Las contribuciones de la antropología moderna sobre la estructura social de los poblados primitivos abren nuevos proble-

mas al estudio del plano de la ciudad; imponen el estudio de los hechos urbanos según sus motivos esenciales.

Por motivos esenciales entiendo el establecimiento de fundamentos para el estudio de los hechos urbanos y el conocimiento de un número siempre mayor de hechos, y la integración de éstos en el tiempo y en el espacio.

Es decir, la individualización de las fuerzas que están en juego de modo permanente y universal en todos los hechos urbanos.

Consideremos la relación entre realidad de cada hecho urbano y utopías urbanas; generalmente esta relación es estudiada y dada como resuelta dentro de cierto período con un contexto bastante modesto, y con resultados del todo precarios.

¿Y cuáles son los límites entre los que podemos integrar un análisis sectorial de ese tipo en el cuadro de las fuerzas permanentes y universales que están en juego en la ciudad?

Estoy convencido de que las polémicas entre el socialismo utópico y el socialismo científico en la segunda mitad del siglo XIX constituyen un importante material de estudio; pero no podemos considerarlas solamente en su aspecto meramente político, sino que tienen que ser medidas con la realidad de los hechos urbanos si no queremos dar pie a graves distorsiones. Y esto debe hacerse en toda la gama de los hechos urbanos. En realidad, nosotros intentamos la aplicación y la extensión de resultados parciales a la historia de la ciudad.

En general, las historias de la ciudad resuelven los problemas más difíciles fragmentando los períodos entre sí e ignorando así, o no pudiendo captar, a través de resultados diversos que constituyen sin embargo la importancia del método comparativo, los caracteres universales y permanentes de las fuerzas de la dinámica urbana.

Los especialistas de la urbanística, obsesionados por algunas características sociológicas de la ciudad industrial, han descuidado una serie de hechos de extraordinaria importancia y que enriquecen la ciencia urbana con una contribución tan original como necesaria.

Me refiero a los asentamientos y a las ciudades de colonización iniciadas por Europa principalmente después del descubrimiento de América.

Sobre este asunto hay poca cosa; Freyre, por ejemplo, trata de la influencia de ciertas tipologías municipales y urbanas llevadas por los portugueses al Brasil y cómo estuvieron estructuralmente unidas al tipo de sociedad establecida en aquel país. La relación entre familia rural y latifundista de la colonización portu-

guesa en el Brasil, relacionada con la teocrática ideada por los jesuitas y con la española y francesa, tiene enorme importancia en la formación de la ciudad en Sudamérica.

Me he dado cuenta de que este tipo de estudio puede aportar una contribución fundamental al estudio mismo de las utopías urbanas y de la constitución de la ciudad, pero el material de que disponemos es aún demasiado fragmentario.

Por otra parte, los cambios políticos en los Estados modernos han demostrado que el esquema urbano se modifica muy lentamente en el paso de la ciudad capitalista a la socialista; y se nos hace difícil imaginar concretamente la medida de esta modificación. También aquí es válida la relación que se ha establecido con los hechos lingüísticos.

He dividido este libro en cuatro partes; en la primera me ocupo de los problemas de descripción y de clasificación y, por lo tanto, de los problemas tipológicos; en la segunda, de la estructura de la ciudad por partes; en la tercera, de la arquitectura de la ciudad y del *locus* sobre el que ésta persiste y, por lo tanto, de la historia urbana; en la cuarta, en fin, aludo a las principales cuestiones de la dinámica urbana y al problema de la política como elección.

Todos esos problemas se imbrican con la cuestión de la imagen urbana, de su arquitectura; esta imagen sitúa el valor del territorio vivido y construido por el hombre.

Esta cuestión siempre se ha impuesto en nuestros estudios por ser tan connatural con los problemas del hombre. Vidal de la Blanche ha escrito que «[...] los matorrales, los bosques, los campos cultivados, las zonas incultas se fijan en un conjunto inseparable, cuyo recuerdo el hombre lleva consigo». Este conjunto inseparable es la patria natural y artificial a la misma vez del hombre. También para la arquitectura es válida esta acepción de natural. Pienso en la definición de Milizia de la esencia de la arquitectura como imitación de la naturaleza: «[...] a la arquitectura le falta desde luego el modelo formado por la naturaleza; pero tiene otro formado por los hombres, siguiendo el trabajo primitivo al construir sus primeras habitaciones».

Por último, estoy convencido de que el esquema de teoría urbana presentado en este libro puede comprender más de un desarrollo, y que este desarrollo puede asumir acentos y direcciones imprevistos. Pero también estoy convencido de que este progreso en el conocimiento de la ciudad puede ser real y eficaz sólo

si deja de reducir la ciudad a algunos de sus aspectos parciales perdiendo de vista su significado.

En este sentido también estoy convencido de que es necesario ocuparse de los estudios urbanos y de su organización en la escuela y en la investigación asegurándole la autonomía necesaria.

Este bosquejo mío de una teoría urbana fundamentada, como sea que se la quiera juzgar en su trazado y en su planteamiento, es el resultado no definitivo de una larga investigación y cree abrir el discurso sobre el desarrollo de esta investigación más bien que sobre los resultados conseguidos.

CAPÍTULO PRIMERO

Estructura de los hechos urbanos

1. Individualidad de los hechos urbanos

Al describir una ciudad nos ocupamos preponderantemente de su forma; ésta es un dato concreto que se refiere a una experiencia concreta: Atenas, Roma, París.

Esa forma se resume en la arquitectura de la ciudad y por esta arquitectura es por lo que me ocuparé de los problemas de la ciudad. Ahora bien, por arquitectura de la ciudad se puede entender dos aspectos diferentes; en el primer caso es posible asemejar la ciudad a una gran manufactura, una obra de ingeniería y de arquitectura, más o menos grande, más o menos compleja, que crece en el tiempo; en el segundo caso podemos referirnos a contornos más limitados de la propia ciudad, a hechos urbanos caracterizados por una arquitectura propia y, por ende, por una forma propia. En uno y otro caso nos damos cuenta de que la arquitectura no representa sino un aspecto de una realidad más compleja, de una estructura particular, pero al mismo tiempo, puesto que es el dato último verificable de esta realidad, constituye el punto de vista más concreto con el que enfrentarse al problema.

Si pensamos en un hecho urbano determinado nos damos cuenta más fácilmente de eso, y de repente se nos presenta una serie de problemas que nacen de la observación de aquel hecho; por otra parte, también entrevemos cuestiones menos claras, que se refieren a la cualidad, a la naturaleza singular de todo hecho urbano.

En todas las ciudades de Europa hay grandes palacios, o complejos edificatorios, o agregados que constituyen auténticas partes de ciudad y cuya función difícilmente es la originaria.

Tengo presente en este momento el Palazzo della Ragione de Padua.

Cuando visitamos un monumento de ese tipo quedamos sorprendidos por una serie de problemas íntimamente relacionados con él; y, sobre todo, quedamos impresionados por la pluralidad de funciones que un palacio de ese tipo puede contener y cómo esas funciones son, por así decir, completamente independientes de su forma y que sin embargo es esta forma la que queda impresa, la que vivimos y recorremos y la que a su vez estructura la ciudad.

¿Dónde empieza la individualidad de este palacio y de qué depende?

La individualidad depende sin más de su forma más que de su materia, aunque ésta tenga en ello un papel importante; pero también depende del hecho de ser su forma compleja y organizada en el espacio y en el tiempo. Nos damos cuenta de que si el hecho arquitectónico que examinamos fuera, por ejemplo, construido recientemente no tendría el mismo valor; en este último caso su arquitectura sería quizá valorable en sí misma, podríamos hablar de su estilo y por lo tanto de su forma, pero no presentaría aún aquella riqueza de motivos con la que reconocemos un hecho urbano.

Algunos valores y algunas funciones originales han permanecido, otras han cambiado completamente; de algunos aspectos de la forma tenemos una certeza estilística mientras que otros sugieren aportaciones lejanas; todos pensamos en los valores que han permanecido y tenemos que constatar que si bien éstos tenían conexión propia con la materia, y que éste es el único dato empírico del problema, sin embargo nos referimos a valores espirituales.

En este momento tendremos que hablar de la idea que tenemos hecha de este edificio, de la memoria más general de este edificio en cuanto producto de la colectividad; y de la relación que tenemos con la colectividad a través de él.

También sucede que mientras visitamos este palacio, y recorremos una ciudad tenemos experiencias diferentes, impresiones diferentes. Hay personas que detestan un lugar porque va unido a momentos nefastos de su vida, otros reconocen en un lugar un carácter fausto; también esas experiencias y la suma de esas experiencias constituyen la ciudad. En este sentido, si bien es extremadamente difícil por nuestra educación moderna, tenemos que

reconocer una cualidad al espacio. Este era el sentido con que los antiguos consagraban un lugar, y éste presupone un tipo de análisis mucho más profundo que la simplificación que nos ofrecen algunos *tests* psicológicos relacionados sólo con la legibilidad de las formas.

Ha sido suficiente detenernos a considerar un solo hecho urbano para que una serie de cuestiones haya surgido ante nosotros; se pueden relacionar principalmente con algunos grandes temas como la individualidad, el *locus,* el diseño, la memoria; y con él se dibuja un tipo de conciencia de los hechos urbanos más completo y diverso que el que normalmente consideramos; tenemos que experimentar los elementos positivos.

Repito que quiero ocuparme aquí de lo positivo a través de la arquitectura de la ciudad, a través de la forma, porque ésta parece resumir el carácter total de los hechos urbanos, incluyendo su origen.

Por otra parte, la descripción de la forma constituye el conjunto de los datos empíricos de nuestro estudio y puede ser realizada mediante términos observativos; en parte, eso es todo lo que comprendemos por medio de la morfología urbana: la descripción de las formas de un hecho urbano; pero es sólo un momento, un instrumento. Se aproxima al conocimiento de la estructura pero no se identifica con ella. Todos los especialistas del estudio de la ciudad se han detenido ante la estructura de los hechos urbanos, declarando, sin embargo, que, además de los elementos catalogados, había *l'âme de la cité;* en otras palabras, había la cualidad de los hechos urbanos. Los geógrafos franceses han elaborado así un importante sistema descriptivo pero no se han adentrado a intentar conquistar la última trinchera de su estudio: después de haber indicado que la ciudad se construye a sí misma en su totalidad, y que ésta constituye *la raison d'être* de la misma ciudad, han dejado por explotar el significado de la estructura entrevista. No podían obrar de otra manera con las premisas de que habían partido; todos estos estudios han rehusado un análisis de lo concreto que está en cada uno de los hechos urbanos.

2. *Los hechos urbanos como obra de arte*

Intentaré más adelante examinar estos estudios en sus líneas principales; ahora es necesario introducir una consideración fundamental y referirme a algunos autores que dirigen esta investigación.

Al plantear interrogantes sobre la individualidad y la estructura de un hecho urbano determinado se han planteado una serie de preguntas cuyo conjunto parece constituir un sistema capaz de analizar una obra de arte. Ahora bien, aunque toda la presente investigación sea llevada a fin de establecer la naturaleza de los hechos urbanos y su identificación, se puede declarar por de pronto que admitimos que en la naturaleza de los hechos urbanos hay algo que los hace muy semejantes, y no sólo metafóricamente, con la obra de arte; éstos son una construcción en la materia, y a pesar de la materia; son algo diferente: son condicionados pero también condicionantes. [1]

Esta artisticidad de los hechos urbanos va muy unida a su cualidad, a su *unicum;* y, por lo tanto, a su análisis y a su definición. Esta cuestión es extremadamente compleja. Ahora bien, descuidando los aspectos psicológicos de la cuestión, creo que los hechos urbanos son complejos en sí mismos y que a nosotros nos es posible analizarlos pero difícilmente definirlos. La naturaleza de este problema me ha interesado siempre particularmente y estoy convencido de que está plenamente relacionada con la arquitectura de la ciudad.

Tomemos un hecho urbano cualquiera, un palacio, una calle, un barrio, y describámoslo; surgirán todas las dificultades que habíamos visto en las páginas precedentes cuando hablábamos del Palazzo della Ragione de Padua. Parte de estas dificultades dependerán también de la ambigüedad de nuestro lenguaje y parte de ellas podrán ser superadas, pero quedará siempre un tipo de experiencia posible sólo a quien haya recorrido aquel palacio, aquella calle, aquel barrio.

El concepto que pueda hacerse uno de un hecho urbano siempre será algo diferente del tipo de conocimiento de quien vive aquel mismo hecho.

Esas consideraciones pueden limitar de algún modo nuestra tarea; es posible que ésta consista principalmente en definir aquel hecho urbano desde el punto de vista de la manufactura.

En otras palabras, definir y clasificar una calle, una ciudad,

una calle en la ciudad; el lugar de esta calle, su función, su arquitectura y sucesivamente los sistemas de calle posibles en la ciudad y otras muchas cosas.

Tendremos que ocuparnos, por lo tanto, de la geografía urbana, de la topografía urbana, de la arquitectura y de otras disciplinas. Aquí la cuestión ya no es fácil, pero parece posible, y en los párrafos siguientes intentaremos llevar a cabo un análisis en este sentido. Ello significa que, más generalmente, podremos establecer una geografía lógica de la ciudad; esta geografía lógica tendrá que aplicarse esencialmente a los problemas del lenguaje, de la descripción, de la clasificación.

Cuestiones fundamentales, como las tipologías, aún no han sido objeto de un trabajo sistemático serio en el campo de las ciencias urbanas. En la base de las clasificaciones existentes hay demasiadas hipótesis no verificadas, y por lo tanto necesariamente son generalizaciones carentes de sentido.

Pero en las ciencias mencionadas estamos asistiendo a un tipo de análisis más vasto, más concreto y más completo de los hechos urbanos, que considera la ciudad como «lo humano por excelencia», que considera quizá también aquellas cosas que sólo se pueden aprehender viviendo concretamente determinado hecho urbano.

Esta concepción de la ciudad o, mejor, de los hechos urbanos como obra de arte se ha cruzado con el estudio de la ciudad misma; y en forma de intuiciones y descripciones diversas la podemos reconocer en los artistas de todas las épocas y en muchas manifestaciones de la vida social y religiosa; y en este sentido siempre va ligada a un lugar preciso, un lugar, un acontecimiento y una forma en la ciudad.

La cuestión de la ciudad como obra de arte ha sido planteada, sin embargo, explícitamente y de manera científica sobre todo a través de la concepción de la naturaleza de los hechos colectivos, y tengo para mí que cualquier investigación urbana no puede ignorar este aspecto del problema. ¿Cómo son relacionables los hechos urbanos con las obras de arte? Todas las grandes manifestaciones de la vida social tienen en común con la obra de arte el hecho de nacer de la vida inconsciente; a un nivel colectivo en el primer caso, individual en el segundo; pero la diferencia es secundaria porque unas son producidas por el público, las otras para el público; y es precisamente el público quien les proporciona un denominador común.

Con este planteamiento, Lévi-Strauss ha situado la ciudad en el ámbito de una temática rica en desarrollos imprevistos. Tam-

bién ha notado que, más que las otras obras de arte, la ciudad está entre el elemento natural y el artificial, objeto de naturaleza y sujeto de cultura. [2]

Este análisis había sido avanzado también por Maurice Halbwachs cuando vio en las características de la imaginación y de la memoria colectiva el carácter típico de los hechos urbanos.

Esos estudios sobre la ciudad captada en su complejidad estructural tienen un precedente, si bien inesperado y poco conocido, en Cario Cattaneo. Cattaneo nunca ha planteado explícitamente la cuestión de la artisticidad de los hechos urbanos, pero la estrecha conexión que tienen en su pensamiento las ciencias y las artes, como aspectos del desarrollo de la mente humana en lo concreto, hacen posible este acercamiento. Me ocuparé más adelante de su concepción de la ciudad como principio ideal de la historia, del vínculo entre el campo y la ciudad y otras cuestiones de su pensamiento relativas a los hechos urbanos. Aquí interesa ver cómo se enfrenta con la ciudad; Cattaneo nunca hará distinción entre ciudad y campo en cuanto que todo el conjunto de los lugares habitados es obra del hombre. «[...] toda región se distingue de las salvajes en eso, en que es un inmenso depósito de fatigas [...]. Aquella tierra, pues, no es obra de la naturaleza; es obra de nuestras manos, es una patria artificial.» [3]

La ciudad y la región, la tierra agrícola y los bosques se convierten en la cosa humana porque son un inmenso depósito de fatigas, son obra de nuestras manos; pero en cuanto patria artificial y cosa construida pueden también atestiguar valores, son permanencia y memoria. La ciudad es en su historia.

Por ello la relación entre el lugar y los hombres, y la obra de arte que es el hecho último, esencialmente decisivo, que conforma y dirige la evolución según una finalidad estética, nos imponen un modo complejo de estudiar la ciudad.

Y, naturalmente, tendremos que tener también en cuenta cómo los hombres se orientan en la ciudad, la evolución y formación de su sentido del espacio; esta parte constituye, a mi parecer, el sector más importante de algunos recientes estudios norteamericanos y en particular de la investigación de Kevin Lynch; es decir, la parte relativa a la concepción del espacio basada en gran parte sobre los estudios de antropología y en las características urbanas. Observaciones de este tipo habían sido avanzadas también por Max Sorre sobre un material análogo: y particularmente sobre observaciones de Mauss de la correspondencia entre los nombres de los grupos y los nombres de los lugares en los esquimales. Será útil posiblemente volver sobre estos asuntos; por ahora todas estas

cosas nos sirven sólo como introducción a la investigación, y tendremos que volver a ello sólo cuando hayamos tomado en consideración un número mayor de aspectos del hecho urbano hasta intentar comprender la ciudad como una gran representación de la condición humana.

Intento leer aquí esa representación a través de su escena fija y profunda: la arquitectura. A veces me pregunto cómo puede ser que nunca se haya analizado la arquitectura por ese su valor más profundo; de cosa humana que forma la realidad y conforma la materia según una concepción estética. Y así, es ella misma no sólo el lugar de la condición humana, sino una parte misma de esa condición; que se representa en la ciudad y en sus monumentos, en los barrios, en las casas, en todos los hechos urbanos que emergen del espacio habitado. Desde esta escena los teóricos se han adentrado en la estructura urbana siempre intentando percibir cuáles eran los puntos fijos, los verdaderos nudos estructurales de la ciudad, aquellos puntos en donde se realizaba la acción de la razón.

Vuelvo ahora a la hipótesis de la ciudad como manufactura, como obra de arquitectura o de ingeniería que crece en el tiempo; es una de las hipótesis más seguras con las que podemos trabajar. [4]

Contra muchas mistificaciones quizá valga aún el sentido dado a la investigación por Camillo Sitte cuando buscaba leyes en la construcción de la ciudad que prescindieran de los solos hechos técnicos y se diera cuenta plenamente de la «belleza» del esquema urbano, de la forma tal como viene leída: [...] Tenemos hoy tres sistemas principales de construir la ciudad: el sistema ortogonal, el sistema radial, y el circular. Las variantes resultan generalmente de la fusión de los tres métodos. Todos estos sistemas tienen un valor artístico nulo; su único objetivo es el de la reglamentación de la red viaria; es, pues, un objetivo puramente técnico. Una red viaria sirve únicamente para la circulación, no es una obra de arte, porque no es captada por los sentidos y no puede ser abarcada de una sola vez sino sobre el plano. Por ello es por lo que en las páginas precedentes no habíamos nunca sacado a relucir la red viaria; ni hablando de Atenas ni de la antigua Roma, ni de Venecia o de Nuremberg. Desde el lado artístico nos es, ni más ni menos, indiferente. Sólo es artísticamente importante lo que puede ser abarcado con la vista, lo que puede ser visto; así pues,

la calle concreta, la plaza concreta». [5] La cita de Sitte es importante por su empirismo; y hasta, a mi parecer, puede ser relacionada con ciertas experiencias norteamericanas de las que hablábamos más arriba; en donde la artisticidad se puede leer como figurabilidad. He dicho que la lección de Sitte puede valer contra muchas mistificaciones; y es indudable. Se refiere a la técnica de la construcción urbana; sin embargo, habrá en ella siempre el momento, concreto, del diseño de una plaza y un principio de transmisión lógica, de enseñanza, de este diseño.

Y los modelos serán siempre, pues, al menos de algún modo, la calle concreta, la plaza concreta.

Pero por otra parte la lección de Sitte contiene también un gran equívoco; que la ciudad como obra de arte sea reducible a algún episodio artístico o a su legibilidad y no finalmente a su experiencia concreta. Creemos, al contrario, que el todo es más importante que cada una de las partes; y que solamente en su totalidad el hecho urbano, por lo tanto también el sistema viario y la topografía urbana hasta las cosas que se pueden aprender paseando de un lado para otro de una calle, constituyen esta totalidad. Naturalmente, como me dispongo a hacer, tendremos que examinar esa arquitectura total por partes.

Empezaré, pues, por un asunto que abre el camino al problema de la clasificación; es el de la tipología de los edificios y de su relación con la ciudad. Relación que constituye la hipótesis de fondo de este libro y que analizaré desde varios puntos de vista considerando siempre los edificios como monumentos y partes del todo que es la ciudad.

Esta posición era clara para los teóricos de arquitectura de la Ilustración. En sus lecciones en la Escuela Politécnica, Durand escribía: «De même que les murs, les colonnes, etc., sont les éléments dont se composent les édifices, de même les édifices sont les éléments dont se composent les villes». [6]

3. Cuestiones tipológicas

La concepción de los hechos urbanos como obra de arte abre el camino al estudio de todos aquellos aspectos que iluminan la estructura de la ciudad.

La ciudad, como cosa humana por excelencia, está constituida por su arquitectura y por todas aquellas obras que constituyen el modo real de transformación de la naturaleza.

Los hombres de la edad del bronce adaptaron el paisaje a la

necesidad social construyendo manzanas artificiales de ladrillos y excavando pozos, acequias, cursos de agua. Las primeras casas aíslan a los habitantes del ambiente externo y les proporcionan un clima controlado por el hombre; el desarrollo del núcleo urbano extiende la tentativa de este control a la creación y a la extensión de un microclima. Ya en los poblados neolíticos hay la primera transformación del mundo a la necesidad del hombre. La patria artificial es, pues, tan antigua como el hombre.

En el mismo sentido de esas transformaciones se constituyen las primeras formas y los primeros tipos de habitación; y los templos y los edificios más complejos. El tipo se va constituyendo, pues, según la necesidad y según la aspiración de belleza; único y sin embargo variadísimo en sociedades diferentes y unido a la forma y al modo de vida.

Es lógico, por lo tanto, que el concepto de tipo se constituya como fundamento de la arquitectura y vaya repitiéndose tanto en la práctica como en los tratados.

Sostengo, consiguientemente, la importancia de las cuestiones tipológicas; importantes cuestiones tipológicas siempre han recorrido la historia de la arquitectura y se plantean normalmente cuando nos enfrentamos con problemas urbanos. Tratadistas como Milizia nunca definen el tipo, pero afirmaciones como la siguiente pueden ser contenidas en este concepto: «La comodidad de cualquier edificio comprende tres objetos principales: su situación, su forma, la distribución de sus partes».

Pienso, pues, en el concepto de tipo como en algo permanente y complejo, un enunciado lógico que se antepone a la forma y que la constituye.

Uno de los mayores teóricos de la arquitectura, Quatremère de Quincy, comprendió la gran importancia de este problema y dio una definición magistral de tipo y de modelo.

> [...] La palabra *tipo* no representa tanto la imagen de una cosa que copiar o que imitar perfectamente cuanto la idea de un elemento que debe servir de regla al modelo [...]. El modelo entendido según la ejecución práctica del arte es un objeto que tiene que repetirse tal cual es; el tipo es, por el contrario, un objeto según el cual nadie puede concebir obras que no se asemejen en absoluto entre ellas. Todo es preciso y dado en el modelo; todo es más o menos vago en el tipo. Así, vemos que la imitación de los tipos nada tiene que el sentimiento o el espíritu no puedan reconocer.
>
> [...] En todas partes el arte de fabricar regularmente ha nacido de un germen preexistente. En todo es necesario un antecedente; nada en ningún género viene de la nada; y esto no puede dejar de aplicarse a todas las invenciones de los hombres. Así, vemos que todas, a despecho de los cambios posteriores, han conservado siempre claro, siempre manifiesto al sentimiento y a la razón su principio elemental. Es como un especie de núcleo en torno

al cual se han aglomerado y coordinado a continuación los desarrollos y las variaciones de forma, de los que era susceptible el objeto. Por ello nos han llegado mil cosas de todos los géneros, y una de las principales ocupaciones de la ciencia y la filosofía para captar su razón de ser es investigar su origen y su causa primitiva. Eso es a lo que hay que llamar tipo en arquitectura, como en cualquier otra rama de las invenciones y de las instituciones humanas.

Nos hemos dejado llevar a esta discusión para dar a comprender el valor de la palabra *tipo* tomado metafóricamente en una cantidad de obras y el error de aquellos que, o lo desconocen porque no es modelo, o lo desnaturalizan imponiéndole el rigor de un modelo que implicaría las condiciones de copia idéntica. [7]

En la primera parte de la proposición, el autor descarta la posibilidad de algo que imitar o copiar porque en este caso no habría, como afirma la segunda parte de la proposición, «la creación de un modelo», es decir, no se haría arquitectura.

La segunda proposición afirma que en la arquitectura (modelo o forma) hay un elemento que tiene su propio papel; por lo tanto, no algo a lo que el objeto arquitectónico se ha adecuado en su conformación, sino algo que está presente en el modelo. Esa, de hecho, es la regla, el modo constitutivo de la arquitectura.

En términos lógicos se puede decir que este algo es una constante. Un argumento de ese tipo presupone concebir el hecho urbano arquitectónico como una estructura; una estructura que se revela y es conocible en el hecho mismo.

Si este algo, que podemos llamar el elemento típico o simplemente el tipo, es una constante, entonces es posible reencontrarlo en todos los hechos arquitectónicos. Es, pues, también un elemento cultural y como tal puede ser buscado en los diversos hechos arquitectónicos; la tipología se convierte así ampliamente en el momento analítico de la arquitectura, es aún mejor individualizable a nivel de los hechos urbanos.

La tipología se presenta, por consiguiente, como el estudio de los tipos no reducibles ulteriormente de los elementos urbanos, de una ciudad como de una arquitectura. La cuestión de las ciudades monocéntricas y de los edificios centrales o lo que sea, es una cuestión tipológica específica. Ningún tipo se identifica con una forma, si bien todas las formas arquitectónicas son remisibles a tipos.

Este proceso de reducción es una operación lógica necesaria, y no es posible hablar de problemas de forma ignorando estos presupuestos. En este sentido todos los tratados de arquitectura son también tratados de tipología, y en el proyectar es difícil distinguir los dos momentos.

El tipo es, pues, constante y se presenta con caracteres de

necesidad; pero aun siendo determinados, éstos reaccionan dialécticamente con la técnica, con las funciones, con el estilo, con el carácter colectivo y el momento individual del hecho arquitectónico.

Es sabido que la planta central es un tipo determinado y constante, por ejemplo, en la arquitectura religiosa; pero con esto cada vez que se hace la elección de una planta central se crean motivos dialécticos con la arquitetura de aquella iglesia, con sus funciones, con la técnica de la construcción y finalmente con la colectividad que participa de la vida de esta iglesia.

Tiendo a creer que los tipos del edificio de vivienda no han cambiado desde la Antigüedad a hoy, pero esto no significa sostener completamente que no haya cambiado el modo concreto de vivir desde la Antigüedad a hoy y que no siga habiendo nuevos posibles modos de vivir.

La casa con corredor interior es un esquema antiguo y presente en todas las casas urbanas que queramos analizar; un pasillo que da acceso a las habitaciones es un esquema necesario, pero son tantas y tales las variedades entre cada casa en cada época que realizan ese tipo que presentan entre ellas enormes diferencias.

Por último, podemos decir que el tipo es la idea misma de la arquitectura; lo que está más cerca de su esencia. Y por ello, lo que, no obstante cualquier cambio, siempre se ha impuesto «al sentimiento y a la razón», como el principio de la arquitectura y de la ciudad.

El problema de la tipología nunca ha sido tratado de forma sistemática y con la amplitud que es necesaria; hoy esto está surgiendo en las escuelas de arquitectura y llevará a buenos resultados. Desde luego, estoy convencido de que los arquitectos mismos, si quieren ampliar y fundamentar su propio trabajo, tendrán que ocuparse nuevamente de asuntos de esa especie. [8]

No me es posible aquí ocuparme más de ese problema.

Afirmemos que la tipología es la idea de un elemento que tiene un papel propio en la constitución de la forma, y que es una constante. Se tratará de ver las modalidades con las que ello acaece y subordinadamente el valor efectivo de este papel.

Ciertamente, todos los estudios que poseemos en este campo, salvo pocas excepciones e intentos actuales de superación, no se han planteado con mucha atención este problema.

Siempre lo han eludido y pospuesto buscando en seguida alguna otra cosa; esta cosa es la función. Puesto que esta cuestión de la función es absolutamente preeminente en el campo de nuestros estudios, intentaré ver cómo ha emergido en los estudios relativos a la ciudad y a los hechos urbanos en general y cómo ha evolucionado.

Podemos decir, por de pronto, que ha sido planteada, y éste es el primer paso que debe realizarse, en el momento en que se nos ha planteado el problema de la descripción y de la clasificación.

Ahora bien, las clasificaciones existentes no han ido, la mayoría, más allá del problema de la función.

4. Crítica al funcionalismo ingenuo

Al enfrentarnos con un hecho urbano habíamos indicado las cuestiones principales que surgen; entre ellas la individualidad, el *locus,* la memoria, el diseño mismo. No nos hemos referido a la función.

Creo que la explicación de los hechos urbanos mediante su función ha de ser rechazada cuando trate de ilustrar su constitución y su conformación; expondremos ejemplos de dichos hechos urbanos preeminentes en los que la función ha cambiado en el tiempo o sencillamente en los que no hay una función específica. Es, pues, evidente que una de las tesis de este estudio, que quiere afirmar los valores de la arquitectura en el estudio de la ciudad, es la de negar esta explicación mediante la función de todos los hechos urbanos; así, sostengo que esta explicación en vez de ser ilustrativa es regresiva porque impide estudiar las formas y conocer el mundo de la arquitectura según sus verdaderas leyes.

Nos apresuramos a decir que ello no significa rechazar el concepto de función en su sentido más propio; lo algebraico implica que los valores son conocibles uno en función de otro y que entre las funciones y las formas intenta establecer relaciones más complejas que las lineales de causa y efecto que son desmentidas por la realidad.

Rechazamos aquí precisamente esta última concepción del funcionalismo inspirada en un ingenuo empirismo según el cual las funciones asumen la forma y constituyen unívocamente el hecho urbano y la arquitectura.

Un tal concepto de función, tomado de la fisiología, asimila la forma a un órgano para el cual las funciones son las que justi-

fican su formación y su desarrollo y las alteraciones de la función implican una alteración de la forma. Funcionalismo y organicismo, las dos corrientes principales que han recorrido la arquitectura moderna, muestran así la raíz común y la causa de su debilidad y de su equívoco fundamental.

La forma viene así despojada de sus más complejas motivaciones; por un lado el tipo se reduce a un mero esquema distributivo, un diagrama de los recorridos, por otro lado la arquitectura no posee ningún valor autónomo.

La intencionalidad estética y la necesidad que presiden los hechos urbanos y establecen sus complejas relaciones no pueden ser analizadas con ulterioridad.

Aunque el funcionalismo tenga orígenes más lejanos, ha sido anunciado y aplicado claramente por Malinowski; este autor hace una referencia explícita también a la manufactura, al objeto, a la casa. «Tomemos la vivienda humana; ahí también la función integral del objeto tiene que ser tenida en cuenta cuando se estudian las varias fases de su construcción tecnológica y los elementos de su estructura.» [9] De un planteamiento de ese tipo se desciende fácilmente a la consideración sólo de los motivos por los cuales la manufactura, el objeto, la casa sirven. La pregunta «¿para qué sirven?» acaba dando lugar a una simple justificación que obstaculiza un análisis de lo real.

Este concepto de la función es recogido después por todo el pensamiento arquitectónico y urbanístico, y particularmente en el ámbito de la geografía, hasta caracterizar, como se ha visto, por medio del funcionalismo y del organicismo, gran parte de la arquitectura moderna.

En la clasificación de las ciudades ello llega a ser preponderante con respecto al paisaje urbano y a la forma; aunque muchos autores expongan dudas sobre la validez y la exactitud de una clasificación de este tipo creen que no hay otra alternativa concreta para una clasificación eficaz. Así, Chabot, [10] después de haber declarado la imposibilidad de dar una definición precisa de la ciudad porque en su interior siempre hay un residuo imposible de discernir de modo preciso, establece luego funciones, aunque en seguida declara su insuficiencia.

La ciudad como aglomeración es explicada propiamente sobre la base de las funciones que aquellos hombres querían ejercer; la función de una ciudad se convierte en su *raison d'être* y en esa forma se revela. En muchos casos el estudio de la morfología se reduce a un mero estudio de la función.

Establecido el concepto de función, de hecho, se llega inme-

diatamente a la posibilidad de una clasificación evidente; ciudades comerciales, culturales, industriales, militares, etc.

Si bien la crítica presentada aquí al concepto de función es más general, resulta oportuno precisar que, en el interior de este sistema, surge ya una dificultad al establecer el papel de la función comercial. De hecho, tal como ha sido expuesta, esta explicación del concepto de clasificación por funciones resulta demasiado simplificada; supone un valor idéntico para todas las atribuciones de función, lo cual no es verdad.

Una función principal y relevante es, en efecto, la comercial. Esta función del comercio y de los tráficos comerciales es en realidad el fundamento, en términos de producción, de una explicación «económica» de la ciudad que partiendo de la formulación clásica de Max Weber ha tenido un desarrollo particular y en la que nos detendremos más adelante.

Es lógico imaginar que, aceptada la clasificación de la ciudad por funciones, la función comercial, en su constitución y en su continuidad, se presente como la más convincente para explicar la multiplicidad de los hechos urbanos; y para relacionarla con las teorías de carácter económico sobre la ciudad.

Pero justamente el atribuir un valor diferente a cada función nos lleva a no reconocer validez al funcionalismo ingenuo; en realidad, aun desarrollado en este sentido, acabaría por contradecir su hipótesis de principio. Por otra parte, si los hechos urbanos pudiesen continuamente renovarse a través del simple establecimiento de nuevas funciones, los valores mismos de la estructura urbana, puestos de relieve por su arquitectura, estarían disponibles continua y fácilmente; la permanencia misma de los edificios y de las formas no tendría ningún significado y el mismo valor de transmisión de determinada cultura de la que la ciudad es un elemento sería puesto en crisis. Pero todo esto no corresponde a la realidad.

La teoría del funcionalismo ingenuo es, sin embargo, muy cómoda para las clasificaciones elementales, y resulta difícil ver cómo puede ser sustituida a este nivel; se puede, pues, proponer mantenerla en cierto orden, como mero hecho instrumental, pero sin pretender recabar de este mismo orden la explicación de los hechos más complejos.

Piénsese en la definición que hemos intentado avanzar del tipo en los hechos urbanos y arquitectónicos sobre la guía del pensamiento ilustrado; con esta definición de tipo se puede proceder a una clasificación correcta de los hechos urbanos y en última instancia también a una clasificación por funciones cuando éstas

constituyan uno de los momentos de la definición general. Si, al contrario, partimos de una clasificación por funciones, tenemos que admitir el tipo de modo completamente diferente; de hecho, si consideramos como lo más importante la función debemos entender el tipo como el modelo organizador de esta función.

Ahora bien, es justamente este modo de entender el tipo, y a continuación los hechos urbanos y la arquitectura como organización de cierta función, lo que nos aleja más de un conocimiento concreto de lo real.

Si, efectivamente, se puede admitir el clasificar los edificios y las ciudades según su función, como generalización de algunos criterios de evidencia, es inconcebible reducir la estructura de los hechos urbanos a un problema de organización de algunas funciones más o menos importantes; desde luego, esta grave distorsión es lo que ha obstaculizado y obstaculiza en gran parte un progreso real en los estudios de la ciudad.

Si los hechos urbanos son un mero problema de organización, no pueden presentar ni continuidad ni individualidad, los monumentos y la arquitectura no tienen razón de ser, no «nos dicen nada».

Posiciones de ese tipo asumen un claro carácter ideológico cuando pretenden objetivar y cuantificar los hechos urbanos; éstos, vistos de modo utilitario, son tomados como productos de consumo. Más adelante veremos los aspectos más propiamente arquitectónicos de este planteamiento.

En conclusión, se puede afirmar que el criterio funcional de clasificación es aceptable como regla práctica y contingente al igual que otros criterios; por ejemplo, asociativos, constructivos, de utilización de la zona, etc.

Clasificaciones de este tipo tienen su utilidad; pero no cabe duda de que sirven más para decirnos algo desde el punto de vista adoptado por la clasificación (por ejemplo, el sistema constructivo) que sobre el elemento en sí. Precisamente éste es el punto de vista para el que pueden ser aceptadas.

5. *Problemas de clasificación*

Al exponer la teoría funcionalista, he acentuado más o menos voluntariamente aquellos aspectos que dan a esta interpretación una forma de preeminencia y de seguridad. Ello es debido también al hecho de que el funcionalismo ha tenido particular fortuna en el mundo de la arquitectura y todos los que han sido educados

en esta disciplina en los últimos cincuenta años pueden deshacerse de él con dificultad. Tendríamos que indagar cómo ha determinado realmente la arquitectura moderna, obstaculizando, aun hoy, su evolución progresiva: pero ése no es el objetivo que me propongo.

Creo necesario, en cambio, detenerme en otras interpretaciones del campo de la arquitectura y de la ciudad que constituyen los fundamentos para la tesis expuesta aquí.

Las teorías en las que me detengo se relacionan con la geografía social de Tricart, con la teoría de las persistencias de Marcel Poète, con la teoría ilustrada y particularmente con la obra de Milizia.

Todas esas teorías me interesan principalmente porque se fundan en una lectura continua de la ciudad y de la arquitectura sobrentendiendo una teoría general de los hechos urbanos.

Para Tricart [11] la base de la lectura de la ciudad es el contenido social; el estudio del contenido social debe proceder en primer lugar de la descripción de los factores geográficos que dan al paisaje urbano su significado. Los hechos sociales, en cuanto se presentan precisamente como contenido, preceden a las formas y las funciones y por así decirlo las comprenden.

Es objeto de la geografía humana estudiar las estructuras de la ciudad en conexión con la forma del lugar en el que ésta se manifiesta; se trata, pues, de un estudio sociológico en términos de localización.

Pero para proceder al análisis del lugar es necesario establecer *a priori* los límites dentro de los que viene definido. Tricart establece así tres órdenes o tres escalas diversas:

— La escala de la calle que comprende las construcciones y los espacios no construidos que la circundan.
— La escala del barrio que está constituido por un conjunto de manzanas con características comunes.
— La escala de toda la ciudad considerada como un conjunto de barrios.

El principio que hace relacionables y homogéneas esas cantidades es el contenido social que presentan.

Intentaré ahora, desde la aserción de Tricart, desarrollar principalmente un tipo de análisis urbano que, en coherencia con esas

premisas, se desenvuelve en dirección topográfica y que reviste a mi parecer gran importancia.

Antes de exponer esto, sin embargo, conviene hacer una objeción fundamental sobre las escalas de estudio de las partes en que divide la ciudad. El que los hechos urbanos sean estudiados únicamente sobre un principio de localización lo podemos admitir sin más, pero la objeción es de otra naturaleza. En realidad, lo que no podemos admitir es que haya escalas diversas y que las localizaciones se interpreten de alguna manera por su escala o por su extensión; todo lo más podremos admitir que esto sirva desde un punto de vista didáctico, o al objeto de una investigación práctica, pero implica un concepto que no se puede aceptar.

Este concepto tiene relación con la cualidad de los hechos urbanos.

Sin embargo, no sostenemos simplemente que no haya diversas escalas de estudio, sino que es inconcebible pensar que los hechos urbanos cambian de alguna manera a causa de su dimensión.

Aceptar la tesis contraria significaría, como se sostiene en muchas partes, aceptar el principio de la ciudad que se modifica extendiéndose o que los hechos urbanos en sí son diferentes por la dimensión en la cual se producen.

Conviene aquí citar a Ratcliff: «[...] Querer considerar los problemas de la mala distribución de las localizaciones sólo en el contexto metropolitano quiere decir alentar la afirmación popular pero falsa de que se trata de problemas de dimensión. Podemos observar tales problemas, en diversas escalas, en los pueblos, en las poblaciones, en las ciudades, en las metrópolis, porque las fuerzas dinámicas del urbanismo son vitales donde sea que los hombres y las cosas se encuentren en densidad y el organismo humano está sujeto a las mismas leyes naturales y sociales independientemente de la dimensión.

»Relegar los problemas de la ciudad a un problema de dimensión quiere decir entender que las soluciones están en la proyección al exterior del proceso de crecimiento, es decir, en la descentralización; tesis y solución son ambos controvertidos». [12]

Uno de los elementos fundamentales del paisaje urbano a escala de la calle está constituido por los inmuebles de vivienda y por la estructura de la propiedad territorial urbana; hablo de inmueble de vivienda y no de casa porque la definición es mucho más precisa en las diversas lenguas europeas.

El inmueble es, en efecto, una parcela catastral en la que la ocupación principal del suelo está constituida por superficies construidas.

En el inmueble de vivienda la ocupación sirve en gran parte para residencia (hablar de inmuebles especializados y de inmuebles mixtos es, pues, una división importante pero no suficiente).

Si intentamos clasificar estos inmuebles, podemos partir de consideraciones planimétricas. Así tendremos:

a) casas de bloque circundadas de espacio libre;
b) casas de bloque unidas las unas a las otras haciendo fachada sobre la calle y constituyendo una cortina continua paralela a dicha calle;
c) casas de bloque en profundidad que ocupan el suelo de manera casi completa;
d) casas de patio cerrado con jardín y pequeñas construcciones interiores.

Un análisis de este tipo, se ha dicho, puede considerarse descriptivo, geométrico o topográfico. Podemos llevarlo adelante y conocer otros datos interesantes relacionados con esta clasificación en lo que respecta al equipamiento técnico, a los datos estadísticos, a la relación superficie construida-superficie verde, etc.

Estos tipos de cuestiones que nacen de nuestros datos pueden ser relacionados con algunos filones principales, que son, de manera general, los relativos a:

1.° los datos racionales;
2.° la influencia de la estructura de propiedad territorial y los datos económicos;
3.° las influencias histórico-sociales.

De importancia particular es el conocimiento de la estructura de la propiedad territorial y de las cuestiones económicas; estos hechos están después ligados íntimamente a la que habíamos llamado influencia histórico-social.

Para darse mejor cuenta de las ventajas de la aplicación de un análisis de este tipo examinaremos en la segunda parte de este libro el problema de la residencia y el problema del barrio.

Llevemos adelante ahora, para aclarar el análisis propuesto aquí, aunque sea sumariamente, el segundo punto, el relativo a la estructura de la propiedad territorial y a los datos económicos.

La forma de las parcelas de una ciudad, su formación, su

evolución, representa la larga historia de la propiedad urbana; y la historia de las clases profundamente unidas a la ciudad; Tricart ha dicho muy lúcidamente que el análisis del contraste en el trazado de las parcelas confirma la existencia de la lucha de clases.

La modificación de la estructura territorial urbana que podemos seguir con absoluta precisión a través de los mapas históricos catastrales indica el surgimiento de la burguesía urbana y el fenómeno de la concentración progresiva del capital.

Un criterio de este tipo aplicado a una ciudad con un ciclo de vida extraordinaria como la antigua Roma nos ofrece resultados de una claridad paradigmática; desde la ciudad de tipo agrario a la formación de los grandes espacios públicos de la edad imperial y al consiguiente paso de la casa de patio republicana a la formación de las grandes *insulae* de la plebe. Las enormes parcelas que constituyen las *insulae,* con una concepción extraordinaria de la casa-barrio, anticipan los conceptos de la moderna ciudad capitalista y de su división espacial. Y nos muestran también su disfunción y sus contradicciones.

He aquí entonces que los inmuebles que en primer lugar habíamos puesto de relieve topográficamente, a la luz de un análisis topográfico, vistos desde el ángulo económico-social nos ofrecen otras posibles clasificaciones.

Podemos distinguir:

a) casa extracapitalista, constituida por el propietario sin fines de lucro;

b) casa capitalista, forma de renta urbana destinada a ser alquilada, en la que todo está subordinado a la renta. Esta casa puede ser destinada a ricos y a pobres. Pero en el primer caso por la evolución de las necesidades la casa se desclasa rápidamente con la alternancia social. Esta alternancia social en el interior de cada casa crea las zonas *blighted* o degradadas que constituyen uno de los problemas más típicos de la moderna ciudad capitalista, y como tales son particularmente estudiados sobre todo en Estados Unidos, donde son más sobresalientes que entre nosotros;

c) casa paracapitalista para una familia con un piso en alquiler;

d) casa socialista. Es el nuevo tipo de construcción que aparece en los países socialistas donde no existe ya la propiedad privada del suelo, o en países de democracia avanzada. Uno de los primeros ejemplos en Europa se puede hacer remontar a las casas construidas por el municipio de Viena en la primera posguerra.

La hipótesis del análisis del contenido social, aplicado con atención particular a la población urbana, se desarrolla así hasta darnos un conocimiento más completo de la ciudad; se trata de avanzar por ulteriores interrogantes de manera que algunos hechos elementales puedan ordenarse a través del análisis hasta componer hechos más generales.

También la forma de los hechos urbanos toma un interpretación bastante convincente por medio del contenido social; en él hay motivos y razones que tienen un gran papel en la estructura urbana.

La obra de Marcel Poète [13] es sin duda una de las más modernas desde el punto de vista científico del estudio de la ciudad. Poète se ocupa de los hechos urbanos en cuanto indicativos de las condiciones del organismo urbano; ellos constituyen un dato preciso, verificable, en la ciudad existente. Pero su razón de ser es su continuidad; a las noticias históricas es necesario añadir las geográficas, las económicas, estadísticas, pero es el conocimiento del pasado lo que constituye el término de confrontación y la medida para el porvenir.

Este conocimiento se encuentra, pues, en el estudio de los planos de la ciudad; los cuales poseen características formales precisas; la dirección de sus calles puede ser derecha, sinuosa, curva. Pero también la línea general de la ciudad tiene un significado propio y la identidad de existencias tiende naturalmente a expresarse con construcciones que, más allá de diferencias concretas, presentan afinidades innegables. En la arquitectura urbana se establece una relación más o menos evidente entre la forma de las cosas a través de las épocas. A través de la variación de las épocas y las civilizaciones es posible, pues, constatar una permanencia de motivos que asegura una relativa unidad en la expresión urbana. De aquí se desarrollan las relaciones entre la ciudad y el territorio; relaciones que son analizables positivamente por el valor de la calle. La calle adquiere así gran importancia en el análisis de Poète; porque la ciudad nace en un lugar dado, pero es la calle lo que la mantiene viva. Asociar el destino de la ciudad a las vías de comunicación es una regla fundamental de método.

En este estudio de la relación entre calle y ciudad, Poète llega a resultados extremadamente importantes; para determinada ciudad se puede establecer una clasificación de las calles que debe ser reflejada por el mapa del territorio. Y es necesario también

caracterizarlo con arreglo a la naturaleza de los intercambios que se efectúan en ella, los intercambios culturales al igual que los comerciales. Así repite la observación de Estrabón a propósito de las ciudades umbras a lo largo de la vía Flaminia, cuyo desarrollo resulta explicado «más bien porque se encuentran situadas a lo largo de aquella vía que por cualquier importancia particular».

De la calle, el análisis pasa al suelo urbano, y el suelo urbano es un dato natural pero también una obra civil, está relacionado con la composición de la ciudad. En la composición urbana todo debe expresar con la mayor adhesión posible la vida misma de aquel organismo colectivo que es la ciudad. En la base de este urbanismo está la persistencia del plano.

El concepto de la persistencia es fundamental en la teoría de Poète; informará el análisis de Lavedan, que por su unión de elementos extraídos de la geografía y de la historia de la arquitectura se puede considerar uno de los más completos de que disponemos. En Lavedan la persistencia se convierte en la generatriz del plano; esta generatriz es el objetivo principal de la investigación urbana porque, con su comprensión, es posible remontarnos a la formación espacial de la ciudad; en la generatriz está comprendido el concepto de persistencia que se extiende también a los edificios físicos, a las calles, a los monumentos urbanos.

Juntamente con las de algunos geógrafos que he citado como Chabot y Tricart, la de Poète y la de Lavedan están entre las contribuciones más altas de la escuela francesa a la teoría urbana.

La contribución del pensamiento ilustrado a una teoría fundada de los hechos urbanos merecería una investigación especial. En primer lugar, los tratadistas del siglo **XVIII** intentan establecer principios de arquitectura que puedan ser desarrollados sobre bases lógicas, en cierto sentido sin trazado; el tratado viene a constituirse como una serie de proposiciones derivables una de la otra. En segundo lugar, cada elemento viene siempre concebido como parte de un sistema y este sistema es la ciudad; y es por consiguiente la ciudad lo que confiere criterios de necesidad y de realidad a cada arquitectura. En tercer lugar, distinguían la forma, aspecto último de la estructura, del momento analítico de ésta; así la forma tiene una persistencia propia (clásica) que no está reducida al momento lógico.

Sobre el segundo punto se podría discutir largamente, pero sería necesaria una mayor documentación; verdad es que mientras

ello comprende la ciudad existente postula la ciudad nueva, y la relación entre la constitución de un hecho y su entorno es inseparable.

Voltaire, en el análisis del *grand siécle,* ya había indicado como límite de aquellas arquitecturas su desinterés respecto a la ciudad, en tanto que la obligación de toda construcción era la de ponerse en relación directa con la ciudad misma [14]. La explicitación de estos conceptos se tiene con los planos y los proyectos napoleónicos que representan uno de los momentos de mayor equilibrio de la historia urbana.

Ahora intentaré ver, basándome en los tres puntos expuestos, los criterios principales proporcionados por la teoría de Milizia como ejemplo de un tratadista de la arquitectura que se ha situado dentro de las teorías de los hechos urbanos. [15]

La clasificación propuesta por Milizia, el cual trata precisamente de los edificios y de la ciudad a un mismo tiempo, distingue los edificios urbanos en privados y públicos, entendiendo por los primeros las viviendas y por los segundos los elementos principales que yo llamaré primarios. Además, Milizia pone estos agrupamientos como clases, lo cual le permite hacer distinciones en la clase considerada precisando todo elemento como edificio tipo en una función general, o mejor dicho, en una idea general de la ciudad.

Por ejemplo, en la primera clase hay palacios y casas; en la segunda, edificios de seguridad, utilidad pública, mercados, etc. En los edificios de utilidad pública se distinguen después las universidades, las bibliotecas, etc.

El análisis que se realiza se refiere, pues, en principio, a la clase (pública y privada); en segundo lugar, a la situación del elemento en la ciudad, y, finalmente, a la forma y a la distribución del edificio. «[...] La mayor comodidad pública requiere que estos edificios [de utilidad pública] estén situados no muy lejos del centro de la ciudad, y distribuidos en torno a una gran plaza común.»

El sistema general es, pues, la ciudad; las clarificaciones de los elementos son clarificaciones del sistema adoptado.

¿De qué ciudad se trata? De una hipótesis de ciudad que se construye juntamente con la arquitectura.

«También sin sus fábricas suntuosísimas la ciudad puede aparecer bella y respirar hermosura. Pero lo mismo es decir bella ciudad, que buena arquitectura.» [16] Esta afirmación parece decisiva

para todos los tratadistas de la arquitectura de la Ilustración; bella ciudad es buena arquitectura, y la proposición es reversible.

Es poco probable que los tratadistas de aquella época se detuvieran en algún lugar sobre esta afirmación, tan connatural era ella con su modo de pensar; sabemos hasta qué punto su incomprensión de la ciudad gótica era y se debía precisamente a la imposibilidad de captar un paisaje sin captar la validez de cada uno de los elementos que lo constituyen; sin comprender el sistema. Ahora bien, si por ejemplo en el no captar el significado y por lo tanto la belleza de la ciudad gótica se equivocaron, no por ello deja de ser justo el sistema seguido por ellos. Para nosotros la belleza de la ciudad gótica aparece precisamente ahí donde ésta se muestra como un hecho urbano extraordinario en el que la individualidad de la obra es claramente reconocible en sus componentes. Justamente a través de las investigaciones llevadas a cabo sobre esta ciudad captamos su belleza; la cual, sin embargo, participa de un sistema. Y nada hay más falso que definir como orgánica o espontánea la ciudad gótica.

Convendrá destacar aún otro aspecto de la modernidad de la posición considerada.

Después de haber establecido el concepto de clase, se ha dicho, Milizia precisa cualquier edificio tipo dentro de una idea general y lo caracteriza mediante una función. Esta función es considerada independientemente de las consideraciones generales sobre la forma; y hay que entenderla más bien como fin del edificio que como función en sentido propio. Así vienen catalogados en la misma clase edificios de uso práctico y edificios empíricamente observables como objetos, pero construidos en función de conceptos no igualmente observables; así, los edificios para la salud pública o para la seguridad se encuentran dentro de la misma clase de edificios para la magnificencia o la sublimidad.

Hay al menos tres argumentos a favor de este modo de proceder; el primero y principal es el de reconocer la ciudad como una estructura compleja donde se encuentran de hecho partes de ciudad entendidas como obra de arte; el segundo es relativo a la validez de un discurso tipológico general de los hechos urbanos o, en otros términos, que yo puedo dar un juicio técnico aun en aquellos aspectos de la ciudad que por su naturaleza requieren un juicio más complejo reduciéndolos a su constante tipológica, y, finalmente, que esta constante tipológica desempeña «un papel propio» en la constitución del modelo.

Por ejemplo, al tratar de un monumento, Milizia lo refiere a tres factores de análisis: «[...] que sean [...] dirigidos al bien público,

colocados oportunamente, constituidos según las leyes de la conveniencia. Respecto a la conveniencia de la construcción de los monumentos, no podemos decir otra cosa aquí, en general, sino que sean significantes y expresivos, de estructura simple, con inscripciones claras y breves, a fin de que a la más ligera mirada surtan el efecto para el que se construyen». [17] En otros términos, podemos decir que, si respecto a la naturaleza del monumento no podemos expresar otra cosa que una tautología, un monumento es un monumento, podemos, sin embargo, establecer condiciones en el contorno que, aun no pronunciándose sobre la naturaleza del monumento, iluminen sus características tipológicas y compositivas. Estas características son también en gran parte de naturaleza urbana: pero son, además, condiciones de la arquitectura, es decir, de la composición.

Y éste es un aspecto de fondo sobre el que se volverá más adelante.

En fin, no podemos insistir aquí en que, en la concepción ilustrada, clasificaciones y principios no fueran más que un aspecto general de la arquitectura y ésta, en su hacerse concreto y en su ser juzgada, perteneciese a cada obra y a cada artista. Justamente Milizia ridiculiza a los constructores de órdenes arquitectónicos sociales y a los proveedores de modelos objetivos de organización y de compendio de la arquitectura, como debían producirse desde el romanticismo en adelante, cuando afirma que «[...] Derivar la distribución arquitectónica de las celdas de las abejas es un ir a la caza de insectos [...]». [18] También aquí el orden abstracto de la organización y la referencia a la naturaleza, temas que serán fundamentales en todo el desarrollo sucesivo del pensamiento arquitectónico y que ya he indicado en sus dos aspectos de organicismo y funcionalismo vinculados a la misma matriz romántica, son tomados en un aspecto único. En cuanto a la concreción, Milizia ha escrito también: «[...] En su prodigiosa variedad, la distribución no puede ser siempre regulada por preceptos físicos y constantes, y por consiguiente debe ser de suma dificultad. De ahí que la mayor parte de los arquitectos más ilustres, cuando han querido tratar de la distribución, hayan exhibido más bien diseños y descripciones de sus edificios y no reglas para poder instruir». [19]

Este pasaje muestra claramente que la función a que se refería más arriba es entendida aquí como relación y no como esquema de organización; como tal es completamente desechada. En tanto que se buscan reglas que puedan transmitir los principios de la arquitectura.

6. Complejidad de los hechos urbanos

Intentaré ahora hacer explícitas algunas cuestiones surgidas al exponer las teorías tratadas en las páginas precedentes, haciendo resaltar los puntos sobre los que intento desarrollar el presente estudio.

La primera cuestión considerada ha sido tomada de los geógrafos de la escuela francesa; he dicho que éstos, después de haber puesto a punto un buen sistema descriptivo, se detienen ante el análisis de la estructura de la ciudad.

Me refería en particular a la obra de George Chabot, para el cual la ciudad es una totalidad que se construye por sí misma y en la cual todos los elementos concurren a formar *l'âme de la cité.* Creo que ello es uno de los más importantes puntos de llegada en el estudio de la ciudad; punto que hay que tener presente para ver concretamente la estructura del hecho urbano.

¿Cómo se concilia éste con su estudio de la función?

La respuesta, implícita ya en el análisis desarrollado hasta aquí, está sugerida parcialmente por la crítica de Max Sorre en la recensión al libro de Chabot. Sorre ha escrito que, en sustancia, para Chabot «La vie seule explique la vie». Ello significa que si la ciudad se explica en sí misma, entonces el clasificarla por funciones no constituye una explicación, sino que retorna a un sistema descriptivo. La respuesta entonces puede ser formulada del siguiente modo: la descripción de la función es fácilmente verificable, es un instrumento como todo el estudio de la morfología urbana; además, no poniendo elemento alguno de continuidad entre el *genre de vie* y la estructura urbana, como quieren por el contrario los funcionalistas ingenuos, éste parece uno de los elementos de análisis posible como tantos otros.

De estos estudios mantendremos firme, pues, el concepto de la ciudad como totalidad y de la posibilidad de acercarnos a la comprensión de esta totalidad mediante el estudio de sus diversas manifestaciones, de su comportamiento.

Del análisis de Tricart he creído ilustrar la importancia del estudio de la ciudad cuando éste parte del contenido social; el análisis del contenido social permite iluminar el significado de la evolución urbana de modo concreto. He acentuado los aspectos de esta investigación en el sentido de la topografía urbana, y por ello del estudio de la formación de los límites y del valor del suelo urbano como elemento base de la ciudad; veremos más

adelante aspectos de este problema desde el punto de vista de la teoría económica.

En cuanto a la investigación de Lavedan, se podrían anticipar las siguientes cuestiones: si la estructura comprendida por Lavedan es una estructura material, formada por calles, por monumentos, etc., ¿en qué sentido puede ser relacionada con el objeto de esta investigación como hemos anunciado aquí? La estructura, como es entendida por Lavedan, se aproxima a la estructura de los hechos urbanos investigada aquí en cuanto que recoge el concepto de Poète de la persistencia del plano y de la generatriz del plano. Recuérdese, además, que las generatrices son de naturaleza material y mental; no son catalogables en el sentido de funciones. Y puesto que cada función es deducible a través de una forma, la cual finalmente es la posibilidad de existencia de un hecho urbano, podemos afirmar que, en cada caso, una forma, un elemento urbano permite una recogida de información; y si esta forma es posible, también lo es pensar que un hecho urbano determinado permanezca con ella y que sea quizá, como veremos, precisamente todo lo que permanece en un conjunto de transformaciones que constituyen un hecho urbano por excelencia.

Ya me he ocupado del aspecto negativo de las clasificaciones del funcionalismo ingenuo; podemos repetir, pues, que éstas pueden aceptarse en algunos casos aunque no vayan más allá de los límites manualísticos en los cuales las aceptamos. Clasificaciones de este tipo presuponen que todos los hechos urbanos están constituidos por cierta función de modo estático y que su misma estructura es coincidente con la función que ellos desarrollan en determinado momento.

Sostenemos, por el contrario, que la ciudad es algo que permanece a través de sus transformaciones, y las funciones, simples o múltiples, a las que ésta progresivamente lleva a cumplimiento son momentos en la realidad de su estructura. La función viene entonces entendida sólo en su significado de relación más compleja entre varios órdenes de hechos descartando una interpretación de relaciones lineales entre causa y efecto que son desmentidas por la realidad.

Una relación de este tipo es diferente, desde luego, de la de «uso» y de la de «organización».

Es necesario ahora introducir también algunas objeciones a un lenguaje y a un modo de lectura de la ciudad y de los hechos

urbanos que constituye grave estorbo para la investigación urbana. Este modo está, por diversos caminos, relacionado con el funcionalismo ingenuo por una parte y con el romanticismo arquitectónico por otra.

Me refiero a los dos términos *orgánico* y *racional,* tomados del lenguaje de la arquitectura, los cuales mientras que presentan indudable validez histórica para definir cierto estilo o tipo de la arquitectura respecto de otro, no sirven completamente para aclarar los conceptos y para comprender de alguna manera los hechos urbanos.

El término *orgánico* está tomado de la biología; ya he dicho cómo en la base del funcionalismo de Ratzel había la hipótesis de asemejar la ciudad a un órgano y de admitir que la función constituye la forma del órgano mismo*:* [20] Esta hipótesis de naturaleza fisiológica es tan brillante como irreductible a la estructura de los hechos urbanos y, también, al proyectar arquitectónico. (Pero esta observación merecería un desarrollo diferente.) Al lenguaje orgánico hacen referencia los términos de: organismo, crecimiento orgánico, tejido urbano, etc. Los paralelos entre la ciudad y el organismo humano y los procesos del mundo biológico han sido también teorizados pero abandonados en seguida en los estudios ecológicos más serios. La terminología, sin embargo, se ha difundido bastante entre los técnicos hasta el punto de parecer a primera vista íntimamente unido a la materia de que se trata; y muchos conseguirían a duras penas no usar términos como *organismo arquitectónico* y sustituirlos por términos más apropiados como edificio. Lo mismo se puede decir del tejido. Piénsese que a veces algunos autores definen como «orgánica» *tout court* la arquitectura moderna. Por su carácter brillante esta terminología ha pasado rápidamente de los estudios serios [21] al profesionalismo y al periodismo.

No menos imprecisas son las expresiones de la corriente racionalista; de por sí mismo, hablar de una urbanística racional es una mera tautología, siendo condición de la urbanística precisamente la racionalización de las elecciones espaciales. Las definiciones «racionalistas» tienen, sin embargo, el mérito indudable de referirse siempre a la urbanística como disciplina (justamente por su carácter de racionalidad) y por esto ofrecer una terminología de eficacia sin más superior. Decir que la ciudad medieval es «orgánica» significa una absoluta ignorancia de la estructura política, religiosa, económica, etc., de la ciudad medieval así como de su estructura espacial; decir, al contrario, que una planta de Mileto es racional es cierto, si bien resulta general de tan genérica

y no nos ofrece ninguna noción concreta de la planta de Mileto (además del equívoco de confundir la racionalidad con algunos esquemas geométricos simples).

Uno y otro aspectos son criticados muy bien por la frase de Milizia que he referido («[...] Derivar la distribución arquitectónica de las celdas de las abejas es como ir a la caza de insectos»).

Pero si bien todas estas expresiones poseen indudable capacidad expresiva poética, y como tales pueden ser objeto de nuestro interés, nada tienen que hacer con la teoría de los hechos urbanos; son, por el contrario, vehículos de confusión, y conviene, por lo tanto, dejarlos estar completamente.

Se ha dicho que los hechos urbanos son complejos; decir esto equivale a decir que tienen componentes y que cada componente tendrá un valor diverso. (Así como hablando del elemento tipológico hemos dicho que «desempeña su propio papel en el modelo»; aunque en otros términos, también la constante tipológica es una componente.)

Se podría querer que yo diese en seguida una lectura de la ciudad sobre la base de la teoría de los hechos urbanos y por ello de su estructura, pero es necesario llegar a la precisión en los modos posibles e ir progresando sucesivamente.

También se podría preguntar de qué manera concreta son complejos los hechos urbanos. He contestado en parte a esta pregunta en las páginas precedentes analizando la teoría de Chabot y de Poète. Del primero, cuando se detiene ante la constatación de *l'âme de la cité,* y del segundo, poniendo de relieve la importancia de conceptos como la permanencia; habrá que convenir que estas afirmaciones están más allá del funcionalismo ingenuo y se aproximan a la cualidad de los hechos urbanos. Por otra parte, no se ha pensado mucho en esta cualidad; la cual emerge a la vista sólo en las investigaciones históricas. Aquí también se ha dado un decisivo paso adelante recogiendo y sosteniendo la afirmación de que la naturaleza de los hechos urbanos es bastante semejante a la de la obra de arte y sobre todo de que en el carácter colectivo de los hechos urbanos hay el elemento principal para su comprensión.

Sobre la base de todo ello, creo estar en condiciones de delinear un tipo de lectura de la estructura urbana, pero antes de hacerlo es necesario formularnos dos cuestiones de carácter general.

1) Desde qué punto de vista es posible llevar a cabo una lectura de la ciudad y cuántos modos hay para captar su estructura. Si es posible, decir qué significa que esta lectura es de tipo interdisciplinario y si alguna disciplina tiene carácter relevante respecto de las otras. Como se ve, más bien se trata de un grupo de cuestiones relacionadas entre sí.

2) Cuáles son las posibilidades de autonomía de una ciencia urbana.

De las dos cuestiones, la segunda es mucho más decisiva. De hecho, si existe una ciencia urbana el primer grupo de cuestiones acaba teniendo poco sentido; lo que hoy en esta especie de estudios oímos frecuentemente definir como interdisciplinariedad no será otra cosa, como no lo es, sino un problema de especialización, como sucede en cualquier campo del saber relativamente a un objeto específico.

Ahora bien, para responder positivamente a la segunda pregunta es necesario admitir que la ciudad se construye en su totalidad, esto es, que todas sus componentes participan en la construcción de un hecho. En otros términos, muy generales, se puede decir que la ciudad es el progreso de la razón humana (en cuanto cosa humana por excelencia), y esta frase tiene sentido sólo en el momento en que iluminamos la cuestión fundamental, y es que la ciudad y todo hecho urbano son por su naturaleza colectivos. Muchas veces me he preguntado por qué sólo los historiadores nos dan un cuadro completo de la ciudad: creo poder responder que esto sucede porque los historiadores se ocupan del hecho urbano en su totalidad. Cualquier historia de una ciudad hecha por una persona de buena cultura y diligente en la recogida de los datos, nos presenta hechos urbanos de manera satisfactoria. Sé que después de tal incendio, la ciudad de Londres pensó en tales obras, y cómo nació la idea de estas obras y cómo algunas fueron aceptadas, otras desechadas. Y así sucesivamente.

7. *La teoría de la permanencia y los monumentos*

Pero es evidente que pensar en la ciencia urbana como en una ciencia histórica es equivocado; porque en este caso tendríamos que hablar solamente de historia urbana, en tanto que lo que aquí queremos decir es simplemente esto: que la historia urbana parece siempre más satisfactoria, hasta desde el punto de vista de la estructura urbana, que cualquier otra indagación o investigación

sobre la ciudad. Me ocuparé más adelante de manera particular de la contribución histórica a la ciencia urbana examinando contribuciones a los problemas de la ciudad que nacen de consideraciones históricas, mas puesto que este problema es de la máxima importancia, no estará mal anticipar en seguida algunas consideraciones particulares.

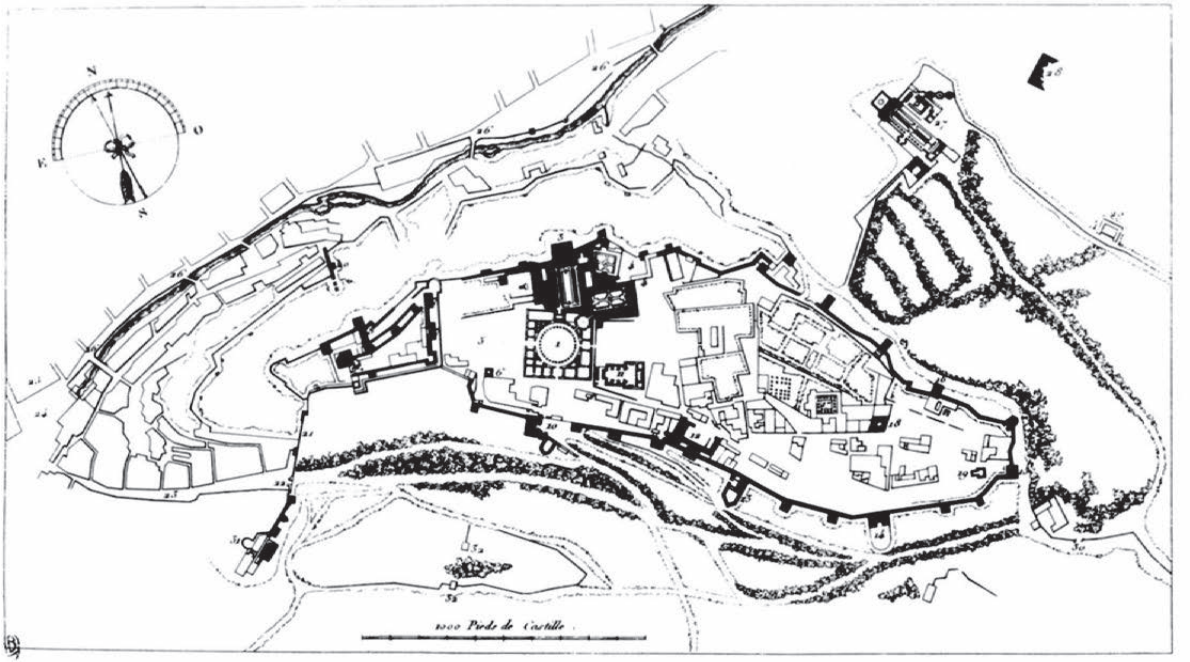
Estas consideraciones atañen a la teoría de las permanencias de Poète y de Lavedan; teoría que he expuesto en las páginas precedentes. Veremos además que la teoría de las permanencias está en parte relacionada con la hipótesis, que ya he anticipado al comienzo, de la ciudad como manufactura. Para estas consideraciones debemos tener presente, además, que la diferencia entre pasado y futuro desde el punto de vista de la teoría del conocimiento consiste precisamente en el hecho de que el pasado es en parte experimentado ahora y que, desde el punto de vista de la ciencia urbana, puede ser éste el significado que hay que dar a las permanencias; éstas son un pasado que aún experimentamos.

Sobre este punto la teoría de Poète no es tan explícita. Intentaré exponerla nuevamente en pocas líneas.

Aunque se trate de una teoría construida sobre muchas hipótesis, entre las cuales hay hipótesis económicas relativas a la evolución de la ciudad, es sustancialmente una teoría histórica y está centrada alrededor del fenómeno de las persistencias. Las persistencias se advierten a través de los monumentos, los signos físicos del pasado, pero también a través de la persistencia de los trazados y del plano. Este último punto es el descubrimiento más importante de Poète; las ciudades permanecen sobre ejes de desarrollo, mantienen la posición de sus trazados, crecen según la dirección y con el significado de hechos más antiguos que los actuales, remotos a menudo. Muchas veces estos hechos permanecen, están dotados de vitalidad continua, y a veces se destruyen; queda entonces la permanencia de las formas, los signos físicos del *locus.* La permanencia más significativa está dada así por las calles y por el plano; el plano permanece bajo niveles diversos, se diferencia en las atribuciones, a menudo se deforma, pero sustancialmente no cambia de sitio. Esta es la parte más válida de la teoría de Poète; nace esencialmente del estudio de la historia, si bien no podemos definirla completamente como una teoría histórica.

A primera vista puede parecer que las permanencias absorben toda la continuidad de los hechos urbanos, pero sustancialmente no es así porque en la ciudad no todo permanece, o lo hace con modalidades tan diferentes que a menudo no son confrontables.

Granada, planta general del recinto de la Alhambra (procedente de una edición de alrededor de 1830).



1 Palais de Charles Quint.
2 Palais royal des Arabes.
3 Tour de Comares.
4 Fabriques ajoutées par Charles V.
5 Grande place dite de los Algibes.
6 Porte Arabe.
7 Alcazaba et tour de l'Hommage.
8 Arsenal.
9 Tour de la veille.
10 Entrée principale de la Forteresse.
11 Eglise paroiss.e vulgairt.ent l'Alhambra.
12 Ancien palais du Mufti.
13 Tour des prisons.
14 Tour dite des 7 étages, anciennt entrée princ.le de la Forteresse
15 Tour de l'Eau et acqueduc qui conduit l'eau à la Forteresse
16 Tour des infantes.
17 Couvent de Récolets.
18 Maison arabe dite des Veuves.
19 Ermitage.
20 Ruines de l'anc.ne muraille par où passoit la porte de Cadix
21 Autre ruine du même.
22 Porte de Grenade.
23 Rue des Gomeles.
24 Place neuve.
25 Chancellerie.
26 Cours de Darra.
27 Le généralif ou maison et jardin de plaisance
28 Portion d'une Fort.e arabe dite la Selle du Maure
29 Etang arabe dit le Bain des Dames.
30 Entrée du chateau de plaisance
31 Chateau de Torres Bermejas.
32 Ruines de la Forteresse arabe

De hecho, en este sentido el método de las permanencias para explicar un hecho urbano está obligado a considerarlo fuera de las acciones presentes que lo modifican; es sustancialmente un método aislador. El método histórico acaba así no ya individualizando las permanencias, sino estando constituido siempre y solamente por las permanencias, puesto que sólo ellas pueden mostrar lo que la ciudad ha sido por todo aquello en que su pasado difiere del presente. Entonces las permanencias pueden convertirse, respecto del estado de la ciudad, en hechos aisladores y anómalos, no pueden caracterizar un sistema sino en forma de un pasado que experimentamos aún.

Acerca de este punto el problema de las permanencias presenta dos vertientes; por un lado los elementos permanentes pueden ser considerados como elementos patológicos; por el otro, como elementos propulsores. O bien nos servimos de estos hechos para intentar comprender la ciudad en su totalidad o acabamos quedando atados por una serie de hechos que no podremos relacionar después con un sistema urbano.

Me doy cuenta de que no he hecho de manera bastante evidente la distinción que hay entre los elementos permanentes de modo vital y los que hay que considerar como elementos patológicos. Intentaré anticipar todavía algunas observaciones aunque no sis temáticamente; en las primeras páginas de este estudio he hablado del Palazzo della Ragione de Padua y he puesto de relieve su carácter permanente; aquí la permanencia no significa sólo que en este monumento se experimenta aún la forma del pasado, que la forma física del pasado ha asumido funciones diferentes y ha continuado funcionando, condicionando aquel contorno urbano y constituyendo siempre un foco importante del mismo. En parte este edificio es aún usado; aunque todo el mundo está convencido de que se trata de una obra de arte, se encuentra normal que en la planta baja dicho palacio funcione casi como un mercado al por menor y ello prueba su vitalidad. Tomemos la Alhambra de Granada; no alberga ya ni a los reyes moros ni a los reyes castellanos, aunque si aceptáramos las clasificaciones funcionalistas deberíamos declarar que eso constituye la principal función urbana de Granada. Es evidente que en Granada experimentamos la forma del pasado de manera completamente diferente de como la podemos experimentar en Padua (o si no completamente, al menos en gran parte). En el primer caso, la forma del pasado ha asumido

una función diferente, pero está íntimamente en la ciudad, se ha modificado y es correcto pensar que podría modificarse aún; en el segundo, está por así decirlo aislada en la ciudad, nada se le puede añadir, constituye una experiencia tan esencial que no se puede modificar (consideremos en este sentido el fracaso sustancial del palacio de Carlos V, que podría ser destruido tranquilamente); pero, en los dos casos, estos hechos urbanos son una parte insuprimible de la ciudad, porque *constituyen* la ciudad.

En este ejemplo he desarrollado argumentos que aproximan aún más y admirablemente un hecho urbano persistente a un monumento; de hecho, podría haber hablado del palacio ducal de Venecia, o del teatro de Nimes o de la mezquita de Córdoba y el argumento no hubiera cambiado. Desde luego me inclino a creer que los hechos urbanos persistentes se identifican con los monumentos; y que los monumentos son persistentes en la ciudad y efectivamente persisten aún físicamente. (Excepto, al fin y al cabo, en casos bastante particulares.)

Esta persistencia y permanencia viene dada por su valor constitutivo; por la historia y el arte, por el ser y la memoria.

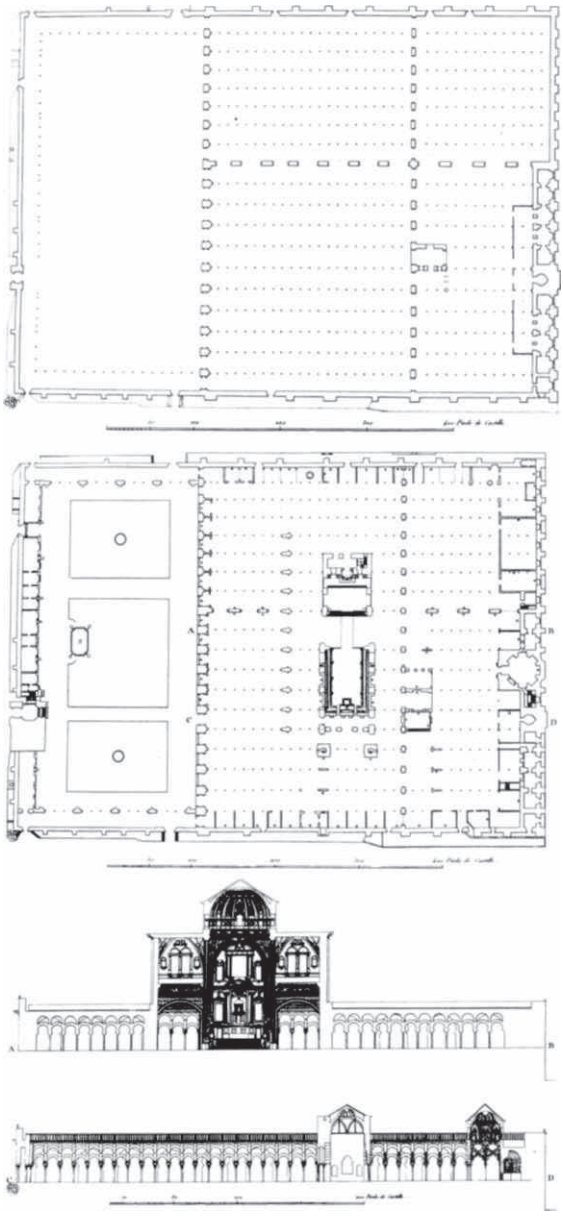
Más adelante expondré varias consideraciones sobre los monumentos.

Aquí podemos constatar finalmente la diferencia de la permanencia histórica en cuanto forma de un pasado que experimentamos aún y la permanencia como elemento patológico, como algo aislado y anómalo.

Esta última forma está constituida en gran parte y ampliamente por el «ambiente», cuando el ambiente es concebido como el permanecer de una función en sí misma aislada en lo sucesivo de la estructura, como anacronismo respecto de la evolución técnica y social. Es notable que, generalmente, cuando se habla de ambiente nos refiramos a un conjunto predominantemente residencial. En este sentido, la conservación del ambiente va contra el proceso dinámico real de la ciudad; las llamadas conservaciones ambientales están en relación con los valores de la ciudad en el tiempo como el cuerpo embalsamado de un santo lo está a la imagen de su personalidad histórica.

En las conservaciones ambientales hay una especie de naturalismo urbano; admito que ello pueda dar lugar a imágenes sugestivas y que, por ejemplo, la visita a una ciudad muerta (admitido que esto pueda suceder en ciertas dimensiones) puede ser una experiencia única, pero nos encontramos aquí completamente fuera de un pasado que experimentamos todavía.

También estoy dispuesto a admitir que reconocer sólo a los



Córdoba, la Mezquita (Medjid-al-Djamia, siglos VIII-X) y su posterior transformación en catedral católica. En la planta superior se ve el edificio en época de la dominación árabe. La planta central y las dos secciones indican la situación del conjunto después de la construcción de la nueva catedral barroca (1599) (procedente de una edición de alrededor de 1830).

monumentos una intencionalidad estética efectiva hasta ponerlos como elementos fijos de una estructura urbana pueda ser una simplificación; es indudable que hasta admitiendo la hipótesis de la ciudad como manufactura y como obra de arte en su totalidad se pueda encontrar una legitimidad de expresión igual en un edificio de viviendas o en cualquier obra menor que en un monumento. Pero cuestiones de este tipo nos llevarían demasiado lejos; aquí sólo quiero afirmar que el proceso dinámico de la ciudad tiende más a la evolución que a la conservación, y que en la evolución los monumentos se conservan y representan hechos propulsores del mismo desarrollo. Y esto es un hecho verificable, lo queramos o no.

Me refiero, naturalmente, a las ciudades normales que tienen un proceso de desarrollo ininterrumpido; los problemas de las ciudades muertas se relacionan sólo tangencialmente con la ciencia urbana, están más bien relacionadas con el historiador y el arqueólogo. Pero considero al menos abstracto el querer reducir o considerar los hechos urbanos como hechos arqueológicos.

Además, he intentado ya demostrar que la función es insuficiente para definir la continuidad de los hechos urbanos, y si el origen de la constitución tipológica de los hechos urbanos es simplemente la función, no se explica ningún fenómeno de supervivencia; una función está siempre caracterizada en el tiempo y en la sociedad; lo que depende estrictamente de ella no puede sino ir unido a su desarrollo.

Un hecho urbano determinado por una función solamente no es disfrutable fuera de la explicación de aquella función. En realidad, nosotros continuamos disfrutando de los elementos cuya función ya se ha perdido desde hace tiempo; el valor de estos hechos reside entonces únicamente en su forma. Su forma participa íntimamente de la forma general de la ciudad, es por así decirlo una variante de ella; a menudo estos hechos van estrechamente vinculados a los elementos constitutivos, a los fundamentos de la ciudad, y éstos se reencuentran en los monumentos. Basta introducir los elementos principales que emergen en estas cuestiones para ver la extrema importancia del parámetro del tiempo en el estudio de los hechos urbanos; pensar en un hecho urbano cualquiera como algo definido en el tiempo constituye una de las aproximaciones más graves que es posible hacer en el campo de nuestros estudios.

La forma de la ciudad siempre es la forma de un tiempo de la ciudad; y hay muchos tiempos en la forma de la ciudad. En el mismo curso de la vida de un hombre la ciudad cambia de rostro

a su alrededor, las referencias no son las mismas; Baudelaire escribió: «Le vieux Paris n'est plus; la forme d'une ville change plus vite, hélas, que le coeur d'un mortel». [22]

Contemplamos como increíblemente viejas las casas de nuestra infancia; y la ciudad que cambia cancela a menudo nuestros recuerdos.

Las consideraciones hechas hasta aquí nos permiten intentar un tipo de lectura de la ciudad.

Vemos la ciudad como una arquitectura de la que destacamos varios componentes, principalmente la residencia y los elementos primarios. Este es el planteamiento que desarrollaré en las páginas siguientes partiendo del concepto de área-estudio.

Admitimos que la residencia constituye la parte mayor de la superficie urbana y que presentando ésta raramente caracteres de permanencia será estudiada en su evolución o juntamente con el área sobre la cual se encuentra; así, hablaré también de área-residencia.

Reconocemos en cambio a los elementos primarios un carácter decisivo en la formación y en la constitución de la ciudad.

Este carácter decisivo puede ser advertido también, y a menudo, por su carácter permanente. Entre los elementos primarios tienen particular papel los monumentos.

Intentaremos a continuación ver qué parte tienen efectivamente estos elementos primarios en la estructura de los hechos urbanos y por qué motivos los hechos urbanos pueden ser considerados como obra de arte o, al menos, cómo la estructura general de la ciudad es semejante a una obra de arte. El análisis que hemos realizado precedentemente de algunos autores y de algunos hechos urbanos nos ha conducido a reconocer esta constitución general de la ciudad y los motivos de su arquitectura.

Nada hay de nuevo en todo ello, y me he valido de las contribuciones más diferentes para proceder a la formación de una teoría de los hechos urbanos que corresponda a la realidad. Por ello considero algunos de los temas discutidos aquí, como los de la función, de la permanencia, de la clasificación y de la tipología, como particularmente significativos.

Sé que todos estos temas merecerían un desarrollo particular; pero aquí me urge delinear sobre todo el esquema de la arquitectura de la ciudad y afrontar algunos problemas de su constitución total.

Notas al capítulo primero

[1] En su introducción a su más hermoso libro, Mumford ha expresado todo esto recogiendo los términos más complejos y estimulantes de los estudios sobre la ciudad. En particular, toda aquella literatura anglosajona (sin excluir el esteticismo Victoriano) que él ha desarrollado.

Cito el fragmento de la traducción italiana.

«[...] La ciudad es un hecho natural, como una gruta, un nido, un hormiguero. Pero es también una consciente obra de arte, y encierra en su estructura colectiva muchas formas de arte más simples y más individuales.

»El pensamiento toma forma en la ciudad; y a su vez las formas urbanas condicionan el pensamiento. Porque el espacio, no menos que el tiempo, está organizado ingeniosamente en la ciudad; en las líneas y contornos de las murallas, en el establecimiento de planos horizontales y cimas verticales, en la utilización o contraste de la conformación natural [...]. La ciudad es contemporáneamente un instrumento material de vida colectiva y un símbolo de aquella comunidad de objetivos y de consentimientos que nace en circunstancias tan favorables. Con el lenguaje, quizás es la mayor obra de arte del hombre.»

LEWIS MUMFORD, *The Culture of Cities,* Nueva York, 1938; edición italiana, Milán, 1953. Versión castellana: *La cultura de las ciudades,* Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, 1968.

La ciudad como obra de arte llega a ser con frecuencia el contenido y la experiencia insustituible en la obra de muchos artistas: a menudo su nombre va ligado a una ciudad.

Como ejemplo de particular importancia para una investigación de las relaciones entre la ciudad y la obra literaria y para la misma ciudad como obra de arte, véase el discurso de Thomas Mann sobre Lubeck.

THOMAS MANN, «Lubeck als geistige Lebensform», en *Zwei Festreden,* Leipzig, 1945.

La complejidad del análisis de la estructura urbana aparece ya en forma moderna en el diario de viaje de Montaigne y se desarrolló en los especialistas viajeros, artistas del período de la Ilustración.

MICHEL DE MONTAIGNE, *Journal de voyage,* París, 1774

[2] CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Tristes Tropiques,* París, 1955. Versión castellana: *Tristes trópicos,* Editorial Universitaria de Buenos Aires - EUDEBA, Buenos Aires, 1967. Versión catalana: *Tristos tròpics,* Editorial Anagrama, Barcelona, 1969.

Página 121. «La ville [...] la chose humaine par excellence.» El autor introduce las primeras consideraciones sobre la cualidad del espacio y sobre los caracteres misteriosos de la evolución de la ciudad. En la conducta de cada individuo todo es racional, pero no por ello se puede hallar en la ciudad un momento inconsciente; por esto la ciudad en la relación individuo-colectividad ofrece un extraño contraste.

Página 122. «[...] Ce n'est donc pas de façon métaphorique qu'on a le droit de comparer —comme on l'a si souvent fait— une ville a un symphonie ou a un poème; ce sont des objets de même nature. Plus précieuse peut-être encore, la ville se situe au confluent de la nature et de l'artifice.» En las consideraciones del autor sobre el tema confluyen de nuevo los estudios de naturaleza ecológica, las relaciones del hombre y el ambiente y del hombre en la formación del ambiente.

Comprender la ciudad de modo concreto significa captar la individualidad de los habitantes; individualidad que es la base de los monumentos

mismos. «[...]. Comprendre una ville, c'est, par delà ses monuments, par delà l'histoire inscrite dans ses pierres, retrouver la manière d'être particulière de ses habitants.»

[3] CARLO CATTANEO, «Agricoltura e morale», en *Notiziario su la Lombardia e altri scritti su l'agricoltura,* Milán, 1925.

En estas páginas el autor da el cuadro completo de su concepción de los «hechos naturales» en un análisis en el que lingüística, economía, historia, geografía, derecho, geología, sociología, política, concurren en la individuación de la estructura de los hechos. Además de la herencia ilustrada, su positivismo se ilumina ante cada problema. «La lengua alemana designa con una misma voz el arte de edificar y el arte de cultivar; el nombre de la agricultura *(Ackerbau)* no suena "cultivo", sino "construcción"; el labrador es un edificador *(Bauer).* Cuando las ignorantes tribus germánicas vieron a la sombra de las águilas romanas edificarse los puentes, las vías, las murallas, y con fatiga poco diferente transformarse en viñedos las vírgenes márgenes del Rin y del Mosela, comprendieron todas aquellas obras con un solo nombre. Así, un pueblo debe edificar sus campos como sus ciudades» (página 105).

Los puentes, las vías, las murallas son el inicio de la transformación; ésta forma el ambiente del hombre y se convierte en historia.

La claridad de este planteamiento hace de Cattaneo uno de los primeros urbanistas en sentido moderno cuando se aplica a los problemas del territorio; véase su intervención en los problemas que surgían de los nuevos trazados ferroviarios: Así, Gabriele Rosa en su biografía de Carlo Cattaneo: «[...] Se trataba de abrir allí la arteria entre Milán y Venecia. Los matemáticos estudiaban rígidamente la cuestión geográfica, prescindiendo de la población, de la historia, de la economía tópica, elementos rebeldes a las líneas matemáticas. Ello requería la mente profunda y flexible de Cattaneo para echar limpidez en esta nueva y grave cuestión [...]; él buscó qué línea permitía mayor amplitud de lucro privado y de utilidad pública. Dijo que la obra no debía sacrificarse a la tiranía del terreno; que el objetivo no era tanto pasar velozmente cuanto hacer lucrativa la velocidad; que las idas y venidas son mayores en pequeñas distancias; que la máxima corriente debía estar en la línea que unía los centros tenaces y antiquísimos, y que en Italia quien presciende del amor a las patrias particulares sembrará siempre en la arena».

[4] Acerca de la ciudad como manufactura, véase: OSKAR HANDLIN y JOHN BURCHARD, *The historian and the city,* Harward, 1963, p. 165. «The city as an artifact», p. 177. ANTHONY N. B. GARVAN, *Proprietary Philadelphia as an artifact.*

Aclarado el término desde el punto de vista arqueológico y antropológico: «If, therefore, the term a can be applied to an urban complex at all, it should be applied in such a way to seek all those aspects of the city and its life for which the material structure, building, streets, monuments were properly tool or artifact» (p. 178).

En este sentido, Cattaneo habla de la ciudad como cosa física, como construcción del trabajo humano: «La fatiga construye las casas, los diques, los canales, las vías»; ver nota 3

[5] CAMILLO SITTE, *Der Städtebau nach seinen künstlerischen Grundsätzen,* Viena, 1899. (Reimpresión a cargo del Instituto para el Urbanismo, Planificación y Ordenación del Espacio de la Escuela Superior Técnica de Viena, 1972, a cargo del Prof. Dr. R. Wurzer); edición italiana, Milán, 1953, con un prefacio de Luigi Dodi. Versión castellana: *Construcción de ciudades según principios artísticos,* Editorial (instavo Gili, S. A., Barcelona, 1980.

Es interesante la biografía cultural de Sitte, que es esencialmente la de un técnico; estudió en el Politécnico de Viena y fundó en 1875 la Staatsgewerbeschule de Salisburgo y luego la de Viena.

[6] JEAN-NICOLAS-LOUIS DURAND, *Précis des leçons d'architecture données à l'École Royale Polytechnique,* París, 1802-1805.

[7] QUATREMÈRE DE QUINCY, *Dictionnaire historique de l'Architecture,* París, 1832.

La definición de Quatremère ha sido reiterada recientemente por Giulio Carlo Argan y desarrollada con particular interés. GIULO CARLO ARGAN, *Sul concetto di tipologia architettonica,* recogido en *Progetto e destino,* Milán, 1965. Versión castellana, *Proyecto y destino,* Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969.

Sobre este problema, véase: LOUIS HAUTECOEUR, *Histoire de l'architecture classique en France,* t. V, París, 1953.

Página 122. «[...] Quatremère professait que il y a corrélation entre les dimensions et les formes et les impressions que notre esprit en reçoit.» R. SCHNEIDER, *Quatremère de Quincy,* cit. en Hautecoeur.

[8] Entre los nuevos aspectos de la investigación llevada a cabo por los arquitectos sobre los problemas tipológicos son particularmente interesantes las lecciones dadas por Carlo Aymonino en la Universidad de Arquitectura de Venecia.

CARLO AYMONINO, *La formazione del concetto di tipologia edilizia,* Instituto Universitario di Architettura di Venezia, Venecia, 1965.

«[...] Podemos, por lo tanto, intentar individuar algunos "caracteres" de las tipologías edificatorias que nos permitan precisarlas mejor: *a)* la unicidad del tema, aunque subdividido en una o más actividades, de las que derivar una notable elementalidad (o simplicidad) del organismo; esto vale también para los casos más complejos; *b)* la indiferencia —en el planteamiento teórico— en el contorno, es decir, en una precisa colocación urbana (de lo que deriva una notable intercambiabilidad de ésta) y la constitución de una relación sólo con la propia planimetría, como un único confín disfrutable (relación incompleta); *c)* la superación de las regulaciones edificatorias en cuanto el tipo es individuado precisamente a través de una forma arquitectónica que le es propia. El tipo está, de hecho, condicionado también por regulaciones (higiénicas, de seguridad, etc.), pero no sólo por ellas» (p. 9).

[9] BRONISŁAW MALINOWSKY, *A Scientific Theory of Culture and Other Essays,* Londres, 1944; edición italiana, Milán, 1962. Versión castellana: *Una teoría científica de la Cultura,* Editorial Sudamericana, S. A., Buenos Aires, 1970.

Funcionalismo en geografía. El concepto de función fue introducido por Ratzel en 1891 y, tomado de la fisiología, hace semejante la ciudad a un órgano; las funciones de la ciudad son las que justifican su existencia y su desarrollo. Estudios más recientes distinguen entre funciones unidas a la centralidad y a la unión con la región *(Allgemeine Funktionen)* de las funciones particulares *(Besondere Funktionen).* En estos últimos estudios la función tiene mayor referencia espacial. Para el uso de estos términos en relación con la ecología, ver nota 17. Ya en su aparición, el funcionalismo en geografía se encontraba en ciertas dificultades en la clasificación de la función comercial, que adquiría naturalmente el predominio. Ratzel, en la *Antropogeographie* definía la ciudad como «[...] eine dauernde Verdichtung von Menschen und menchlichen Wohnstätten die einen anschlichen Bodenraum bedeckt und im Mittelpunkt grosseren Verkehrswegeliegt». También Wagner insiste en la ciudad como punto de concentración del comercio *(Handel und Verkehr).*

FRIEDRICH RATZEL, *Antropogéographie,* Berlín, 1882-1891.

Para un compendio de las tesis de los geógrafos alemanes al respecto, véase:

Allgemeine Geographie, Frankfurt am Main, 1959, en particular la voz *Siedlungsgeographie.*

JACQUELINE BEAUJEU-GARNIER y GEORGES CHABOT, *Traité de Géographie urbaine,* París, 1963. Versión castellana: *Geografía urbana,* Editorial Vicens-Vives, S. A., Barcelona, 1972.

J. H. G. LEBON, *An Introduction to Human Geography,* Londres, 1963.

[10] GEORGES CHABOT, *Les Villes,* Paris, 1958. Version castellana: *Las ciudades,* Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1972.

Chabot clasifica las funciones principales en: militares, comerciales, industriales, terapêuticas, intelectuales y religiosas, administrativas. Finalmente, admite que en la ciudad las diversas funciones se confunden la una con la otra, acabando así por adquirir el valor de un hecho inicial; se trataria de funciones elementales y originárias más bien que de hechos permanentes.

En ei sistema de Chabot la función es un momento, juntamente con el plano, de la vida urbana. Su concepción es, pues, más rica y articulada.

[11] J. TRICART, *Cours de géographie humaine;* vol. I : «L'habitat rural», vol. II : «L'habitat urbain», Paris, 1963.

Advierte que: «[...] Comme toute étude de faits en eux-mêmes, la morphologie urbaine suppose une convergence des données habituellement recueillies par des disciplines différentes; urbanisme, sociologie, histoire, économie politique, droit même. Il nous suffit que cette convergence ait pour but l'analyse et l'explication d'un fait concret, d'un paysage pour affirmer qu'elle a sa place dans la cadre géographique» (p. 4).

[12] RICHARD U. RATCLIFF, «The dinamicy of efficiency in the locational distribution of urban activities», en *Readings in urban geography,* Chicago, 1959, p. 299.

[13] MARCEL POÈTE, *Introduction a l'urbanisme, l'évolution des villes, la leçon de l'antiquité,* Paris; ed. ital., Turin, 1958.

Sobre la influencia ejercida por Poète en los estúdios urbanos, véanse las colecciones anuales de la revista *La vie urbaine,* editada en Paris y dirigida por Lavedan. La revista ha publicado estúdios e investigaciones sobre la ciudad de caracter preferentemente histórico, de notable nivel.

La obra monumental de Poète, quizás inigualada en los estúdios sumários de la ciudad, es: M. P., *Une vie de Cité; Paris de sa naissanse à nos jours,* Paris, 1924-1931.

Los estúdios sobre Paris están condensados en: IVJ. P., *Comment s'est formé Paris,* Paris, 1925. Mumford ha definido este libro como un librito que contiene el saber de una vida entera.

[14] «[...] beaucoup de citoyens ont construit des édificies magnifiques, mais plus recherchés pour l'intérieur que recommandables par le dehors dans le gran goût, et qui satisfont le luxe des particuliers encore plus qu'ils n'embellissent la ville.»

VOLTAIRE, "Siècle de Louis XIV", en *O.C.,* t. IV, Paris, 1827, pp. 244-245.

JEAN MARIETTE, *L'Architecture française,* con un prefacio de Louis Hautecoeur, Paris-Bruselas, 1927.

A. BLUNT, *Mansart,* Warburg Institute, Londres, 1942.

[15] FRANCESCO MILIZIA, *Principi di architectura civile,* edición critica a cargo de Giovanni Antolini, Milán, 1832.

[16] MILIZIA, *op. cit.,* p. 663.

[17] *Idem,* p. 420.

[18] *Idem,* p. 235.

[19] *Idem,* p. 236.

[20] Un tratamiento de este problema debería afrontar el gran tema de la ecologia que se desarrolla con las obras clásicas de Humboldt, Grisebach y Warming hasta el debate moderno.

ALEXANDRE DE HUMBOLDT, *Essai sur la géographie des plantes,* Paris, 1805.

GRISEBACH, *Die Végétation der Erde,* Leipzig, 1872.

EUGEN WARMING, *Ecology of plants,* Oxford, 1909.

El punto de partida está en el reconocimiento de las formas de crecimiento *(growthforms)* de la especie; y en el esfuerzo de llevar a un primer plano un reconocimiento de los factores externos (ambiente físico) sin desmentir la acción recíproca de los seres vivientes, comprendido el hombre. Para una amplia bibliografía al respecto, véase la obra de Brunhes.

JEAN BRUNHES, *La Géographie humaine,* París, 1942. Versión castellana: *Geografía humana,* Editorial Juventud, S. A.. Barcelona, 1964.

Es evidente la fascinación de estos estudios por la ciencia urbana. El término *ecología humana* aparece en Park (1921).

AMOS H. HAWLEY, *Human Ecology. A Theory of Community Structure,* Londres, 1950; véase también el cap. III, sección 1.ª, y la nota 6 de este capítulo. Versión castellana: *Ecología humana,* Editorial Tecnos, S. A., Madrid, 1972.

[21] En el ensayo del estudio de Souriau es interesante pero poco fundado en el estudio de la ciudad como hecho concreto.

ETIENNE SOURIAU, «Contribution a la physiologie des cités, Le végétal ville ou rythme et raison», en *Urbanisme et architecture,* París, 1954.

[22] CHARLES BAUDELAIRE. *Tableaux Parisiens,* LXXXIX, «Le Cygne», en *Les Fleurs du mal,* París, 1959. Versiones castellanas: *Las flores del mal,* EDAF, Madrid, 1973, y Editorial Bruguera, S. A. Barcelona, 1973.

Baudelaire es uno de los literatos cuyas intuiciones criticas sobre arquitectura y la ciudad son de lo más sorprendente.

Los elementos primarios y el área

1. El área-estudio

En el capítulo precedente, al desarrollar la hipótesis de la ciudad como manufactura, como arquitectura total, se han anticipado y sostenido tres proposiciones distintas.

La primera sostiene que el desarrollo urbano es correlativo en sentido temporal, es decir, que en la ciudad hay un antes y un después; esto significa reconocer y demostrar que a lo largo de la coordenada temporal estamos conexionando fenómenos que son estrictamente comparables y homogéneos por su naturaleza.

De esta proposición se ha deducido el análisis de los elementos permanentes.

La segunda proposición se refiere a la continuidad espacial de la ciudad; aceptar esta continuidad significa aceptar como hechos de naturaleza homogénea todos aquellos elementos que encontramos sobre cierto territorio, o mejor, en cierto contorno urbanizado, sin suponer que haya ruptura entre un hecho y otro.

Esta proposición puede ser muy controvertida y tendremos que volver a menudo sobre las implicaciones que presenta. (Por ejemplo, no es aceptada cuando se sostiene que entre la ciudad histórica y la ciudad tal cual se forma después de la revolución industrial hay un salto cualitativo; y aun cuando se habla de ciudad abierta y ciudad cerrada como hechos de naturaleza diferente, etc.)

Finalmente, como tercera y última proposición, debemos admitir que, en el interior de la estructura urbana, hay algunos ele-

mentos de naturaleza particular que tienen el poder de retrasar o acelerar el proceso urbano y que, por su naturaleza, son bastante sobresalientes.

Me ocuparé ahora más específicamente del lugar en el que se manifiestan los hechos urbanos; es decir, del área en la cual es posible ponerlos de manifiesto, del suelo urbano que es un dato natural pero también una obra civil y parte sustancial de la arquitectura de la ciudad.

Esta área podemos verla en su conjunto, y entonces constituye la proyección de la forma de la ciudad sobre un plano horizontal, o por partes determinadas.

Los geógrafos llaman a esto el sitio *(site),* es decir, el área sobre la que surge una ciudad; la superficie que ésta ocupa realmente. Desde el punto de vista geográfico, es esencial para la descripción de una ciudad y, junto con la localización y la ubicación, es un elemento importante para clasificar varias ciudades.

Introduciré el concepto de área-estudio.

Puesto que suponemos que hay una interrelación entre cualquier elemento urbano y un hecho urbano de naturaleza más compleja hasta la ciudad en la que se manifiestan, deberemos aclarar a qué contorno urbano nos referimos.

Este contorno urbano mínimo está constituido por el área-estudio; con este término entiendo designar una porción del área urbana que puede ser definida o descrita recurriendo a otros elementos del área urbana tomada en su conjunto; por ejemplo, al sistema viario.

El área-estudio puede, por lo tanto, considerarse una abstracción respecto al espacio de la ciudad; sirve para definir mejor cierto fenómeno. Por ejemplo, para comprender las características de cierta parcela y su influencia sobre un tipo de viviendas será necesario examinar las parcelas colindantes, las que constituyen precisamente cierto contorno, para ver si tal forma es completamente anormal o bien si nace de condiciones más generales de la ciudad.

Pero el área-estudio puede ser un área definida por características históricas; coincide con un hecho urbano preciso. El considerarla en sí significa reconocer a esta parte de un conjunto urbano más vasto características precisas, una cualidad diferente.

Esta cualidad de los hechos urbanos es de gran importancia; el reconocer diferentes cualidades nos aproxima al conocimiento de la estructura de los hechos urbanos.

Intentaré ilustrar después otras definiciones del área-estudio; como, por ejemplo, las relaciones entre el concepto espacial del área-estudio y el sociológico de *natural area.* Consideraciones de este tipo podrán servir para introducir el concepto de barrio. En otros casos el área-estudio puede considerarse como un *recinto* o una sección vertical de la ciudad.

Como quiera que sea, queda el hecho de que en todo caso tendríamos que definir siempre los límites del contorno urbano del que nos ocupamos; ésta será la mejor garantía para no aceptar las distorsiones más graves que están difundidas en el campo de nuestro estudio y que consideran el crecimiento de la ciudad, y el devenir de los hechos urbanos, como un proceso continuo y natural en que desaparecen las verdaderas diferencias de los hechos.

En realidad, la estructura de los hechos hace que las ciudades sean distintas en el tiempo y en el espacio *per genus et differentiam.*

Todo cambio de un hecho urbano presupone un salto cualitativo.

Puesto que me doy cuenta de que los argumentos aducidos en apoyo de la naturaleza de estas relaciones no son decisivos, no intentaré proponer rápidamente alguna solución, sino más bien insistir en las distinciones y las definiciones que a menudo introducimos al ocuparnos de temas de este tipo.

Todo el presente trabajo está concebido con esa intención; se sostendrá aquí que: *a)* entre estos dos hechos, tipología edificatoria y morfología urbana, existe una relación binaria y el poner en claro esta relación puede llevar a resultados interesantes; *b)* estos resultados son extremadamente útiles para el conocimiento de la estructura de los hechos urbanos, estructura que no se identifica con la relación antedicha, pero que en buena parte es aclarada por el conocimiento de esta relación.

Se ha anticipado una primera definición del concepto de área-estudio. Juzga definir a qué contorno urbano nos referimos.

El área-estudio puede considerarse una abstracción respecto al espacio de la ciudad; abstracción que sirve para definir mejor cierto fenómeno. Se daba por ello, en parte, una definición del área-estudio como método de trabajo y una definición del área-estudio más compleja entendida como elemento cualitativo específico de la ciudad.

En el presente párrafo y en todo este capítulo nos ocuparemos de la naturaleza particular de algunos hechos urbanos, aunque nos limitaremos en parte a su descripción.

La importancia *a priori* que atribuyo al área-estudio puede ser comprendida con estas dos afirmaciones:

a) desde el punto de vista de la intervención creo que hoy se debe operar sobre una parte de ciudad definida sin impedir, en nombre de una planificación abstracta del desarrollo de la ciudad, también la posibilidad de experiencias totalmente diferentes.

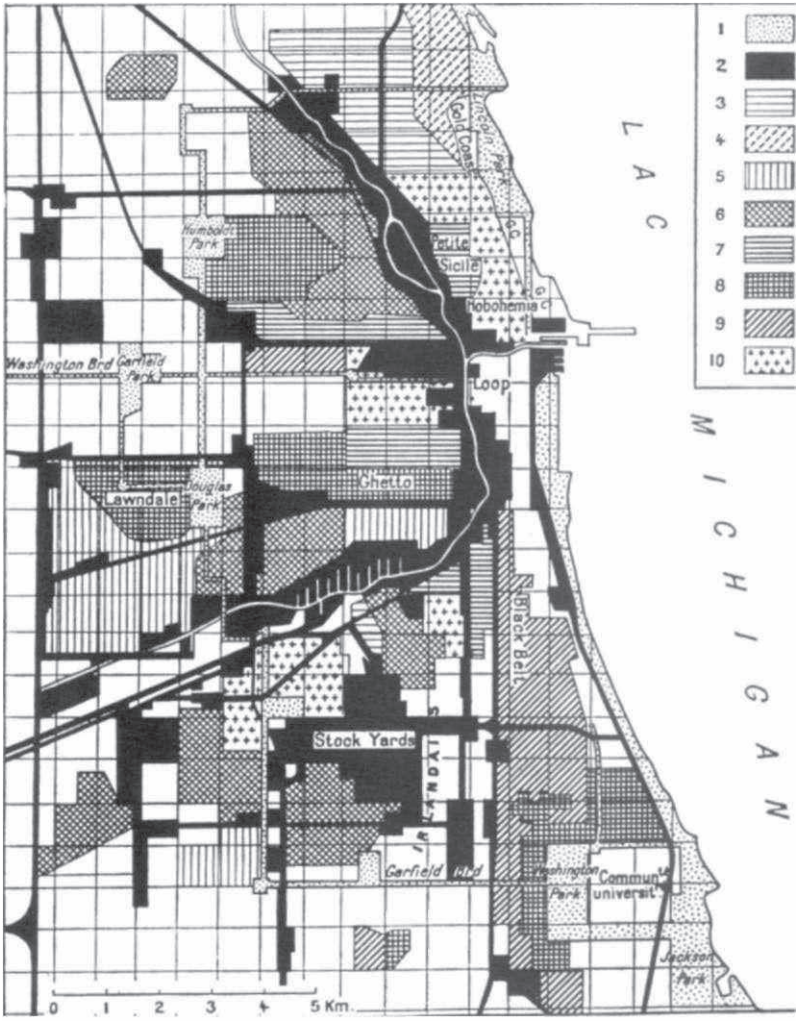
Una parte de ciudad ofrece mayores criterios de concreción desde el punto de vista del conocimiento y desde el de la programación. (Intervención.)

b) La ciudad no es por su naturaleza una creación que pueda ser reducida a una sola idea base. Ello es verdad para la metrópoli moderna, pero es igualmente cierto para el concepto mismo de ciudad que es la suma de muchas partes, barrios y distritos muy diversos y diferenciados en sus características formales y sociológicas. Es precisamente esta diferenciación lo que constituye uno de los caracteres típicos de la ciudad: querer restringuir estas zonas diversas en un principio único de explicación carece de sentido, así como quererlas constreñir a una única ley formal. La ciudad, en su vastedad y en su belleza, es una creación nacida de numerosos y varios momentos de formación; la unidad de estos momentos es la unidad urbana en su complejo; la posibilidad de leer la ciudad con continuidad estriba en su prominente carácter formal y espacial. [1]

Creo que estas afirmaciones sirven para poner de relieve que el estudio del área, entendida como parte constituyente de la ciudad, interesa aquí para el análisis de la forma de la ciudad en cuanto elemento característico y a menudo decisivo de su forma; estas afirmaciones no tienen relación con el sentido comunitario del área y las implicaciones que las doctrinas comunitarias han dado al barrio. Al menos no tienen relación directamente con esta cuestión, cuya naturaleza es en gran parte sociológica, aunque sea necesario indicar este aspecto de la cuestión.

Aquí las áreas siempre están entendidas como unidades del conjunto urbano que han emergido a través de una operación de diferentes procesos de crecimiento y diferenciación o bien los barrios o partes de la ciudad que han adquirido características propias.

La ciudad está vista como una gran obra, destacable en la forma y en el espacio, pero esta obra puede ser captada a través de sus fragmentos, sus momentos diversos; ésta es la observación que podemos hacer con seguridad. La unidad de estas partes está



Chicago

División de la ciudad por zonas étnicas

1 — Parques y arterias principales
2 — Terrenos industriales, ferrocarriles
3 — Alemanes
4 — Suecos
5 — Checoslovacos
6 — Polacos y lituanos
7 — Italianos
8 — Judíos
9 — Negros
10 — Población mixta

dada fundamentalmente por la historia, por la memoria que la ciudad tiene de sí misma.

Ahora bien, estas áreas, estas partes, resultan definidas esencialmente por su localización; son la proyección sobre el terreno de los hechos urbanos, su conmensurabilidad topográfica y su presencia.

Estas áreas originales pueden ser individualizadas como unidades del conjunto urbano que ha emergido mediante una operación de diferentes momentos de crecimiento y diferenciación o bien como barrios o partes de la ciudad que han adquirido carácter propio.

En fin, podemos llegar a una extensión más general y conceptual del problema definiéndolo como un concepto que comprende una serie de factores espaciales y sociales que se producen como influjos determinantes sobre los habitantes de un área cultural y geográfica suficientemente circunscrita.

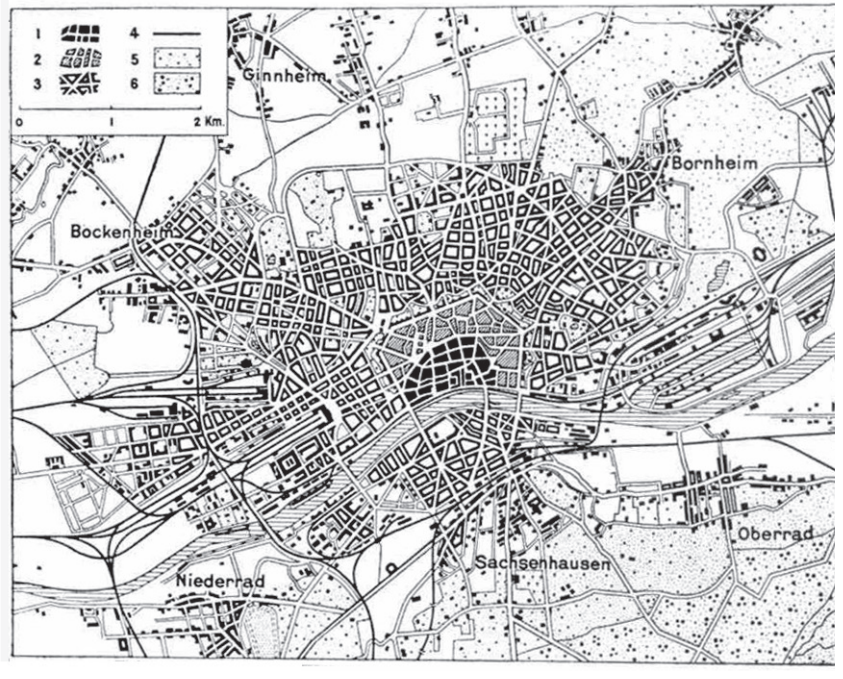
Desde el punto de vista de la morfología urbana, la definición es más simple abarcando todas las zonas urbanas definidas por caracteres de homogeneidad física y social. (Si bien definir en qué consiste la homogeneidad no es sencillo, sobre todo desde el punto de vista formal; se podría anticipar la definición de homogeneidad tipológica; es decir, todas aquellas áreas que presentan una constancia de los modos y de los tipos del vivir que se concreta en edificios semejantes. En este sentido la homogeneidad de los barrios, de las *Siedlungen,* etc.)

Pero el estudio de estos caracteres acaba por convertirse en específico de la morfología social o de la geografía social (en este sentido, véase la posibilidad de definir la homogeneidad desde el punto de vista sociológico), que analiza las actividades de los grupos sociales en cuanto se manifiestan durablemente a través de determinados caracteres territoriales.

El estudio del área se convierte así en un momento particular del estudio de la ciudad, y el conjunto de estas observaciones da lugar a una auténtica y real ecología urbana, condición necesaria para el estudio sobre la ciudad.

Los dos rasgos distintivos que vienen a configurarse en esta relación son así la masa y la densidad que se manifiestan a través de la continuidad de la ocupación del espacio en el plano horizontal y el vertical.

El área como parte de la ciudad es una superficie relativa a cierta masa y densidad, y es también el momento de una tensión interna en la vida de la misma ciudad.



Frankfurt am Main. Plano general de la ciudad. 1. Núcleo antiguo; 2. La ciudad del siglo XIV; 3. Los barrios modernos; 4. Líneas ferroviarias; 5. Parques urbanos; 6. Bosques.

2. Area y barrio

Si bien en términos ecológicos la relación es inescindible, la definición posee gran capacidad de apertura de los problemas.

El concepto de área desarrollado en las páginas precedentes va estrechamente vinculado al de barrio; he introducido problemas de este tipo recapitulando la teoría de Tricart; creo que será más preciso referirnos al concepto de parte o pedazo de ciudad admitiendo a ésta como sistema espacial formado por varias partes con sus características. Una teoría de este tipo ha sido desarrollada suficientemente por Schumacher; creo que responde bastante bien a la realidad.

Por otro lado, esta parte de ciudad no es otra cosa más que una extensión del área-estudio.

El barrio se convierte, por ello, en un momento, un sector, de la forma de la ciudad, íntimamente vinculado a su evolución y a su naturaleza, constituido por partes y a su imagen. De estas partes tenemos una experiencia concreta. Para la morfología social, el barrio es una unidad morfológica y estructural; está caracterizado por cierto paisaje urbano, cierto contenido social y una función propia; de donde un cambio de uno de estos elementos es suficiente para fijar el límite del barrio. También hay que tener en cuenta aquí que el análisis del barrio como hecho social fundado en la segregación de clases o de razas y en la función económica, o en todo caso en el rango social, corresponde indudablemente al mismo proceso de formación de la metrópoli moderna, y ello es tan cierto para la antigua Roma como para las grandes ciudades de hoy. Pero aquí se sostiene que estos barrios no están tan subordinados los unos a los otros sino que son partes relativamente autónomas; sus relaciones no son explicables con una simple función de dependencia, sino que deben ser relacionadas con toda la estructura urbana.

Sostener que una parte de la ciudad constituye otra ciudad en su interior significa oponerse a otro aspecto de la teoría funcionalista.

Este otro aspecto es el de la zonificación. Aquí no quiero referirme a la zonificación en cuanto práctica técnica, que es algo aceptable y tiene otro significado, sino a la teoría de la zonificación como ha sido propuesta por Park y Burgess a propósito de la ciudad de Chicago; esta teoría ofrecía un modo de lectura de la ciudad aparentemente convincente si bien artificial, hasta el

Viena

Plano esquemático (arriba a la derecha) que muestra las etapas sucesivas del desarrollo de Viena.

1 — Viena'en 1683
2 — Viejos barrios del siglo **XVIII y** *principios del* XIX *en el interior de los muros de 1703*
3 — El «.Ring»
4 — Barrios de 1860
5 — Desarrollo desde fines del siglo XIX *y principios del* XX

punto de tener un éxito tan rápido cuanto breve. También en este caso se había procedido demasiado rápidamente a una extensión impropia de resultados válidos en sí.

¿Cómo se planteó esta teoría?

La enunciación científica de la teoría del *zoning* fue expresada en 1923 por Burgess [2] partiendo de sus estudios sobre Chicago; el *zoning* viene definido como la tendencia de la ciudad a disponerse por barrios concéntricos alrededor de un barrio central de negocios o un barrio de tipo direccional. En la descripción de la ciudad de Chicago, Burgess indicaba una serie de zonas concéntricas correspondientes cada una a funciones bien definidas; el centro de negocios que absorbe la vida comercial, social, administrativa y del transporte; la zona de transición que circunda el centro y que está representada por una especie de aureola de degradación formada por residencias pobres donde están los negros y los inmigrados recientes y donde se encuentran pequeñas oficinas; la zona de residencia obrera, donde están los trabajadores que desean vivir cerca de sus fábricas; la zona de residencia más rica, que comprende viviendas individuales y edificios de varias plantas, y por fin una zona externa, donde están los inmigrados agrupados en torno a los nodos de las calles que convergen hacia la ciudad.

Entre las críticas hechas a esta teoría, que parece esquemática hasta aplicada a la misma Chicago, ha tenido cierta fortuna la de Hoyt, que ha intentado establecer, también en términos muy sintéticos, un principio de crecimiento según ciertos ejes de tráfico, es decir, según ciertas líneas de transporte; ello acaba sobreponiendo a los sectores concéntricos, sectores radiales a partir del centro de la ciudad. Una teoría de este tipo es tangente a la de Schumacher, y sobre todo a sus propuestas para el plano de Hamburgo.

Conviene destacar que si el término *zonificación* aparece en forma de teoría con Burgess, sin embargo hace su primera aparición con los estudios de Baumeister en 1870 y entra como tal a formar parte de la ordenación prusiana para la ciudad de Berlín en 1925. Pero en el caso de la ordenación de Berlín está entendido en un sentido completamente diferente; ésta indica en la ciudad cinco zonas (residenciales, protegidas, comerciales, industriales, mixtas), pero la disposición de estas zonas no está entendida en sentido radiocéntrico. Si bien el centro de negocios corresponde al centro histórico, después hay una alternancia de zonas industriales, residenciales y terrenos libres que contradicen la enunciación de Burgess. [3]

Se podrían analizar otros estudios y otras definiciones, en

gran parte de geógrafos, más ricas y complejas, pero todas ellas demasiado ligadas a situaciones particulares.

Hugo Hassinger, estudiando Viena, describe la ciudad en 1910 como constituida por la *Altstadt,* circundada por el *Ring,* y por el *Grossstädtischer Vorstadtgürtel,* es decir, la parte de densidad altísima comprendida entre el *Ring* y el *Gürtel.* [4] Más allá de estas zonas que él indica como las que constituyen el *Grossstadtkern,* el núcleo de la ciudad, habla del *Grosstädtischer Weichbild,* es decir, la zona constituida por la propia y verdadera ciudad y por el campo. (Aproximadamente, lo que los especialistas norteamericanos después han definido como franjas urbanas.)

Hemos indicado muy someramente estas teorías para darnos cuenta de cómo al comienzo se intentó leer las posiciones y las relaciones de las diversas partes de la ciudad. A estas teorías se han añadido muchas otras, pero éste no es lugar para analizarlas.

Ni tampoco quiero refutar la teoría de Burgess; esta refutación ya ha sido anticipada universalmente. De la teoría de Burgess sólo me apremiaba poner de relieve cómo la debilidad fundamental está en el concebir las diversas partes de la ciudad como meras transcripciones de una función y entender ésta de manera tan estrecha que determina toda la ciudad como si no existiese algún otro hecho que tener en consideración.

Esta concepción es limitada en su concebir la ciudad como una serie de momentos sencillamente contrapuestos que se resuelven sobre la base de una simple normativa fundada en la diferenciación; una concepción de este tipo resulta demasiado limitativa de los valores más profundos que pertenecen a la estructura de los hechos urbanos; a esta concepción se opone en cambio la posibilidad de establecer hechos urbanos en toda su integridad, capaces así de resolver una parte de ciudad de manera completa, determinando todas las relaciones que se pueden establecer en cierto hecho. Desarrollaré estas consideraciones ocupándome de la arquitectura de la ciudad porque éstas atienden finalmente a los fundamentos y al semblante de la ciudad.

Del enunciado de Baumeister nos podemos en cambio valer como de un enunciado cualquiera sobre la ciudad; que existen zonas especializadas es indudable. Podemos llamar a éstas zonas caracterizadas; tienen una fisonomía particular; son partes autónomas. Su disposición en la ciudad no depende —o no solamente depende— de las diversas funciones coordinadas de las que necesita la ciudad, sino, principalmente, de todo el proceso histórico de la ciudad, por el cual ésta es de aquel modo o tiende a ser de algún modo preciso según su constitución.

En fin, Hassinger, no obstante los rígidos planos y las parcelaciones en cuadrícula sobrepuestas a la ciudad, capta la característica de fondo que se mantiene hasta nuestros días y que está íntimamente vinculada con la forma de la ciudad de Viena; aquí ya no se trata de una división meramente funcional de la ciudad, sino más bien de una definición por partes y por formas, por características; estas características son la síntesis de funciones y de valores.

Se puede decir solamente, de manera general, que toda ciudad posee un centro más o menos complejo, con características diversas, y que éste tiene en la vida urbana un papel particular; las actividades terciarias están en parte concentradas en este centro, en gran parte a lo largo de los ejes de comunicaciones externas, en parte en grandes complejos residenciales. Lo que caracteriza la ciudad desde el punto de vista general de las relaciones interzonales es la existencia de una red terciaria compleja y polinuclear.

Pero este centro y los otros no pueden ser estudiados sino como hechos urbanos de naturaleza primaria; sólo conociendo su estructura y su situación podremos conocer su papel particular.

Todas estas consideraciones nos conducen, pues, a la confirmación de la teoría que ve la ciudad distinguida en partes diversas y, desde el punto de vista formal e histórico, constituyendo hechos urbanos complejos; puesto que en un barrio la parte residencial es preeminente, y ésta, con sus aspectos ambientales, cambia notablemente en el tiempo caracterizando el área sobre la cual persiste, más bien que las construcciones, he propuesto usar el término *área-residencia.* (El término *área,* como se ha visto, está desarrollado en la literatura sociológica.)

De acuerdo con una teoría de los hechos urbanos, cada una de las partes de la ciudad atenta a la estructura de los hechos mismos más bien que a la función; han sido distinguidas por características y son partes caracterizadas.

Es universalmente conocido el hecho de que, en la ciudad antigua, los barrios de la misma fueron bien distintos los unos de los otros, con su centro, sus monumentos y su modo de vida; y lo podemos encontrar en la historia urbana tanto como en la misma realidad física de la arquitectura. Estas características no son diferentes en la ciudad moderna y no lo son sobre todo en las grandes ciudades de Europa, ya sea allí donde se ha intentado encerrar la ciudad en un gran diseño unitario, como París, ya sea en

forma absolutamente emergente en la ciudad que está típicamente conformada por lugares y situaciones diferentes: Londres.

Pero el fenómeno es sobre todo relevante en las ciudades norteamericanas, y a través de sus muchos componentes emerge en primer plano entre los problemas urbanos, a menudo dramáticos, de aquel gran país. Sin pretender siquiera rozar aquí los componentes sociales del problema, se indica solamente en la formación y en la evolución de la ciudad norteamericana una confirmación de la «ciudad por partes».

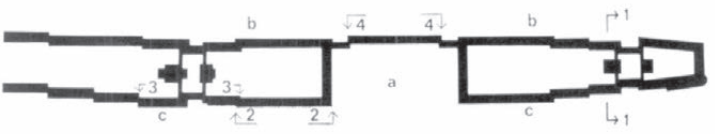
Lynch, analizando el material de sus investigaciones, escribe: «[...] Muchos entrevistados subrayaron cuidadosamente que Boston, si bien desconcertante en su sistema de caminos hasta para aquel que habita en ella desde hace mucho tiempo, tiene una cualidad compensadora en el número y en la vivacidad de sus barrios diferenciados. Según palabras de uno de ellos, cualquier parte de Boston es diferente de otra. Se puede muy bien individualizar el área en la cual se encuentra [...] Nueva York [...] fue citada [...] porque posee cierto número de barrios característicos bien definidos, situados en un ordenado marco de ríos y de calles». [5]

Ocupándose siempre del barrio, Lynch habla de áreas de referencia, «con escaso contenido y perceptivo pero útiles, sin embargo, como conceptos organizados» y distingue entre barrios «introversos, vueltos sobre sí mismos, con escasas referencias a la ciudad circundante» y «barrios aislados» que surgen independientes de su zona.

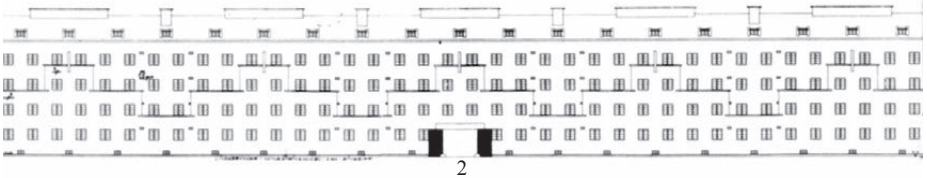
Aquí he utilizado el material recogido por Lynch para la tesis de la ciudad constituida en partes diferenciadas; indagaciones de este tipo pueden ser muy útiles para la ciencia urbana.

Creo que, además del análisis llevado a cabo por Lynch desde el punto de vista psicológico, se podrían llevar a cabo investigaciones lingüísticas que atestiguaran los estratos más profundos de la estructura de lo real y por lo tanto de la realidad urbana. Piénsese en la expresión vienesa de *Heimatbezirk,* de donde el barrio se identifica con la patria y con el espacio vital. Justamente, Hellpach ha hablado de la metrópoli como la patria del hombre moderno. El *Heimatbezirk* expresa particularmente bien la estructura morfológica e histórica de Viena, ciudad en sí plurinacional aunque probablemente el único lugar concreto de la concepción unitaria del Estado de los Habsburgo.

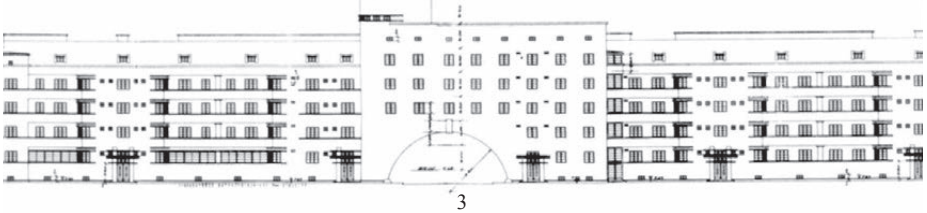
En Milán la división de las partes externas a las murallas españolas en suburbios es recomendable en un atento estudio histórico-'morfológico: pero un fenómeno de persistencia ha permanecido vivo en la lengua, tanto que el principal de ellos, corres-



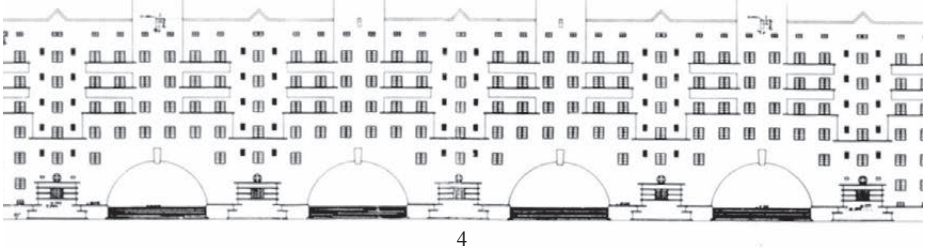
1



2



3



4

Viena, Karl Marx-Hof, iniciado en 1927, Karl Ehn, arquitecto, Heiligenstädter Strasse n.° 82 a 90. Planimetría esquemática del conjunto y alzados (a. Heiligenstädter Platz; b. Bosch Strasse; c. Heiligenstädter Strasse).

pondiente a la zona de San Gotardo, y la misma zona, es llamado por los milaneses *el burg.*

Una investigación lingüística del tipo aquí señalado podría dar interesantes resultados para el estudio de las formaciones de la ciudad, paralelamente a las investigaciones llevadas a cabo con los métodos de la psicología.

Con ello no intento referirme sólo a los estudios de la toponomástica, aunque estos últimos ofrezcan a menudo una contribución importante para el estudio del devenir urbano; baste pensar que toda ciudad presenta ejemplos numerosos de profundas modificaciones físicas del suelo que han permanecido en los nombres de las calles y de los barrios. En Milán las calles Bottonuto, Poslaghetto y Pantano, junto con San Giovanni in Conca, recuerdan al mismo tiempo una zona de-pantanos y obras hidráulicas antiquísimas. Lo mismo puede decirse del barrio del Marais en París.

Por todo lo que nos es dado saber, nuestras investigaciones confirmarán la constitución de la ciudad por partes caracterizadas.

En los párrafos sucesivos me ocuparé de manera más circunstanciada del área-residencia y de los elementos primarios.

3. La residencia

Repito que el tomar la residencia en sí no significa adoptar un criterio funcional de repartición de uso de las áreas ciudadanas, sino simplemente tratar de modo particular un hecho urbano que es de por sí preeminente en la composición de la ciudad.

Creo, además, que el uso del término *área-residencia* en el sentido en que ha sido ilustrado en las páginas anteriores puede relacionar el estudio de la residencia con una teoría general de los hechos urbanos.

La ciudad siempre ha sido caracterizada ampliamente por la residencia. Se puede decir que no existen o no han existido ciudades en las que no estuviese presente el aspecto residencial; allí donde este aspecto tenía una función completamente subalterna en la constitución de un hecho urbano (el castillo, el campamento militar) se llegó rápidamente a una modificación del todo a favor de la residencia.

No. se puede afirmar, ni mediante un análisis histórico ni por una descripción de la situación actual, que la residencia sea algo

amorfo, poco más que una zona cuya conversión sea fácil e inmediata.

La forma en que se realizan los tipos edificatorios residenciales, el aspecto tipológico que les caracteriza, está estrechamente vinculado a la forma urbana.

Por otra parte, la casa, que representa el modo concreto del vivir de un pueblo, la manifestación puntual de una cultura, se modifica muy lentamente. Viollet le Duc, en su gran fresco de la arquitectura francesa contenido en el diccionario en que todo juicio es sostenido por el análisis de los hechos concretos, escribe que: «[...] En el arte de la arquitectura, la casa es, desde luego, lo que mejor caracteriza las costumbres, los gustos y los usos de un pueblo; su orden, como su distribución, no se modifica más que a lo largo de mucho tiempo». [6]

En la antigua Roma la residencia, subdividida bastante rígidamente entre el tipo de la *domus* y el tipo de la *insula,* caracteriza la ciudad y las 14 regiones de Augusto. La *insula* casi resume la ciudad en sus mismas divisiones y en su evolución; en ella hay más mezcolanza social de cuanto ordinariamente se cree.

Como en las casas construidas en París después de 1850, hay una diferenciación social en altura.

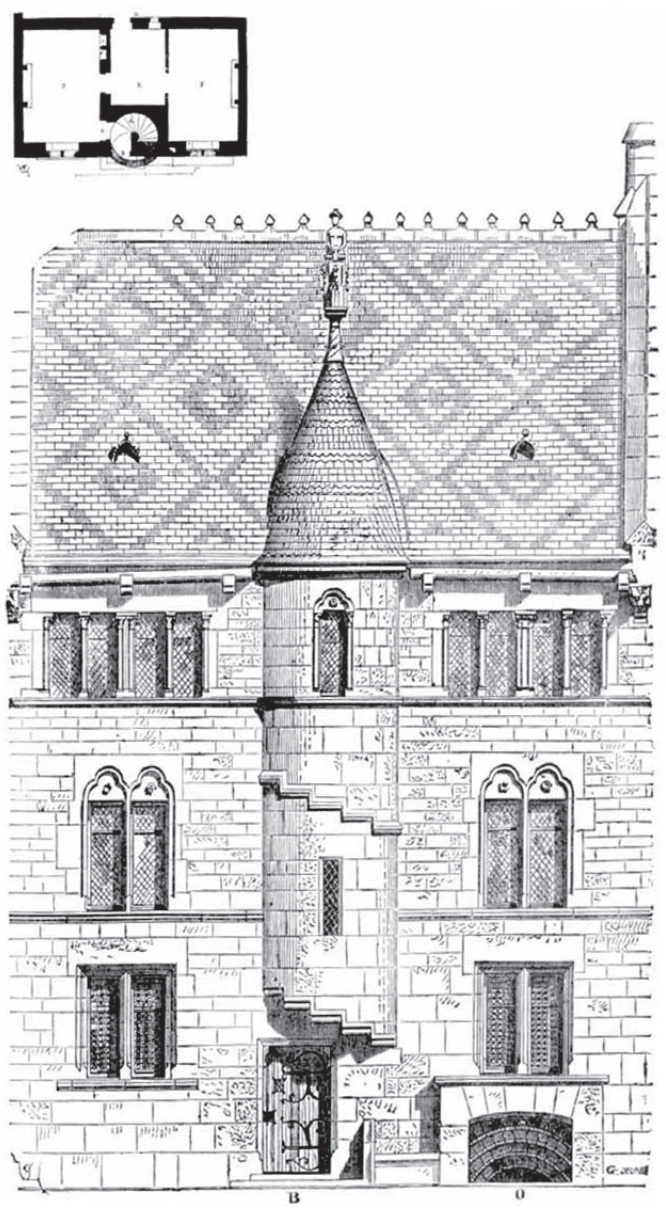
Las *insulae,* cuya construcción es extremadamente pobre y temporal, se renuevan sobre sí mismas; constituyen el substrato urbano, la materia sobre la que se viene plasmando la ciudad.

Ya sobre la *insula,* como más tarde sobre la vivienda obrera, se ejerce una de las fuerzas más importantes del crecimiento de la ciudad: la especulación. El mecanismo de la especulación, aplicado a los terrenos residenciales, es uno de los momentos de crecimiento más característicos de la ciudad imperial.

Sin conocer este hecho no podemos comprender el sistema de los edificios públicos, su dislocación, el mecanismo de crecimiento de la ciudad.

Una relación análoga, aun cuando no caracterizada igualmente por tan alta concentración, existió en la ciudad griega.

La forma de Viena nace de un problema residencial; la aplicación de la *Hofquartierspflicht* aumenta extraordinariamente la densidad en el centro, determina la tipología edificatoria de las casas de varias plantas, y estimula de modo determinante el desarrollo de los suburbios. La tentativa de continuar la residencia como factor determinante, como hecho urbano típico en la forma



Tipología de casa medieval del siglo XIII, región de Borgoña, planta baja y alzados (E. E. Viollet-le-Duc). A. Escalera; B. Puerta de acceso; C Puerta de acceso a la habitación I; D. E. F. Habitaciones I, II y III; G. Jardín o patio; O. Acceso a la bodega.

de la ciudad, viene continuado en la construcción de las *Siedlungen* obreras en los años siguientes a la primera guerra mundial.

El programa del Municipio de Viena se preocupaba sobre todo de la realización de los complejos típicos cuya forma estuviese estrechamente vinculada a la de la ciudad. En este sentido, Peter Behrens escribía: «[...] Criticar su construcción sobre la base de principios de gabinete significa, en general, meterse en un camino equivocado porque nada aparece como tan variable y heterogéneo como las necesidades, las costumbres y todas las múltiples situaciones de una población residente en determinada región». [7]

La relación entre la residencia y la localización se convierte, pues, en preeminente.

Los ejemplos de la enorme superficie de las ciudades norteamericanas no son explicables sin la tendencia hacia un tipo de residencia esparcida, de carácter unifamiliar. El estudio de Gottman sobre la megalópoli es, en este sentido, muy preciso.

La localización de las residencias depende, por consiguiente, de muchos factores geográficos, morfológicos, históricos, económicos.

Antes aun que los factores geográficos, parecen ser determinantes los económicos.

La alternancia de las zonas residenciales, su constitución de modo especializado desde el punto de vista tipológico parece influida ampliamente por motivos económicos; esta alternancia está movida por el mecanismo de la especulación del que me ocuparé más adelante. Esto es válido también en los ejemplos más recientes. La ciudad socialista, por ahora, no parece ofrecer alternativas de fondo en el proceso de crecimiento urbano; por otra parte, sus dificultades objetivas no son fácilmente individualizables.

Evidentemente, aun donde no existe el mecanismo de la especulación habrá siempre cuestiones preferenciales, en la elección de las localizaciones, difícilmente resolubles. Estos problemas han de ser puestos en relación con el cuadro más general de las elecciones de la dinámica urbana.

Es lógico suponer que el éxito de los complejos residenciales esté relacionado con la existencia de servicios públicos y de equipamientos colectivos y se pone de relieve la importancia de este

hecho. Este es también causa de la posibilidad de dispersión de las partes residenciales; evidentemente, la concentración residencial de la ciudad antigua y de la Roma imperial es explicable plausiblemente por la carencia casi absoluta de transportes públicos y la excepcionalidad de los transportes privados. Pero esta explicación no es suficiente; piénsese, por contraste, en la Grecia antigua o en la morfología de algunas ciudades nórdicas.

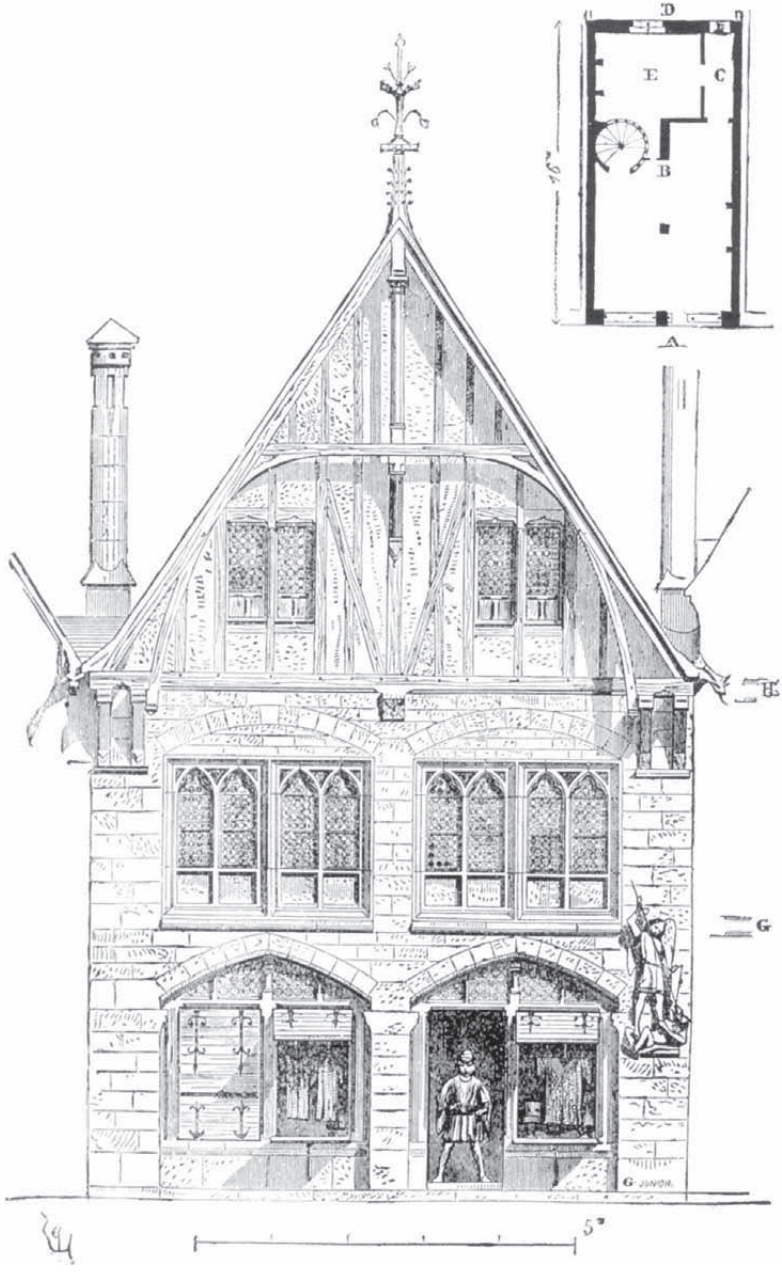
Es difícil sostener que este aspecto sea caracterizante. En otros términos, se puede afirmar que, dado un sistema de transportes públicos, la forma de la ciudad no está aún determinada o que aquel sistema pueda establecerse en todo caso para obtener cierta forma de la ciudad o para seguirla. No creo que el metropolitano de cualquier gran ciudad pueda ser objeto de disputas fuera de su eficiencia técnica, mientras que no se puede decir lo mismo de los establecimientos residenciales, que son objeto de numerosas disputas en el sentido de que su constitución, en cuanto hechos urbanos, puede ser controvertida.

Existe, pues, un hecho específico en el problema de la residencia que está íntimamente vinculado al problema de la ciudad, a su modo de vivir, a su forma física e imagen; es decir, a su estructura. Este elemento específico no tiene que ver con ningún tipo de equipamiento técnico, el cual no constituye un hecho urbano.

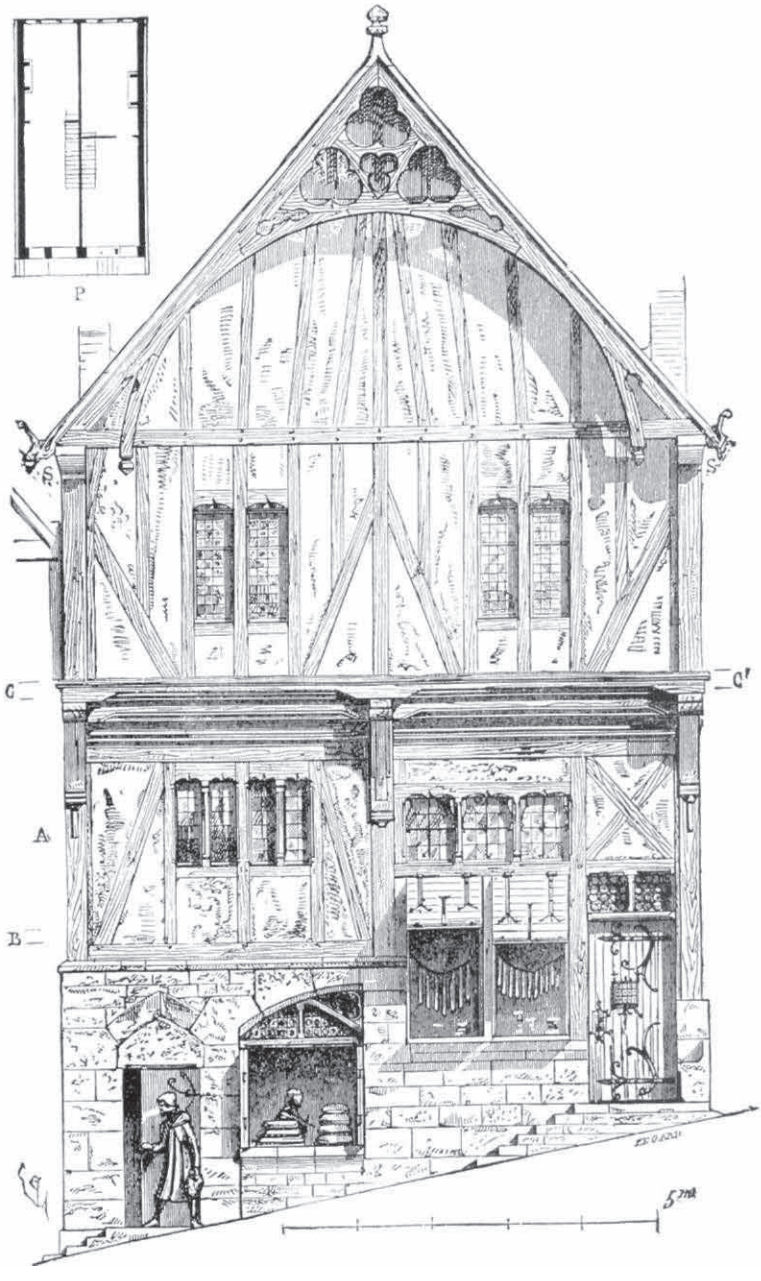
De ello resulta, pues, que el estudio de la residencia puede ser un buen método para el estudio de la ciudad, y viceversa. Quizá nada ilumina tanto las diferencias estructurales entre una ciudad mediterránea como Tarento o una nórdica como Zurich, como los aspectos diversos del problema residencial; me refiero propiamente a los aspectos morfológicos y estructurales. Consideraciones de este tipo pueden hacerse también a propósito de las aldeas alpinas y de todos aquellos agregados en los que el hecho residencial es de por sí preponderante si no único.

Una cualquiera de estas comparaciones, ¿no pondrá de relieve la afirmación de Viollet-le-Duc de que la casa —en su orden y en su distribución— no se modifica más que a lo largo de mucho tiempo?

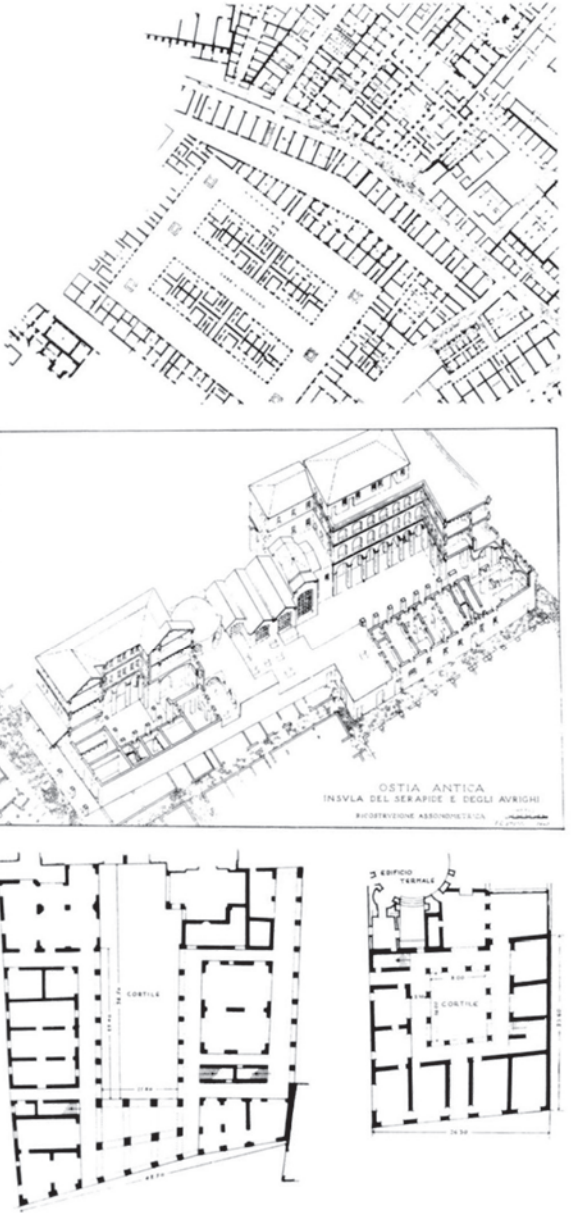
Creo que sobre estos y otros puntos se pueden llevar adelante los problemas de la residencia; tratar ulteriormente de estos problemas de modo específico nos alejaría demasiado del objeto de este libro. Naturalmente, es útil recordar que en los proble-



Casa medieval, Chateaudun, planta baja y alzado (E. E. Viollet-Le-Duc). A. Planta baja con ubicación de la tienda; B. Pared divisoria; C. Corredor; D. Patio posterior; E. Pequeño almacén; G. H. Niveles de los techos de madera.



Casa para dos familias, Laval, situadas en una calle con fuerte pendiente planta baja v alzado (E. E. Viollet-le-Duc). A. entresuelo; B, C, C. nivel de los techos de madera; P. planta baja con la ubicación de las dos tiendas.



Ostia antica, isla con las casa llamadas de Serapide y de los Aurighi. Dibujos realizados por Italo Gismondi, arqto., 1950 1. Levantamiento tipológico de la zona; 2. Reconstrucción axonométrica de una parte de la isla, con las dos casas, en la zona intermedia un edificio termal; 3. Planta baja de las dos casas, a la izquierda la de los Aurighi, y a la derecha la de Serapide.

mas tipológicos de la casa están presentes muchos elementos que no hacen referencia sólo a los aspectos espaciales del problema; por ahora no me interesa, sea de ello lo que fuere, discutir qué bases haya para explicar las correspondencias que existen en el problema; ni creo que sea mi tarea hacerlo, pero creo necesario saber que existe. De hecho, hasta cierto punto, integrando el discurso efectuado hasta aquí con lo apuntado por algunas posiciones sociológicas y más propiamente políticas sobre el valor del problema residencial como momento de la vida de una ciudad y del mismo problema social, podremos obtener datos muy interesantes.

Por ejemplo, sería posible recabar datos muy útiles del estudio de los problemas arquitectónicos; ver así la relación que ha existido y existe entre ciertos datos en las soluciones de los arquitectos.

Intentaré en las páginas sucesivas seguir algunos aspectos del problema de la residencia y los arquitectos aplicado al problema de la ciudad de Berlín, sobre la que existe vasta documentación no sólo sobre el problema residencial, lo que sucede también para muchas otras ciudades, sino sobre barrios modernos en particular. Siendo, además, el problema de la residencia una de las cuestiones relevantes, a nivel teórico y práctico, de la temática de la arquitectura moderna en Alemania, será útil ver qué relaciones hay en concreto entre las formulaciones teóricas y las realizaciones.

Acerca de este problema, Alemania, entre las dos guerras, dio excepcionales contribuciones como las de Hegemann, Gropius, Klein, Van de Velde y otros.

El lector que no esté interesado en este problema puede saltar el párrafo siguiente.

4. El problema tipológico de la residencia en Berlín

Puesto que el problema de la residencia, junto con otras muchas cuestiones urbanas, se relaciona con las ciudades y éstas son algo que, bien o mal, podemos describir, es útil referir este problema a ciudades determinadas. Al tratar, pues, el problema de la residencia en ciudades determinadas, está implícito el que nosotros intentamos hacer las menos generalizaciones posibles.

Desde luego, estos problemas, en toda ciudad, tendrán siempre algo en común, e intentando saber lo que en todo hecho debe

Berlín

1 – Jardines y parques

2 – Bosques

Se indican en negro las instalaciones industriales más importantes. El plano esquemático del recuadro de abajo muestra los estadios sucesivos del desarrollo de la ciudad:

1 – El antiguo centro

2 – La «Dorotheenstadt»

3 – Trazado de los muros del siglo XVIII

haber en común con otro nos aproximaremos a la elaboración de teorías generales.

Intentaré ilustrar por qué el problema de la tipología residencial en Berlín es particularmente interesante y en qué medida este interés es prominente respecto de otras ciudades; intentaré, además, exponer los motivos que pueden conducir a reconocer cierta uniformidad de los problemas de la residencia en Berlín y, en fin, cuál es la validez de algunos modelos residenciales típicos pasados y presentes, respecto de una serie de cuestiones entre las que hoy se coloca el problema de la residencia respecto de la realidad urbana y de la teoría del desarrollo urbano.

A) El interés particular de la residencia en Berlín se destaca en el examen del mapa de la ciudad; ha sido evidenciado por estudios bastante precisos. [8]

En 1936 el geógrafo Louis Herbert distinguía en cuatro grandes tipos las construcciones de Berlín; estas distinciones pertenecían a cuatro zonas definidas por su distancia al centro histórico.

I. Construcción uniforme y continua con edificios del tipo «gran ciudad». Estos edificios poseían al menos cuatro plantas.

II. Construcciones diversificadas de tipo urbano. Estas vienen distinguidas en dos clases: *a)* en el centro de la ciudad, construcciones mezcladas con otras muy viejas y bajas, de tres plantas y menos; *b)* al margen del complejo urbano, un continuo interponerse de casas altas y bajas, espacios abiertos, campos y terrenos parcelados.

III. Grandes áreas para la industria.

IV. Áreas residenciales abiertas en los márgenes externos de la ciudad que comprenden villas y construcciones unifamiliares construidas principalmente después de 1918.

Entre la zona IV y el exterior hay una continua mezcolanza entre zonas industriales, zonas residenciales y pueblos en transformación.

Estas zonas externas son diferentes entre ellas y van desde las obreras e industriales de Henningsdorf y Pankow a las señoriales de Grünewald.

Justamente observando estas distribuciones de Berlín, Reinhard Baumeister en 1870 usó el concepto de *zoning* que aparecería más tarde en la regulación de la construcción prusiana.

En el Gran Berlín la morfología de los complejos residenciales era, pues, muy variada; los diferentes complejos no direc-

tamente relacionados entre sí estaban caracterizados por tipos edificatorios precisos; edificios altos, edificios de especulación, edificios unifamiliares. Esta variedad tipológica corresponde a un tipo de estructura urbana muy moderno; es decir, a un tipo de estructura que se ha producido sucesivamente en otras ciudades de Europa, si bien quizá nunca han conseguido una articulación tan acentuada como en Berlín.

Esta articulación, considerada en su doble aspecto de estructura urbana y de estructura tipológica, es una de las principales características de la metrópoli alemana.

Veremos cómo las *Siedlungen* se sitúan dentro de estas condiciones y en ellas tienen que ser juzgadas.

B) La estructura de los complejos residenciales se puede poner de relieve en los siguientes tipos fundamentales:

a) construcciones en bloque;
b) cuerpos libres;
c) casas unifamiliares.

Estos tipos diferentes están presentes en Berlín con mayor frecuencia que en cualquier otra ciudad de Europa por motivos histórico-culturales y geográficos.

La construcción gótica desapareció casi completamente en el siglo XIX, mientras que, como es sabido, se ha conservado largamente en otras ciudades alemanas de las que ha constituido, hasta las destrucciones de la última guerra, la imagen principal.

Las construcciones en bloque, que derivan de la regulación de policía de 1851, constituyen una de las formas más integrales de aprovechamiento del suelo urbano; están constituidas por varios patios dispuestos normalmente en la fachada sobre la calle. Construcciones de este tipo son características también de ciudades como Hamburgo y Viena. La presencia numerosísima de este tipo de casas en Berlín, llamadas *Mietkasernen,* o cuarteles de alquiler, llevaron a la denominación de «ciudad cuartel».

La forma del edificio con patio de manzana representa, sin embargo, una solución típica en el centro de Europa; como tal fue adoptada por muchos arquitectos modernos, en Berlín como en Viena. Los patios son ahora transformados en grandes jardines. Estos están arreglados con refugios y puestos de venta.

Algunos de los mejores ejemplos de la residencia del período racionalista están vinculados a esta forma.

Las construcciones de bloque libre caracterizan las *Siedlun-*

gen racionalistas; representan en ellas la posición más polémica y científica; su disposición, que requiere una división del terreno completamente libre, depende de las condiciones heliotérmicas más que la forma general del barrio. La construcción de estos cuerpos está completamente vinculada a la calle y, sobre todo por este hecho, altera completamente el tipo de desarrollo urbano ochocentista. En estos ejemplos tiene importancia particular el verde público.

En todos estos ejemplos es fundamental el estudio de la unidad de habitación; la célula. Todos los arquitectos que trabajan en la formación de estos barrios y se aventuran en la formulación de tipos constructivos económicos intentan encontrar la forma exacta del *existenzminimum,* de la unidad dimensional óptima desde el punto de vista distributivo y económico.

Este es uno de los elementos preeminentes en el trabajo de los racionalistas sobre el problema de la habitación.

Para los edificios unifamiliares hay una fuerte tradición en la tipología residencial berlinesa.

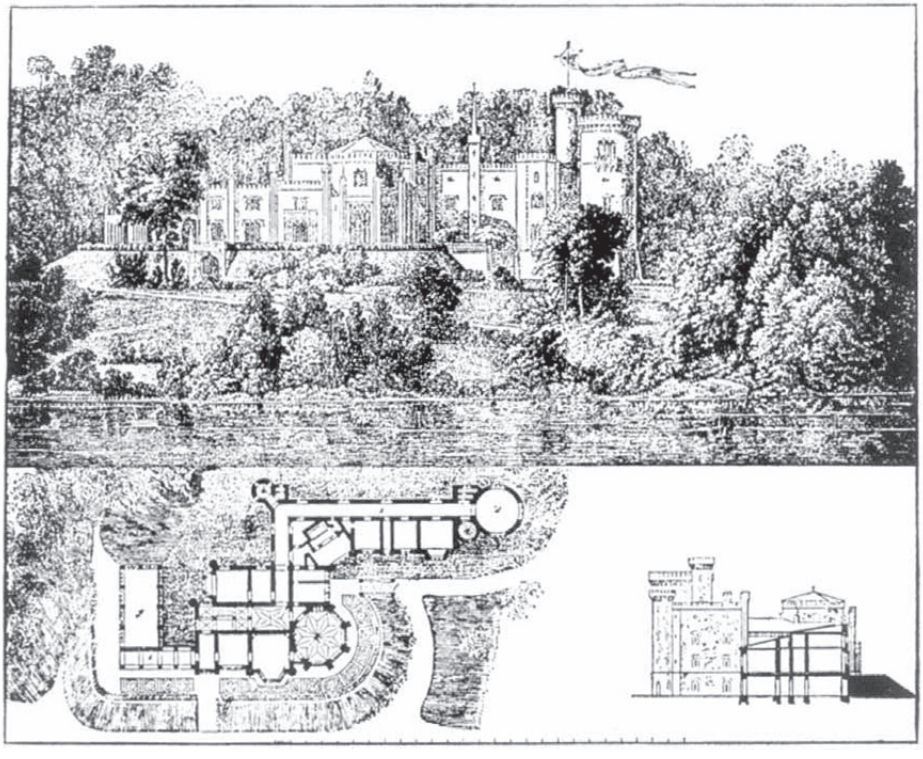
Si bien éste es uno de los puntos de mayor interés acerca de la tipología residencial del racionalismo, no me detendré en él porque este aspecto del problema requiere un tipo de tratamiento paralelo pero no coincide con este estudio.

Se puede señalar solamente aquí que el planteamiento del *existenzminimum* presupone una relación de tipo estático entre cierto modo de vida, hipotético si bien comprobable estadísticamente, y cierto tipo de alojamiento con la consecuencia de un rápido envejecimiento de la *Siedlung.* Esta se revela así como una concepción espacial demasiado particular, demasiado ligada a determinadas soluciones, para representar un elemento general, universalmente aprovechable, del problema del alojamiento.

Se trata, naturalmente, de un solo aspecto del problema, por otra parte complejo, en el cual participan numerosas variables.

Particular importancia adquiere el proyecto del castillo de Babelsberg por Guillermo I, el castillo de Charlottenhof y el Römische Bäder de Schinkel.

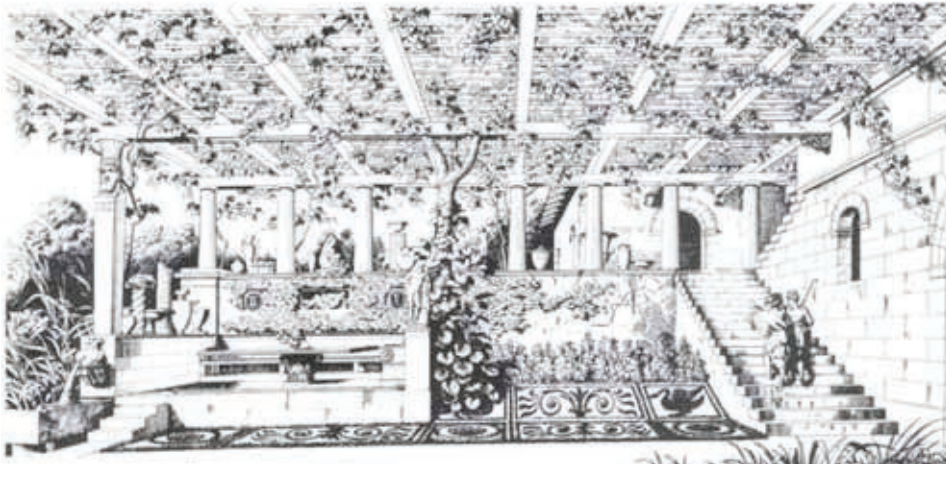
La planta del castillo de Babelsberg representa una estructura ordenada, casi rígida desde el punto de vista distributivo, mientras su forma intenta disponerse según la relación del ambiente circundante sobre todo con intereses paisajísticos. Las características de la obra de Schinkel para la arquitectura berline-



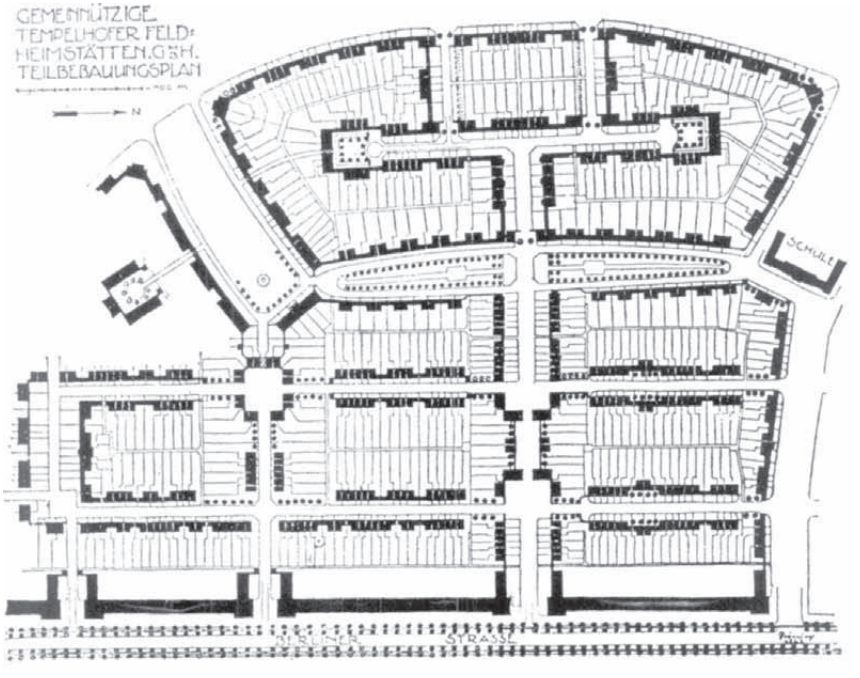
Schinkel
Proyecto para la casa de campo del príncipe Guillermo en Babelsberg.

sa han sido ampliamente estudiadas y no interesa hablar de ellas aquí; me interesa, en cambio, poner de relieve cómo la concepción de la «villa» se presta a ofrecer un modelo tipológico adaptado para una ciudad como Berlín. En este sentido la obra de Schinkel, que constituye el paso de los modelos neoclásicos a los románticos, sobre todo a través de la adopción de la casa inglesa, ofrece las bases para el tipo de villa burguesa de los primeros años de siglo.

Con la difusión de la «villa» como elemento urbano y la desaparición de las casas góticas y setecentistas, con la sustitución



Karl Friedrich Schinkel, proyecto para los baños romanos en Charlottenhof, 1833 y 1834.



Siedlung en el Tempelhofer-Felde, 1923. Planimetría.

de los Ministerios en el centro y de las *Mietkasernen* en las zonas periféricas, la morfología urbana de Berlín se modifica profundamente. Son significativas en este aspecto las imágenes de la *Unter den Linden* en los siglos sucesivos.

La calle setecentista es realmente un paseo bajo los tilos; la cortina de casas, aun presentando alturas diversas, tiene una unidad arquitectónica total. Se trata de casas de la ciudad de tipo burgués, características del centro de Europa, con la presencia de elementos formales de la construcción gótica y levantadas sobre parcelas estrechas y profundas. Casas de este tipo eran características de Viena, Praga, Zurich y muchas otras ciudades; su origen, muchas veces mercantil, estaba vinculado a la primera formación de la ciudad en sentido moderno. Con las transformaciones de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX, estas casas desaparecieron muy fácilmente, sea por el renovamiento del patrimonio in-

mobiliario, sea por la alternación en el uso de las áreas. Con su sustitución se produce una profunda modificación del paisaje urbano, con frecuencia una correspondiente rigidización monumental como en el caso de la *Unter den Linden.*

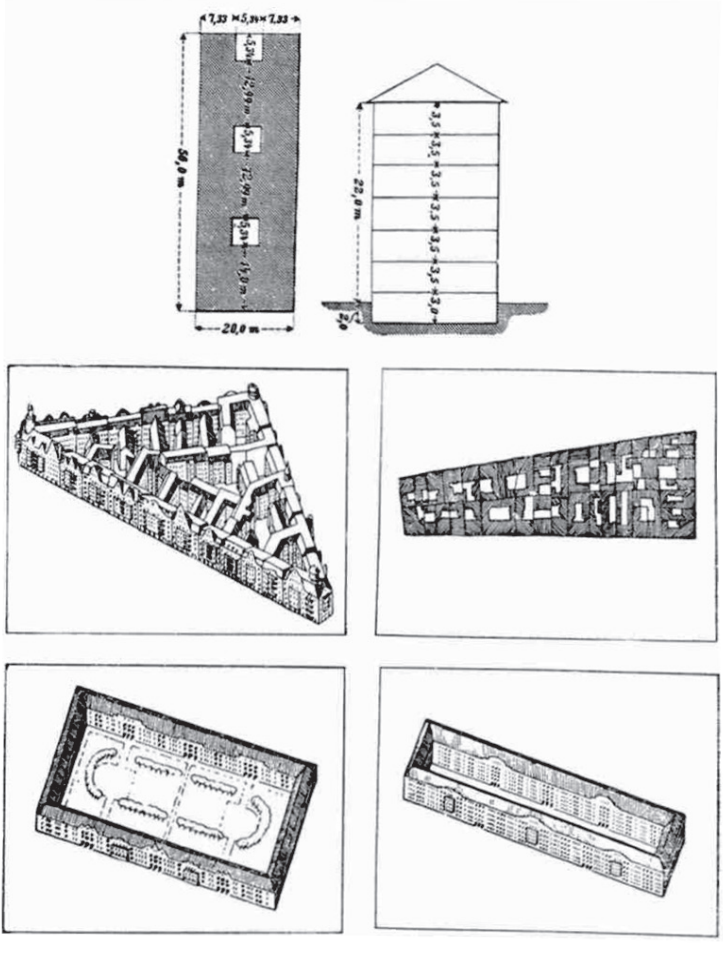
Este tipo de edificio es sustituido por el edificio de alquiler y la villa.

Para Schumacher, la división entre zonas de «villas» y «cuarteles de alquiler» en la segunda mitad del siglo XIX representa la crisis de la unidad urbana de las ciudades del centro de Europa; la villa surge de la intención de una relación más estrecha con la naturaleza, con un intento de representación y división social, con el rechazo o la incapacidad de insertarse en una imagen urbana continua; por otra parte, el edificio de alquiler, convirtiéndose en edificio de especulación, se degrada y ya no recupera el valor de la arquitectura civil anterior.

Sin embargo, si bien esta visión de Schumacher es exacta, también es necesario reconocer que la «villa» participa no poco en las trasformaciones tipológicas que conducen al edificio moderno. En los ejemplos berlineses tiene escasos contactos con la casa unifamiliar inglesa; en la cual la definición corresponde a cierto tipo de estructura urbana y en el que la casa unifamiliar presenta una estructura residencial continua. La «villa» es en un principio una reducción del palacio (véase la cita schinkeliana), después elabora cada vez más la distribución interna, la racionalización y la división de los recorridos. En Berlín es importante la obra de Muthesius, que desarrolla los principios de la casa inglesa en sentido racionalista, dentro de la construcción, preocupándose de la funcionalidad y de la libertad de los espacios internos.

Es significativo que estas innovaciones tipológicas no sean paralelas a sensibles modificaciones arquitectónicas; y que también a una mayor libertad interna entendida como correspondiente al modo de vida burgués se acompañen una imagen monumental del edificio, una rigidación propia respecto de los modelos schinkelianos donde está marcada la diferencia entre una arquitectura de los edificios residenciales y la de los edificios civiles. En este sentido son típicas las construcciones de Muthesius que representan a uno de los constructores más típicos de villas berlinesas alrededor del año 1900. Sus preocupaciones por una casa moderna, expuestas también en su obra de teórico, consideran la estructura tipológica de la casa independientemente de su aspecto formal, para el que se acepta una especie de neoclasicismo de tipo germánico; es decir, con la añadidura de elementos típicos de la tradición local. Precisamente al contrario de los mode-

Berlín, tipología de la «Mietkaserne» (viviendas de alquiler, dibujos de R. Eberstad). Un ejemplo de 1805 con dos cuerpos interiores transversales, ambos dobles. Un ejemplo más reciente, con un solo cuerpo simple transversal interior. Cada apartamento está señalado por una letra y cada local con un número.' Las cocinas con una k minúscula, *Bad:* baño; *Klossett:* lavabo; *Küche*: cocina; *Stube:* habitación.



Berlín, tipología residencial y reglamentos para la construcción (W. Hegemann). 1. Planta y sección de una típica casa berlinesa (con fachada a la calle de 20 m y tres patios interiores de 5,34 x 5,34), construida según el Reglamento de la Construcción impuesto por el estado prusiano, en vigor desde el 1853 al 1887. En siete plantas habitables (con un índice de habitabilidad de 1,5 a 3 personas por habitación, y habitaciones con una superficie de 15 m^2 a un máximo de 30 m^2), viven de 325 a 650 personas. Los dos muros laterales, de 56 m de longitud, son obviamente sin ventanas.
2. Vista general y planta de dos conjuntos construidos según el Reglamento de Política constructiva de 1887. Éstos representan una indudable mejora respecto al de 1853; los conjuntos eran por regla general más grandes, incluso en las dimensiones de sus patios interiores (dibujos de la Asesoría para la edificación Grobler).
3. Típicos conjuntos aislados de 3 y 5 plantas construidos en base al Reglamento de la Construcción de 1925.

los schinkelianos, en los que la residencia era la más desligada de la representatividad y en los que los esquemas tipológicos de tipo clásico no contrastaban con su arquitectura.

Pero la introducción de elementos de representatividad en la arquitectura residencial de fin de siglo es una característica típica de toda la arquitectura de aquel período; probablemente corresponde a condiciones de estructura social cambiadas y a la necesidad de atribuir a la casa un aspecto emblemático. Desde luego, ello corresponde a la crisis de la unidad urbana de la que habla Schumacher y por ello a una necesidad de diferenciación dentro de una estructura en la que viven clases sociales cada vez más diferentes y cada vez más antagónicas. Las villas de los más famosos arquitectos del movimiento moderno en Berlín, Gropius, Mendelsohn, Häring, etc., desarrollan estos modelos tipológicos de modo bastante ortodoxo; no se puede hablar, desde luego, de ruptura con los modelos de vivienda eclécticos, si bien la imagen de estas villas está profundamente cambiada.

Será tarea de los sociólogos establecer cómo el elemento representativo o emblemático se llegó a transformar; desde luego, se trata de determinaciones diferentes de un mismo fenómeno.

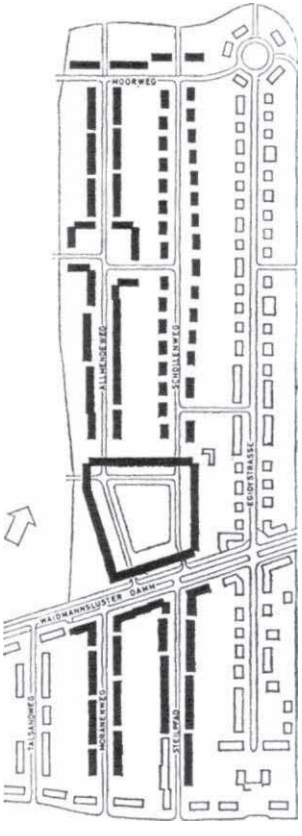
Estas casas llevan a sus últimas consecuencias las premisas de la villa ecléctica, y desde este punto de vista se comprende por qué arquitectos como Muthesius y Van de Velde puedan ser propuestos como maestros; precisamente porque ellos han establecido un modelo de tipo general, aun traduciendo otras experiencias de tipo inglés o flamenco. Todos estos motivos de la vivienda unifamiliar se representan dentro de la *Siedlung,* la cual, por su carácter compuesto, parece la más adaptada para acogerlos y darles en ciertos aspectos una nueva definición.

No quiero detenerme ahora demasiado en el problema de la residencia como ha sido entendido por los arquitectos del racionalismo, sino, tal como corresponde a estas notas, ilustrar sólo algunos ejemplos berlineses realizados alrededor de los años veinte. Ejemplos que, como es conocido, son por otra parte típicos cual pocos otros del problema tratado; juntamente con los ejemplos famosos de Frankfurt y Stuttgart.

La teoría urbanística sostenida por los racionalistas está compendiada claramente, al menos por lo que atañe al aspecto residencial del problema, por la *Siedlung,* la cual probablemente es un modelo sociológico antes que un modelo espacial.

Cierto es que cuando se habla de la urbanística racionalista se entiende que es, por parte de los profanos como de los especialistas, la urbanística de los barrios. Esta posición, considerada

aun en sus implicaciones metodológicas, revela en seguida su propia insuficiencia. En primer lugar, considerar la urbanística del racionalismo como la urbanística del barrio significa limitar la amplitud de esta experiencia de la urbanística alemana de los años veinte. Y aun en este caso son tales y tan numerosas las soluciones reales, que la definición no les vale ni siquiera para la historia de la urbanística alemana. (Además, el término *barrio,* que es traducción tan afortunada cuanto imprecisa del término alemán *Siedlung,* significa, pues, cosas tan diversas que es preferible no servirse de él sino después de haberlo examinado atentamente.) [9]



Berlín
Siedlung Freie Scholle.

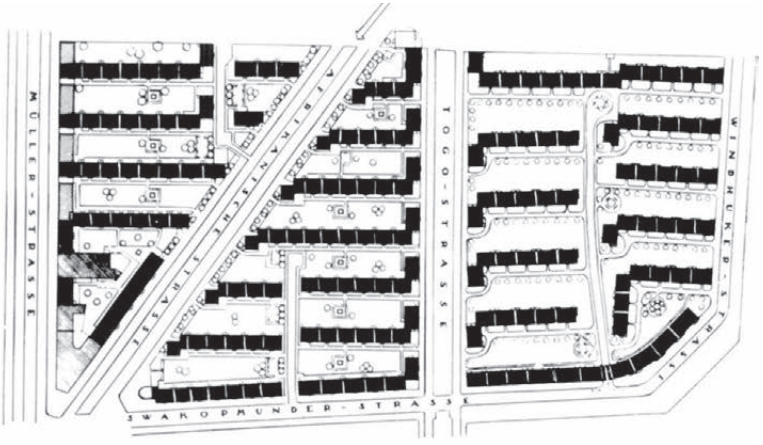
Así, resulta necesario el estudio de las situaciones concretas, la descripción de los hechos; y observando la morfología de Berlín, su riqueza y particularidad de situaciones urbanas y paisajísticas, la importancia de la ciudad, etc., es lógico pensar que la *Siedlung* tenga aquí una coherencia particular y propia.

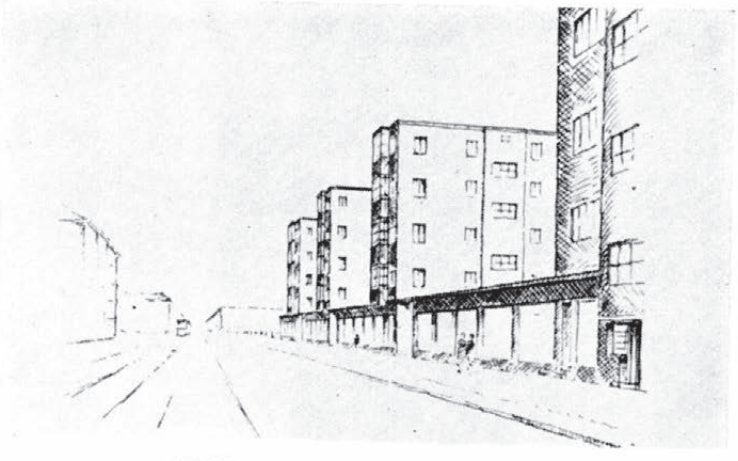
Y en fin, la estrecha conexión entre realizadores como los de Tempelhofer Felde, de Britz y otros, con los modelos ingleses, hacen más evidentes las referencias generales con la situación urbanística.

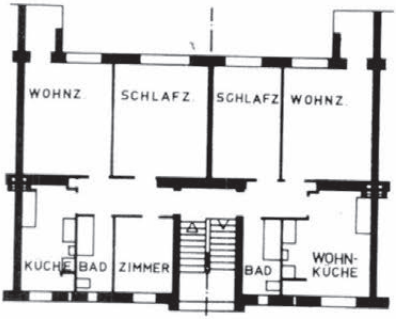
Los ejemplos de la Friedrich Ebert están ligados al planteamiento teórico del racionalismo. Pero en todos los casos es difícil de remontar a partir de estas imágenes a una ideología de la *Siedlung.*

Creo ilegítimo continuar considerando la *Siedlung* en sí sin referencia a la situación en que se ha producido o a menudo en la ignorancia de esta situación.

Un análisis urbanístico de la *Siedlung,* que es, por así decirlo, la del problema de la residencia en Berlín por los años veinte, sólo puede ser realizado paralelamente en el plano del Gran Berlín del año 1920.







Berlín, Friedrich Eberlt Siedlung, 1929 a 1931 (Paul Emmerich, Paul Mebes, Bruno Taut, arquitectos); planimetría general, esbozo en perspectiva y planta tipo de las viviendas construidas por Emmerich y

¿Cuál es la base del plano? Mucho más cercana a ciertos modelos recientes de cuanto se pueda creer; en su cuadro general se puede afirmar que el problema de la residencia resulta bastante indiferente a la localización y que se plantea como elemento de un sistema urbano que tiene sus puntos de apoyo en la potenciación del sistema de transportes, el cual representa el fluir de la vida de la ciudad.

E interpretando el concepto de zonificación se incrementa la autoformación del centro en función direccional administrativa mientras que se remiten al territorio los centros del tiempo libre y las instalaciones deportivas, etc.

Un modelo, pues, bastante repetido e invocado aún hoy y en el que el barrio es la zona residencial más o menos definida.

Así pues, observando el plano del Gran Berlín se puede afirmar:

a) que no es posible sostener que tal plano se basara en la autonomía de las *Siedlungen* concibiendo una ciudad hecha por sectores; un planteamiento de este tipo podría haber sido más revolucionario que cuanto en realidad fue hecho;

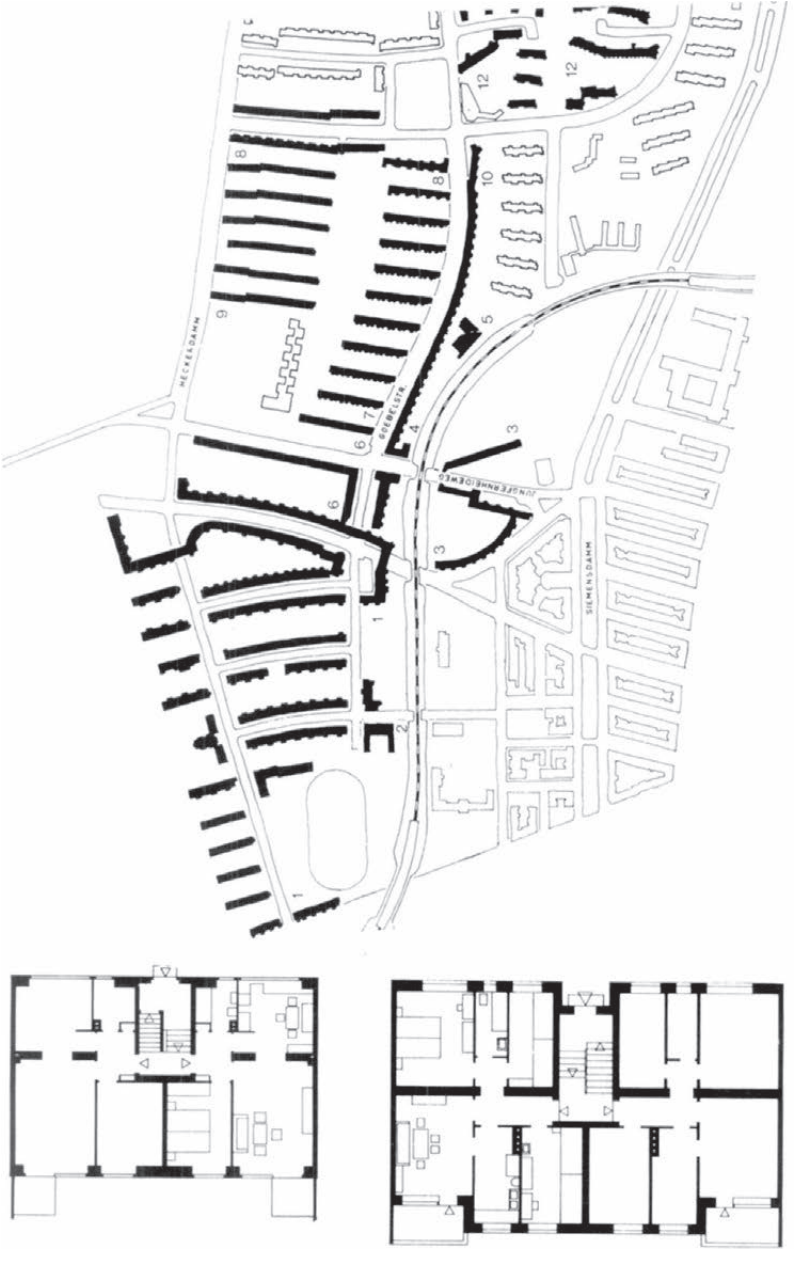
b) que es falso afirmar que los racionalistas alemanes no vieran el problema de la gran ciudad, la imagen metropolitana; baste pensar es los proyectos de la Friedrichstrasse y en los diseños de Mies y de Taut;

c) que el problema de la residencia no tuvo aquí una solución completamente autónoma respecto de los modelos fundamentales relativos a la residencia sino que, por el contrario, representó una síntesis ciertamente feliz e importante del problema mismo.

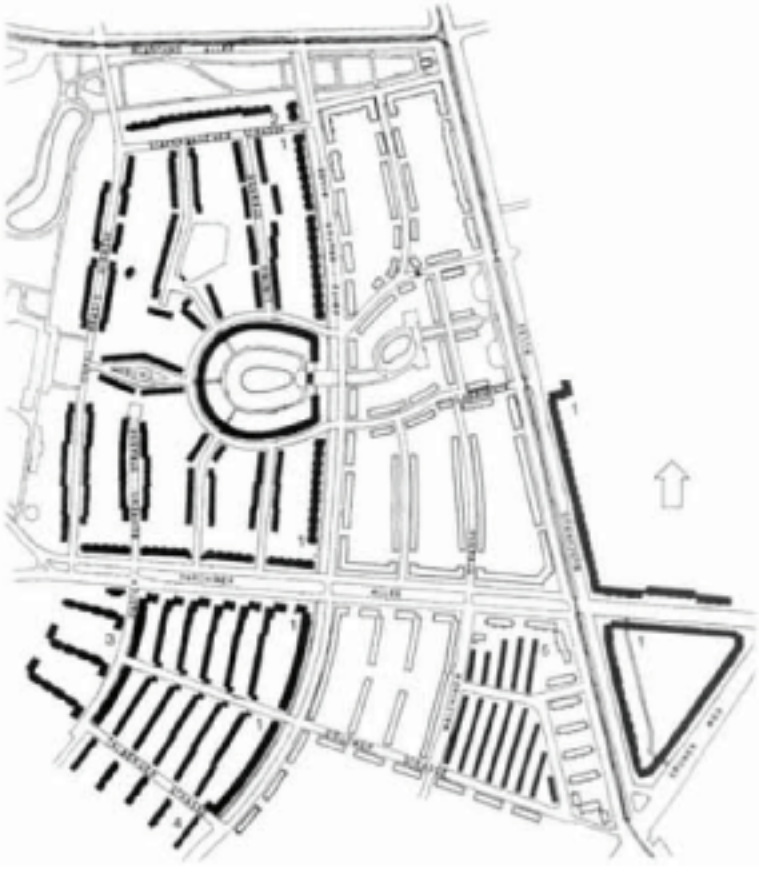
5. *Garden city y ville radieuse*

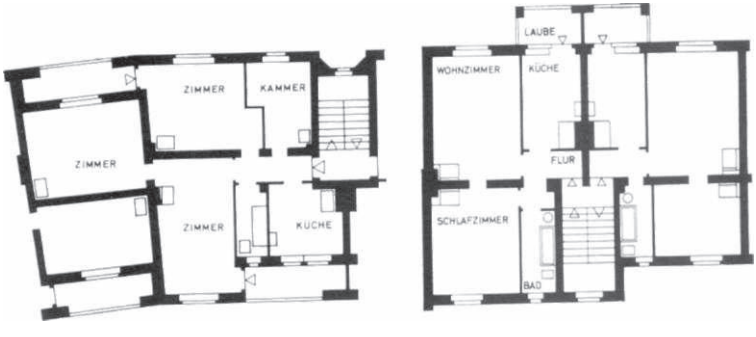
Cuando hablo de modelos fundamentales me refiero a la *garden city* y a la *ville radieuse;* esta distinción ha sido hecha por Rasmussen [10] al afirmar que la *«garden city y la ville radieuse* representaban dos grandes estilos contemporáneos de la arquitectura moderna». Aunque esta afirmación no se refiera a toda la arquitectura moderna, yo la entiendo en un sentido mucho más limitado, refiriéndola así a dos planteamientos del problema de la residencia.

Es interesante cómo Rasmussen, haciendo esta afirmación, haya indicado que la cuestión tipológica sea aquí más clara, más ex-



Berlín, Gross-Siedlung Siemensstadt, 1929 a 1931; planimetría general y plantas tipo de las viviendas del edificio de Otto Bartning en Goebelstrasse (n.° 4) y de Walter Gropius en Jungfernheidevveg (n° 6)





Berlín Gross-Siedlung Britz, 1925 a 1931; planimetría general y plantas tino de las viviendas en el edificio circular y en el longitudinal de la Fritz Reuter Allee, ambos de Bruno Taut, arqto. *Flur*: corredor; *Kammer:* habitación pequeña; *Küche:* cocina; *Laube:* galena ; *Schlafzimmer:* dormitorio; *Wohnzimmer:* sala de estar; *Zimmer:* habitación.

plícita, que la ideológica, porque a través del tiempo se ha fijado de ella una imagen que parece inalterable.

Esta afirmación no tiene aquí solamente un significado historiográfico; sirve para aclarar un problema general (presente).

El problema sobre el que volvemos continuamente es el relativo al valor de la residencia en la estructura urbana; parece que los dos modelos de la *garden city* y de la *ville radieuse* sean los únicos explícitos en este sentido; son también los modelos más claros en cuanto atañe a la imagen de la ciudad.

Teniendo presente este punto se podrá decir esto de las *Siedlungen* berlinesas en general (pero será cierto igualmente para otros ejemplos contemporáneos, por ejemplo, Frankfurt): representan una tentativa de fijar el problema de la residencia en un sistema urbano más complejo cual resulta de la formación concreta de la ciudad y de una visión ideal de la ciudad moderna. La visión de esta ciudad está basada en modelos recordados.

Es decir, la *Siedlung,* tal cual la podemos conocer y describir a través de los ejemplos berlineses, no representa un modelo autónomo; negando, en fin, una posición autónoma de la *Siedlung* no niego que ésta tenga una posición propia precisa entre los modelos residenciales.

Todo lo que quiero sostener es que la *Siedlung,* en una situación urbana como la de Berlín y de otras ciudades de Europa, representa una tentativa de mediación, más o menos consciente, de las diferentes concepciones espaciales de la ciudad. Y ello no significa sostener que una posición de este tipo no pueda ser válida. Al contrario, no podemos reconocer condiciones de legitimidad a las tesis y a las experiencias que colocan la *Siedlung* en la ciudad como elemento separado de la ciudad misma, o bien sin preocuparse de las relaciones que existen entre ésta y la ciudad.

Para llevar a fondo este análisis de la residencia respecto a los dos modelos fundamentales a que será referido, *garden city* y *ville radieuse,* sería necesario profundizar la relación que hay entre ciertas teorías de carácter político y social y estos modelos residenciales.

Un trabajo de este tipo ha sido tratado con excepcional viveza por Carlo Doglio en lo que se refiere a la ciudad jardín; éste tendría que ser proseguido en aquel sentido.[11]

Por lo que se refiere a la ciudad jardín, sin intentar siquiera resumir el ensayo de Doglio, que queda como una de las páginas más bellas escritas sobre la urbanística en Italia, quiero citar aquí el comienzo del ensayo que da el cuadro del planteamiento exacto en la dificultad y complejidad del problema: «[...] Y diga-

Rerlín esauema de las áreas libres comprendidas en el término munidpa y la zona circundante en 1929 (W. Hegemann). *En negro* áreas Vibres en general *En rayas verticales,* campos de regadío. *En rayas horizontales,* zonas agrícolas de otros municipios. En *líneas verticales cortas* límite del término municipal de Berlín.

1906

Hampstead Garden Suburb

El piano general es de Raymond Unwin y Barry Parker; la zona central fue diseñada por Edwin Luytens.

mos en seguida que en el caso que examinamos la situación es particularmente compleja a causa del entresijo igualmente conformista y sustancialmente reaccionario de las opiniones favorables; a causa de un equívoco que, en suma, no mancilla solamente el aspecto formal del problema sino que se esconde hasta sus más fundamentales respuestas: cuando Osborn, para citar el más conocido activista howardiano, propone la ciudad jardín como ejemplo piloto de una reconstrucción auténticamente moderna y humana de los centros habitados (y por lo tanto de la sociedad, tengámoslo bien presente) y condena desdeñosamente los barrios populares de Viena o de Estocolmo, lo que hace es negarles la mayor validez, tanto estética cuanto social, que aquellos barrios han tenido históricamente; pero cuando las soluciones de Letchworth o de Welwyn son suprimidas sin más por los rumiadores del marxismo, no solamente por la forma que asumieron (y por el contenido prácticamente inmóvil que derivó de ellas), sino también por el tipo de propuesta estructural que sobreentendían (ciudad y campo, descentralización, etc.), entonces ya no se puede más que decir que, a pesar de todo, eran más vivas aquellas soluciones, más cargadas de fermentos y de futuro, que cualesquiera otras que hayan sido planteadas desde entonces hasta hoy».

Señalo brevemente, puesto que un análisis de este tipo nos alejaría demasiado del tema de este libro, cómo el estudio de la relación vivienda-familia, con todas sus implicaciones de tipo cultural y político, encuentra un terreno de aplicación muy interesante en aquel tipo de ideologías que podemos definir como comunitarias. Aquí se esclarece particularmente la relación entre la comunidad local y la democracia, entre la dimensión espacial como momento de la vida comunitaria y la vida política de la comunidad misma. Es evidente, pues, en una relación de este tipo, el relieve del problema de la residencia.

Al contrario, donde aperece en primer plano la ciudad en su conjunto, es decir, donde se exalta la concentración y la dimensión, el problema de la residencia parece perder importancia, es por lo menos desenfocado en relación con las otras funciones de la vida urbana; por ejemplo, estas teorías afirman, en contraste con las comunitarias, que en la ciudad del siglo XIX las grandes operaciones para embellecimiento y engrandecimiento que sin embargo escondían a menudo fenómenos importantes de especulación, eran disfrutables por todos los ciudadanos, eran un elemento positivo para su modo de vivir. Pocas definiciones son tan claras para definir este *efecto urbano* como una de Hellpach que, en contraste con sus tiempos, fue partidario de la validez de la vida

en las grandes metrópolis. «[...] Para la generación plasmada por las grandes ciudades no significa solamente espacio existencial, lugar de habitación, mercado, sino que se puede convertir biológica y socialmente en lo que de más profundo puede representar para un hombre la escena donde se desarrolla su vida: la patria.»

Se podría hacer una historia paralela entre estas teorías y los barrios realizados en los últimos sesenta años. A veces, como en los casos alemanes (*Siedlungen*), italianos e ingleses, las traducciones son clarísimas; recordamos mucho nuestros barrios en los que parecía que se quisiera proponer de nuevo comunidades no urbanas, separadas, casi preservadas de la ciudad, vueltas sobre sí mismas y sobre el vecindario, y otros sucesivos en los que la imagen arquitectónica, fuertemente plástica, intentaba recargar con violencia los efectos urbanos; también las bajas densidades, después rechazadas, de las primeras *newtowns;* en fin, experimentos de nuevos complejos residenciales como las propuestas de Smithson, de Lasdun y los bloques de Sheffield.

Los arquitectos ingleses han vuelto a encontrar un motivo seguro en los modelos tipológicos residenciales cuando se han dado cuenta, como así afirman, de que la disgregación de los *slums* comportaba la paralela disgregación de comunidades que tradicionalmente vivían con un nivel de densidad elevado y que no estaban en disposición de volver a enraizarse automáticamente, sin sufrir cambios sustanciales, en el ambiente suburbano de baja densidad que les era asignado.

Smithson redescubre la concepción de la calle y en el proyecto del Golden Lane propone corredores de convivencia horizontales dispuestos en tres plantas, los cuales constituyen vías de acceso de peatones a cada una de las residencias.

Planteamientos de este tipo están expresados muy claramente en el complejo residencial de Sheffield, constituido por grandes cuerpos de fábrica y puesto en posición elevada sobre la ciudad a la que deberá estar estrechamente unido en los futuros trabajos de ampliación. Justamente sobre la génesis de esta obra hay testimonios precisos de su relación con teorías sociológicas; por ejemplo, sobre la necesidad de recuperar la calle como escenario de la comunidad. «[...] La calle es un escenario donde acaecen encuentros, charlas, juegos, litigios, envidias, galanteos y orgullo.»

Por otra parte, los grandes bloques de Sheffield reflejan originalmente la gran imagen lecorbuseriana de la *Unité d'habitation* de Marsella.

6. *Los elementos primarios*

Pero las áreas y las áreas-residencia en el sentido avanzado en las páginas precedentes no son suficientes para caracterizar la formación y la evolución de la ciudad; el concepto de área debe acompañarse del de un conjunto de elementos determinados que han funcionado como núcleos de agregación.

Estos elementos urbanos de naturaleza preeminente los hemos señalado como elementos primarios en cuanto participan de la evolución de la ciudad en el tiempo de manera permanente, identificándose a menudo con los hechos que constituyen la ciudad.

La unión de estos elementos (primarios) en las áreas en términos de localización y de construcción, de permanencias de plano y de permanencia de edificios, de hechos naturales o de hechos construidos, constituye un conjunto que es la estructura física de la ciudad.

Definir los elementos primarios no es ni sencillo ni fácil; quizá sólo podré explicar a qué me refiero.

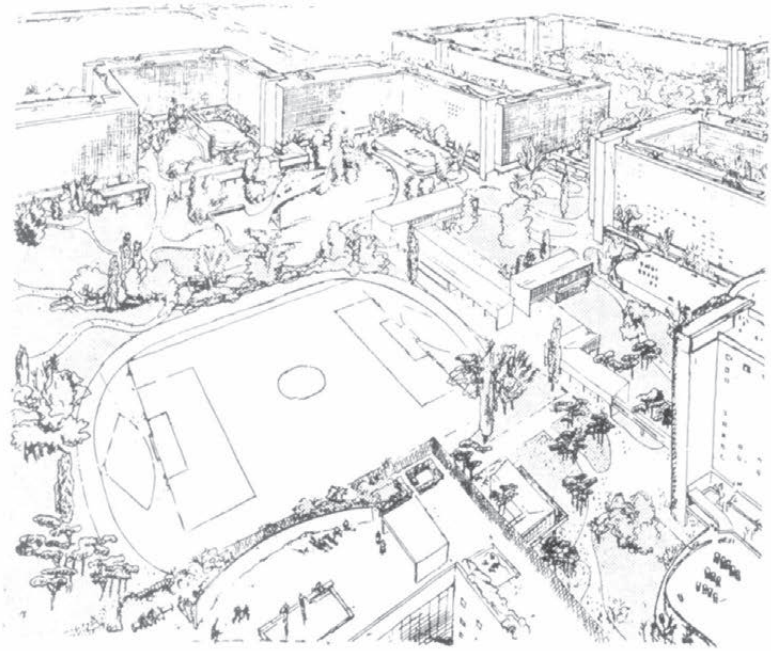
Si tomamos un estudio sobre la ciudad vemos que el conjunto urbano está subdividido según tres funciones principales que son: la residencia, las actividades fijas y la circulación.

Las actividades fijas *(fixed activities,* como son llamadas en la literatura norteamericana) comprenden almacenes, edificios públicos y comerciales, universidades, hospitales, escuelas, etc. Además, la literatura urbanística habla de equipamientos urbanísticos, estándares urbanísticos, servicios y también infraestructuras.

Algunos de estos términos son definidos y definibles, otros menos, pero es presumible que todo autor use estos términos dentro de cierto contexto y con suficiente claridad.

Entre todos estos términos, simplificando si se quiere, me valdré del término de actividad fija para afirmar que los elementos primarios comprenden también las actividades fijas; podría decir aún que la residencia es con respecto al área-residencia lo que las actividades fijas en relación con los elementos primarios.

He usado este término porque la noción de actividad fija es generalmente aceptada. Mas, aunque hablando de actividades fijas o de elementos primarios nos referimos —pero sólo en parte— a la misma cosa, los dos términos presuponen un modo de concebir la estructura urbana completamente diferente. Lo que hay de común se refiere al carácter público, colectivo de estos elementos;



Le Corbusier, la Ville Radieuse. 1. Boceto de la calle corredor 2 Vista de los elementos a rediente, con las escuelas y parques en la zona central.

esta característica de cosa pública, hecha por la colectividad para la colectividad, es de naturaleza esencialmente urbana. Me parece que sobre este punto nunca se ha meditado bastante aunque poseamos notables contribuciones.

Se puede desarrollar cualquier reducción de la realidad urbana y se llegará siempre al aspecto colectivo; el aspecto colectivo parece constituir el origen y fin de la ciudad.

Por otra parte, la relación entre estos elementos primarios y las áreas-residencia corresponde, en sentido arquitectónico, a la distinción realizada por los sociólogos entre esfera pública y esfera privada cnmo elementos característicos de la formación de la ciudad.

La definición hecha por Hans Paul Bahrdt en sus *Apuntes de sociología urbana* puede ilustrar mejor el significado de los elementos primarios: «[...] Nuestra tesis dice así: una ciudad es un sistema en el cual toda la vida, por lo tanto también la cotidiana, muestra la tendencia a polarizarse, a desarrollarse, pues, en los términos de agregado social público o privado. Se desarrollan una esfera pública y una privada que están en estrecha relación sin que la polarización quede perdida. Los sectores de la vida, que no pueden ser caracterizados ni como «públicos» ni como «privados», pierden en cambio significado. Cuanto más fuertemente se ejerce la polarización y cuanto más estrecha es la relación de intercambio entre la esfera pública y la privada, tanto más «urbana», desde el punto de vista de la sociología, es la vida de un agregado. En caso contrario, un agregado desarrollará en menor medida el carácter de ciudad». [12]

Consideremos ahora los elementos primarios en su aspecto espacial, independientemente de su función; se identifican con su presencia en la ciudad. Poseen un valor *in se,* pero también un valor de posición.

En este sentido un edificio histórico puede ser entendido como un hecho urbano primario; éste resulta desligado de su función originaria, o presenta en el tiempo más funciones, en el sentido del uso a que es destinado, mientras no modifica su cualidad de hecho urbano generador de una forma de la ciudad. En este sentido los ejemplos de monumentos sobre los que nos hemos detenido en las páginas precedentes son indicativos porque los monumentos son siempre elementos primarios.

Pero los elementos primarios no son sólo monumentos, como no son sólo actividades fijas; en sentido general, son los elementos capaces de acelerar el proceso de urbanización de una ciudad y, refiriéndolos a un territorio más vasto, son los que caracterizan,

los procesos de transfomación espacial del territorio. Actúan a menudo como catalizadores.

Originariamente su presencia puede identificarse sólo con una función (y en este caso coincide con las actividades fijas), pero pronto se elevan a un valor más significativo.

Mas no siempre son hechos físicos, construidos, destacables; podemos considerar, por ejemplo, el lugar de un acontecimiento que por su importancia ha dado origen a transformaciones espaciales. Me ocuparé más adelante de este problema al enfrentarme con el tema del *locus.*

Estos elementos tienen, pues, un papel efectivamente primario en la dinámica de la ciudad. Mediante ellos, y en el orden en que están dispuestos, el hecho urbano presenta una cualidad específica que viene dada principalmente por su persistencia en un lugar, por desarrollar una acción precisa, por su individualidad. La arquitectura es el momento último de este proceso y es también lo destacable de la compleja estructura urbana.

Así, el hecho urbano y su arquitectura, que son una sola cosa, constituyen una obra de arte. «Pero lo mismo es decir bella ciudad que buena arquitectura», porque en esta última se concreta la intencionalidad estética de los hechos urbanos.

Y el análisis de lo concreto de esta estructura sólo puede ser llevado a cabo sobre cada uno de los hechos urbanos.

Será útil avanzar aquí dos ejemplos relativos a estas cuestiones tomados de la historia de la urbanística; o que constituyen la tentativa de una comprensión verificable con base histórica de los hechos urbanos.

7. Tensión de los elementos urbanos

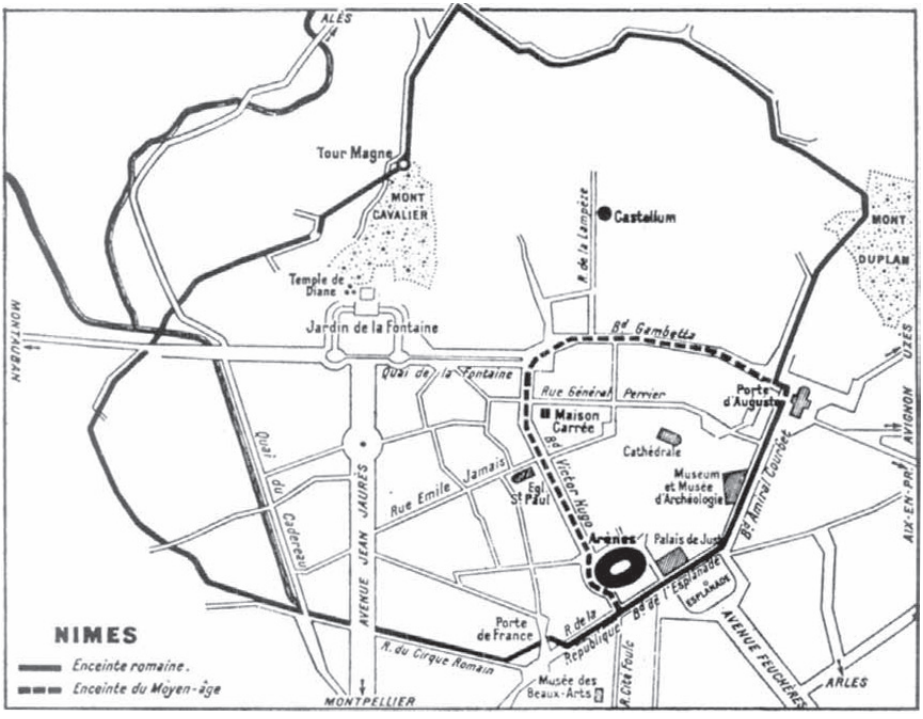
Las ciudades romanas o galorromanas de Occidente crecen mediante la continua tensión de estos elementos primarios. Esta tensión la podemos hallar aún hoy en su forma.

Cuando al final de la *pax romana* las ciudades delimitan las murallas, éstas cubren una superficie inferior a la de la ciudad romana.

En esta definición de las murallas son abandonados monumentos, zonas con frecuencia populosas; la ciudad se recluye en su núcleo.

En Nimes el anfiteatro es transformado en fortaleza por los visigodos y recluye una pequeña ciudad de 2000 habitantes; se

Florencia levantamiento tipológico del barrio de S. Croce, con los edificios construidos sobre el anfiteatro romano.



Nimes
Recintos romano y medieval.

accede a ella por cuatro puertas correspondientes a los cuatro puntos cardinales; en el interior se encuentran dos iglesias.

En un segundo tiempo, alrededor de este monumento comenzará de nuevo a crecer la ciudad; el mismo fenómeno sucede con la ciudad de Arles.

La vicisitud de estas ciudades es extraordinaria; nos induce también a algunas consideraciones sobre la dimensión y demuestra que la cualidad de algunos hechos es más fuerte que su dimensión.

El anfiteatro tiene una forma precisa e inequívoca y también su función; no está pensado como un continente indiferente; al contrario, está extremadamente precisado en sus estructuras, en

su arquitectura, en su forma. Pero una vicisitud externa, uno de los momentos más dramáticos de la historia de la humanidad, transforma su función, un teatro se convierte en una ciudad.

Este teatro-ciudad es asimismo una fortaleza; recluye y defiende toda la ciudad.

En otros casos una ciudad se desarrolla entre los muros de un castillo que constituyen su límite preciso y también su paisaje; así en Vila Viçosa en Portugal.

La presencia de la obra, con su significado y con su arquitectura, que es el modo real en que la obra viene definida, es el signo de la transformación.

Puesto que sólo la presencia de una forma cerrada y estabilizada permite la continuidad y el que se produzcan acciones en formas sucesivas. Así la forma, la arquitectura de los hechos urbanos emerge de la dinámica de la ciudad.

En este sentido he hablado de las ciudades romanas, de la forma que ha permanecido de la ciudad romana; tomemos el acueducto romano de Segovia que atraviesa la ciudad como un hecho geográfico, los teatros y el puente de Mérida en Extremadura, el Panteón, el Foro romano.

Estos ejemplos que vemos aquí desde el punto de vista de los hechos urbanos nos pueden conducir a numerosas consideraciones en el campo de la tipología.

Los elementos de la ciudad romana se transforman, cambian su función. Otro ejemplo excepcional está constituido por el proyecto de Sixto V para la transformación del Coliseo en una hilandería de lana; también aquí se trata de esta extraordinaria forma del anfiteatro.

En la planta baja eran organizados los talleres y en los pisos superiores las habitaciones de los obreros; el Coliseo se habría convertido en un gran barrio obrero y en una fábrica racionalista.

Así habla de ello Fontana: «Ya había comenzado a hacer quitar toda la tierra que había en torno, y a explanar la calle que viene de Torre dei Conti y va al Coliseo, para que fuese completamente llana, como hoy se ven vestigios de dicha excavación; se trabajaba en ello con sesenta carros de caballos y cien hombres, de manera que si el pontífice viviese un año [más], el Coliseo habría sido reducido a lugar de habitación». [13]

Pero ¿cómo crece la ciudad?

El núcleo original, recluido dentro de las murallas, se ensancha con una individualidad propia; a esta individuación formal corresponde una individuación política.

En el interior se desarrollan los burgos; son los burgos de las ciudades italianas, los *faubourgs* de las ciudades francesas.

Milán, cuya estructura monocéntrica se atribuye erróneamente a una especie de extensión del centro histórico, está bien definida durante todo el Medievo por estos elementos: el centro galorromano, los conventos, las obras pías.

La persistencia de los burgos es tan fuerte que el principal de ellos, San Gotardo, viene llamado siempre en dialecto simplemente como *il borgo,* sin otra atribución, como hemos visto. En París, fuera de la Cité, se constituyen varios asentamientos, a ambos lados del Sena; monasterios, centros mercantiles, la universidad. Alrededor de estos elementos se constituyen centros de vida urbana; alrededor de las abadías se organizan los *bourgs.* La abadía de St. Germain-des-Prés, de origen merovingio, se destaca en el siglo VI; el burgo de St. Germain no aparece en los documentos hasta alrededor del XII. El burgo representa un hecho urbano tan fuerte en el interior de la ciudad que aún lo podemos hallar hoy en el plano de París; está representado por la convergencia de cinco calles hacia el cruce de la Croix-Rouge; allí se encuentra el acceso al burgo de St. Germain-des-Prés, y el lugar era llamado *Le chef de la ville* o *Le bout de la ville.*[14]

El monumento está en el centro y circundado por edificios, es decir, se convierte en un lugar de atracción.

Pero convendrá ahora detenernos un poco en el concepto de monumento entendido como un elemento primario de tipo particular.

Este es un hecho urbano típico en cuanto resume todas las cuestiones planteadas por la ciudad a las que me refería al principio; pero se convierte también en algo de naturaleza particular cuando estos valores se imponen por encima de los caracteres económicos (también se puede aceptar la tesis de que toda la estructura monumental de la ciudad presenta un carácter metaeconómico) y de la necesidad práctica en virtud de su belleza.

Se convierten en obras de arte excelentes y se caracterizan sobre todo por este aspecto. Constituyen un valor que es más fuerte que el ambiente y que la memoria. Es significativo que las grandes obras urbanas nunca hayan sido destruidas y ningún defensor de la Antigüedad tendrá que pelearse, creo, para defender la capilla Pazzi o S. Pietro.

También es significativo que, en contra de lo que creen muchos autores, este valor sea la característica emergente de la ciudad y el único caso en que toda la estructura del hecho urbano esté resumida en la forma; el monumento es una permanencia

porque, se puede sostener, está ya en posición dialéctica dentro del desarrollo urbano, es decir, concibe la ciudad como algo que crece por puntos (elementos primarios) y por áreas (barrios y residencias), y mientras que en los primeros es preeminente la forma realizada, en la segunda aparecen en primer plano los valores del suelo.

Una teoría de este tipo tiene, pues, en cuenta no sólo el conocimiento de la ciudad por «trozos de ciudad», sino el crecimiento de la ciudad por partes, y mientras que por un lado da el máximo valor a la experiencia empírica de los elementos primarios y de su contorno urbano, por el otro desvanece cada vez más la importancia del plano, del diseño general de la ciudad que debe ser estudiado desde otros puntos de vista.

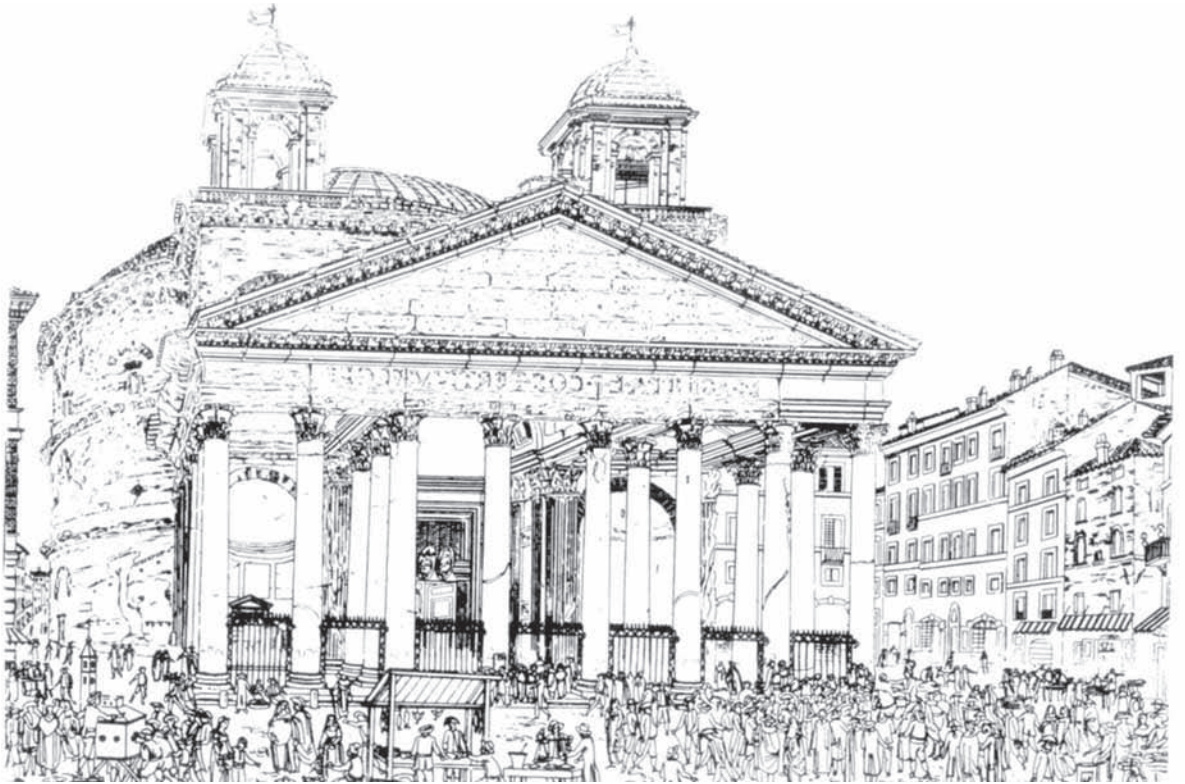
8. La ciudad antigua

Las referencias avanzadas en el párrafo precedente, relativas al significado de los elementos primarios en la evolución de la ciudad antigua, han puesto de relieve la importancia de la forma de los hechos urbanos; esto es, de la arquitectura de la ciudad. La permanencia de esta forma y su valor de referencia son completamente independientes tanto de la función específica a la que es destinada cuanto de la coincidencia inmediata con la continuidad de las instituciones urbanas.

Me refiero siempre de hecho a la forma y a la arquitectura de la ciudad y no a sus instituciones; pensar que éstas se mantienen y transmiten sin interrupciones y traumatismos es una distorsión histórica; una posición de este tipo, de hecho, acabaría por mistificar las luchas y los momentos concretos de transformación.

La enorme contribución que Henry Pirenne[15] ha hecho al estudio de la ciudad y particularmente a las relaciones entre la ciudad y las instituciones civiles atestigua el valor que damos aquí a los lugares, a los monumentos, a la realidad física de la ciudad como momento permanente de su devenir político e institucional; los monumentos y toda la construcción urbana son un signo de referencia que con el tiempo tiene un significado diferente.

Les cités et les bourgs ont joué pourtant, dans l'histoire des villes, un rôle essentiel. Ils ont été, pour ainsi dire, les pierres d'attente. C'est autour de leurs murailles qu'elles se formeront dès que se manifestera la renaissance économique dont on surprend les premiers symptômes au cours du x siècle.[16]



Roma, el Panteón y su plaza procedente de un grabado de inicios del siglo XIX.

Aunque la ciudad no existía ni en el sentido social ni en el económico, ni aun en el jurídico, es alrededor de las murallas de los burgos y de las antiguas ciudades romanas donde toma inicio el Renacimiento. Este es un hecho significativo.

Pirenne demuestra que la ciudad clásica no conoce nada de análogo a la ciudad burguesa local y particularista del Medievo.

En el mundo clásico la vida urbana se confundía con la vida nacional; el sistema municipal se identifica, pues, en la Antigüedad con el sistema constitucional.

Roma, extendiendo su dominación al mundo mediterráneo, hace de las ciudades punto de su sistema imperial; éste sobrevive a las invasiones germánicas y a las árabes, pero la ciudad cambia completamente su función. Este cambio es esencial para comprender la evolución sucesiva de la ciudad.

En primer lugar, la Iglesia establece sus diócesis en las circunscripciones de las ciudades romanas; la ciudad se convierte, pues, en la sede del obispo; así el éxodo de los mercaderes, la decadencia del comercio, el fin de las relaciones entre las ciudades al no tener ninguna influencia en la organización eclesiástica, no modifican la estructura urbana. Las ciudades se identifican con el prestigio de la Iglesia, se enriquecen con donaciones, son asociadas por los carolingios a la administración, y mientras que por un lado se enriquecen, por el otro crece su prestigio moral. A la caída del Imperio carolingio los príncipes feudales continúan respetando la autoridad de la Iglesia y de ello deriva que aun en la anarquía de los siglos IX y X la preeminencia de los obispos confiere naturalmente a sus residencias, esto es, a las antiguas ciudades romanas, absoluta preeminencia.

Pirenne demuestra que es éste el verdadero motivo que salva las ciudades de la ruina, porque en la economía del siglo IX no tienen razón de existir; con la desaparición de los mercaderes ya no representan para la sociedad laica interés alguno. A su alrededor las grandes propiedades agrícolas viven una vida propia y por otro lado el Estado constituido sobre una base puramente agrícola no se preocupa de su suerte. Los castillos de los príncipes y de los condes se encuentran en el campo, mientras que es precisamente la sedentariedad del oficio eclesiástico lo que une los obispos a la ciudad.

En este sentido la ciudad se salva de la ruina como lugar físico por la sede de los obispos y no como continuidad de las instituciones urbanas.

El ejemplo de Roma llega a ser, en el análisis de Pirenne, de extraordinaria evidencia: «La ville impériales est devenue la

ville pontificale. Son prestige historique a rehaussé celui du successeur de Saint Pierre. Isolé, il a paru plus grand, et il est en même temps devenu plus puissant. On n'a plus vu que lui... En continuant à habiter Rome, il en a fait sa Rome, comme chaque évêque a fait de la cité qu'il habitait, sa cité». [17]

¿En qué sentido entonces la ciudad antigua llega a ser el lugar o se continúa en la ciudad moderna? Para Pirenne es completamente falso atribuir la formación de la ciudad medieval a la acción de la abadía, del castillo o del mercado. Las ciudades nacen con sus instituciones burguesas, a causa del despertar económico e industrial de Europa.

¿Por qué y cómo, por así decir, se instalan en la ciudad romana? Porque las ciudades romanas, sostiene Pirenne, no eran creaciones artificiales; al contrario, reunían todas las condiciones de orden geográfico sin las cuales una aglomeración urbana no puede vivir ni prosperar. Situadas en las intersecciones de las indestructibles *vías del César,* que han sido durante siglos las vías de la humanidad, estaban destinadas aún a llegar a ser las sedes de la vida municipal. «Les cités qui, du IX au X siècle, n'avaient guère été que le centre des grandes domaines ecclésiastiques, par une transformation rapide et inévitable, vont récupérer leur caractère qu'elles avaient perdu depuis si longtemps.» [18]

Esta transformación rápida e inevitable no podía acontecer, pues, sino en el interior de las ciudades antiguas, o a su alrededor, puesto que éstas representan aquella manufactura compleja, a medio camino entre el artificio y la naturaleza, como confirma Pirenne refiriéndose a las ciudades romanas, a las que la humanidad no puede fácilmente renunciar en el curso de su desarrollo.

En la utilización de los viejos cuerpos de las ciudades hay un hecho económico y psicológico a un tiempo. Son tanto un bien como una referencia.

Una cuestión de este tipo, que aquí hemos visto aplicada a la ciudad antigua, se presenta también en todas aquellas cuestiones que se refieren al paso de la ciudad burguesa a la ciudad socialista, también aquí parece cierto que los tiempos de los cambios de las instituciones no son referibles a la evolución de la forma; y de ello que establecer una relación simple entre dos hechos, como quieren algunos, sea una cuestión abstracta y no responda a la realidad de los procesos urbanos.

Lo seguro es que elementos primarios y monumentos, es decir, lo que representa directamente la esfera pública, adquieren un carácter cada vez más complejo y más necesario; y no se modifican con tanta sencillez.

La residencia, que tiene mayor característica dinámica como área, depende de la vida de aquéllos, participando en el sistema que la ciudad constituye en su complejo.

9. *Procesos de transformación*

La relación área-residencia y elementos primarios configura de modo concreto la ciudad: si esto lo podemos hallar en las ciudades en que las vicisitudes históricas siempre han actuado en el sentido de la unificación de los diversos elementos, también es aún más evidente en el caso de las ciudades que nunca han reunido o han intentado reunir en una sola forma los hechos urbanos que los constituyen; así Londres, Berlín, Viena, Barí, Roma y muchas otras ciudades.

En Bari la ciudad antigua y la ciudad muratiana constituyen dos hechos completamente diferentes, sin casi relación; la ciudad antigua no se ha dilatado, su núcleo estaba absolutamente definido como forma. Sólo su calle principal, que la unía al territorio, ha emergido intacta y permanente en el tejido muratiano.

En todos estos casos siempre hay una estrecha unión entre los elementos primarios y el área; frecuentemente esta unión llega a ser sin más un hecho urbano tan preeminente hasta constituir una característica de la ciudad. ¿Y no es siempre la ciudad la suma de estos hechos?

El análisis morfológico, que constituye uno de los instrumentos más importantes en el estudio de la ciudad, ilumina claramente estos aspectos. En la ciudad no existen zonas amorfas, o allá donde existen, son momentos de un proceso de transformación, representan por así decirlo los tiempos muertos de la dinámica urbana. Aun allí donde fenómenos de este tipo se reproducen con mayor importancia, como los suburbios de las ciudades norteamericanas, los procesos de transformación tienen también tiempos más veloces en cuanto que, como se ha demostrado, la alta densidad de los asentamientos produce mayor presión en el uso del suelo. Estas transformaciones se realizan por medio de la definición de un área precisa; sobre ella acontece el proceso de *redevelopment.* Este proceso caracteriza hoy una gran ciudad como Londres. «El concepto de una división de las ciudades entre sectores *[precints]* —escribe Peter Hall— ha sido adoptada instintivamente desde siglos por los constructores y arquitectos, en los *Colleges* de Oxford y Cambridge, en las *Inns of Court* de Londres, en los proyectos originarios de Bloomsbury, en los que todo el

tráfico directo era detenido por barreras.» [19] Una política de este tipo llega a ser la base de los famosos *precints* de Abercrombie para Westminster y Bloomsbury.

Dentro de un bloque circundado por calles principales, la estructura viaria habría tenido que ser readaptada de tal modo que el tráfico directo no pudiese penetrar.

Ahora se puede afirmar que el carácter distintivo de toda ciudad, y por lo tanto también de la estética urbana, es la tensión que se ha creado y se crea entre áreas y elementos, entre un sector y otro; esta tensión viene dada por la diferencia de los hechos urbanos existentes en cierto lugar y está medida no sólo en términos de espacio, sino también de tiempo. Estos se refieren bien al proceso histórico allí donde hay presentes fenómenos de permanencia, con todas las implicaciones que éstos poseen, bien en sentido puramente cronológico donde se pueden hallar hechos urbanos acontecidos en tiempos sucesivos.

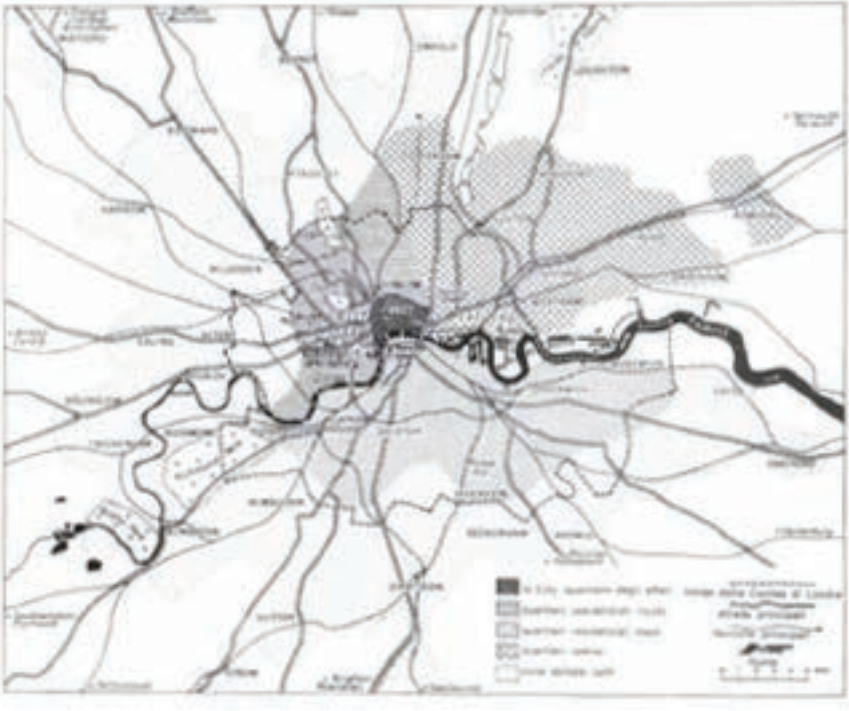
En este sentido nos damos cuenta ahora plenamente de lo bellas que son partes ya periféricas de grandes centros en transformación; Londres, Berlín, Milán, Moscú, nos revelan escorzos, aspectos, imágenes completamente imprevisibles. Los tiempos diferentes, más aún que en los espacios inmensos de la periferia moscovita, nos dan la imagen concreta de la cultura en transformación, de una modificación de la misma estructura social a través de una fruición estética que está en la naturaleza misma de los hechos.

Naturalmente, no podemos confiar tan sencillamente los valores de la ciudad de hoy en este sucederse de los hechos; aunque sólo sea porque nada nos garantice su continuidad efectiva.

Es importante conocer el mecanismo y sobre todo establecer cómo podremos actuar en esta situación; yo creo que no es a través del control total de este alternarse de los hechos urbanos, sino a través del control de los hechos principales emergentes en cierto tiempo.

En estas observaciones se perfila aún la cuestión de la dimensión, y de la dimensión de la intervención.

La movilidad en el tiempo de cada parte de ciudad está profundamente vinculada a la del fenómeno objetivo de la decadencia de ciertas zonas. Este fenómeno generalmente observado en



Londres, plano esquemático de la ciudad.

la literatura anglosajona con el término de *obsolescence,* cada vez es más evidente en las grandes ciudades modernas; éste tiene características particulares en las grandes ciudades norteamericanas, en las que justamente ha sido estudiado con detención. Por lo que aquí nos interesa notar de este fenómeno, podemos definirlo como una supervivencia de un grupo de edificios, que puede ser el entorno de una calle como de un barrio, a la dinámica seguida por el uso del suelo en el ambiente circunstante, dando a esta última definición un significado muy amplio. Estas áreas de la ciudad no siguen, por lo tanto, su vida, representan por mucho tiempo islas respecto del desarrollo general; hemos visto que atestiguan los tiempos diferentes de la ciudad y al mismo tiempo se configuran como grandes áreas de reserva.

En fin, el fenómeno de la obsolescencia ilumina la exactitud de la hipótesis relativa al estudio de la ciudad por áreas entendidas como hechos urbanos; las transformaciones de las áreas van vinculadas al estudio de los factores accidentales, como veremos al presentar la teoría de Halbwachs.

Esta ciudad constituida por tantas partes en sí completas, es, a mi parecer, la que permite verdaderamente la libertad de las elecciones; y la libertad de las elecciones llega a ser una cuestión de fondo por todas las implicaciones que presenta; como no creemos que en este caso sean cuestiones de valor lo que pueda decidir a favor de las casas altas o de las casas bajas, es decir, de soluciones arquitectónicas y tipológicas diversas, sino que estas cuestiones pueden ser resueltas sólo a nivel arquitectónico urbano, por ello estamos muy convencidos de que la libertad concreta del ciudadano está, en una sociedad donde las elecciones sean libres, en el optar por una solución más bien que por otra.

10. Geografía e historia. La creación humana

Geografía o historia
según que nos observen
o cuando nos pensamos.

CARLOS BARRAL

(Diecinueve figuras de mi historia civil)

En las páginas precedentes me he ocupado principalmente:

— del área-residencia y los elementos primarios;
— de la estructura de la ciudad por partes.

Subordinadamente me he ocupado de los elementos, de la diversa fruición de los elementos urbanos, de la comprensión de la ciudad.

Muchas de estas cuestiones eran de método; intentan llegar a su clasificación.

Se puede pensar que haya otros modos de llevar a cabo esta clasificación y que yo no haya escogido la más lineal; sin embargo, he intentado atenerme a los resultados más seguros que poseemos y en parte ordenarlos. Ya he escrito que no hay nada nuevo en todo ello.

Lo que importa es que dentro de estas consideraciones haya hechos concretos; y que éstos atestigüen la relación del hombre con la ciudad.

He dado la hipótesis de la ciudad como manufactura y como obra de arte; podemos observar y describir esta manufactura o intentar comprender sus valores estructurales. Pero en todo caso la geografía de la ciudad es inseparable de su historia; y sin ellas no podemos comprender su arquitectura, que es el signo concreto de esta «cosa humana».

Al comienzo de esta investigación he citado especialistas de diversa naturaleza; el hecho en el que insistimos es tan concreto que vuelve en todos los autores y es la base de la tratadística.

«L'art de l'architecture —escribió Viollet-le-Duc— est une création humaine.» Y también: «L'architecture, cette création humaine, n'est donc de fait, qu'une application de principes qui sont nés en dehors de nous et que nous approprions par l'observation». [20]

Esos principios están en la ciudad; ésta es el paisaje de piedra —*brick and mortar*—, según la expresión de Fawcett, que simboliza la continuidad de una comunidad. [21]

Los sociólogos han estudiado el conocimiento colectivo, la psicología urbana; geografía y ecología han abierto grandes horizontes.

Pero en la comprensión de la ciudad como obra de arte, ¿la arquitectura no es esencial?

Un estudio más ceñido de los grandes momentos de la historia urbana nos aclarará la cuestión de la arquitectura de la ciudad como obra de arte total. Berenson nota, si bien sin desarrollar este concepto, que el arte veneciano se explica completamente en la misma ciudad: «No hay nada que los venecianos no intentasen añadir a la grandeza del Estado, a su gloria, a su esplendor. Y esto les llevó a hacer de su ciudad un vivo, maravilloso monumento del amor y de la reverencia que alimentaban hacia la República;

monumento que hasta hoy suscita más admiración y da más gozo que cualquier otra obra nacida del fervor del arte. Y no se contentaron con que Venecia fuera la más bella ciudad del mundo, sino que en su honor instituyeron ceremonias que tenían toda la majestad de los ritos religiosos». [22]

Observaciones de este tipo son ciertas para todas las ciudades; se refieren a hechos; hechos que se pueden manifestar en forma diversa y con vicisitudes diferentes, pero no por ello dejan de ser confrontables.

Ninguna ciudad ha sido nunca privada del sentido de la propia individualidad.

Mi argumento se refiere al estudio de la arquitectura de la ciudad; me limito a hacer un esbozo de un tratado.

Puede ser que yo use la palabra *tratado* de manera un poco insólita; pero creo descansar en la tradición de los textos de arquitectura, tradición difícil y criticable, pero auténtica. Quizás hasta aquí he usado poco de los tratados más ortodoxos; pero creo haber usado de ellos suficientemente y continuaré haciéndolo en los capítulos sucesivos. (Por ejemplo, cuando trate del concepto de *locus*.)

Pero antes de pasar a algunos aspectos de la arquitectura como modo de hacer la ciudad, quiero considerar lo escrito en este capítulo a la luz de las consideraciones avanzadas en este párrafo.

El tema principal surgido en la segunda parte de este capítulo es que en la ciudad distinguimos dos hechos principales: el área-residencia y los hechos primarios. Y que negamos qué la residencia (la casa) sea algo amorfo y que pasa, mera necesidad. Por ello, la casa en particular, por la cual es reconocible empíricamente la decadencia tecnológica y la necesaria adecuación de los diversos niveles y modos de vida de la sociedad en el tiempo, ha sido sustituida por el concepto de área caracterizada.

Partes enteras de la ciudad presentan signos concretos de su modo de vivir, una forma propia y una memoria propia. Se han individualizado a través de la profundización de estas características por las indagaciones de tipo morfológico y por las posibles investigaciones de tipo histórico y lingüístico. En este sentido el problema empieza en el concepto de *locus* y de dimensión.

Por otro lado, los elementos primarios se configuran como aquellos que con su presencia aceleran el proceso de la dinámica

urbana. Estos elementos pueden ser entendidos desde un mero punto de vista funcional, como actividades fijas de la colectividad para la colectividad, pero sobre todo pueden identificarse con hechos urbanos definidos, un acontecimiento y una arquitectura que resumen la ciudad. Como tales son ya la historia y la idea de la ciudad que se construye a sí misma, *a state of mind,* según la definición de Park de la ciudad.

Sobre la base de la hipótesis de la ciudad como manufactura, los elementos primarios tienen una evidencia absoluta; se distinguen por su forma y en cierto sentido por su excepcionalidad en el tejido urbano. Son caracterizantes.

Tomemos el plano de una ciudad y consideremos una parte de él: nos saltarán a la vista, como manchas negras, estas formas emergentes. También en este sentido hablo de elementos primarios; y lo mismo se puede decir desde el punto de vista volumétrico.

Repito que aquí intento más decir a qué me refiero que dar definiciones.

Ahora me doy cuenta claramente de que aún afirmando que los elementos primarios no son solamente los monumentos, en mis argumentos siempre he acabado por identificarlos. Por ejemplo, cuando hablo del teatro de Arles, o del Palazzo della Ragione de Padua, o hasta de otros hechos.

No creo que esté en disposición de aclarar completamente este punto, pero introduciré un argumento ulterior.

Sabemos que muchos textos de geografía y de urbanística clasifican las ciudades en dos grandes familias: ciudades planificadas y ciudades no planificadas. «En los estudios urbanos es normal poner de relieve en primer lugar la diferencia entre ciudad planificada y no planificada. Las primeras han sido concebidas y fundadas como ciudades, mientras que las segundas han salido sin un diseño preconcebido, como asentamientos que se han desarrollado particularmente y que, por lo tanto, se han revelado aptos para desempeñar funciones urbanas. Su carácter urbano ha surgido sólo en el curso de su desarrollo, y su estructura ha resultado esencialmente del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano.» Como dice, entre otros, Smailes en su texto de geografía urbana. [23]

Si, concediendo al esquema de teoría desarrollada hasta aquí la seguridad de fundarse en hechos auténticos, juzgamos una afir-

mación de este tipo, vemos que tiene una concreción relativa; se trata, a lo sumo, de un tipo de clasificación elemental y refutable desde muchos puntos de vista.

De hecho, nosotros sostenemos que en todo caso –en lo que atañe a la génesis de los hechos de urbanización– se trata, para usar la expresión del autor aquí citado, «del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano». Este núcleo representa un inicio del proceso de urbanización cuando está constituido en todo su valor.

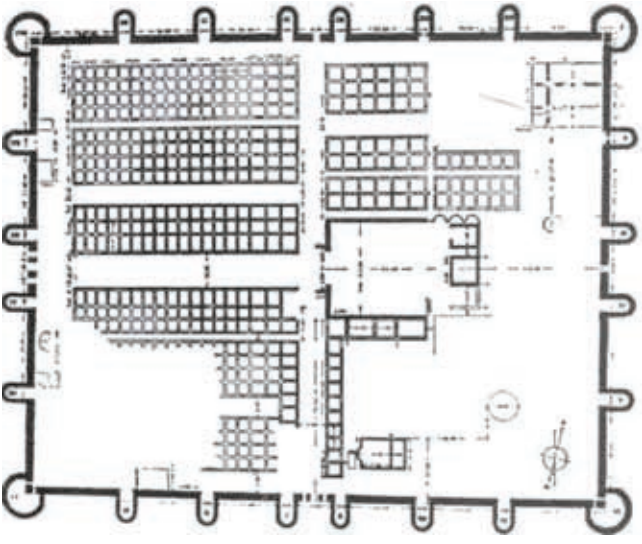
Y afirmo que considero el «plano» como un elemento primario, igual que un templo o una fortaleza. Y que el mismo primer núcleo de ciudad planificada se revela como un elemento primario; ya sea que inicie un proceso urbano, o que lo caracterice, como sucede en Leningrado o en Ferrara, la cosa no cambia mucho. Creer, pues, que la existencia de un plano ofrezca a la ciudad una solución espacial definitiva desde el punto de vista global es completamente discutible; el plano siempre es un tiempo de la ciudad, en la misma medida que cualquier otro elemento primario.

Que después la ciudad crezca alrededor de un núcleo ordenado o desordenado o alrededor de un hecho singular no cambia mucho (aunque indudablemente presentará aspectos morfológicos diferentes): de hecho, vemos estas situaciones como hechos caracterizantes, como partes. Esto ha sucedido en el caso de Leningrado y está sucediendo en el de Brasilia. Es deseable que se lleven a cabo investigaciones en esta dirección.

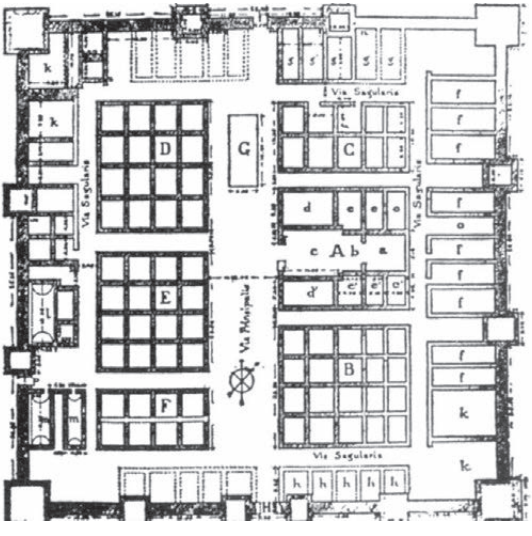
Casi no hay que decir que maestros como Chabot y Poète apenas aluden a esta división; y Chabot justamente relaciona la cuestión del plano como un problema teórico de arquitectura, base de las operaciones urbanísticas.

Mayor importancia a esta división es dada por Lavedan: después de un largo trabajo sobre la ciudad como arquitectura y sobre la estructura urbana de las ciudades francesas, es lógico que Lavedan insista en una diferenciación ligada a la arquitectura urbana.

Si el enorme esfuerzo de la escuela francesa hubiese ido acompañado de intentos de síntesis como los de Lavedan de manera más amplia, hoy podríamos disponer de un material maravilloso; que las investigaciones sobre la vivienda y sobre las ciudades de Demangeon no tengan en cuenta el material recogido por Viollet le



El - Leggún



Dagantya

Instalaciones fortificaciones romanas en Jordania.
Estos elementos constituyen un tipo de formación urbana.

Duc es un problema que va más allá de la falta de relación interdisciplinaria; se trata de una actitud con respecto a la realidad.

No se puede, pues, reprobar a Lavedan haber insistido en el aspecto arquitectónico cuando éste es precisamente el mérito mayor de su obra; y no creo forzar su pensamiento si afirmo que cuando nos habla del «plano» de la ciudad entiende hablarnos de arquitectura. De hecho, ocupándose del origen de la ciudad escribe: «Trátese de una ciudad espontánea o de una ciudad planificada, el trazado de su planta, el diseño de sus calles no le es debido al azar. Existe una obediencia a las reglas. Sea inconscientemente en el primer caso, sea consciente y abiertamente en el segundo. Existe siempre el elemento generador del plano». [24] Con esta reducción Lavedan lleva el plano a su valor de elemento originario o de componente.

Podrá parecer que, en el intento de explicar la diferencia entre un elemento primario y un monumento, yo haya introducido otro argumento que, al fin, en vez de precisar ha ampliado la argumentación. En realidad, esta ampliación nos ha permitido volver a nuestra hipótesis de partida que habíamos analizado desde diversos puntos de vista. La ciudad no es por su naturaleza una creación que pueda ser reducida a una sola idea base; sus procesos de formación son diversos.

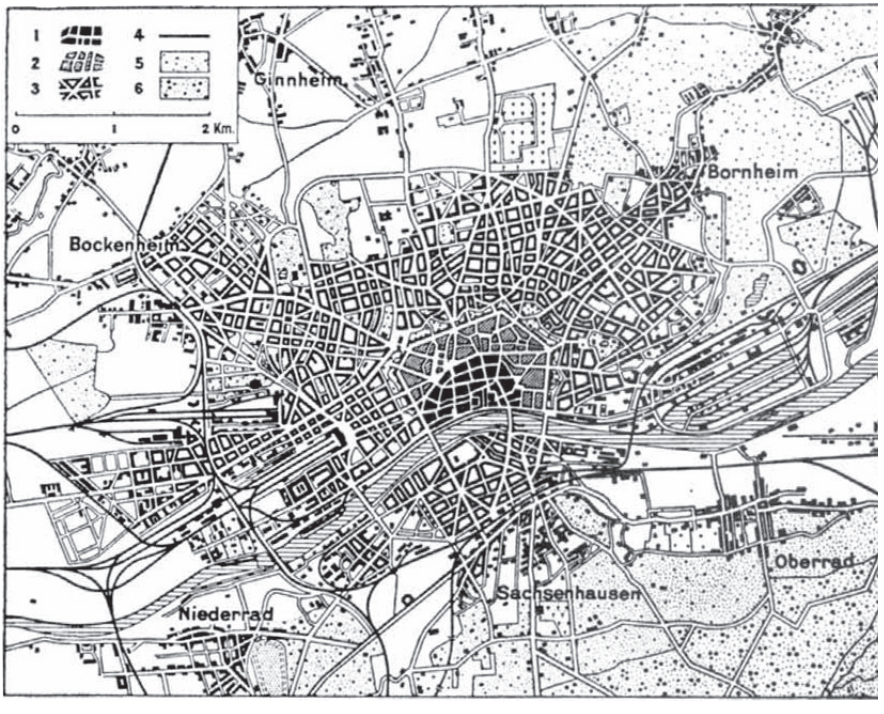
La ciudad está constituida por partes; cada una de estas partes está caracterizada; posee, además, elementos primarios alrededor de los cuales se agregan edificios.

Los monumentos son, pues, puntos fijos de la dinámica urbana; son más fuertes que las leyes económicas, mientras que los elementos primarios no lo son en forma inmediata.

Ahora, el ser monumentos es en parte su destino; no sé hasta qué punto este destino es previsible.

En otros términos: por lo que atañe a la constitución de la ciudad es posible proceder por hechos urbanos definidos, por elementos primarios, y esto tiene relación con la arquitectura y con la política; algunos de estos elementos se elevarán al valor de monumentos sea por su valor intrínseco, sea por una particular situación histórica, y esto se relaciona precisamente con la historia y la vida de la ciudad.

He escrito que todas estas consideraciones son importantes si en ellas hay hechos; hechos que muestran su relación directa con el hombre. Ahora, estos elementos constituyentes de la ciu-



Frankfurt am Main

1 — El núcleo antiguo
2 — La ciudad del siglo XIV
3 — Barrios modernos
4 — Vías férreas
5 — Parques
6 — Bosques

dad, estos hechos urbanos de naturaleza característica y caracterizante, ¿no son, en cuanto producto de la actividad humana como hecho colectivo, uno de los más auténticos testimonios del hombre? Y, naturalmente, cuando hablamos de estos hechos no podemos ignorar en modo alguno su arquitectura, que es la misma creación humana.

Un especialista francés escribía recientemente que pensando en la crisis institucional de la Universidad francesa le parecía que

nada podía expresar esta crisis de manera tangible como la falta de un edificio que «fuese» la Universidad francesa. El hecho de que París, siendo una de las grandes universidades de Europa, no hubiera conseguido nunca «construir» esta sede era señal de una debilidad interna del sistema.

[...] La confrontation avec ce prodigeux phénomène architectural produisit sur moi un effet de choc. Une inquietude naquit, et un supçon, qui devait se confirmer lorsque, par la suite, il me fût donné de visiter Coimbra, Salamanca et Goettingen ou encore Padue... c'est le néant architectural de l'Université française qui m'a fait comprendre son néant intellectuel et spirituel. [25]

¿Es posible afirmar que las catedrales y las iglesias esparcidas por el mundo y San Pedro no *constituyen* la universalidad de la Iglesia católica? No me refiero al carácter monumental de estas arquitecturas ni a su valor estilístico: me refiero a su presencia, a su construcción, a su historia. En otros términos, a la naturaleza de los hechos urbanos.

Los hechos urbanos tienen vida propia, destino propio.

Vayamos a un hospital: el dolor es algo concreto. Está en las paredes, en los patios, en los dormitorios.

Cuando los parisienses destruyeron la Bastilla cancelaron siglos de abuso y de dolor de los que la Bastilla era en París la forma concreta.

Al abrir este capítulo he aludido a la cualidad de los hechos urbanos y a algunos autores que habían oteado este tipo de investigación; Lévi-Strauss ha ido quizá bastante más adelante que todos al hablar de esta cualidad y al afirmar que por muy rebelde que haya llegado a ser nuestro espíritu euclidiano a una concepción cualitativa del espacio, no depende de nosotros que ésta exista.

L'espace possède ses valeurs propres, comme les sons et les parfums ont des couleurs et les sentimens un poids. Cette quète des correspondances n'est pas un jeu de poète ou une mystification ..; elle propose au savant le terrain le plus neuf et celui dont l'exploration peut encore lui procurer des riches découvertes. [26]

Cattaneo ha escrito sobre la naturaleza como patria artificial que contiene toda la experiencia de la humanidad.

Nos podemos permitir entonces afirmar que la cualidad de los hechos urbanos surge de las investigaciones positivas, de la concreción de lo real; la cualidad de la arquitectura *–la création humaine–* es el sentido de la ciudad.

Después de haber indagado sobre los posibles modos de en-

tender la ciudad, volvamos, pues, a las características más íntimas, más propias de los hechos urbanos.

Y sobre estos aspectos, los más ligados a la arquitectura, iniciaré las consideraciones de los próximos capítulos.

Por ahora creo poder afirmar que cualidad y destino distinguen los elementos primarios, entendidos en el sentido de una lectura geográfica, de los monumentos. Y estoy convencido de que siguiendo estas indicaciones se podrán enriquecer las investigaciones positivas sobre el comportamiento de los grupos humanos y del individuo en la ciudad. He señalado el intento realizado por el norteamericano Kevin Lynch, aunque sea por otros caminos; esperamos que sean profundizadas estas investigaciones experimentales y que puedan ofrecernos importantes materiales para valorar todos los aspectos de la psicología urbana. De manera que se puedan iluminar los estratos más profundos de la conciencia colectiva tal como se forma en la ciudad.

Con el mismo concepto de cualidad se podrán iluminar los conceptos de área y de límite, de territorio político y de frontera que ni el mito de la raza ni la comunidad de lengua o de religión son suficientes para fundamentar.

Aquí se indican sólo direcciones de investigación; muchas de estas investigaciones surgen de la psicología, de la sociología, de la ecología urbana. Estoy convencido de que éstas tomarán nueva luz cuando tengan más en cuenta, o simplemente puedan tener en cuenta el ambiente físico y la arquitectura de nuestras ciudades.

Así como nosotros ya no podemos ocuparnos de la arquitectura de la ciudad —en otros términos, de la arquitectura misma— sin este cuadro general en el que se conjuntan los hechos urbanos.

En este sentido he hablado de la exigencia de un nuevo tratado.

Notas al capítulo segundo

[1] Una concepción de este tipo está en la base de la enseñanza urbanística de Schumacher; esta teoría vuelve en el plano de Colonia y en el más famoso de Hamburgo.

Para la enseñanza urbanística de Schumacher, la obra más importante es, sin duda:

FRITZ SCHUMACHER, *Vom Städtebau zum Landesplanung und Fragen Städtebaulicher Gestaltung,* Tubinga, 1951, p. 37. La diferenciación de la ciudad moderna es el rasgo principal de su particularidad *(Eigenart)* y todas las zonas tienden a dividirse cada vez más claramente unas de las otras. El modo de formación y sus objetivos *(Gestaltungsaufgabe)* caracteriza la estructura de la ciudad independientemente de una única ley o principio formal.

Acerca del plano de Hamburgo, véase:

F. S., «Zum Wiederaufbau Hamburgs», en *Strömungen in deutscher Baukunst seit 1800,* Colonia, s. f.

GEMEINSAMER LANDESPLANUNGSRAT HAMBURG SCHLESWIG-HOLSTEIN, *Leitgedanken und Empfehlungen,* Hamburgo - Kiel, 1960.

Sobre el área-estudio y algunas interpretaciones de la *natural-area* entendida como área originaria, véase mi investigación:

A. R., *Contributo al problema dei rapporti tra tipologia edilizia e morfología,* Milán, 1964.

[2] E. W. BURGESS, *The Determination of Gradients in the Growth of the City,* Chicago, 1927.

PARK BURGESS y MCKENZIE, *The City,* Chicago, 1925.

H. HOYT, *The structure of residential neighborhoods in american cities,* Washington, 1939.

Acerca de la discusión de algunas tesis sobre sociología urbana norteamericana: MAX SORRE, «Géographie urbaine et écologie», en *Urbanisme et architecture,* París, 1954.

[3] Sobre las regulaciones berlinesas, véase Hegemann, nota 8, y la sección 4 del capítulo 2.

[4] Las vicisitudes urbanas de la ciudad de Viena son particularmente interesantes por la importancia histórica de esta ciudad y por la amplia documentación que hay sobre ella. Hugo Hassinger describe la ciudad en 1910 como constituida por la Altstadt, circundada por el Ring y por el Grossstädtischer Vorstadtgürtel, es decir, la parte de la ciudad de altísima densidad entre el Ring y el Gürtel. Aparte de éstas, que él indica como constituyendo el Grossstadtkern o núcleo de la ciudad, Hassinger indica el paso entre la ciudad y el campo: el Grosstädtischer Weichbild, lo que los especialistas norteamericanos han definido después como franja urbana. Pero el Weichbild no es periferia; está definido en su imagen y aún hoy estas zonas constituyen un aspecto tan típico de Viena como la Josefplatz.

La evolución general de la ciudad se comprende mejor estudiando la constitución y formación de cada una de las zonas que la constituyen. Zonas cuyo uso está íntimamente relacionado con la residencia. La situación de la residencia en Viena se explica con la Hofquartierspflicht. Esta se destaca con la instalación de la corte de los Habsburgo en la ciudad; no pudiendo

satisfacer las exigencias residenciales del numeroso séquito cortesano, fue dictada esta ley por la cual los dueños de las casas privadas eran obligados a subvenir en el acto a las necesidades de alojamiento de la corte. Esto significó la destrucción de las casas góticas de tres plantas del período barroco para la erección de casas de seis y siete plantas, con dos o tres sótanos. El valor de los terrenos en el interior de las murallas llegó a ser tan alto ya en 1700 que el estamento pobre de la población y los artesanos se trasladaron a los distritos exteriores que se formaron después de 1683. Es interesante observar cómo en este caso una interpretación esquemática del fenómeno del urbanismo no nos explicaría la formación de la ciudad hasta el siglo XIX; cuando, después de 1850 inicia el proceso de crecimiento del período industrial, Viena ya ha destruido una parte de la ciudad antigua.

A. R., «Un piano per Vienna", en *Casabella-Continuità,* núm. 278, Milán, 1963. ROLAND RAINIER, *Planungskonzept Wien,* Viena, 1963. Las colecciones anuales de *Aufbau,* en particular núms. 4-5, 1961; *Gemeinwirtschaft, Planen und Bauen,* núms. 7-8, 1961 (1946-1961, 15 años); GEORG CONDIT, *Stadtplanung und Planungsgrundlagen,* núms. 11-12, 1961; SOKRATIS DIMITRIOU, *Die Wiener Gürtelstrasse;* KARL FELTINEK, *Kulturelle Mittelpunkte in den Wiener Aussenbezirque;* ROBERT E. DICKINSON, *The West European City,* Londres, 1962.

[5] KEVIN LYNCH, *The Image of the City,* Harvard, 1960; edición italiana, Padua, 1964, p. 83. Versión castellana: *La imagen de la ciudad,* Ediciones Infinito, Buenos Aires. 1968.

[6] EUGÈNE-EMMANUEL VIOLLET-LE-DUC, *Dictionnaire raisonne de l'architecture française du XI au XVI siècle,* Paris, 1867-1873. voz "Maison".

[7] PETER BEHRENS, «Il Comune di Vienna come committente di costruzioni», en *Bauwelt,* 41, 1928, traducido en *Casabella-Continuità,* núm. 240, 1960. e interpolado en mi artículo: A. R. «Peter Behrens e il problema della abitazione moderna». En este artículo sostenía que los puntos fundamentales de la temática del maestro alemán en el campo de la residencia se podían referir a dos puntos principales: 1) sólo un sistema de casas bajas con jardín y de casas de varias plantas, sobre un terreno elegido al efecto y estudiado, forma un barrio armónico, civilizadamente habitable y económico; 2) cada una de las partes de la construcción debe ser normalizada y los materiales unificados. Desde 1910, Behrens ha dejado claro el proceso formativo de un nuevo espacio urbano.

Sobre el problema de la residencia en el movimiento racionalista, es fundamental *Die Wohnung für das Existenzminimum,* Internazionale Kongresse für Neues Bauen Zürich, Stuttgart, 1933. Contiene los escritos principales de los arquitectos del movimiento moderno sobre el problema de la habitación, entre los cuales: ERNST MAY, *Die Wohnung für das Existenzminimum;* WALTER GROPIUS, *Die soziologischen Grundlagen der Minimalwohnung für die städtische Industriebevölkerung;* LE CORBUSIER y PIERRE JEANNERET, *Analyse des éléments fondamentaux du problème la «Maison Minimum»;* HANS SCHMIDT, *Bauvorschriften und Minimalwohnung.*

Sobre algunos aspectos metodológicos del movimiento moderno respecto del problema de la casa, véase: ERNESTO N. ROGERS, «Problemi di metodo", en *Esperienza dell'Architettura,* Turín, 1958. Versión castellana: *Experiencia de la Arquitectura,* Ediciones Nueva Visión, S.A.I.C., Buenos Aires, 1962.

El problema de la residencia en el movimiento racionalista está magistralmente expuesto por Giuseppe Samonà, que ha afrontado el conjunto de estos problemas apuntando a la relación arquitectura-ciudad. De la exposición de Samonà conviene traer a colación el siguiente pasaje: «Si busco un organismo polémicamente contrapuesto a la caótica corpulencia de la ciudad existente y por ello proporcionado en toda su actividad y servicio a las necesidades de una vida asociada, programable en sus comportamientos con la exactitud esquemática de un estándar preconcebido para toda actividad y capaz de traducirse en condiciones bien determinadas. El sentido casi institucional de la dimensión como medida de toda actividad impidió que

se sintieran las situaciones urbanas desde dentro de sus instancias sociales, que se penetrase en su discontinuidad y complejidad, porque en ellas el ímpetu explosivo de fuerzas y de intereses contrastantes habría sido irreducible a un esquema, aunque fuera técnicamente perfecto».

GIUSEPPE SAMONÀ, *L'urbanistica e l'avenire delle città,* Bari, 1959, p. 99

[8] Este estudio está desarrollado en mi artículo: A. R., «Aspetti della tipologia residenziale a Berlino», en *Casabella-Continuità,* núm. 228, Milán, 1964.

Publicaciones principales: LOUIS HERBERT, *Die Geographische Gliederung von Gross-Berlin,* Länderkündliche Forschungen, Stuttgart, 1936; WERNER HEGEMANN, *Das steinerne Berlin; Geschichte der grössten, Mietkasernenstadt in der Welt,* Berlín. 1930: ROBERT E. DICKINSON, *The West European City,* Londres, 1962, FRITZ SCHUMACHER, *Strömungen in Deutscher Baukunst seit 1800,* Colonia, 1955; HAENDEL y TSCHARMANN, *Das Kleinwohnhaus der Neuzeit,* Leipzig, 1913; *Deutsche Baukunst der Gegenwart,* Leipzig, 1929; HERMANN ZILLER, *Schinkel,* Leipzig, 1929; W. FRED, *Die Wohnung und ihre Ausstattung,* Leipzig, 1903; *Neues Bauen in Berlin,* Berlín, 1931; *Bauen in Berlin seit 1900, ein Führer durch Berlin,* Berlín, 1963; ADOLF BEHNE, *Vom Anhalter bis zum Bauhaus,* 1922 (vuelto a publicar en *Bauwelt,* núms. 41-42, Berlín, 1961); *Berliner Morgenpost,* de 27 de noviembre de 1912, "Inchiesta su Berlino con una opinione di Peter Behrens", traducido en *Casabella-Continuità,* núm. 240, Milán, 1960; *Moderne Bauformen,* 1920-1930; *Deutsche Architektur,* cuadernos de la Deutsche Bauakademie, Berlín; publicaciones del Institut für Raumforschung, Bad Godesberg.

[9] En la literatura italiana *Siedlung* ha sido traducido de modo impreciso, aunque con fortuna, por *quartiere* (barrio). *Siedlung,* como es conocido, tiene el significado más general del «asentamiento» y «colonización»; sin embargo, es muy empleado para indicar los nuevos asentamientos residenciales en las zonas periféricas de las ciudades alemanas.

Hassinger define la *Siedlung* de la siguiente manera: «Siedlung im weitesten Sinne des Wortes ist jede menschliche Niederlassung, sowohl der Ruheplatz schweifender Jäger [...] als auch das längere Zeit am selben Ort stehende Zeltlager von Hirtennomaden oder ein fester Wohnsitz, wie der Bauernhof. das Dorf oder die Stadt».

Allgemeine Geographie, Frankfurt am Main, p. 286.

[10] STEEN EILER RASMUSSEN, *Towns and Buildings,* Liverpool, 1956.

Para una valoración moderna de la ciudad jardín, el juicio más actualizado es aún el de Rodwin, que al estudiar las *New Towns* y toda la experiencia urbanística inglesa da de ella una valoración precisa y positiva.

LLOYD RODWIN, *The british new towns,* Harward, 1956; ed. ital., Pádua, 1964.

Resumiendo las diversas propuestas inglesas, Rodwin afirma que: «[...] Las propuestas inglesas proporcionan, sobre todo pensando en quien las presenta, una demostración de la tendencia inglesa a la mediación, en sustancia, "el modo de pensar británico en su mejor expresión; siempre en contacto con lo práctico, siempre en vista del ideal". Entre todas las invenciones de Howard, ésta prometía ser la más lograda. Lewis Mumford ha evidenciado hasta qué punto estas ideas impresionaron el pensamiento de la gente: "al comienzo del siglo xx dos grandes invenciones tomaron forma ante nuestros ojos: el aeroplano y la ciudad jardín, que precedían las dos a una nueva época; la primera daba al hombre las alas, la segunda le prometía una mejor vivienda en su retorno a la tierra"». RODWIN. ed. ital.. p. 29.

LEWIS MUMFORD, "The Garden City Idea and Modern Planning", introducción a EBENEZER HOWARD, *Tomorrow: A Peaceful Path to Real Reform,* Londres, 1945.

[11] Una valoración sugestiva y problemática de la experiencia inglesa es llevada a cabo por Cario Doglio en un artículo que considero uno de los trabajos más estimulantes e inteligentes de la literatura urbanística italiana de la posguerra.

CARLO DOGLIO, «L'equivoco della città giardino», en *Urbanistica,* núm. 13, Turín, 1953.

La ciudad jardín constituye un nudo de tal importancia para la arquitectura europea en todas sus implicaciones, que merecería una investigación muy vasta.

[12] HANS PAUL BAHRDT, *op. cit.,* cap. IV, nota 10.

[13] *Della transportatione dell'Obelisco Vaticano et delle fabriche di Nostro Signore Papa Sisto V fatte dal Cavalier Domenico Fontana architetto di Sua Santità,* libro I, Roma, 1590.

La cita está tomada de SIEGFRIED GIEDION, *Space, Time and Architecture,* Cambridge (Mass.), 1951; edición italiana, Milán, 1954. Versión castellana: *Espacio, tiempo y arquitectura. El futuro de una nueva tradición,* Editorial Dossat, S. A., Madrid, 1980[5].

La importancia de esta transformación ha sido por primera vez vista por Giedion, si bien no entendida de este modo.

[14] FRANÇOISE LE HOUX, *Le bourg Saint-Germain-des-Prés depuis ses origines jusqu'à la fin de la guerre de cent ans,* París, 1951.

PIERRE LAVEDAN, *Les villes françaises,* París, 1960.

Sobre la formación de París (ver también nota 10, cap. 1), existen estudios particularmente importantes de topografía histórica. En la Bibliothèque d'Histoire de París, véase:

Louis HALPHEN, *Paris sous les premiers capétiens (987-1223), étude de topographie historique,* París, 1912.

Algunas obras adquieren carácter de excepcional importancia para la historia de la estructura urbana proporcionando una serie de datos e indicaciones que permiten conocer a fondo el dinamismo de la dinámica urbana en la formación de la ciudad moderna. Véase a este propósito en la misma biblioteca :

GEORGES HUISMAN, *La juridiction de la Municipalité parisienne, de Saint Louis a Charles VII,* París, 1912. En particular el capítulo VII, «La juridiction du domaine de la ville»; I: «La juridiction du domaine municipal public»; II : «La juridiction du domaine privé».

[15] HENRI PIRENNE, *Les villes et les institutions urbaines,* vol. II, París-Bruselas, 1939.

H. P., *Les Villes du Moyen-Age,* París-Bruselas, 1925. Versión castellana: *Las ciudades de la Edad Media,* Álianza Editorial. S. A., Madrid, 1972.

[16] HENRI PIRENNE, *Les villes et les institutions urbaines,* p. 345, t. I.

[17] *Idem,* p. 338.

[18] *Idem,* p. 48.

[19] PETER HALL, *London 2000,* Londres, 1963, pp. 162-164; edición italiana, Padua, 1965, p. 26.

[20] EUGENE-EMMANUEL VIOLLET-LE-DUC, *op. cit.,* nota 6, voz "Style".

Para Viollet-le-Duc la arquitectura es la consecuencia de una profunda observación de los principios sobre los que la arquitectura puede y debe apoyarse. El arquitecto debe buscar el principio y deducir de él con lógica rigurosa todas las consecuencias.

[21] BRIK y MORTAR, véase JOHN SUMMERSON, "Urban Forms", en *The Historian and the City.*

Página 166. «[...] because I am disposed to condemn the kind of urban history which concentrates on architecture at the expense of total building output; such work may of may not be good architectural history but it is

not the history of the city as an artefact. Our historian has to be on terms with the whole physical mass of marble, bricks and mortar, steel and concret, tarmac and rubble, metal conduits and rails –the total artefact. He has to deal with it within limits.»

[22] BERNARD BERENSON, *The Italian Painters of the Renaissance,* Londres, 1954; edición italiana, Florencia, 1965. Versión castellana: *Los pintores italianos del Renacimiento,* Ediciones Garriga, S. A., Barcelona, 1954.

[23] ARTHUR E. SMAILES, *The Geography of Towns,* Londres, 1954; edición italiana, Florencia, 1965.

[24] PIERRE LAVEDAN, *Geógraphie des villes,* París, 1959, p. 91.
Página 92 «[...] Cet élément générateur n'est pas nécessairement le même que l'élément générатur de la ville. Nous avons vu, par exemple, que beaucoup des cités devaient leur origine à une fontaine; ces sources n'ont presque jamais eu d'influence sur la tracé des rues; souvent même elles se trouvaient en dehors de l'agglomération proprement dite. Voire Cahors, l'antique Divona Cadurcorum; la source qui attira les premiers habitants est aussi loin de la Cahors romaine que de la cité mediévale ou moderne. Si Cahors est, quant à son origine, une ville de fontaine, son plan est celui d'une ville de route [...] l'élément générateur du plan correspond à l'élément de croissance et non à l'élément d'origine de la ville.»

[25] GEORGES GUSDORF, *L'Université en question,* París, 1964, p. 83.

[26] CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *op. cit.,* cap. I, nota 2, p. 121.

CAPÍTULO TERCERO

Individualidad de los hechos urbanos. La arquitectura

1. El locus

En el curso de este ensayo se ha señalado muchas veces el valor del *locus,* entendiendo con ello aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar. La elección del lugar para una construcción concreta como para una ciudad, tenía un valor preeminente en el mundo clásico; la *situación,* el sitio, estaba gobernado por el *genius loci,* por la divinidad local, una divinidad precisamente de tipo intermedio que presidía cuanto se desarrollaba en ese mismo lugar. El concepto de *locus* siempre ha estado presente en la tratadística clásica, si bien ya en Palladio y después en Milizia su tratamiento toma cada vez más un aspecto de tipo topográfico y funcional; pero en las palabras de Palladio hay aún en forma viva el estremecimiento del mundo antiguo, el secreto de esta relación que es más evidente, por encima de la cultura específica arquitectónica, en ciertas obras suyas como la Malcontenta o la Rotonda, las cuales deben precisamente a la «situación» algunas de las condiciones para su comprensión.

También Viollet-le-Duc, en su esfuerzo por entender la arquitectura como una serie de operaciones lógicas fundamentadas en pocos principios racionales, admite la dificultad de la transposición de una obra de arquitectura. En la idea general de la arquitectura participa también el lugar como espacio singular y concreto.

Por otra parte, un geógrafo como Max Sorre señala la posi-

bilidad de una teoría del fraccionamiento del espacio; [1] indica en este sentido la existencia de «puntos singulares». El *locus* así concebido acaba poniendo de relieve, dentro del espacio indeferenciado, condiciones, cualidades que nos son necesarias para la comprensión de un hecho urbano determinado. También Halbwachs, en los últimos años de su vida, había de ocuparse de la topografía legendaria afirmando que los lugares santos presentan, a través de las diversas épocas, varias fisonomías en las cuales se reconocen las imágenes de los grupos cristianos que las han construido y situado según sus apiraciones y sus necesidades.

Pensemos por un momento en el espacio de la religión católica; este espacio cubre toda la tierra porque la Iglesia es indivisible; en este universo el área singular, su concepto, pasa a segundo plano así como el límite o el confín. El espacio está determinado respecto de un centro único: la sede del papa, pero este mismo espacio terrestre no es más que el momento, una pequeña parte del espacio universal que es el lugar de la comunión de los santos. (Esta noción de espacio es paralela a la sublimación del espacio como es entendida por los místicos.) Y, sin embargo, en este cuadro total e indeferenciado, donde el espacio mismo se anula y se sublima, existen «puntos singulares»; son éstos los lugares de peregrinación, los santuarios, en los que el fiel entra en comunicación más directa con Dios. Así como, para la doctrina cristiana, los sacramentos son signos de la gracia, porque con sus partes sensibles significan o indican aquella gracia invisible que confieren; y son sus signos eficaces porque significando la gracia realmente la confieren.

La identificación de estos «puntos singulares» puede ser debida a un acontecimiento dado que ha sucedido en aquel punto o que puede depender de otras infinitas causas; pero también aquí está reconocido y sancionado un valor intermedio, la posibilidad de determinada, si bien excepcional, noción del espacio. Trasladando este razonamiento al campo de los hechos urbanos me parece que no puede ir más allá el valor de las imágenes, como si su contorno no fuese analizable de algún modo positivo; y quizá no queda más que la afirmación pura y simple del valor de un *locus;* puesto que esta noción del lugar y del tiempo parece inexpresable racionalmente, aunque comprende una serie de valores que están fuera y más allá de los sentimientos que experimentamos al captarlos.

Me doy cuenta de la dificultad de este argumento; pero éste vuelve a aparecer en toda investigación positiva, forma parte de la experiencia. Eydoux, en sus estudios sobre la Galia, se refiere

expresamente a lugares que obligan a continuas y concretas confrontaciones e invita al análisis positivo de los lugares que parecen predestinados en la historia. [2]

Estos lugares son los signos concretos del espacio; y en tanto que signos están en relación con lo arbitrario y la tradición.

Pienso muchas veces en las plazas de los pintores del Renacimiento en donde el lugar de la arquitectura, la construcción humana adquiere un valor general, de lugar y de memoria, porque así fue fijado en una hora determinada; pero esta hora es también la primera y más profunda noción que tenemos de las plazas de Italia y está, por lo tanto, ligada a la misma noción de espacio que tenemos de las ciudades italianas.

Nociones de este tipo van vinculadas a nuestra cultura histórica; a nuestro vivir en paisajes construidos, a las referencias que hacemos para con toda situación respecto a otra situación; y por lo tanto, también el reencuentro de puntos singulares, casi los más próximos a una idea del espacio tal cual nos la hemos imaginado.

Focillon habla de lugares psicológicos sin los cuales el genio de los ambientes sería opaco e incaptable. De tal modo sustituye la noción de cierto paisaje artístico por la de «arte como lugar».

> [...] El paisaje gótico, o más bien el arte gótico como lugar, ha creado una Francia inédita, una humanidad francesa, tales líneas de horizonte, tales perfiles de ciudad; en suma, una poética que nace de ellos y no de la geología o de las instituciones capetianas. Pero, ¿no es la propiedad de un ambiente la de generar sus mitos, la de conformar el pasado según sus exigencias? [3]

Como cualquiera puede ver, la sustitución de *arte gótico como lugar* por *paisaje gótico* tiene enorme importancia.

En este sentido la construcción, el monumento y la ciudad, llegan a ser lo humano por excelencia; pero en cuanto tales, están profundamente unidos al acontecimiento originario, al primer signo, a su constituirse, a su permanecer y su desarrollarse. Al arbitrio y a la tradición.

Así como los primeros hombres se formaron un clima, también se formaron un lugar, y fijaron la individualidad de éste.

Las anotaciones de los tratadistas sobre encuadramiento del paisaje referido a la pintura, la seguridad con que los romanos, al construir nuevas ciudades, repetían elementos idénticos confiando precisamente al *locas* el valor de transfiguración, muchas otras cuestiones nos hacen intuir la importancia de estos hechos;

y al afrontar problemas de este tipo es cuando nos damos cuenta de por qué la arquitectura fuese tan importante en el mundo antiguo y en el Renacimiento.

La arquitectura «conformaba» una situación; sus mismas formas cambiaban en el cambio más general de la situación, constituían un «todo» y servían para un acontecimiento constituyéndose ellas mismas como acontecimiento; sólo así se puede entender la importancia de un obelisco, de una columna o de una lápida.

¿Quién puede ya distinguir entre el acontecimiento y el signo que lo ha fijado?

Me he preguntado varias veces, también en el curso de este ensayo, dónde empieza la individualidad de un hecho urbano; si está en su forma, en su función, en su memoria, o hasta en alguna otra cosa. Entonces podremos decir que la individualidad está en el acontecimiento y en el signo que lo ha fijado.

Pensamientos de este tipo siempre han recorrido la historia de la arquitectura. Los artistas siempre se han basado en algo originario, en un hecho que viene antes que el estilo. Burckhardt intuyó este proceso cuando escribió: «Allí en el santuario se producen los primeros pasos hacia lo sublime, ellos [los artistas] enseñan a separar el elemento casual de las formas; surgen tipos y, en fin, inicios de ideales». [4]

Así, la relación entre las formas y el elemento que está antes se vuelve a proponer como necesidad de un fundamento; entonces la arquitectura, mientras por un lado vuelve a poner en discusión todo su ámbito, sus elementos y sus ideales, por el otro tiende a identificarse con el hecho sin tener ya en cuenta aquella separación que se había producido al inicio y que le permite desarrollarse con autonomía. En este sentido se pueden interpretar las palabras de Adolf Loos: «Cuando en el bosque encontramos un túmulo largo de seis pies y ancho de tres, con forma de pirámide dada por la pala, nos volvemos serios y algo dice dentro de nosotros: "Aquí está sepultado alguien". Esta es la arquitectura». [5]

El túmulo largo de seis pies y ancho de tres es la arquitectura más intensa y más pura porque se identifica en el hecho; así pues, sólo en la historicidad de la arquitectura se realiza aquella separación entre el elemento originario y las formas que el mundo antiguo parece haber resuelto para siempre y del que deriva el carácter de permanencia que reconocemos en aquellas formas.

Por ello también las grandes arquitecturas se reproponen la arquitectura de la Antigüedad como si la relación estuviera fijada para siempre; pero cada vez se repropone con una individualidad diferente.

El pensamiento de una misma arquitectura se manifiesta en lugares diferentes; podemos, pues, derivar de un principio idéntico nuestras ciudades captando lo concreto de cada una de las experiencias.

Cuanto decía al inicio de este libro hablando del Palazzo della Ragione de Padua, por ejemplo, está quizá todo aquí; más allá de sus funciones y de su historia, pero no más allá de su ser en aquel lugar.

Entonces, para darnos cuenta de los contornos de este problema tal cual es o confina con el dominio de la arquitectura, conviene aclarar cada uno de aquellos aspectos singulares destacables, aquellas relaciones de las que podemos ver sus recíprocos límites.

Quizá podamos darnos mejor cuenta de algo de este lugar, que a veces nos parece sólo silencio, mirándolo por la otra parte, por los aspectos que penetran en él con contornos no ya racionales, desde luego, sino más familiares, más conocidos; hasta cuando continuemos captando estos contornos que después se difuminan y desaparecen.

Estos contornos van relacionados con la individualidad de los monumentos, de la ciudad, de las construcciones, y de ahí el concepto de individualidad, y sus límites, donde ésta comienza y donde ésta acaba; van relacionados con el vínculo local de la arquitectura, con el lugar de un arte.

Y, por lo tanto, los vínculos y la precisión misma del *locus* como un hecho singular determinado por el espacio y por el tiempo, por su dimensión topográfica y por su forma, por el ser sede de vicisitudes antiguas y modernas, por su memoria.

Pero estos problemas son en gran parte de naturaleza colectiva y nos obligan a detenernos brevemente en el estudio de las relaciones entre el lugar y el hombre; a ver, pues, las relaciones que hay con la ecología y la psicología.

2. *La arquitectura como ciencia*

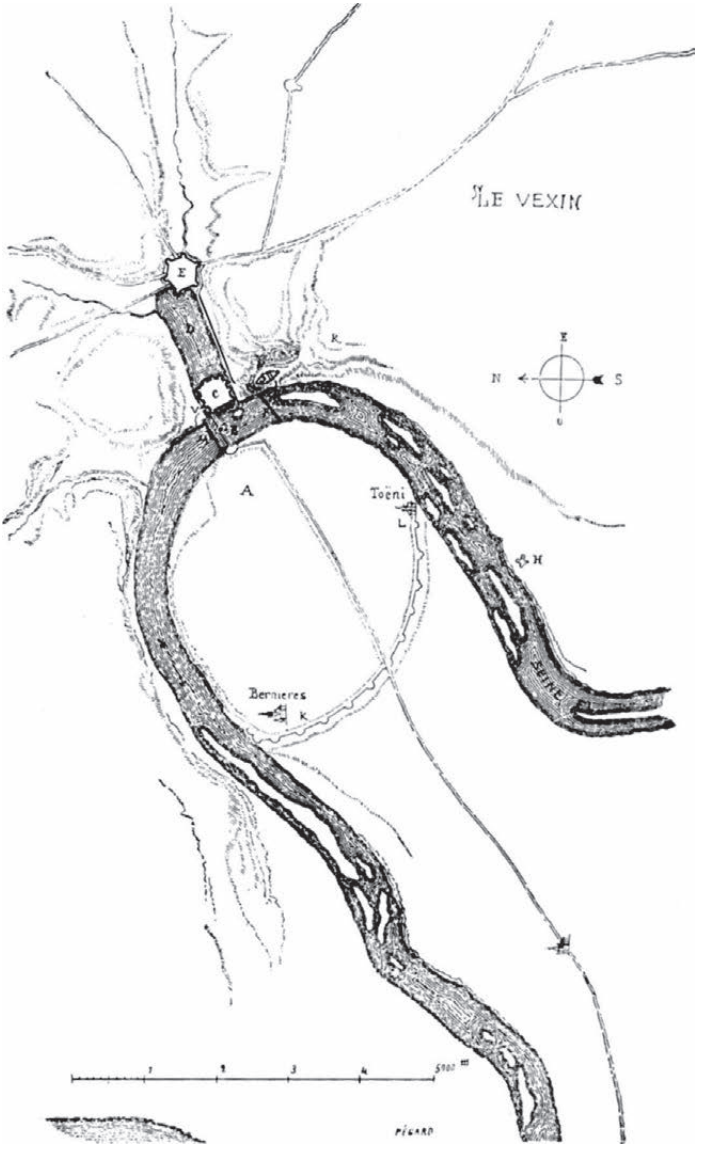
> Les plus grandes productions de l'architecture sont moins des oeuvres individuelles que des oeuvres sociales; plutôt l'enfantement des peuples en travail que le jet des hommes de génie; le depôt que laisse une nation; les entassements que font les siècles; le résidu des évaporations successives de la societé humaine; en un mot, des espèces de formations.
>
> **VICTOR HUGO**

En su obra consagrada a los monumentos de la Francia de 1816, Alexandre de Laborde alaba, como Quatremère de Quincy, a los artistas de fines de siglo XVIII y de comienzos del XIX por haberse llegado a Roma a estudiar y a tomar los inmutables principios de los estudios superiores, recorriendo así las grandes avenidas de la Antigüedad. Los arquitectos de la nueva escuela se presentaban como especialistas atentos a los hechos concretos de su ciencia: la arquitectura. Esta recorría, pues, el camino seguro porque sus maestros estaban preocupados por establecer una lógica de la arquitectura basada en principios esenciales. «[...] Ils sont a la fois des artistes et des savants; ils ont pris l'habitude de l'observation et de la critique [...]». [6]

Pero a De Laborde y a sus contemporáneos escapaba lo que era en sus grandes líneas el carácter fundamental de estos estudios y que consistía en una apertura suya hacia los problemas urbanos y hacia las ciencias humanas: apertura que hacía frecuentemente inclinar la balanza del lado del sabio más bien que del arquitecto. Solamente una historia de la arquitectura fundada en los hechos podría darnos un cuadro comprensivo de este difícil equilibrio y permitirnos un conocimiento más articulado de los hechos mismos.

Pero nuestros conocimientos nos permiten ya indicar, como problema de fondo de los tratados y de la enseñanza, el de la elaboración de un principio general de la arquitectura. La arquitectura como una ciencia, y el de la aplicación de la formulación de los edificios.

Ledoux establece principios de la arquitectura según la concepción clásica; pero después se preocupa de los lugares y de los acontecimíentos, de las situaciones y de la sociedad. Así estudia



El Castillo Gaillard, Normandía (Francia). Plano general con el conjunto de la defensa preparado por Ricardo Corazón de León en la zona de los Andelys (E. E. Viollet-le-Duc). A. Península de Berniéres; B. Islote con fortificación octogonal, unida al puente de madera; C. Pequeño Andely; D. Estanque artificial; E. Gran Andely; F. Valla de control de paso en el Sena; H. Fuente Boutevant.

todos los edificios que la sociedad necesita que sean establecidos con precisas condiciones de contorno.

También para Viollet le Duc la respuesta de la arquitectura, en cuanto ciencia, no puede más que ser unívoca; ante un problema hay una sola solución. Pero, y aquí desarrolla su tratado, los problemas planteados a la arquitectura cambian continuamente modificando las conclusiones.

Principios de la arquitectura y modificaciones de lo real constituyen la estructura de la creación humana según la primera definición del maestro francés.

Así, en el *Diccionario razonado de la arquitectura francesa* se dispone ante nosotros, con eficacia sin par, el gran fresco de la arquitectura gótica en Francia.

Conozco pocas descripciones concretas convincentes de las obras arquitectónicas como la del castillo Gaillard; el castillo, fortaleza de Ricardo Corazón de León adquiere en la prosa de Viollet le Duc la fuerza de una imagen permanente de la estructura de las obras arquitectónicas; y la estructura y la individualidad del castillo revelan progresivamente del análisis del edificio a la geografía del Sena, del estudio del arte militar y de los conocimientos topográficos de la Antigüedad, hasta acometer la propia psicología de los dos caudillos rivales, el normando y el francés; dentro de ellos hay la historia de Francia, pero hay también los lugares de Francia de los que adquirimos conocimiento y experiencia personal. [7] Así, el estudio de la casa parte de clasificaciones geográficas y de consideraciones sociológicas para profundizar a través de la arquitectura en la estructura de la ciudad y del país: la creación humana.

Viollet le Duc descubre que, en la arquitectura, la casa es la que mejor caracteriza las costumbres, los usos, los gustos de una población; su estructura, como sus caracteres distributivos, no se modifican más que a través de mucho tiempo. Con el estudio de las planimetrías de las viviendas reconstruye la formación de los núcleos urbanos y puede indicar la dirección de un estudio comparado de la tipología de la casa francesa.

Con el mismo principio describe las ciudades construidas *ex novo* por los reyes de Francia. Montpazier no está solamente alineada con regularidad, sino que todas las casas son de igual dimensión y presentan la misma distribución. Las personas que iban a vivir a esta ciudad privilegiada se encontraban viviendo en un absoluto plano de igualdad. El estudio de las parcelas y del sistema de manzanas urbanas hace entrever a Viollet le Duc una historia de las clases sociales en Francia recabada del concepto

de la historia anticipando la geografía social y las conclusiones de Tricart.

Es menester leer los mejores textos de la escuela francesa de geografía desarrollada a comienzo de este siglo para encontrar una igual actitud científica; aun la lectura más superficial del ensayo de Albert Demangeon sobre la casa rural en Francia evoca los escritos del gran tratadista. [8]

Partiendo de la descripción del paisaje artificial del campo, Demangeon ve en la casa el elemento persistente que se modifica a través de mucho tiempo y cuya evolución es más larga y compleja que la de la economía rural a la que no siempre y fácilmente corresponde; así, otea la cuestión de las constantes tipológicas en la habitación preocupándose de buscar los tipos elementales de ésta.

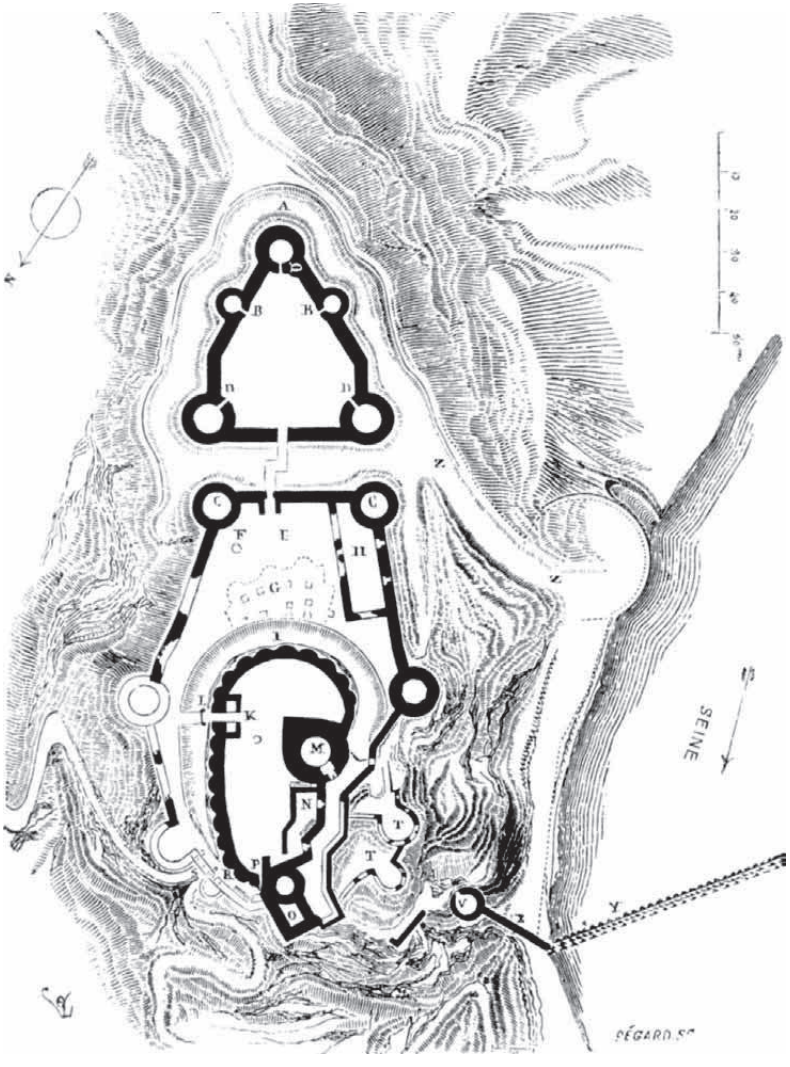
Finalmente, la habitación tomada del ambiente rural demuestra que no sólo está derivada de aquel ambiente; presenta relaciones externas, parentescos lejanos, reflejos generales. Así pues, en el reparto geográfico de un tipo de casa muchas observaciones escapan al determinismo local, sea por lo que atañe a los materiales, a las estructuras económicas, a las funciones; y se perfilan las relaciones históricas y las corrientes culturales.

El análisis de Demangeon se detiene necesariamente frente a una concepción más vasta de la estructura de la ciudad y del territorio que había sido entrevista en cambio de forma global por los tratadistas; respecto de los estudios de Viollet-le-Duc, ha ganado en precisión y en rigor metodológico lo que ha perdido en comprensión general.

Significativamente, y también inesperadamente, corresponderá a un arquitecto considerado totalmente revolucionario volver a tomar los temas aparentemente lejanos de estos análisis para reproponerlos en una síntesis unitaria; en la definición de casa como máquina y de arquitectura como utensilio tan escandalosa para los cultivadores estetizantes del arte, Le Corbusier [9] no hace otra cosa que recoger toda la enseñanza positiva de la escuela francesa basada en el estudio de lo real. En efecto, por los mismos años del ensayo citado, Demangeon habla de la casa rural como de un utensilio forjado por el trabajo del campesino.

La creación humana y el utensilio forjado parecen, por lo tanto, encerrar los hilos de este razonamiento en una visión de la arquitectura basada en lo concreto; a través de una visión totalizante que constituye quizá la aportación del artista.

Pero creo que una conclusión de este género acabaría por cerrar el discurso sin haber establecido un progreso si remitiera a



El Castillo de Gaillard, Normandía (Francia) planta (E. E. Viollet-le-Duc). A. BB. DD. Fortificación avanzada; A. Fosa excavada en las rocas y torre principal; BB. DD. Torres secundarias; CC. Torres principales; E. Primer recinto del castillo en la zona del patio bajo; F. Pozo; G. Cantina comunicada con el exterior; H. Capilla; K. Acceso al castillo; L. Foso; M. Torre con almenas; N. Dependencias del comandante; P. Salida de emergencia; R. Camino de ronda; T. Torres y muros excavados en la roca; V. Torre; X. Muralla; Y. Valla de control de paso en el río; Z. Gran foso excavado a mano.

cada personalidad y no a un progreso de la arquitectura como ciencia, la solución de las relaciones entre análisis y el proyectar; negando aquella esperanza contenida en la observación de De Laborde que veía, en la nueva generación, hombres de arte y de cultura que habían tomado el hábito de la crítica y de la observación, que veía, en otros términos, la posibilidad de una comprensión más profunda de la estructura de la ciudad.

Creo por ello que sólo con una más profunda meditación sobre el objeto de la arquitectura tal como aquí se ha entendido continuamente, la creación humana puede llevar adelante el análisis y la propuesta.

Pero esta meditación se debe extender necesariamente a toda la estructura que comprenda la relación entre obra individual y obra social, el depósito de los siglos, la evolución y las permanencias de las diversas culturas.

Sin ninguna complacencia literaria, pues, sino de acuerdo con mi deseo de un análisis más complejo, esta sección comienza con un pasaje de Victor Hugo que puede ser un programa de estudio. [10]

En la pasión frecuentemente enfática hacia la gran arquitectura nacional del pasado, Victor Hugo, como tantos otros artistas y científicos, ha intentado comprender la estructura de la escena fija de las vicisitudes humanas. Y cuando nos indica la arquitectura de la ciudad en su aspecto colectivo y como «des espèces de formation» enriquece la investigación con una referencia tan autorizada como sugestiva.

3. Ecología urbana y psicología

En el párrafo precedente he avanzado algunas consideraciones sobre los resultados a los que han llegado especialistas de formación diversa en el estudio de la ciudad intentando poner de relieve cómo cualquier investigación sobre la ciudad tiene en primer plano el discurso sobre la arquitectura, llevando al filón más concreto de la arquitectura misma muchas de estas cuestiones.

Intento insistir en que desde la arquitectura, quizá más que desde otros puntos de vista, se puede llegar a una visión totalizante de la ciudad y, por lo tanto, a la comprensión de su estructura; sobre todo, en este sentido, he subrayado los estudios acerca de la casa hechos por Viollet le Duc y por Demangeon, indicando cómo un análisis comparado de sus resultados puede dar lugar a afirmaciones de notable interés.

Además, en el campo de la arquitectura –he citado a Le Corbusier– es donde se han verificado hasta ahora estas síntesis.

Este discurso quería introducir –como se ha anunciado después de haber expuesto el concepto de *locus*– algunas observaciones sobre la ecología y la psicología, entendida esta última en sus aplicaciones a la ciencia urbana. Puede parecer casi obvio que un problema de este tipo sea suscitado directamente en una investigación que continuamente está recorrida por referencias a resultados obtenidos por este tipo de análisis.

Pero creo establecer algunos criterios para una discusión más amplia sobre este problema que atañe sólo lateralmente al presente libro.

La ecología como conocimiento de las relaciones entre el ser viviente y su ambiente no puede ser discutida aquí; es éste un problema que pertenece a la sociología y a la filosofía natural a partir de Montesquieu. Aludir a él, por el extraordinario interés que presenta, nos llevaría también demasiado lejos.

Consideremos sólo esta pregunta; el *locus urbis,* una vez determinado, ¿de qué manera influye en el individuo y la colectividad?

Me interesa aquí esta pregunta sólo en el sentido que Max Sorre ha dado a la pregunta base de la ecología; ¿de qué manera el ambiente influye en el individuo y en la colectividad? Max Sorre ha respondido que esta pregunta es tanto más interesante cuanto más se pone al mismo tiempo que su recíproca: ¿de qué manera el hombre cambia su ambiente? [11]

Con ello la ecología humana cambia bruscamente de sentido: e implica toda la historia de la civilización.

Nosotros hemos respondido a la pregunta, o al sistema que estas dos preguntas forman, cuando al comienzo de este estudio habíamos indicado las definiciones de la ciudad; como lo humano por excelencia.

Pero entonces será necesario repetir que también para la ecología, y para la ecología urbana a la que nos referimos, la investigación tiene un sentido único cuando la ciudad es vista en toda su construcción; como una estructura compleja. No se pueden estudiar las relaciones y las influencias entre el hombre, tal cual está históricamente determinado, y la ciudad reduciendo ésta a un esquema de ciudad. Me refiero a los esquemas urbanos de la ecología de la escuela norteamericana de Park a Hoyt. Y a los desarrollos de estas teorías, las cuales pueden dar algún resultado, por lo que yo sé, en la técnica urbanística, pero no mucha contri-

El Castillo de Gaillard, Normandía (Francia), vista aérea, desde el Suroeste, durante el asedio de Felipe-Augusto (1203 y 1204) (E. E. Viollet-Ie-Duc). A. Valla de control de paso en el río, destruida por los hombres de Felipe-Augusto; B. Islote con fortificación octogonal; C. Pequeño Andely; D. Torre en la línea fortificada creada por Felipe-Augusto; E. Lago artificial entre el pequeño y el gran Andely; F. Valle en el que murieron de hambre los habitantes del pequeño Andely, refugiados y posteriormente echados del castillo.

bución al desarrollo de la ciencia urbana, la cual pretende estar fundada en hechos y no en esquemas.

El que el estudio de la psicología colectiva tenga una parte esencial en el estudio de la ciudad me parece incontestable. Algunas de las citas más importantes de los autores en los que cree apoyarse esta investigación se basan en el estudio de la psicología colectiva; y esta última se apoya en la sociología. Sobre estas relaciones existen amplios tratados. La psicología colectiva aparece, pues, en todas estas ciencias en las que la ciudad como objeto de estudio se encuentra en primer plano. Creo también que resultados útiles se pueden obtener de los experimentos llevados a cabo en la línea de la psicología de la *Gestalt* como habían sido iniciados por la Bauhaus en el campo de la forma y como son propuestos por la escuela norteamericana de Kevin Lynch. [12]

Sobre todo, como confirmación experimental; en este libro, a propósito del barrio, me he referido precisamente a algunas conclusiones de Kevin Lynch para confirmar el carácter distintivo de los diferentes barrios en el interior de la ciudad.

Sin embargo, hay extensiones impropias de los métodos de la psicología experimental.

Pero antes de afrontar este problema es necesario que nos detengamos brevemente en la relación entre la ciudad y la arquitectura como técnica.

Cuando hablo de la constitución de un hecho y de su memoria entiendo que estos problemas son en gran parte de naturaleza colectiva; pertenecen a la ciudad; por lo tanto, a la colectividad. Podemos admitir ahora la teoría por la cual en un arte o en una ciencia los principios y los medios de acción están elaborados colectivamente o transmitidos por tradición, por lo que todas las ciencias y las artes son fenómenos colectivos. Pero al mismo tiempo no son colectivas en todas las partes esenciales; tienen como promotores individuos.

Ahora bien, precisamente esta relación entre un hecho colectivo, y tal es un hecho urbano que de otro modo sería inconcebible, y aquel que lo ha promovido y actuado singularmente, y por otra parte, la relación entre este hecho urbano y aquel que participa de él, es lo que no puede ser iluminado más que por medio del estudio de las técnicas con que el hecho se manifiesta. Estas técnicas son diversas; una de ellas es la arquitectura y puesto que es la técnica tomada como objeto de este estudio, nos

ocuparemos sobre todo de ella (y en parte de la economía y de la historia, por cuanto éstas se manifiestan en la arquitectura de la ciudad).

Esta relación entre el hecho urbano (colectivo) y el individuo es singular respecto a cualquier otra técnica o arte; tenemos que destacar, de hecho, que para que la arquitectura se imponga como un vasto movimiento cultural y venga discutida y criticada fuera de su estrecho círculo de especialistas, es necesario que esta arquitectura se realice, que se convierta en parte de la ciudad, que llegue a ser la «ciudad». En cierto sentido no existen edificios «de oposición» porque lo que siempre se realiza es debido a la clase dominante, o al menos debe surgir una posibilidad de conciliar ciertas nuevas exigencias con la específica realidad urbana.

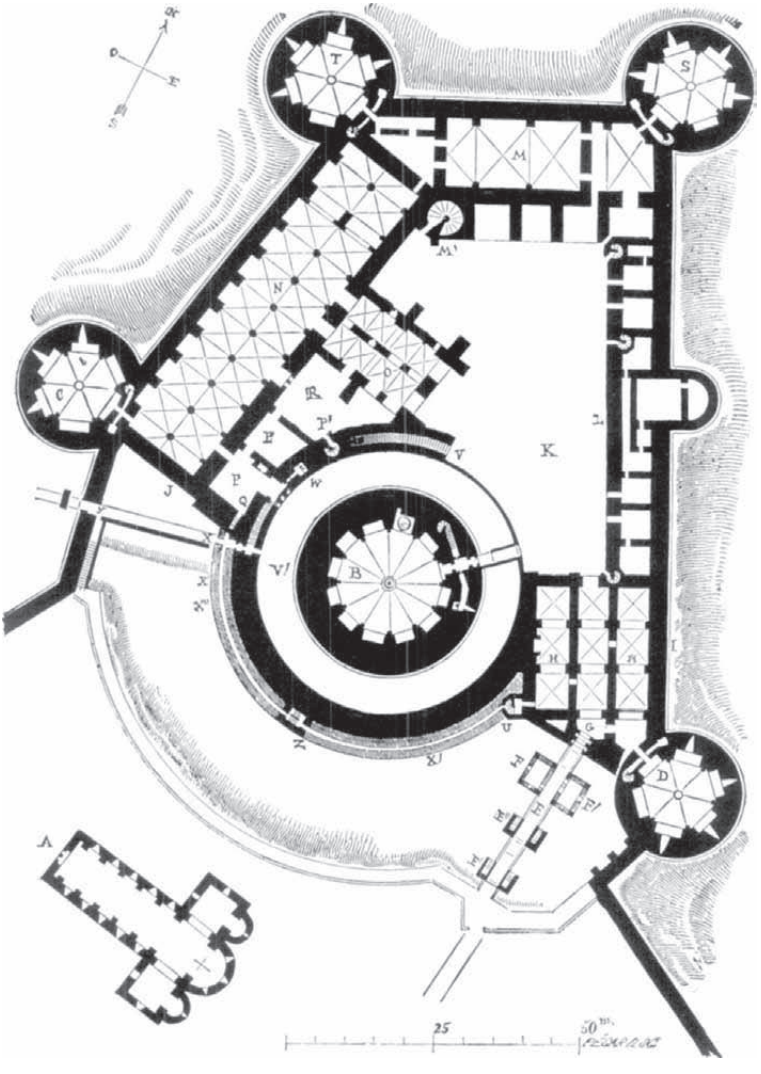
Hay, por lo tanto, una relación directa entre la arquitectura en cuanto formulación de ciertas propuestas y las construcciones que se levantan en la ciudad. Pero es indudable igualmente que esta relación debe ser considerada en sus distintos términos; el mundo de la arquitectura puede desarrollarse y ser estudiado en su sucesión lógica de enunciados y de formas de modo suficientemente autónomo de la concreción del *locus* y de la historia.

Así, la arquitectura presupone la ciudad, pero puede constituirse dentro de una ciudad ideal, de relaciones perfectas y armónicas, donde desarrolla y construye sus términos de referencia. Diferente es la arquitectura concreta de la ciudad; que se encuentra en primer lugar con aquella relación característica y ambigua, que ningún otro arte o ciencia pueda presentar. Así es comprensible la continua actitud demiúrgica de los arquitectos, de presentar sistemas en los que el orden espacial se convierte en el orden de la sociedad, y quiere transformar la sociedad. Como una superposición de planos diferentes e incongruentes.

Además del diseño, de la arquitectura en sí, existen los hechos urbanos, la ciudad, los monumentos; los estudios particulares realizados sobre cierto período, en cierto contorno, nos iluminan sobre ello. Chastel, al estudiar la Florencia del humanismo, nos muestra claramente todos aquellos vínculos de civilización y, por lo tanto, de arte y de historia y de política que median entre la nueva visión de la ciudad, Florencia (y Atenas y Roma y Nueva York), y el arte y las técnicas que iban elaborando la nueva ciudad.

Piénsese en Palladio; en las ciudades vénetas históricamente determinadas en las que vemos la obra de Palladio, y cómo el estudio de las mismas ciudades, de cada una de las mismas obras trasciende el Palladio arquitecto.

Aquí el concepto de *locus* del que he partido para desarrollar



Castillo de Coucy en la Île de France (siglos XIII a XIV), planta baja (E. E. Viollet-le-Duc). A. Capilla preexistente; B. Torre almenada; C. D. S. T. Torres; E. Puente de acceso; K. Patio; L. Edificios de servicio; M. Dependencias en tres niveles; N. Almacenes en planta baja y gran sala en la planta superior.

estos razonamientos adquiere todo su significado; y se convierte en un contexto urbano, se identifica con cada hecho.

Nos preguntamos también, ¿dónde empieza la individualidad? Empieza en el hecho particular, en la materia y en sus vicisitudes, y en la mente de los elaboradores de este hecho. Consiste también en el lugar que determina una obra: en sentido físico, pero también, y sobre todo, en el sentido de la elección de aquel lugar y de la unidad inseparable que se ha establecido entre el lugar y la obra.

La historia de la ciudad es también la historia de la arquitectura; pero la historia de la arquitectura es a lo sumo un punto de vista con el que considerar la ciudad. La incomprensión de esto ha empujado desde mucho tiempo atrás a estudiar la ciudad y su arquitectura refiriéndose a la imagen, y para desencallar el estudio de la imagen de algunos puntos muertos en los que había caído al intentar verla a través de otras ciertas ciencias; por ejemplo, la psicología.

Pero, ¿qué nos puede decir la psicología si no que cierto individuo ve la ciudad de aquel modo y que varios individuos ven la ciudad de aquel modo? ¿Y cómo se puede relacionar esta visión privada e inculta con las leyes y los principios con los que la ciudad surge y por medio de los que forma su imagen?

Si nos ocupamos aquí de la arquitectura de la ciudad de modo complejo, no por esto abandonamos el campo de la arquitectura.

Al contrario, a nadie se le ocurriría pensar que cuando los tratadistas nos dicen que los edificios pueden responder a criterios de solidez, utilidad y belleza tendrían que preocuparse después de explicarnos cuáles son las causas psicológicas de este principio.

Cuando Bernini habla con desprecio de París porque encuentra bárbaro el paisaje gótico de esta ciudad, a nosotros no nos interesa nada de la psicología de Bernini; interesa en cambio el juicio de un arquitecto que sobre la base de una cultura vasta y precisa de la ciudad juzga la constitución de otra ciudad; o que Mies van der Rohe tenga cierta visión de la arquitectura, nos importa no para saber el «gusto» o «la actitud» del alemán medio hacia la ciudad, sino para poder ver cuál es la base teórica, la herencia cultural sobre la ciudad alemana del clasicismo schinkeliano y de otros hechos conexos con ella.

El crítico que discute porque el poeta ha usado un nuevo ritmo en cierto lugar de su poesía, está considerando qué problema compositivo se le ha presentado en aquella ocasión. Y, así, el crítico que estudia qué relación hay o cómo entendemos la poesía

de Foscolo se ocupa de la literatura italiana y posee todos los medios aptos para ocuparse de este problema.

Naturalmente, las técnicas y las artes no han resuelto todos sus problemas; y a medida que resuelven algunos de ellos otros asoman.

Es posible, pues, que sepamos muy poco sobre la relación entre la ciudad y algunas arquitecturas, entre un hecho urbano particular y nuestra capacidad de entenderlo y de promoverlo, pero ello no significa que no nos sea permitido estudiarlo con los instrumentos que poseamos.

4. Precisión de los elementos urbanos

Ahora bien, para llevar adelante este análisis no nos es posible hacer otra cosa que enfrentarnos con algunos de estos hechos típicos o singulares, e intentar entender cómo estos problemas surgen y se iluminan en ellos y a través de ellos. Quizás estos nuevos razonamientos sobre las cosas, sobre la ciudad como arquitectura, podrán ofrecernos nuevos fundamentos o al menos una nueva comprensión.

Los arquitectos de todos los tiempos se han dado cuenta de esto; y los arquitectos de la época moderna han intentado sistemas lógicos para recuperar este hecho, pero no siempre sus resultados han sido positivos; a veces los lugares y las culturas particulares les han favorecido, otras veces estos mismos elementos les han engañado.

Se me ocurre pensar muchas veces, desde este punto de vista, en el valor del simbolismo en arquitectura; que es probablemente la explicación más sensata del simbolismo (pensar de hecho en el simbolismo como en la construcción misma del símbolo de un acontecimiento es una mera posición funcionalista).

Y entre los simbolistas, pienso en los arquitectos de la Revolución y en los constructivistas (también ellos entre los otros arquitectos de la Revolución), así como precisamente en los momentos decisivos de la historia la arquitectura se repropone esta necesidad de ser «signo» y «acontecimiento» para poder fijar y construir ella misma una época nueva. [13]

[...] Un globe, en tous les temps, n'est égal qu'à lui-même; c'est de l'égalité le plus parfait emblème. Nul corps n'a, comme lui, ce titre capital, qu'un seul de ses aspects à tout autre est égal.

En el símbolo, pues, se resume por un lado la arquitectura y sus principios, por el otro hay la condición misma de construir: el impulso. La esfera no sólo representa, o mejor, no representa sino que es por sí misma la idea de una igualdad, su presencia como esfera. Y por esto, como monumento, es la constitución de la igualdad. La trabazón con la continuidad de los hechos urbanos está como perdida y debe ser encontrada en condiciones nuevas y que son nuevos fundamentos. Se piensa siempre en la discusión sólo aparentemente de naturaleza tipológica sobre las plantas centrales en el período del humanismo: «la función del edificio es doble, disponer el alma lo mejor posible para sus facultades contemplativas y con ello llegar a una especie de terapéutica espiritual que exalta y purifica el espectador; y hasta la sublimidad misma de la obra realiza un acto de adoración que adquiere el tono religioso a través de la belleza absoluta». [14]

Ahora bien, las disputas sobre la planta central, mientras van acompañadas de las tendencias de reforma o de simplificación de la práctica religiosa en el interior de la iglesia, recuperan un tipo de planta que había sido una de las formas típicas de la Baja Antigüedad antes de convertirse en el tipo canónico de Iglesia del Imperio bizantino. Chastel resume todo ello cuando afirma: «[...] tres series de consideraciones jugaban a favor de la planta central: el valor simbólico anexo a la forma circular, el gran número de especulaciones geométricas provocadas por el estudio de los volúmenes en los cuales venían combinándose esfera y cubo, y el prestigio de los ejemplos históricos». [15]

Tomemos a San Lorenzo Milanese. [16]

El esquema de San Lorenzo vuelve directamente al Renacimiento y es analizado continuamente en forma casi obsesiva en los cuadernos de Leonardo. Pero llega a ser después un hecho ex-excepcional su presencia en los cuadernos de Borromini, que está terriblemente influido por los dos mayores monumentos milaneses: San Lorenzo y el Duomo.

Borromini pone entre estos dos edificios toda su arquitectura e introduce características desconocidas casi biográficas al aparejar el verticalismo gótico del Duomo a la planta central de San Lorenzo.

Por otra parte, en el San Lorenzo, cual lo vemos hoy, hay añadidos de varios tipos; desde el barbárico (San Aquilino) hasta el renacentista (Martino Bassi) y toda la construcción permanece en el lugar de las antiguas termas romanas, en el mismo corazón de la Milán romana.

Pongámonos ahora ante un monumento; ¿es posible hacernos

la pregunta del diseño del ambiente urbano? ¿Hablar de esta obra en puros términos de figurabilidad? Me parece mucho más justo investigar su significado, su razón, su estilo, su historia.

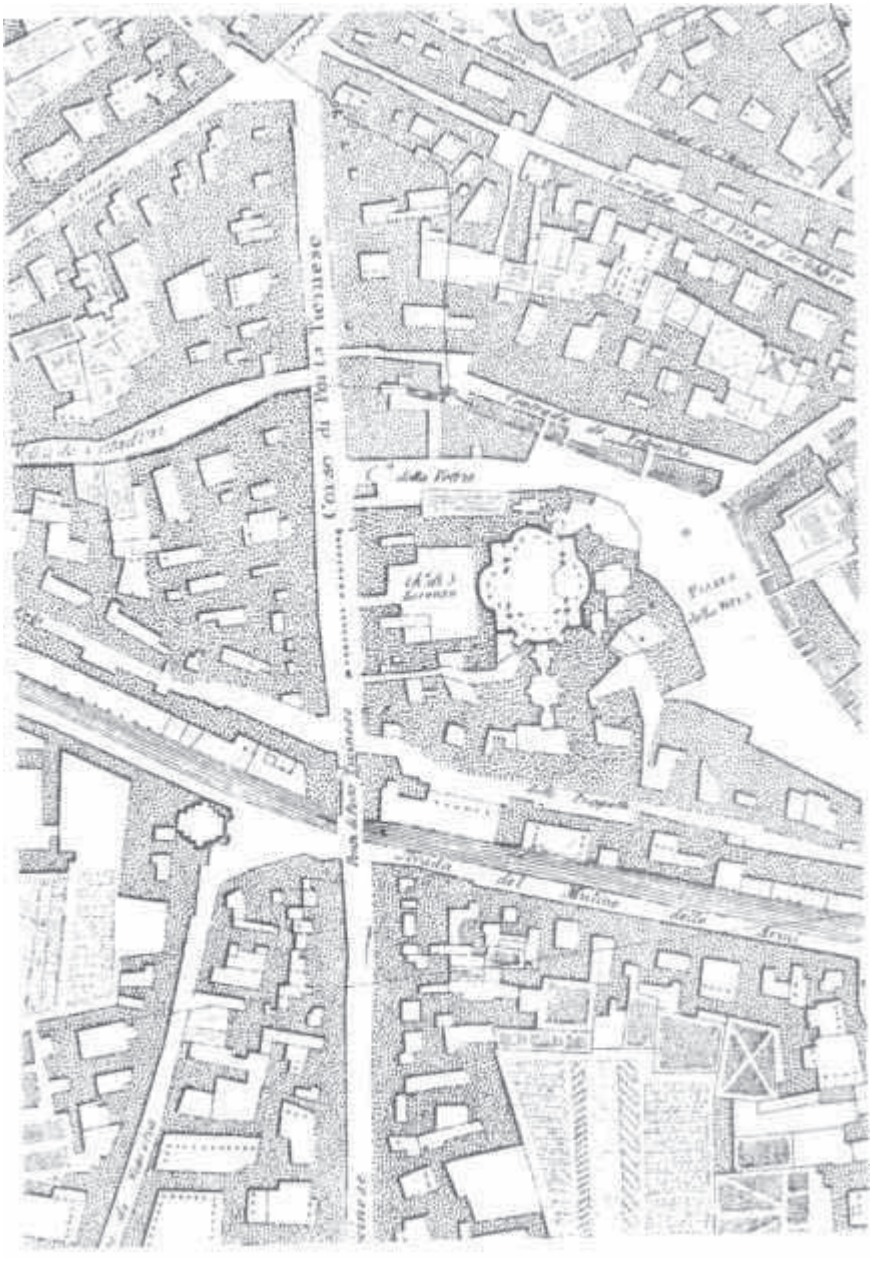
De este modo se manifiesta a los artistas del Renacimiento; y llega a ser una idea de arquitectura que se repropone en un diseño nuevo. Nadie puede hablar de arquitectura de la ciudad ignorando estos hechos; y éstos cada vez han de ser mejor conocidos. Son el principal fundamento de una ciencia urbana. La excepción particular que ha sido concedida a la arquitectura del simbolismo puede revestir toda la arquitectura; y sobre todo por la identificación entre acontecimiento y signo que ella comporta. La necesidad de establecer un nuevo juicio es lo que se plantea más o menos necesariamente en ciertos períodos de la arquitectura.

Hay obras que constituyen un acontecimiento originario en la constitución urbana y que permanecen y se caracterizan en el tiempo transformando su función o negando la originalidad hasta constituir un fragmento de ciudad, hasta el punto de que nosotros las consideramos más desde el punto de vista puramente urbano que desde el de la arquitectura. Hay obras que designan una nueva constitución, el signo de nuevos tiempos en la historia urbana; las más de las veces éstas van unidas a períodos revolucionarios, a acontecimientos decisivos en el curso histórico de la ciudad.

Es evidente que, aunque este libro se ocupe de la arquitectura de la ciudad considerando estrechamente vinculados los problemas de la arquitectura en sí y los de la arquitectura urbana entendida como un todo, no puede afrontar algunos problemas específicos de la arquitectura; me refiero a los problemas compositivos. De hecho, creo que estos problemas tienen decididamente autonomía propia; consideran la arquitectura en tanto que composición. Ello significa igualmente que consideran el estilo.

He intentado más arriba diferenciar los hechos urbanos en cuanto tales y la arquitectura en sí; quiero ahora decir que desde el punto de vista de la arquitectura urbana los resultados más importantes, concretamente verificables, se tienen por la coincidencia de estos dos aspectos; y por la influencia que tiene un problema sobre el otro.

Sin embargo, lo que quiero decir ahora exactamente sobre la arquitectura, y sobre la composición y el estilo, es que ésta es incidente y determinante en la constitución de los hechos urbanos cuando está en disposición de asumir toda la dimensión civil y política de una época; cuando es altamente racional, comprensiva



Milán Basílica de S. Lorenzo Maggiore y la zona de influencia en el plano topográfico de los Astrónomos de Brera (elaborada en 1807; detalle de la copia en 4 folios de 1810).

y transmisiva; en otros términos, cuando puede ser juzgada como estilo.

Este fundamento de la arquitectura es también el único que implica la posibilidad de una enseñanza propia; y de una enseñanza tal que pueda dar un estilo universal.

La identificación de algunos hechos urbanos y de la misma ciudad con el estilo de la arquitectura es tan inmediato en cierto contorno de espacio y de tiempo que podemos hablar con discreta precisión de la ciudad gótica, de la ciudad barroca, de la ciudad neoclásica.

Estas definiciones estilísticas llegan a ser al mismo tiempo definiciones morfológicas; precisan la naturaleza de los hechos urbanos. En este sentido es posible hablar de diseño urbano.

Por lo tanto, para que esto suceda es necesario que un momento de decisiva importancia histórica y política coincida con una arquitectura racional y definida en sus formas; entonces es posible por parte de la comunidad resolver el problema de la elección, querer una ciudad y rechazar otra.

Me ocuparé de ello al hablar del problema de las elecciones y del problema político de la ciudad.

Por ahora es útil afirmar el hecho de que ninguna elección puede ser hecha sin estas condiciones; y de que la constitución de un hecho urbano no es en sí misma posible sin esta coincidencia.

Los principios de la arquitectura son únicos e inmutables; pero las respuestas que las situaciones concretas, las situaciones humanas, dan a cuestiones diferentes son continuamente diferentes también. Por un lado tenemos, pues, la racionalidad de la arquitectura. Por el otro, la vida de las obras.

Cuando la arquitectura plantea el problema de la constitución de nuevos hechos urbanos que no responden a la situación real de la ciudad, se plantea necesariamente en el plano del esteticismo; sus resultados sólo pueden corresponder históricamente a los movimientos reformistas.

Esta asunción de los hechos urbanos como principio y fundamento de la constitución de la ciudad niega y se contrapone al problema del *town-design.* El problema del diseño a escala urbana es entendido normalmente en el sentido del ambiente; se trata de configurar, de construir un ambiente homogéneo, coordinado, continuo que pueda presentarse con la coherencia de un paisaje. Se investigan leyes, motivos, órdenes, que no surgen de la realidad histórica de la ciudad como ella es, sino que van ligados a un plan, a un diseño general de cómo debe ser.

Estas teorías son aceptables y concretas sólo cuando conciernen a una «parte de ciudad» en el sentido en el que hemos hablado de ésta en el primer capítulo, o cuando se refieren a un conjunto de edificios. Esta teoría no puede desembocar en nada positivo en la formación de la ciudad; también es cierto que muchas veces los hechos urbanos se presentan como traumas en el interior de cierto orden y sobre todo como algo que constituye, no como algo que continúa las formas.

Una concepción de este tipo, que reduce la forma de los hechos urbanos a una imagen y al gusto con que esta imagen es captada, resulta demasiado limitada en la comprensión de la estructura de los hechos urbanos; a esta concepción se opone en cambio la posibilidad de establecer hechos urbanos en toda su entereza, capaces, pues, de resolver una parte de ciudad de manera completa determinando todas las relaciones que se pueden establecer en cierto hecho.

En un reciente estudio sobre la formación de la ciudad moderna. Cario Aymonino [17] ha ilustrado cómo la tarea de la arquitectura moderna es la de poner a punto una serie de conceptos y de relaciones que, si bien tienen desde el punto de vista tecnológico y distributivo algunas leyes fundamentales comunes a todos, se verifican en modelos parciales y diferenciados precisamente por medio de su resolución en una forma arquitectónica completa y particularmente reconocible. Afirma además que, roto el sistema de los destinos de uso en el plano horizontal, previsión de zona, y de la utilización edificatoria puramente volumétrico-cuantitativa (normas y reglas), la sección arquitectónica se convierte en una de las imágenes de partida, en el núcleo generador de toda la composición.

Me parece que el reproponer también, basándose en la proyección arquitectónica, el edificio en toda su concreción puede dar nuevo impulso a la misma arquitectura, reconstituyendo aquella visión global de análisis y de propuesta sobre los que se ha insistido mucho. Una concepción de este tipo, en la que la tensión arquitectónica prevalece imponiéndose en primer lugar como forma, responde a la naturaleza de los hechos urbanos tal cual son realmente.

La constitución de nuevos hechos urbanos, que en otros terrenos significa el crecimiento de la ciudad, siempre ha acaecido por la precisión de una serie de elementos; y justamente la máxima precisión de éstos ha originado una serie de reacciones que no son espontáneas, y aun no siendo previsibles en sus modos concretos de actuación, son previstas, sin embargo, en un cuadro

general. En este sentido el plano de desarrollo puede tener un significado.

He intentado demostrar que esta teoría nace del análisis urbano, de la realidad; esta realidad contradice a todos los que creen que funciones preordenadas pueden por sí mismas dirigir los hechos y que el problema es el de dar forma a ciertas funciones; en realidad, son las formas mismas en su contituirse las que van más allá de las funciones a las que deben llevar a cumplimiento; se presentan como la ciudad misma.

En este sentido también el edificio se identifica con la realidad urbana; y aquí se ilumina el carácter urbano de los hechos arquitectónicos, los cuales adquieren mayor significado respecto a las características del «proyecto». Querer entenderlo separadamente de éstas, intentando forzar e interpretar las funciones puramente distributivas como momentos de representación, vuelve a llevar el discurso a la estrecha visión funcionalista de la ciudad. Visión negativa cuando después se pretende concebir el edificio como un andamiaje susceptible de variaciones, como continente abstracto que sigue todas las funciones que progresivamente lo completarán.

Repito que sé muy bien que la alternativa a la concepción funcional no es sencilla ni fácil, y que si por un lado debemos oponernos al funcionalismo ingenuo, por el otro debemos tomar en consideración el conjunto de las teorías funcionalistas. Pero es igualmente oportuno perfilar los límites dentro de los cuales ésta se repropone continuamente y los equívocos que contiene incluso en las propuestas más actualizadas, que aparentemente parecen contradecirla.

Según mi teoría, no superaremos estos aspectos hasta que no nos demos cuenta de la importancia de la forma y de los procesos lógicos de la arquitectura; viendo en la misma forma la capacidad de asumir valores, significados y usos diversos. Precisamente, al desarrollar este mismo argumento he puesto los ejemplos del teatro de Arles y del Coliseo; en general, siempre me he referido a cuestiones de este tipo también hablando de los monumentos.

Intento demostrar, además, que el conjunto de estos valores, incluida la misma memoria, es lo que constituye la estructura de los hechos urbanos; estos valores no tienen nada de común ni con la distribución ni con el funcionamiento tomados en sí. Tengo para mí que el desarrollo de ciertas funciones no cambia, o cambia solo con caracteres de necesidad. Estoy convencido, por otra par-

te, de que la mediación entre funcionamientos y esquemas distributivos sólo puede realizarse por medio de la forma.

Cuantas veces nos encontramos ante hechos urbanos reales estamos en disposición de darnos cuenta de su complejidad; esa complejidad de su estructura ha superado la atribución unívoca de su funcionalidad. Destino de uso en el plano horizontal y esquemas distributivos pueden ser solamente referencias, indudablemente útiles para un análisis de la ciudad como manufactura.

5. *El Foro romano*

En las páginas precedentes hemos partido del concepto del *locus* para avanzar algunas consideraciones sobre la arquitectura de la ciudad y sucesivamente sobre el valor de los hechos arquitectónicos en la constitución y en el crecimiento de la ciudad.

A la luz de estas consideraciones volveré ahora sobre la relación entre la arquitectura y el *locus* para considerar sucesivamente otros aspectos de este problema y el valor del monumento en la ciudad.

Probaremos de observar el Foro romano desde este punto de vista, con la certeza de que investigaciones profundizadas en monumentos de esta importancia podrán ofrecernos materiales fundamentales para la comprensión de los hechos urbanos. [18]

El Foro romano, centro del Imperio, referencia en las construcciones y en las transformaciones de muchísimas ciudades del mundo clásico y fundamento de la arquitectura del clasicismo, tiene formas y situación anómalas respecto de la ciencia de la ciudad tal cual era practicada por los romanos.

Sus orígenes son geográficos e históricos al mismo tiempo; una zona baja y pantanosa entre colinas empinadas, en el centro aguas estancadas entre sauces y cañaverales que se inundaban completamente durante las lluvias; en las colinas, bosques y pastos. Así vio el Foro Eneas:

> [...] passimque armenta videbant
> Romanoque foro et lautis mugire Carinis.
>
> (AEN., VIII, V 360)

Así los latinos y los sabinos que se establecieron en el Esquilmo, en el Viminal, en el Quirinal.

Estos lugares favorables para los encuentros de los pueblos de la Campania y de la Etruria favorecían los asentamientos. Los arqueólogos confirman que ya durante el siglo VIII los latinos descendían de sus colinas para depositar aquí sus muertos. Así el valle del Foro, y la necrópolis descubierta por Boni entre 1902 y 1905 al pie del templo de Antonino y de Faustina constituye el testimonio más antiguo que el hombre haya dejado en él. Necrópolis, después sede de batallas o más probablemente de ritos religiosos, se convierte cada vez más en la sede de una nueva forma de vida, el principio de la ciudad que se va formando con las tribus esparcidas por las colinas; que se encuentran y se funden.

La conformación geográfica dictó el recorrido de los senderos, después el de las calles remontando los valles en el sentido de su mínima pendiente (vía Sacra, Argiletus, vicus Patricius) o las que seguían los itinerarios de las pistas extraurbanas; ningún claro diseño urbanístico, sino una estructura obligada por el terreno. Este carácter de unión con el terreno, con las condiciones del desarrollo de la ciudad, permanece después en toda la historia del Foro, en su forma, que lo hace así diferente de los de las ciudades de nueva fundación.

De donde esta irregularidad ya criticada por Livio ([...] Ea est causa, cur veteres cloacae primo per publicum ductae nunc privata passim subenant tecta, formaque urbis sit accupatae magis quam divisae similis [...]), la culpa de la cual atribuye a la velocidad de la reconstrucción después del incendio galo, y la imposibilidad de aplicar la *limitatio* fue debida precisamente al tipo de crecimiento muy parecido al de las ciudades contemporáneas que Roma tuvo que seguir.

Alrededor del siglo IV el Foro cesó su actividad como lugar de mercado (perdió, pues, una función que había sido fundamental) y se convirtió en una auténtica y verdadera plaza casi siguiendo el dictado de Aristóteles, que alrededor de aquella época escribía: «La plaza pública [...] nunca será ensuciada con mercancías y el ingreso a ella será prohibido a los artesanos [...] lejana y bien separada de ella será la que sea destinada al mercado [...]».

Y precisamente en esta época el Foro se va cubriendo de estatuas, de templos, de monumentos; así el valle que estaba lleno de fuentes locales, de lugares sagrados, de mercados, de tabernas empieza a enriquecerse en basílicas, entemplos y en arcos y permanece surcada por dos grandes vías, la Sacra y la Nova, donde van a parar diversas callejuelas.

Después de la sistematización de Augusto y de la ampliación de la zona central de Roma con el Foro de Augusto y los mercados trajanos, después de las obras de Adriano y hasta la caída del Imperio, el Foro no pierde su carácter esencial de lugar de encuentro, de centro de Roma; Forum romano o Forum Magno, acaba siendo un hecho específico en el interior mismo de la ciudad, una parte que resume el todo.

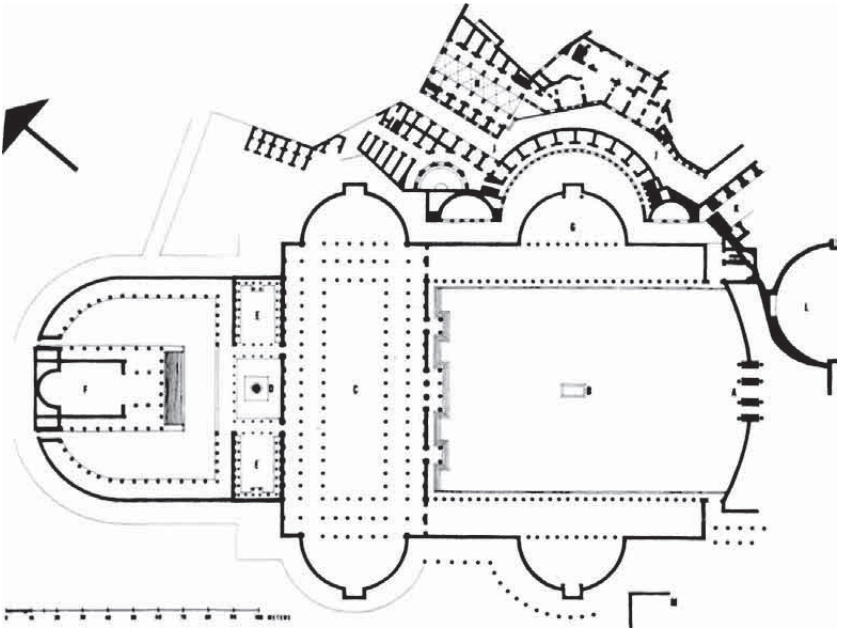
Así escribe Romanelli: «[...] En la vía Sacra y en las calles adyacentes se amontonaban las tiendas de lujo, y la gente pasaba curioseando sin querar nada, sin hacer nada, sólo esperando que llegasen las horas del espectáculo y de la apertura de las termas; recordemos el episodio del «pesado» que Horacio nos ha descrito brillantemente en su sátira; "ibam forte via [...] Sacra". El episodio se repetía mil veces al día, todos los días del año, menos aquellos en los que algún trágico acontecimiento, en los palacios imperiales del Palatino o en el campo de los pretorianos, conseguía aún sacudir el ánimo túrpido de los romanos. Porque el Foro fue también a veces, durante el Imperio, teatro de acontecimientos sangrientos, pero fueron acontecimientos que se encerraron y se agotaron casi siempre en sí mismos a la vista del lugar donde se desarrollaron, y, se podría decir, de la ciudad misma». [19]

La gente pasaba por allí sin querer nada, sin hacer nada: es la ciudad moderna, el hombre del gentío, el ocioso que participa del mecanismo de la ciudad sin conocerlo, perteneciéndole sólo en su imagen. Y el Foro se convierte así en un hecho urbano de extraordinaria modernidad; tiene en sí todo lo que hay de inexpresable en la ciudad moderna.

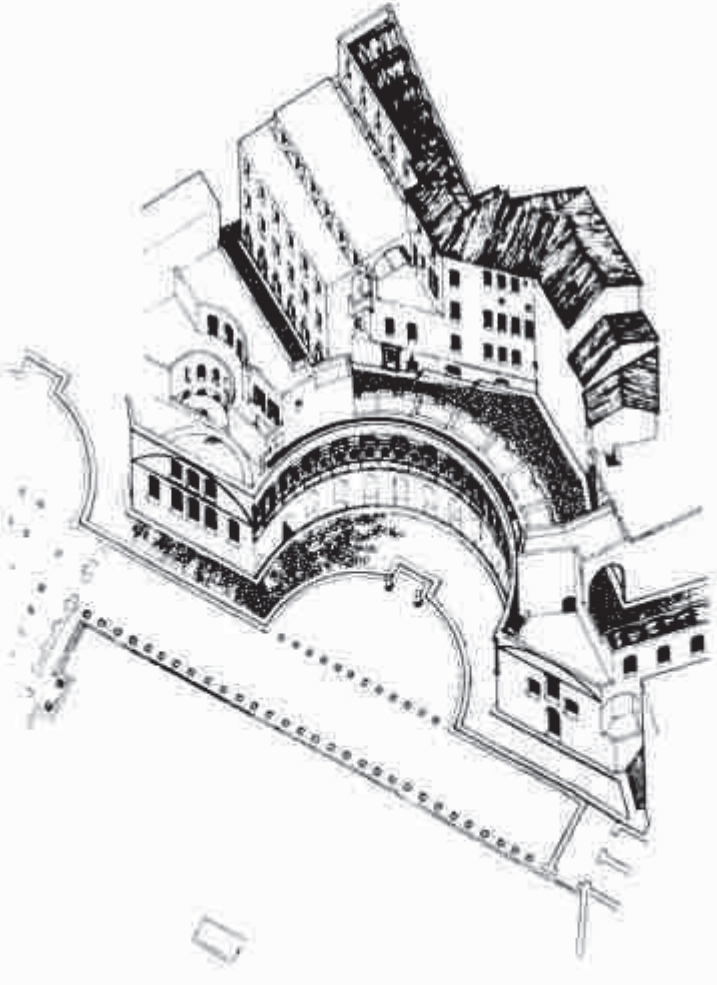
Se me ocurre pensar en las palabras de Poète, que singularmente nacen de su conocimiento extraordinario de la ciudad antigua y del París moderno: «[...] Un hálito de modernidad parece exhalarse hasta nosotros de este mundo lejano: tenemos la impresión de que nos sentiremos excesivamente fuera de nuestro ambiente en ciudades como Alejandría o Antioquía, como en ciertos momentos nos sentimos más próximos de la Roma imperial que de alguna ciudad medieval». [20]

¿Qué une al ocioso al Foro, por qué es íntimamente partícipe de este mundo, por qué se identifica con la ciudad a través de esta ciudad? Se trata de un misterio que los hechos urbanos suscitan en nosotros.

Vinculado al origen de la ciudad, extremada e increíblemente transformado en el tiempo pero siempre crecido sobre sí mismo, paralelo a la historia de Roma que se documenta en todas sus piedras históricas y en una leyenda como Lapis Niger y los dioscu-



Roma, el Foro de Trajano (principios del siglo II d.C), planta, sección transversal y reconstrucción axonométrica.



ros; llegado hasta nosotros con sus signos más claros y espléndidos, el Foro romano constituye uno de los hechos urbanos más iluminadores de cuantos podamos conocer.

El Foro resume Roma y es parte de Roma; es el conjunto de sus monumentos, pero su individualidad es más fuerte que cada uno de ellos; es la expresión de un diseño preciso o al menos de una precisa visión del mundo de las formas, la clásica, pero sin embargo, su diseño es más antiguo, casi persistente y preexistente en el valle a donde se llegaban los pastores de las primitivas colinas. No sabría definir de otro modo lo que es un hecho urbano; es la historia y la invención.

Por lo tanto también es, y en este sentido se toma aquí particularmente, una de las más altas lecciones de arquitectura que conozcamos.

Resulta oportuno ahora distinguir entre este «lugar» y el ambiente como viene entendido frecuentemente en los tratados de arquitectura y en los relativos al diseño urbano.

El análisis que se ha intentado aquí de los valores del *locus* pretende presentar una definición extremadamente racional de un hecho complejo por su naturaleza pero en el que es necesario intentar hacer algo de luz, exactamente como un científico cuando se enfrenta con temas que intentan aclarar el mundo indistinto de la materia y sus leyes; acerca del valor psicológico de este análisis, ya nos hemos ocupado de él más arriba.

Como quiera que sea, el *locus* entendido así no tiene puntos de contacto con el ambiente; el ambiente parece extraordinariamente vinculado a la ilusión, a la ilusividad; lingüísticamente está vinculado a expresiones como «se forjaba la ilusión de vivir en el Medievo» o «allí todo era diferente» y otras perlas de este género. Un ambiente entendido así nada tiene de común con la arquitectura de la ciudad; es concebido como una escena, y en tanto que escena requiere ser conservado expresamente por sus funciones; se trata de una necesaria permanencia de funciones que salvan sólo con su presencia la forma e inmovilizan la vida y entristecen como todas las falsedades turísticas de un mundo desaparecido.

No por casualidad este concepto de ambiente es aplicado muchas veces y recomendado por aquellos que pretenden conservar las ciudades históricas manteniendo las fachadas antiguas o reconstruyendo de modo tal que se mantengan los perfiles y los colores y las cosas de este género; y ¿qué encontramos después de estas operaciones, suponiendo que sean sostenibles y realizables? Una escena vacía, con frecuencia repugnante.

La reconstrucción del centro de Frankfurt, una pequeña parte,

según el principio del mantenimiento de los volúmenes góticos con arquitecturas seudomodernas o seudoantiguas, es una de las cosas más tristes que recuerdo. No se sabe precisamente dónde ha ido a parar aquella sugestividad y aquella ilusión que parece preocupar tanto estas iniciativas.

En realidad, cuando hablamos de monumento podemos muy bien entender también una calle, una zona, un país; pero entonces, si se conserva, se debe conservar todo, como han hecho los alemanes en Quedlinburg. Aunque si bien vivir en Quedlinburg puede ser al fin bastante obsesivo, es justificable en cuanto esta pequeña ciudad es un eficaz museo del gótico (y extraordinario museo de tanta historia alemana); de otro modo no hay justificación.

Caso típico a este propósito lo es Venecia, que merece un tratamiento particular.

Sin embargo, no quiero detenerme en este tema, que por otra parte está muy debatido y requiere ser sostenido con ejemplos muy precisos y difícilmente generalizables, pero haré también una referencia partiendo del análisis del Foro romano anticipada más arriba.

En junio de 1811, De Tournon exponía al conde De Montalivet, ministro del Interior, su programa para el Foro:

> Trabajos para la restauración de monumentos antiguos. Apenas se aborda el tema, se presenta en la mente el primero de todos, el Forum, célebre lugar en el que tales monumentos están directamente amontonados y se unen a los más grandes recuerdos. Las restauraciones de tales monumentos consisten sobre todo en librarlos de la tierra que recubre sus partes inferiores, en enlazarlos después entre sí y finalmente en hacer el acceso a ellos cómodo y agradable [...]. La segunda parte del proyecto considera la reunión de los monumentos entre sí mediante un paseo regularmente sistematizado. He considerado en un plano, trazado bajo mi dirección, un tipo de relación y sólo podré referirme a él [...]. Sólo añadiré que el monte Palatino, inmenso museo todo cubierto por magníficos restos de los palacios de los cesares, debe ser necesariamente comprendido en la parte de jardín que hay que plantar, y tal jardín, por los monumentos que deberá encerrar, por los recuerdos de los que estará lleno, será desde luego único en el mundo.[21]

La idea de De Tournon no fue realizada y probablemente hubiera sacrificado al diseño del jardín gran parte de los monumentos privándonos de una de las más grandes experiencias arquitectónicas; pero por esta idea, con el advenimiento de la ar-

queología científica, el problema de los Foros se convierte en un gran problema de urbanística en conexión con la misma continuidad de la ciudad moderna. Era necesario, en primer lugar, concebir la exploración del Foro no ya como un estudio de cada uno de sus monumentos, sino como una investigación íntegra de todo el complejo; concebido el Foro no como una suma de arquitecturas sino como un hecho urbano global, como la permanencia de la Roma misma. Es significativo que la idea encuentre apoyo y se desarrolle en la República Romana de 1849; aquí también es la acción de la revolución que lee la Antigüedad de modo moderno, y no son ajenas, sino precisamente directamente ligadas a las experiencias de los arquitectos parisienses.

Pero la idea es más fuerte que las contingencias políticas y prosigue, con vicisitudes diferentes, también bajo la restauración pontificia.

Si consideramos hoy este problema desde el punto de vista arquitectónico, muchas consideraciones llevan a entrever la posibilidad de una reconstrucción del Foro y de su reunión con el Foro de Augusto y los mercados trajanos utilizando en la ciudad moderna este enorme complejo.

Pero basta aquí haber expuesto que este gran monumento es hoy una parte de Roma, que resume la ciudad antigua, que es un monumento de la ciudad moderna, que es un incomparable hecho urbano.

Y se nos ocurre pensar que si la plaza de San Marcos de Venecia permaneciese en pie con el palacio ducal en una ciudad completamente diferente, como quizá será la Venecia del futuro, no experimentaríamos por ello una emoción menor y no seríamos menos artífices de la historia de Venecia encontrándonos en el centro de este excepcional hecho urbano.

Me acuerdo de los años de la posguerra, de la visión de la catedral de Colonia en la ciudad destruida; nada puede tener para la fantasía el valor de esta obra permaneciendo intacta entre las ruinas. Desde luego, una reconstrucción encalada y fea de la ciudad circunstante es dañosa, pero no toca el monumento; igual como tantas feas sistematizaciones de muchos museos modernos pueden irritarnos, pero no por ello deforman o alteran el valor de cuanto es expuesto en ellos.

Esta acotación debe ser entendida, naturalmente, en un sentido únicamente analógico; muchas veces me he detenido a considerar el valor de un monumento como hecho urbano; esta analogía con el valor del monumento en las ciudades destruidas sirve sólo para poner en claro dos puntos: el primero, que no es el

ambiente o algún otro carácter ilusionístico lo que nos sirve para comprender el monumento; el segundo, que sólo comprendiendo el monumento como hecho urbano singular, u oponiéndole otros hechos urbanos, se puede establecer un sentido en la arquitectura de la ciudad. El significado de todo ello está sintetizado para mí en el plano de Roma de Sixto V; las basílicas se convierten en los lugares auténticos de la ciudad, su conjunto es una estructura que toma su complejidad de estos hechos primarios, de las calles que se le reúnen, de los espacios «residencia» que se encuentran en el interior del sistema.

Fontana presenta de este modo las características del plan, su punto de partida: «Queriendo aún Nuestro Señor facilitar la calle a los que movidos por devoción o por votos suelen visitar constantemente los muy santos lugares de la ciudad de Roma, y en particular las siete iglesias tan celebradas por las grandes indulgencias y reliquias que hay, ha abierto en muchos lugares calles amplísimas y derechísimas, de manera que pueda cada uno, a pie, a caballo, y en coche, salir de cualquier lugar de Roma e irse casi directamente a las más famosas devociones». [22]

Giedion, que fue quizás el primero en comprender la extrema importancia de este plan, lo expone así: «[...] El suyo no era un plan pensado sobre el mapa; Sixto V tenía a Roma como en su sangre; él mismo había seguido fatigosamente a pie las calles que los peregrinos tenían que recorrer, y había experimentado las distancias entre los diversos puntos y, en marzo de 1588, cuando abrió la nueva calle que unió el Coliseo con Letrán, la recorrió toda a pie con sus cardenales hasta el palacio de Letrán, entonces en construcción.

»Sixto V dispuso sus calles orgánicamente como una espina dorsal allí donde la estructura topográfica de Roma lo requería, pero fue sin embargo lo suficiente sabio para incorporar con gran cuidado todo lo que le fue posible de la obra de sus predecesores [...]. Ante los edificios construidos por él, Letrán y el Quirinal, y en todos los puntos en los que las calles se cruzaban, Sixto V proveyó la apertura de grandes espacios libres suficientes para desarrollos sucesivos [...]. Aislando la Columna Antonina y trazando el perímetro de la plaza Colonna, en 1588 creó el actual centro de la ciudad. La Columna Trajana próxima al Coliseo, con la vasta plaza que la circunda, fue pensada como una unión entre la ciudad vieja y la nueva [...]. El instinto urbanístico de Sixto V y de su arquitecto está demostrado también con la elección del punto en el que erigió el obelisco, por la justa distancia de la catedral no acabada [...]. El último de los cuatro obeliscos que

Sixto V consiguió alzar es el que tuvo quizá la posición más significativa. Colocado a la entrada septentrional de la ciudad, señala la confluencia de tres calles principales (como también del prolongamiento de la calle Felice, muchas veces proyectado y nunca realizado). Dos siglos más tarde la plaza del Pueblo se habría cristalizado alrededor de este punto. Solamente otro obelisco ocupa una posición tan dominante: el de la plaza de la Concordia, alzado en 1836». [23]

Creo que en esta página de Giedion, cuya aportación personal al mundo de la arquitectura siempre es extraordinaria, ha dicho muchas cosas sobre la ciudad en general además de lo dicho sobre el plan considerado.

Son significativas las observaciones en las que habla del primer plan no pensado sobre el mapa, sino directamente vivido en sus datos inmediatos, empíricos, donde habla de un plan bastante rígido pero atento a la estructura topográfica de la ciudad y en el que, aun en sus características revolucionarias, precisamente diría que en virtud de éstas, incorpora y valoriza todas las iniciativas precedentes que se presentan con caracteres de validez, que *están* en la ciudad.

A ella se añade la consideración acerca de los obeliscos, de los lugares de los obeliscos, de estos signos alrededor de los cuales se cristaliza la ciudad; quizá nunca la arquitectura de la ciudad, ni siquiera en el mundo clásico, ha conseguido una tal unidad de comprensión y de creación; todo un sistema urbano se realiza, se dispone según líneas de fuerza prácticas e ideales a un mismo tiempo, y la ciudad se reencuentra toda ella señalada por puntos de unión y de agregación futura. Las formas de los monumentos (recuérdese la transformación del Coliseo en hilandería) y la forma topográfica permanecen firmes en un sistema que cambia; como si, comprendida la colocación de obeliscos en lugares particulares, la ciudad fuese pensada en el pasado y en el porvenir.

Se puede objetar que al anticipar estas consideraciones sólo hago referencia a la ciudad antigua; a esta crítica se puede responder con dos argumentos: el primero, que constantemente hemos tenido como hipótesis de este estudio, es el de que aquí no se hace ninguna diferencia entre ciudad antigua y ciudad moderna, entre un antes y un después, desde el punto de vista de la manufactura; el segundo, que no existen ejemplos de ciudades articuladas exclusivamente en hechos urbanos modernos o que al menos tales ciudades no son para nada típicas, siendo propio de la ciudad su carácter de permanencia en el tiempo.

Por otra parte, concebir la fundación de la ciudad por elementos primarios es a mi parecer también la única ley racional posible; es decir, la única extracción de un principio lógico en la ciudad para continuarla. Como tal así ha sido asumida en la época de la Ilustración y como tal ha sido rechazada por las teorías destructoras de la ciudad como progreso; piénsese en la crítica de Fichte a la ciudad occidental, donde la defensa del carácter comunitario de la ciudad gótica *(Volk)* contiene ya la crítica reaccionaria de los años siguientes (Spengler) y la concepción de la ciudad como fatalidad.

Aunque no me ocupe aquí de estas teorías o visiones de la ciudad, es indudable que ellas tenían su traducción en una ciudad sin referencias formales y que se oponen, más o menos conscientemente en los epígonos, al valor ilustrado del plano.

También desde este punto de vista se puede anticipar la crítica a los socialistas románticos; a los diferentes conceptos de comunidad autosuficientes y a los falansterios.

Ellos admiten y sostienen que la ciudad no puede expresar ni un valor que la trascienda y ni tan siquiera valores comunes que la representen, y pretenden que la reducción utilitarista y funcional de la ciudad (o sea, en la residencia y en los servicios) es la alternativa «moderna» a la primera.

La concepción progresista cree, en cambio, que precisamente por ser la ciudad un hecho eminentemente colectivo se precisa y está en aquellas obras cuya naturaleza es esencialmente colectiva; y que aun naciendo tales obras como medios para constituir la ciudad, en seguida se conviertan ellas en un fin; y tengan este fin en su ser y en su belleza.

Y que tal belleza resida al mismo tiempo en las leyes de la arquitectura y en la elección por la que la colectividad quiere estas obras.

De estos problemas me ocuparé en el último capítulo como de los problemas decisivos en el estudio de la ciudad. En la sección siguiente intentaré referir las cuestiones principales tratadas en el presente capítulo.

6. Los monumentos. Crítica al concepto de ambiente

En las páginas precedentes nos hemos ocupado principalmente:

– del *locus* entendido como punto singular y de la situación;
– de los fundamentos de la arquitectura y de su relación con la ciudad;
– del ambiente y del monumento.

Me doy cuenta de que el concepto de *locus* debe ser objeto de investigaciones particulares; un estudio de este tipo aplicado a toda la historia de la arquitectura podrá dar lugar a resultados significativos. Del mismo modo se deberá analizar la relación entre el *locus* y el proyectar.

Sólo a la luz de estas investigaciones se podrá resolver el contraste aparentemente irremediable entre el proyectar como elemento racional y como imposición y la naturaleza del lugar que participa en la obra.

En esta relación está comprendido el concepto de individualidad. Se ha intentado ver cómo el uso del término *ambiente,* tal como es entendido normalmente, es un estorbo para la investigación.

Al ambiente se ha contrapuesto el monumento; el monumento, además de que está históricamente determinado, tiene una realidad propia y analizable. Podemos, por otra parte, proponernos construir «monumentos»; pero como se ha observado anteriormente, para hacerlo necesitamos una arquitectura, esto es, un estilo. La reducción de los problemas urbanos a su realidad física no puede acontecer de otra manera. Sólo la existencia de un estilo arquitectónico puede permitir elecciones originales: de estas elecciones originales crece la ciudad.

La arquitectura se presenta aquí como una técnica. La cuestión de las técnicas no puede ser subvalorada por quien se plantea el problema de la ciudad; también ahí es demasiado fácil observar cómo el razonamiento de la imagen es inútil siempre que no se concrete en la arquitectura que forma esta imagen. La arquitectura se convierte, pues, por extensión, en la ciudad; tiene su base, más que cualquier otro arte, en la conformación de la materia y en la sujeción de la materia según una concepción formal.

La ciudad se presenta aún como una gran manufactura arquitectónica. No es posible ocuparnos más extensamente de esta concepción formal.

Se ha intentado ver la correspondencia que hay en la ciudad entre signo y acontecimiento; pero esto no es suficiente si no extendemos el análisis a toda la génesis de la forma arquitectónica. Ahora bien, se puede afirmar que la forma arquitectónica de la ciudad es ejemplar en cada monumento, cada uno de los cuales es

una individualidad en sí. Son como las fechas; sin ellas, un antes y un después, no podremos comprender la historia.

Aunque, como se ha dicho, no sea objeto del presente estudio ocuparse de la arquitectura en sí, sino de la arquitectura como componente del hecho urbano, se deben anticipar algunas consideraciones.

Es inútil pensar que el problema de la arquitectura puede resolverse desde el punto de vista compositivo en la investigación o descubrimiento de un nuevo ambiente o en una pretensa extensión, como se dice, de sus parámetros. Estas proposiciones están desprovistas de sentido desde el momento en que el ambiente es precisamente lo que se construye mediante la arquitectura; y que además, el hecho de que la individualidad de una obra crezca juntamente con el *locus* y su historia presupone también la existencia de un hecho arquitectónico.

Me inclino a creer, por lo tanto, que el momento principal de un hecho arquitectónico está en su técnica, es decir, en los principios autónomos según los cuales se funda y se transmite.

Y, en términos más generales, en la solución concreta que todo arquitecto da en su encuentro con la realidad; solución que es verificable precisamente a través de ciertas técnicas. (Y que por ello constituye también, necesariamente, una limitación.)

Dentro de esta técnica como principio lógico de la arquitectura hay su capacidad de transmitirse y de agradar; «Nous sommes loin de penser que l'architecture ne puisse pas plaire; nous disons au contraire qu'il est impossible qu'elle ne plaise pas, lorsqu'elle est traitée selon ses vrais principes [...]. Or un'art tel que l'architecture, art qui satisfait immédiatement un si grand nombre de nos besoins [..]comment pourrait-il manquer de nous plaire?». [24]

Por esta constitución del hecho arquitectónico se inician una serie de otros hechos; aquí la arquitectura se considera extendida también a la proyectación de una ciudad nueva; sea Palmanova o Brasilia.

Podemos juzgar los proyectos de estas ciudades como proyectos de arquitectura, cuya formación es independiente, autónoma: se trata de proyectos precisos con una historia propia; esta historia pertenece a la arquitectura. Y también son éstos concebidos según una técnica o estilo; según principios y según una idea general de la arquitectura.

No podemos ocuparnos más de estos principios y de la idea general de la arquitectura; pero nos basta saber que sin ellos no podremos en modo alguno juzgar estas ciudades, aunque ahora tengamos ante nosotros Palmanova y Brasilia como dos notables

y extraordinarios hechos urbanos con individualidad y vicisitudes propias. De esta individualidad, el hecho arquitectónico constituye sólo la constitución; pero es precisamente ésta lo que afirma la lógica autónoma del proceso compositivo y su importancia.

Se entiende, por lo tanto, que encontremos en la arquitectura uno de los principios de la ciudad.

7. *La ciudad como historia*

El método histórico parece ser capaz de ofrecernos la verificación más segura de cualquier hipótesis sobre la ciudad; la ciudad es por sí misma depositaria de historia.

En esta investigación hemos visto el método histórico desde dos diferentes puntos de vista; el primero se refiere al estudio de la ciudad como un hecho material, una manufactura, cuya construcción ha acontecido en el tiempo, y del tiempo tiene las huellas aunque sea de modo discontinuo. Desde este punto de vista el estudio de la ciudad nos ofrece resultados de gran importancia: la arqueología, la historia de la arquitectura, las mismas historias municipales nos ofrecen una documentación muy amplia.

Las ciudades son el texto de esta historia; nadie puede imaginarse seriamente estudiar los fenómenos urbanos sin plantearse este problema, y éste es quizás el único método positivo porque las ciudades se ofrecen a nosotros a través de hechos urbanos determinados en los que el elemento histórico es preeminente. En el curso de este estudio me he ocupado continuamente de esta cuestión y ella constituye en parte su base; ha sido desarrollada con la consideración y la crítica de las teorías de Poète y de Lavedan y, por lo tanto, de la teoría de las permanencias.

El segundo punto de vista se refiere a la historia como estudio del fundamento mismo de los hechos urbanos, y de su estructura. Este es el complemento del otro, y se refiere directamente no sólo a la estructura material de la ciudad, sino también a la idea que tenemos de la ciudad como síntesis de una serie de valores; se refiere a la imaginación colectiva. Es evidente que la primera y la segunda cuestiones están estrechamente relacionadas hasta confundirse en sus resultados.

Atenas, Roma, Constantinopla, París constituyen ideas de ciudad que van más allá de su forma física, más allá de su permanencia; en este sentido podemos hablar de ciudades de las que permanecen poquísimos signos.

En esta sección y en la siguiente desarrollaré dos tesis que se refieren a la segunda cuestión tal como ha sido considerada. Ambas tesis sostienen la continuidad de los hechos urbanos y que esta continuidad es investigada en los estratos profundos en los que se entrevén ciertos caracteres fundamentales que son comunes a toda la dinámica urbana. Tomemos otra vez los escritos de Carlo Cattaneo; es significativo que Carlo Cattaneo, de formación positivista, en su estudio sobre la evolución civil de las ciudades consideradas como fundamento de las historias italianas encuentre en ellas un principio indefinible en términos que no estén ligados a su misma historia. [25]

En las ciudades encuentra «[...] aquellos términos inmóviles de una geografía anterior a los romanos que permaneció adherida a los muros de los municipios».

En las descripciones de las vicisitudes de la ciudad de Milán en la época posterior al Imperio explica ciertas características de preeminencia de la ciudad respecto de los demás centros lombardos; preeminencia que no estaba justificada ni por la dimensión, ni por la mayor riqueza, ni por causas demográficas, ni por otros factores observables como un hecho intrínseco a la naturaleza de la ciudad; casi una característica tipológica de orden no verificable. «Esta preeminencia era innata en la ciudad; era la realización de una grandeza anterior a la sede ambrosiana, anterior al papado, al Imperio, a la conquista romana; Mediolanum Gallorum Caput.» Pero este principio de orden casi místico llega a ser después el principio de la historia urbana cuando se resuelve como permanencia de civilización: «La permanencia del municipio es otro hecho fundamental y casi común a todas las historias italianas».

Aun en las épocas de mayor decadencia, como el Bajo Imperio, cuando las ciudades aparecen como *semirutarum urbium cadavera,* en realidad no son cuerpos muertos, dirá Cattaneo, sino solamente desmayados. La relación entre la ciudad y su territorio es un signo característico de un municipio porque «la ciudad forma con su territorio un cuerpo inseparable».

En las guerras, en las invasiones, en los momentos más difíciles para la libertad comunal, la unión entre el territorio y la ciudad es una fuerza extraordinaria; a veces el territorio regenera la ciudad destruida. La historia de la ciudad es la historia de la civilización: «En los cuatro siglos aproximados del dominio lombardo y gótico, la barbarie fue creciendo [...] las ciudades no eran apreciadas sino como fortalezas [...]. Los bárbaros se iban agotando, al mismo tiempo que las ciudades que habían desolado».

Las ciudades constituyen en sí un mundo; su significado, su permanencia se expresa en un principio absoluto: «Los extranjeros se maravillan de ver en las ciudades de Italia aquella misma perseverancia en las ofensas que no se maravillan nunca de ver entre reino y reino, porque no saben entender la índole militante y regia de aquellas ciudades. La prueba de que la causa de las enemistades que cercaban Milán estaba en su potencia, o para decirlo más justamente, en su ambición, es que muchas de las otras ciudades, cuando la vieron vencida y destruida, y pensaron que nunca más tendrían que temerla, se unieron para levantarla de las ruinas».

«El principio» de Cattaneo se puede relacionar con muchos de los temas expuestos aquí; siempre me ha parecido que aquellos estratos más profundos de la vida de la ciudad expuestos por Cattaneo se pueden encontrar ampliamente en los monumentos, y que éstos participan de aquella individualidad de los hechos urbanos a la que muchas veces nos hemos referido en el curso de este estudio.

Que una relación de este tipo, entre «principio» de los hechos urbanos y forma, existe también en el pensamiento de Cattaneo es indiscutible sólo con que examinemos sus escritos sobre el estilo lombardo y el inicio de la descripción de la Lombardía, donde directamente la tierra, cultivada y fertilizada en el curso de siglos, es el testimonio más importante de una civilización.

Sus intervenciones en la polémica sobre la plaza del Duomo de Milán atestiguan por otra parte todas las dificultades, no resueltas, que nacían de una problemática tan rica; la investigación de los temas de la cultura lombarda, aunque sea dentro de su federalismo, acababa por encontrarse con todos los otros temas, reales y abstractos, del debate sobre la unidad de Italia y sobre el sentido nuevo y antiguo que las ciudades de la península acababan por tener en el marco nacional.

Si su federalismo le permitía evitar todos los errores debidos a la retórica nacionalista, le impedía por otra parte ver plenamente el nuevo marco general en el que las ciudades venían a encontrarse.

Es indudable que el gran empuje ilustrado y positivista que había animado la ciudad decaía alrededor de los años de la unidad de Italia, pero no era desde luego sólo ésta la causa de aquella decadencia; y, por otra parte, es lógico pensar que las propuestas de Cattaneo o el estilo municipal enseñado por Boito pudiese volver a dar a la ciudad un sentido que se había oscurecido.

Hubo, ciertamente, una crisis más profunda. A esta luz se ha

visto el gran debate que recorrió Italia al día siguiente de la unidad sobre la elección de la capital; debate que fue centrado sobre Roma.

Existe a este propósito una nota de Antonio Gramsci de gran valor en sí, y para el planteamiento de un estudio de este tipo. «A Teodoro Mommsen, que preguntó por qué idea universal Italia fue a Roma, Quintino Sella respondió: "La de la ciencia". La respuesta de Sella es interesante y apropiada; en aquel período histórico la ciencia era la nueva "idea universal", la base de la nueva cultura que se iba elaborando. Pero Roma no llega a ser la ciudad de la ciencia; hubiera sido necesario un gran programa industrial, lo que no fue.» [26] La respuesta de Sella queda, pues, vaga y retórica, si bien fundamentalmente justa; para realizarla es necesario enfrentarse con un programa industrial sin el temor de crear en Roma una clase obrera moderna y consciente, pronta a intervenir en el desarrollo de la política nacional.

Pero el estudio de este debate es para nosotros aún hoy de gran interés; sabemos que para Roma el debate sobre Roma capital vio implicados a los políticos y especialistas de todas las tendencias, preocupados de ver de qué tradición debía ser depositaria la ciudad y hacia qué Italia debía iniciar su destino de capital.

Creo que una investigación sobre esta cuestión sería de gran importancia para los especialistas de la ciudad; es indudable que además de la retórica de los intereses partidistas hay en este debate un contenido de extrema importancia; el cual tiene relación con la idea de ciudad, y la fuerza indiscutible de esta idea en forma concreta.

Sobre la base de esta concreción histórica debería surgir mejor el significado de ciertas intervenciones tendentes a calificar la ciudad en sentido moderno y establecer una relación entre su pasado y el semblante de las capitales europeas principales.

Reducir estos problemas a los de la retórica nacionalista, que indudablemente hubo, quiere decir ponerse en límites demasiado estrechos para juzgar un proceso tan importante, un proceso por lo demás típico para muchos países y para muchos períodos.

Más bien es necesario ver cómo ciertas estructuras urbanas se identifican con un modelo de capital y cuáles son las relaciones posibles entre la realidad física de una ciudad y este modelo; es conocido que para Europa, pero no sólo para Europa, este modelo es París. Y lo es hasta el punto de que no se puede comprender la estructura de muchas capitales modernas, Berlín, Barcelona, Madrid, Roma y otras, sin tener en cuenta este hecho. Aquí todo

el proceso histórico político tiene en la arquitectura de la ciudad una derivación precisa: pero el sentido de esta relación sólo se podrá captar iluminando los modos concretos en los que se ha actuado.

Una vez más existe una relación entre los hechos urbanos estructurales de la ciudad y el planteamiento de un proyecto y de un esquema; y los motivos de esta relación son muy complejos. Desde luego, hay ciudades que realizan su vocación y otras que no llevan a cabo nunca sus proyectos.

8. La memoria colectiva

Estas consideraciones nos aproximan al conocimiento de la estructura más profunda de los hechos urbanos y, por lo tanto, a su forma; es decir, a nuestra tesis de partida de la presente investigación, la arquitectura de la ciudad.

Se trata de conocer la cualidad de estos hechos; el estudio de Cattaneo del que he partido para las presentes consideraciones está entre los resultados más válidos de nuestros estudios; existen importantes afirmaciones y referencias sobre aquella *âme de la cité* que otros autores indican como el nexo estructural de la ciudad después de haber partido de la descripción de los hechos morfológicos.

Aquí *l'âme de la cité* se convierte en la historia, el signo ligado a las paredes de los municipios, el carácter distintivo y al mismo tiempo definitivo, la memoria. En *La Mémoire collective* Halbwachs ha escrito: «Lorsque un groupe est inséré dans une partie de l'espace, il la transforme a son image, mais en même temps, il se plie et s'adapte à des choses matérielles qui lui résistent. Il s'enferme dans le cadre qu'il a construit. L'image du milieu extérieur et des rapports stables qu'il entretient avec lui passe au premier plan de l'idée qu'il se fait de lui-même». [27]

Ampliando la tesis de Halbwachs, diré que la ciudad misma es la memoria colectiva de los pueblos; y como la memoria está ligada a hechos y a lugares, la ciudad es el *locus* de la memoria colectiva.

Esta relación entre el *locus* y los ciudadanos llega a ser, pues, la imagen preeminente, la arquitectura, el paisaje; y como los hechos vuelven a entrar en la memoria, nuevos hechos crecen en la ciudad. En este sentido completamente positivo las grandes ideas recorren la historia de la ciudad y la conforman.

Así, ocupándonos de la arquitectura de la ciudad nos hemos

esforzado por referirnos al *locus* como al principio característico de los hechos urbanos; el *locus,* la arquitectura, las permanencias y la historia, nos han servido para intentar aclarar la complejidad de los hechos urbanos. Al fin, la memoria colectiva llega a ser la misma transformación del espacio por obra de la colectividad; una transformación que está siempre condicionada por estos datos materiales que contrastan esta acción.

La memoria entendida de este modo llega a ser el hilo conductor de la total y compleja estructura; en esto la arquitectura de los hechos urbanos se separa del arte en cuanto elemento que existe por sí mismo; aun los más grandes monumentos de la arquitectura están íntimamente vinculados a la ciudad. «[...] Se nos plantea la pregunta: ¿de qué manera la historia habla mediante el arte? Ello acaece ante todo a través de los monumentos arquitectónicos que son la expresión voluntaria del poder, sea en nombre del Estado, sea de la religión. Pero se nos puede contestar con un Stonehenge, si en aquel pueblo concreto no existe la necesidad de hablar mediante formas [...]; así el carácter de naciones, civilizaciones y épocas enteras habla a través del conjunto de las arquitecturas que poseen, como a través de un revestimiento externo de su ser». [28] Creo que ahora el conocimiento de los hechos urbanos se puede extender hacia una investigación más profunda de lo que se ha intentado aquí; y que esta investigación supera los puntos mismos de partida de nuestro ensayo. Podemos decir, por ejemplo, que tampoco las elecciones nos parecen ya tan libres como podían parecemos en un primer momento, sino que están profundamente vinculadas a la naturaleza de los hechos urbanos en que se producen.

En último término la afirmación de que la ciudad tiene por fin a sí misma parece surgir de las mismas cosas; y tiene por fin a sí misma a medida que desarrolla, intencionalmente, cierta idea de ciudad. Dentro de ella se sitúan las acciones de los individuos; y en los hechos urbanos, pues, no todo es colectivo.

Con estos problemas se había iniciado el presente capítulo; antes se habían visto aquellas cuestiones que parecen más objetivables pertenecientes a los hechos urbanos y a su naturaleza colectiva. Naturaleza colectiva e individualidad de los hechos urbanos se disponen ahora como la misma estructura urbana. La memoria, en el interior de esta estructura, es el conocimiento de la ciudad; se trata de una acción en forma racional cuyo desarrollo consiste en demostrar con la máxima claridad, economía y armonía algo de lo ya aceptado.

De esta demostración nos interesan sobre todo los modos de

actuación y los modos de lectura; sabemos que éstos dependen del tiempo, de la cultura y de las circunstancias, pero puesto que son estos factores en su conjunto los que determinan los modos mismos, es en ellos en los que relevamos el máximo de concreción. Hay regiones muy pequeñas o grandes en las que la diferencia de hechos urbanos nunca podrá ser explicada si no se tiene en cuenta esto; tienen corformaciones y aspiraciones que corresponden a una individualidad casi predestinada.

Pienso ahora en las ciudades de la Toscana o de Andalucía o de otras regiones; ¿cómo podrán los factores generales, suficientemente comunes, darnos cuenta de su individualidad tan diversa?

Es probable que este valor de la historia, como memoria colectiva, entendida por lo tanto como relación de la colectividad con el lugar y con la idea de éste, nos dé o nos ayude a entender el significado de la estructura urbana, de su individualidad, de la arquitectura de la ciudad que es la forma de esta individualidad. La cual resulta así ligada al hecho originario, al principio en el sentido de Cattaneo; que es un acontecimiento y una forma.

Y así la unión entre el pasado y el futuro está en la idea misma de la ciudad que la recorre, como la memoria recorre la vida de una persona, y que siempre para concretarse debe conformar la realidad pero también debe tomar forma en ella. Y esta conformación permanece en sus hechos únicos, en sus monumentos, en la idea que de éstos tenemos. Ello explica también por qué en la Antigüedad se ponía el mito como fundamento de la ciudad.

> [...] Pero los historiadores áticos que querían dar a su país una serie de reyes, hicieron revivir por así decirlo Cécrope en Erictonio, el segundo ateniense principal, del cual sabemos la extraña historia del nacimiento de las leyendas relacionadas con la diosa Atenea [...]. El debe también haber construido el santuario, ya famoso, de Atenea Poliada, debe haber erigido en él la estatua de madera de la diosa y haber sido sepultado precisamente allí [...]. Parece que su nombre, que significa de modo evidente *ctonio,* ser del reino de los infiernos, originariamente no indicaba un señor, un rey de arriba, de nuestro mundo, sino un muchacho misterioso que era venerado en algunos misterios y nombrado raramente en las historias [...]. De un ser primitivo los atenienses habían tomado el nombre de cecrópidos, y de este su rey y héroe tomaron el de hereteidos. [29]

9. Atenas

Podrá parecer extraño que este capítulo dedicado a la historia se concluya con el recuerdo de un mito, aunque este mito precede a la ciudad cuyo nombre no podemos callar por más tiempo: Atenas.

Atenas es la primera idea clara de la ciencia de los hechos urbanos; es el paso de la naturaleza a la cultura, y este paso, en el interior mismo de los hechos urbanos, nos es ofrecido por el mito. Cuando el mito se convierte en un hecho concreto en el tiempo, emerge ya de la relación con la naturaleza el principio lógico de la ciudad; y ésta se convierte en experiencia que se transmite.

Así la memoria de la ciudad recorre su camino difícil hasta Grecia; aquí los hechos urbanos coinciden con el desarrollo del pensamiento y la imaginación llega a ser historia y experiencia. La ciudad concreta que analizamos tiene así su origen en Grecia; si Roma supo proporcionar los principios generales sobre el urbanismo y por lo tanto construir ciudades según esquemas lógicos en todo el mundo romano, es en Grecia donde hallamos los fundamentos de la constitución de la ciudad. Y también fundamentalmente un tipo de belleza urbana, de arquitectura de la ciudad, que llega a ser una constante de nuestra experiencia de la ciudad; la ciudad romana, árabe, gótica o la moderna se aproximan a este valor conscientemente, pero sólo a veces rozan su belleza. Todo lo que hay de colectivo y de individual en la ciudad, su misma intencionalidad estética fueron fijadas en la ciudad griega en condiciones que nunca más volverán.

Esta realidad del arte y de la ciudad griega presupone la mitología y la relación mitológica con la naturaleza. La analogía entre la ciudad griega y la relación mitológica con la naturaleza debe ser profundizada en el examen concreto de todas las ciudades-Estado del mundo helénico; en la base de esta investigación debe haber la extraordinaria intuición de Karl Marx, que, en un pasaje de la *Crítica de la economía política,* habla del arte griego como de la niñez de la humanidad; lo que hace admirable la intuición de Marx es la referencia a Grecia como «niñez normal» de la humanidad, contraponiéndola a otras civilizaciones antiguas cuya «niñez» se ha desviado respecto del destino de la humanidad. Veremos cómo por otros caminos esta intuición vuelve en otros especialistas aplicada precisamente a la vida y al origen del hecho urbano.

[...] Pero la dificultad no está en entender que el arte griego y la epopeya vayan vinculados a ciertas formas de desarrollo social. La dificultad reside en el hecho de que nos proporcionen aún una fruición estética y que tengan aún para nosotros, en ciertos aspectos, el valor de normas y de modelos inaccesibles. Un nombre no puede volverse a la edad infantil o de otro modo se vuelve pueril. Pero ¿no se complace acaso con la ingenuidad del niño y no debe aspirar a reproducir, a un más alto nivel, la verdad? En la naturaleza infantil, el carácter propio de cada época ¿no revive acaso

en su verdad natural? ¿Y por qué la niñez histórica de la humanidad, en el momento más bello de su desarrollo, no habría de ejercer una fascinación eterna como estadio que ya no vuelve? Hay niños tontos y niños astutos como viejecitos. Muchos de los pueblos antiguos pertenecen a esta categoría. Los griegos eran niños normales. La fascinación que su arte ejerce sobre nosotros no está en contradicción con el estadio social poco o nada desarrollado en que ésta maduró. Más bien es su resultado, inseparablemente vinculado al hecho de que las inmaduras condiciones sociales en las que surgió y sólo poda surgir, no pueden nunca más. [30]

No sé hasta qué punto Marcel Poète conocía este pasaje de Marx; es cierto que al exponernos la ciudad griega y su constitución, siente la necesidad de diferenciarla de las ciudades de Egipto o del Eufrates como ejemplos de aquella infancia oscura, sin desarrollo, a diferencia de la infancia normal de la que habla Marx. Estas afirmaciones recuerdan irresistiblemente los mitos contrapuestos de Atenas y Babilonia que recorren la historia de la humanidad.

[...] En definitiva, Atenas nos ofrece la enseñanza de una ciudad diferente de las que habíamos visto en Egipto o los valles del Eufrates o del Tigris, en los que los únicos elementos formativos eran el templo de la divinidad y el palacio del soberano. Aquí, en cambio, además de los templos –aun diferentes de los de la civilización precedente– encontramos como elementos generadores de la ciudad las sedes de los órganos de una vida política libre (Boulé, ecclesia, areópago) y los edificios con exigencias típicamente sociales (gimnasios, teatro, estadio, odeón). Una ciudad como Atenas corresponde a un grado superior de la vida humana asociada. [31]

He aquí, pues, que en la estructura de Atenas, los que hemos llamado hechos urbanos primarios están perfectamente definidos como los elementos generadores de la ciudad; el templo y los órganos de la vida política y social, y alrededor, diversamente dispuestas y en continua evolución, las áreas de la residencia. La residencia participa de hecho activamente en la formación de la ciudad griega y constituye su diseño de fondo a través de los que nos damos cuenta de los hechos principales.

Para comprender bien el valor que aquí se da a la ciudad griega y su carácter de modernidad en cuanto hecho urbano que recorre la historia sucesiva, es oportuno recordar el carácter original de la estructura de la ciudad griega respecto de las otras ciudades, incluso las romanas. Además de su compleja constitución política en el sentido recordado por Poète, la ciudad griega está caracterizada por el desarrollo desde el interior hacia el exterior, su elemento constitutivo son las viviendas y el templo; sólo después del período arcaico, por motivos puramente defensivos, las ciudades griegas se circundan con murallas y en ningún caso

son el elemento primitivo de la *polis.* Al contrario, las ciudades de Oriente hacen de las murallas y de las puertas la *res sacra* de la ciudad, el elemento constitutivo y primario; dentro de las murallas, a su vez, los palacios y los templos se circundan de muros, casi murallas y fortificaciones sucesivas. El mismo principio del valor de los límites se transmite a la civilización etrusca y romana. Al contrario, la ciudad griega no tiene límites sacros; es un lugar y una nación, es la morada de los ciudadanos y, por lo tanto, su actividad. En su origen no está la voluntad de un soberano, sino la relación con la naturaleza bajo la forma del mito.

Pero esta característica de la ciudad griega, y repito aún su modelo inigualable, no puede ser comprendida completamente si no se tiene en cuenta otro factor decisivo; la *polis* es una ciudad-Estado, sus habitantes pertenecen a la ciudad pero están en gran parte dispersos en el campo. La trabazón con el territorio es fortísima.

Al anticipar estas consideraciones debemos referir una vez más una afirmación de Carlo Cattaneo, porque la relación entre lo que él nos dice de la naturaleza de la ciudad y la constitución efectiva de la ciudad griega es tan iluminador que no puede ser relegado. También a Cattaneo le aparecía clarísimamente, como a Poète, el diferente destino de la *polis* respecto de las ciudades de Oriente, las cuales no son sino «grandes campamentos amurallados», y de los asentamientos de los bárbaros que solamente *per vicos habitant.*

Cattaneo intuye que los campamentos amurallados son la separación completa del territorio y que en cambio «en Italia la ciudad formó con su territorio un cuerpo inseparable». «[...] Esta adhesión de la comarca a la ciudad, donde moran los más competentes, los más opulentos, los más industriosos, constituye una persona política, un estado elemental, permanente e indisoluble.» [32] No sabemos hasta qué punto Cattaneo llevó adelante este parangón de la libertad de las ciudades libres comunales con la ciudad griega, y sobre este punto no se detiene. Pero este encuentro entre la intuición de un historiador y la estructura efectiva de la ciudad arroja luz positiva sobre la ciencia de los hechos urbanos y nos impele a profundizar las investigaciones en este sentido. Ahora bien, esta trabazón entre la ciudad y el territorio ¿no es quizá precisamente lo que caracteriza la ciudad democrática griega y la ciudad-Estado por excelencia, Atenas?

Atenas es una ciudad formada por ciudadanos; una ciudad-Estado cuyos habitantes viven en un territorio bastante vasto y de modo esparcido, pero muy unidos a la ciudad. Si bien muchos

Atenas. 1. Plano aproximado de la ciudad en la época de Pericles (segunda mitad del siglo v a. de C.) con los barrios residenciales (punteado) distribuidos en torno a los edificios públicos (en negro). 2. Plano de la Acrópolis. Entre los edificios principales cabe destacar: 1. Puerta Beulé; 3. Templo de Atenas Nike; 4. Propileos; 11. Partenón; 12. Templo arcaico de Atenas; 14. Erecteión; 16. Templo de Roma y de Augusto; 26. Teatro de Dionisio; 32. «stoa» de Eumene; 33. Odeón de Herodes ático; 34. Acueducto.

centros del Atica tienen una administración local, ésta no entra en competencia con la ciudad-Estado. «El término *polis,* que designa la ciudad, indica también el Estado; inicialmente se aplicaba a la Acrópolis, lugar primitivo de refugio, de culto y de gobierno y, como tal, punto de origen del conjunto ateniense. La Acrópolis es al mismo tiempo ciudad en el sentido de Estado; éste es el doble significado relacionado con el término *polis.»* En el origen, pues, *polis* es la Acrópolis, mientras que el término *astu* indica lo habitado.

La vicisitud histórica de la ciudad confirma el hecho fundamental de que la trabazón que vincula al ateniense a la ciudad es esencialmente político y administrativos y no residencial. Los problemas de la ciudad no interesan al ateniense sino desde el punto de vista político y urbano general. A este propósito la observación de Roland Martin[33] es decisiva: observa precisamente que gracias a la concepción de la ciudad como Estado, como lugar de los atenienses, las primeras reflexiones sobre la organización urbana son de tipo puramente especulativo; son, por lo tanto, teorías que se ocupan de la mejor forma de la ciudad y de la organización política más favorable al desarrollo moral del ciudadano. En las mismas antiguas disposiciones parece que el aspecto material de la ciudad es secundario casi como si ésta fuera meramente un lugar mental. Quizá también a este carácter especulativo de la arquitectura de la ciudad griega sea debida su extraordinaria belleza.

En este momento, sin embargo, se aparta de nosotros, de nuestra experiencia viva; al contrario de Roma, que muestra en el curso de la historia republicana e imperial todos los contrastes y las contradicciones de la ciudad moderna; y quizá con un carácter de dramaticidad que pocas ciudades modernas conocen, Atenas permanece como la más pura experiencia de la humanidad, en condiciones que no pueden ya volver.

Notas al capítulo tercero

[1] MAX SORRE, *op. cit.,* cap. II, nota 2.

M. S., *Rencontres de la géographie et de la sociologie,* París, 1957.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *op. cit.,* cap. I. nota 2.

MARCEL MAUSS, «Essai sur les variations saisonnières des sociétés eskimos», en *Année sociologique,* IX, 1905-1906, p. 51.

En este estudio, Marcel Mauss ha observado cómo los nombres de los grupos son a menudo los de los lugares, y cómo la terminación de los nombres en *mut* significa, entre los esquimales, «habitante de...». Así, los pueblos salvajes se definen basándose en el territorio; el hombre es el hombre de aquella montaña, de aquel río, etc. El sentido de la orientación llega a ser claro cuando se trata de unir dos puntos; el recorrido adquiere entonces valor subjetivo.

MAURICE HALBWACHS, *La topographie légendaire des Evangiles en terre Sainte, étude de mémoire collective,* París, 1942.

La importancia de este estudio es señalada por Georges Friedmann (M. H., introducción a *La psicologia delle classi sociali,* edición italiana, Milán, 1963. Versión castellana: *Las clases sociales,* Fondo de Cultura Económica, México. 1968).

Friedmann destaca que este libro, aunque no haya sido concebido expresamente en este sentido, por su importancia se coloca, después de David Strauss y de Ernesto Renan, entre los grandes trabajos dedicados a los problemas de los orígenes cristianos.

[2] H.-P. EYDOUX, *Monuments et trésors de la Gaule,* París, 1958, p. 43, 2: "Dieux, héros et artistes à Entremont, capitale de la confédération gauloise des salyens".

H.-P. E., *Cités et lieux maudits de France,* París, 1959.

El estudio de los lugares arqueológicos de Provenza es particularmente interesante para los estudios urbanos por la presencia viva de los monumentos en los mismos lugares y la vastedad del material. Constituyen en este sentido un material de primera importancia los mapas arqueológicos de la Galia romana.

Institut de France, Forma Orbis Romani, *Carte Archéologique de la Gaule Romaine,* París, 1939.

Cada uno de los mapas corresponde a diversos departamentos.

Para el estudio del desarrollo urbano en Provenza, véase también: PAUL ALBERT FÉVRIER, *Le Développement urbain en Provence, de l'époque romaine à la fin du XIV siècle,* París, 1964.

[3] HENRY FOCILLON, *Vie des formes,* París, 1934; ed. ital., Padua,1948, p. 39.

Este concepto se puede retener en forma muy general como la base de la obra científica de Focillon. Véase: A. F., *Art d'Occident,* París, 1938; ed. ital., Turín, 1965.

«[...] Nuestro trabajo no es, pues, ni una iniciación ni un manual de arqueología, sino un libro de historia, es decir, un estudio de las relaciones diversas, según tiempos y lugares, que se establecen entre los hechos, las ideas y las formas, de las que estas últimas no podrían ser consideradas como simples valores ornamentales; forman parte de la actividad histórica, representan la parábola que han contribuido a delinear vigorosamente. El arte del Medievo no es una concreción natural ni la pasiva expresión de una sociedad; en buena medida el mismo Medievo es creación suya.»

L'arte d'occidente, prefacio.

[4] JACOB BURCKHARDT, *Sullo studio della storia,* edición italiana, Turín, 1958, p. 258. Versión castellana: *Reflexiones sobre la historia universal,* Fondo de Cultura Económica, México, 1962,

Burckhardt se detiene en estas lecciones, particularmente en la relación entre el arte y el elemento histórico.

[5] ADOLF LOOS, «Architektur», en *Trotzdem,* Innsbruck, 1931.

Sobre la valoración de la obra de Adolf Loos, aun respecto a las tesis que sostiene, mantenidas aquí, véase mi ensayo: A. R., «Adolf Loos, 1870-1933», en *Casabella-Continuità,* núm. 233, Milán, 1959. Contiene también una bibliografía completa hasta 1959. Recientemente sus obras completas se han publicado de nuevo en Viena bajo la dirección de Franz Glück.

A. L., *Sämtliche Schriften in zwei Bänden,* Viena - Munich, 1962. Hasta ahora ha salido sólo el primer volumen, que recoge los dos libros de la edición de Innsbruck: *Ins Leere Gesprochen: 1897-1900 y Trotzdem: 1900-1930.* (Véase de ADOLF Loos, *Ornamento y delito y otros escritos,* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1972.)

[6] ALEXANDRE DE LABORDE, *Monuments de la France,* París, 1816, p. 57.

[7] EUGÈNE-EMMANUEL VIOLLET-LE-DUC, *op. cit.,* cap. II, nota 6, voz "Château".

El castillo Gaillard, junto a Andelys, fue construido por Ricardo Corazón de León. La construcción de esta fortaleza, clave de la Normandía, estaba dirigida contra los proyectos del rey de Francia. El castillo-fortaleza es un sistema completo de obras defensivas sobre las riberas del Sena en el punto en que el río puede cubrir Ruán por una armada proveniente de París. Su disposición estratégica es excepcional sobre todo desde el punto de vista de las luchas entre Inglaterra y el rey de Francia. Viollet-le-Duc se detiene mucho en este aspecto, remitiéndose al libro de Deville.

A. DEVILLE, *Histoire du château Gaillard et du siège qu'il soutint contre Philippe-Auguste, en 1203 et 1204,* Ruán, 1849.

[8] ALBERT DEMANGEON, *Problèmes de Géographie humaine,* Paris, 1952, p. 261 : "L'Habitation rurale en France : essai de classification des principaux types".

[9] Véase de LE CORBUSIER, *Cómo concebir el Urbanismo,* Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1957; *La ciudad del futuro,* Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1958; *Hacia una arquitectura,* Poseidón / Tres Américas, S. R. L., Santiago de Chile, 1959; *Mensaje a los estudiantes de Arquitectura,* Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1960; *Los tres establecimientos humanos,* Poseidon / Tres Américas, S. R. L., Santiago de Chile, 1961; *Principios de Urbanismo,* Editorial Ariel, S. A., Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1971; *Por las Cuatro Rutas,* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1972, y *Le Corbusier: 1910-1965,* recopilación a cargo de W. Boesiger v H. Girsberger, Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1975.

[10] Sobre las relaciones entre Victor Hugo y la arquitectura ha salido recientemente en Francia una espléndida investigación que revisa todas las relaciones entre la cultura del. siglo XIX y la arquitectura.

JEAN MALLION, *Victor Hugo et l'art architectural,* París, 1962.

[11] MAX SORRE, *op. cit.,* cap. II, nota 2.

WILLY HELLPACH, *L'uomo della metrópoli,* Milán, 1960.

Véase mi recensión en *Casabella-Continuità,* núm. 258, 1962.

Aquí, reiterando una famosa frase de Bismarck citada por Hellpach, escribía que, en la ciudad guillermiana, el inmigrado gozaba, todo muy bien calculado, de cierta libertad, o al menos de mayor libertad que la que gozaba en el campo; la libertad consistía en una forma de la ciudad donde ciertas estructuras o modos de ampliación eran positivos para el conjunto urbano.

También la preocupación por el embellecimiento y el engrandecimiento de las capitales ocultaba a veces fenómenos imponentes de especulación; sin embargo, aquel embellecimiento era una parte de la que podían disfrutar todos los ciudadanos. Y entonces esta forma de la ciudad burguesa tuvo un sentido, y sucedió que de aquellas estructuras residenciales y administrativas y de las mayores soluciones monumentales participaron los ciudadanos; y, desde luego, el hombre de la metrópoli de Hellpach mejoró y afinó sus percepciones y el campesino del que hablaba Bismarck podía pasearse bajo los tilos de las avenidas y encontrai un puesto donde estar sentado escuchando un poco de música y tomando cerveza. Véase, a propósito de la gran polémica sobre la ciudad burguesa, el capítulo 3, y las partes relativas a Engels y a Hegemann.

[12] KEVIN LYNCH, *op. cit.,* cap. II, nota 5.

[13] Para el estudio de la arquitectura de la Revolución, véase la obra de Kauffmann.

EMIL. KAUFFMAN, *Von Ledoux bis Le Corbusier. Ursprung und Entwicklung der Autonomen Architektur,* Viena-Leipzig, 1934; *Three Revolulionary Architects: Boullée, Ledoux and Lequeu,* The American Philosophical Society, Filadelfia, 1952 (versión castellana : *Tres arquitectos revolucionarios: Boullée, Ledoux y Lequeu,* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1980) y *Architecture in the Age of Reason. Baroque and PostBaroque in England, Italy and France,* The President and Fellows of Harvard College - Harvard University Press (Archon Books), Londres, 1955 (versión castellana: *La Arquitectura de la Ilustración. Barroco y Posbarroco en Inglaterra, Italia y Francia,* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1974).

Para la comprensión del término *arquitectos de la revolución* y desarrollando una tesis contraria a éstos, véase la obra de Sedlmayr.

HANS SEDLMAYR, *Die Revolution der modernen Kunst,* Hamburgo, 1955; edición italiana, Milán, 1958. Versión castellana: *La revolución del arte moderno,* Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1957.

H. S., *Verlust der Mitte,* Salzburgo, 1955. Versión castellana: *El arte descentrado,* Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1959.

Para una amplia valoración de estas tesis, mis estudios:

A. R., "Emil Kauffmann e l'architettura dell'Illuminismo", y "Una critica che respingiamo", respectivamente en *Casabella-Continuità,* núm. 222, 1958, y núm. 219, 1958.

Un análisis de las obras y una valoración crítica general indispensable es la de Louis Hautecoeur.

Louis HAUTECOEUR, *op. cit.* cap. I, nota 7.

Para una valoración de las relaciones entre las artes y las ciencias en Francia durante Revolución, véase la investigación fundamental de Fayet.

JOSEPH FAYET, *La Revolution Française et la Science 1789-1795,* París, 1960.

[14] ANDRÉ CHASTEL, *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique,* París, 1959; ed. ital., Turín, 1964, p. 148.

RUDOLF WITTKOWER, *Architectural Principles in the age of humanism,* Londres, 1962; ed. ital., 1964.

[15] ANDRÉ CHASTEL. *op. cit.,* p. 148.

[16] Es conocido que la cuestión de la planta central constituye uno de los temas clásicos de la historia de la arquitectura. Aquí se ha intentado introducirla en nuestro ensayo refiriéndola a un edificio, el San Lorenzo milanés, que es también un extraordinario hecho urbano de excepcional permanencia en una ciudad donde es muy fuerte la dinámica urbana. Arquitectura e historia constituyen la imagen de este edificio: y esta imagen está relacionada con la idea colectiva que la ciudad tiene de sus monumentos. Facilitamos aquí una serie de trabajos esenciales para la comprensión y el estudio analítico del monumento.

ARISTIDE CALDERINI, *La zona monumentale di San Lorenzo in Milano,* Milán, 1934.

KOHTE, «Die Kirche San Lorenzo in Mailand», en *Zeitschrift f. Bauwesen,* Berlin, 1890.

G. CHIERICI, «Un quesito sulla basilica di San Lorenzo», en *Palladio,* I, 1938.

DE DARTEIN; *Etude sur l'architecture lombarde et sur les origines de l'architecture bizantino-romane,* París, 1865-1882.

HEMPEL, *Borromini,* ed. ital., Roma, 1962.

H. VON GEYMÜLLER, *Die Ursprünglichen Entwürfe für Sankt Peter in Rom,* Viena-París, 1875.

[17] CARLO AYMONINO, *op. cit.,* cap. I, nota 8.

[18] CASTAGNOLI-CECCHELLI-GIOVANNONI-ZOCCA, *Topografía e urbanística di Roma,* Bolonia, 1958.

LÉON HOMO, *Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité,* París, 1951. Versión castellana: *La Roma imperial y el urbanismo en la antigüedad,* Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana - UTEHA, México, 1956.

PIETRO ROMANELLI, *Il Foro Romano,* Bolonia, 1959.

G. LUGLI, *Roma antica. Il centro monumentale,* Roma, 1946.

LUDOVICO QUARONI, «Una città eterna-quatro lezioni da 27 secoli», en *Urbanística, Roma città e piani,* Turín, s. f.

JEROME CARCOPINO, *La Vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire,* París, 1939; edición italiana, Bari, 1947. Versión castellana: *Las etapas del imperialismo romano.* Editorial Paidós, S.A.I.C.F., Buenos Aires, 1955.

Estas publicaciones contienen amplia bibliografía.

Las lecciones de Ludovico Quaroni son de extraordinario interés para el conocimiento de las cosas romanas vistas como en un tiempo continuo, y por la emergencia de los hechos urbanos. Véanse los siguientes pasajes: «[...] Lo que nos interesa más, sin embargo, es que la explanada era el límite de la ciudad comprendida en sentido edificatorio: el límite, diremos nosotros, del plan regulador y de la regulación edificatoria, que no valía fuera de ello, considerando que más allá de esto la ciudad acababa. Para la economía de la defensa, de las distancias y de la administración, ésta era entendida como una zona de fabricación continua, la más estrecha posible. Naturalmente, nada impedía, pues, que la parte más pobre de la población, la que no gozaba, por otra parte, de todos los derechos de la ciudadanía construyera sus barracas abusivas fuera de la explanada; los *continentia* constituían vastas barriadas, como los barrios de barracas y los villorrios abusivos y semirrurales que un poco por todas partes proliferan hoy en torno a Roma, donde el coste bajo del suelo y la existencia de fáciles comunicaciones favorecen el asentamiento» (p. 15).

Después de un análisis de este tipo, Roma, y particularmente la Roma imperial, con sus defectos, sus abusos, sus contradicciones, resulta extrañamente cercana a la imagen de la gran ciudad moderna. Más adelante Ludovico Quaroni insiste acerca de la regla romana del administrar y del construir y las condiciones concretas de la vida en Roma, que venía dada por la persistencia de los caracteres iniciales y por la mezcolanza de los elementos importados más heterogéneos.

Cada vez estamos más convencidos de que un estudio vasto y sistemático sobre las vicisitudes urbanas de Roma, también sobre el enorme material analítico a disposición, sería fundamental para la ciencia urbana.

[19] PIETRO ROMANELLI, *op. cit.,* nota precedente, p. 26.

[20] MARCEL POÈTE, *op. cit.,* cap. I, nota 13.

[21] CASTAGNOLI, *op. cit.,* nota 18, p. 537.

PAOLO MARCONI, *Giuseppe Valadier,* Roma, 1964.

[22] SIEGFRIED GIEDION, *op. cit.* cap. II, nota 13.

[23] *Idem.*

[24] JEAN-NICOLAS-LOUIS DURAND, *Partie graphique des cours d'architecture faits à l'Ecole Royale Polytechnique,* París, 1821.
Ver también nota 13.
Referencias a las lecciones de Durand son hechas por CARLO AYMONINO, *op. cit.,* cap. I. nota 8.

[25] CARLO CATTANEO, *La città,* Milán, 1949.
Este ensayo había sido publicado en el *Crepúsculo del Tenca* en cuatro fascículos, del 17 de octubre al 26 de diciembre de 1858.
Pero aunque –como observa G. Belloni– «muchas veces han sido buscadas estas páginas y otras tantas reclamada su publicación», vio la luz por primera vez en volumen sólo en 1931.
CARLO CATTANEO, *La città considerata come principio delle istorie italiane,* con introducción y notas de G. A. Belloni, Florencia, 1931.
Además del valor de la elección, es evidente el interés de este ensayo por Cattaneo. Véase la introducción de Salvemini a la obra de Cattaneo (Milán, 1922), donde «Las noticias naturales y civiles sobre Lombardía» vienen definidas «modelo de antropogeografía regional aún no superado en Italia». Y el juicio de Croce, que lo definió como «una sección vertical de historia de Italia».
CROCE, *Storia della storiografia italiana,* vol. I, p. 214.

[26] ANTONIO GRAMSCI, *Il Risorgimento,* Turín, 1953, p 160.
Acerca del debate sobre Roma capital, véase el hermoso libro de Caracciolo: ALBERTO CARACCIOLO, *Roma capitale dal Risorgimento allo stato liberale,* Roma, 1956.
ITALO INSOLERA, *Roma moderna,* Turín, 1962.
En el libro de Caracciolo véanse, en la página 20, los fragmentos referidos del discurso de Cavour, en los que el estadista piamontés sostenía que «ésta es la única ciudad de Italia que no tiene memorias exclusivamente municipales».
«Roma fue antes que todo, en el movimiento nacional, una fuerza unificadora de extraordinaria fuerza moral.
»Si una tradición común se podía encontrar en toda la península, esta tradición se llamaba Roma. Ningún estudio sobre los orígenes de la conciencia nacional italiana podría prescindir de lo que fue a través de los siglos la fuerza de atracción de este nombre. Todo el que alguna vez ha intentado encontrar una unidad en la historia de Italia, ha tenido que volverse, por un lado o por otro, hacia aquel punto. La potencia de la Roma antigua y la autoridad de la Roma papal son los elementos característicos que determinan y casi llenan por sí la historia italiana de dos milenios.
«Toda fuerza activa de la península debe dar cuenta a la potencia religiosa, política, moral resumida en el nombre de esta ciudad [...]. Aún en los albores del movimiento del Renacimiento, tanto entre los neogüelfos como en los liberales y los demócratas de formación laica, el nombre de Roma vuelve con frecuencia precisamente porque el problema de la Iglesia romana está siempre en pie, y es tal que condiciona el éxito de toda instancia de unificación y de renovamiento. Se puede intentar destruirla, o arrastrarla consigo, o neutralizarla, pero no se puede en ningún caso ignorar esta entidad en Italia» (Caracciolo, p. 10).

[27] MAURICE HALBWACHS, *La mémorie collective,* París, 1950.

[28] JACOB BURCKHARDT, *op. cit.,* nota 4, p. 98.

[29] CARLO KERÉNYI, *Gli dei e gli eroi della Grecia,* Milán, 1963, vol. II, p. 213.
C. G. JUNG y C. KERÉNYI, *Prolegomeni allo studio scientifico della mitologia,* Turín, 1948.
Quería desarrollar algunos resultados de Kerényi a propósito del concep-

to de *locus* y al valor del establecimiento de los hechos urbanos. Pero, aparte de la economía de este ensayo, una investigación de este tipo requiere años de trabajo y una disponibilidad de material analítico muy vasto. En los prolegómenos, Kerényi se ocupa de la fundación de las ciudades; cómo se imbrica continuamente en la obra de los dioses y los héroes de Grecia, iluminando al mismo tiempo lo múltiple y lo originario que las constituyen; véase también el valor del fundador de la ciudad y del mismo diseño constitutivo.

«[...] No es sólo el psicólogo quien encuentra juntas triparticiones y cuatriparticiones. Las tradiciones antiguas conocen la importancia del tres en las plantas de ciudad, sea en Etruria o en la misma Roma: narran acerca de tres torres, tres calles, tres barrios, tres templos repartidos. No podemos dejar de observar una multiplicidad ni siquiera cuando buscamos lo uno y común: lo originario, y esto implica ya una respuesta por lo menos a la pregunta de si tiene sentido indagar sobre el origen particular de las diferentes formaciones locales y cronológicas» (Prolegómenos, p. 35).

[30] KARL MARX, "Introduzione alla critica dell'economia politica", en *Per la critica dell'economia politica,* Roma, 1957, p. 197. Versión castellana: *Los fundamentos de la crítica de la economía política, 2* vols., Alberto Corazón Editor, Madrid, 1972.

[31] MARCEL POÈTE, *OD. cit.,* cap. I, nota 13. p. 232.

[32] CARLO CATTANEO, *op. cit.,* nota 25.

[33] ROLAND MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique,* París, 1956.

CAPÍTULO CUARTO

Evolución de los hechos urbanos

1. La ciudad como campo de aplicación de fuerzas diversas. La economía

Se ha afirmado muchas veces que la ciudad puede ser definida sólo refiriéndola precisamente al espacio y al tiempo; sólo así podemos comprender de qué hecho urbano nos estamos ocupando.

Roma hoy o Roma en la época clásica son dos hechos distintos, aunque en ambos casos deberemos ver la importancia de los fenómenos de permanencia que vinculan la Roma del pasado a la de hoy. Como quiera que sea, queda el hecho de que si queremos dar cuenta de las transformaciones de los hechos urbanos debemos ocuparnos siempre de hechos muy circunstanciados. Los estudios más profundizados, y la experiencia del hombre común lo confirma, nos señalan que una ciudad cambia completamente con el paso de cincuenta años; quien vive en la misma ciudad se habitúa lentamente a esta transformación, pero no es por esto menos real.

Desde luego, hay épocas, o períodos de tiempo más o menos largos, en los que las ciudades se transforman mucho más rápidamente que en otras; París en tiempos de Napoleón III, Roma en su advenimiento a capital de Italia y de modo semejante en todos aquellos casos en los que las transformaciones son rápidas, impetuosas, aparentemente imprevistas. Pero en todas las épocas las literaturas están llenas de descripciones, de notas, a menudo de desahogos nostálgicos sobre las transformaciones de la fisonomía de la ciudad.

Mutaciones, cambios, simples alteraciones tienen, por lo tanto, tiempos diversos; fenómenos particulares, accidentales como las guerras o las expropiaciones, pueden arruinar en poco tiempo situaciones urbanas que parecían definitivas, o bien estos cambios pueden producirse en tiempos más largos por sucesivas modificaciones, a veces modificaciones de elementos y de partes determinadas. En todas estas modificaciones intervienen muchas fuerzas que se aplican en la ciudad; estas fuerzas pueden ser de naturaleza económica, política o de otro género.

Una ciudad puede cambiar por su riqueza económica que impone fuertes transformaciones en el modo de vivir, o puede ser destruida por una guerra; piénsese en las transformaciones de París y de Roma en las épocas que he referido más arriba, y la destrucción de Berlín o de la antigua Roma, en la reconstrucción de Londres y Hamburgo después de los grandes incendios que las han devastado o después de los bombardeos de la última guerra. En todo caso, las fuerzas que guían estos cambios son individualizables.

Un análisis de la ciudad nos permite también ver por qué caminos se aplican éstas; por ejemplo, mediante el estudio de las propiedades en series históricas catastrales observamos la marcha de las propiedades sobre la base de ciertas tendencias económicas, la adquisición de las zonas por parte de los grandes grupos financieros que cuando aparece determina el fin del fraccionamiento de las parcelas y la formación de grandes zonas disponibles para complejos completamente diversos. Lo que no está claro es el modo concreto en que estas fuerzas se manifiestan y sobre todo la relación que existe entre su fuerza potencial y los efectos que producen.

Si estudiamos, por ejemplo, la naturaleza de las especulaciones, entendida como una manifestación de ciertas leyes económicas, podemos establecer probablemente algunas leyes que le son propias; estas características serán, sin embargo, probablemente de naturaleza general. Si intentamos indagar por qué la aplicación de estas fuerzas produce efectos tan diferentes en la estructura de la ciudad nos es más difícil dar una respuesta.

Será necesario, por lo tanto, que probemos conocer mejor estos dos órdenes de hechos que se refieren a las fuerzas que operan en la ciudad y a la naturaleza de ésta, y por otra parte, al modo concreto en que se producen las transformaciones.

El problema principal, pues, desde nuestro punto de vista, no es tanto el de conocer estas fuerzas en sí, sino el de saber: a)

cómo se aplican; *b*) cómo su aplicación produce cambios diferentes.

Estos cambios dependerán, por un lado, de la naturaleza de estas fuerzas; por el otro, de la situación local, del tipo de ciudad, etc. Debemos establecer, por consiguiente, una relación entre estas fuerzas y la ciudad y conocer los modos de la transformación.

En la época moderna gran parte de estas transformaciones pueden ser explicadas por los planes en cuanto son éstos la forma concreta con que se manifiestan las fuerzas que presiden la transformación de la ciudad; los planes son entendidos aquí como aquellas operaciones realizadas por la municipalidad, de manera autónoma o acogiendo propuestas de privados, que prevén, coordinan y operan sobre los aspectos espaciales de la ciudad.

Hemos hablado de planes en la época moderna; en realidad, desde su fundación, las ciudades tienen la característica de poseer y en parte de crecer mediante planes; precisamente el carácter colectivo del hecho urbano implica que de algún modo, en el origen o en el curso del desarrollo, se manifieste de alguna forma un plan.

También hemos visto cómo estos planes, desde el punto de vista constitutivo, se presentan en paridad con cualquier otro hecho urbano determinado; en este caso constituyen un inicio. Entre las fuerzas que presiden mayormente estos planes hay las de naturaleza económica y es interesante estudiar, dado que la posibilidad de este estudio nos es ofrecida por un amplio material, cómo se aplican estas fuerzas.

Esta aplicación se manifiesta en la ciudad capitalista a través de la especulación, que representa una parte del mecanismo, de los modos, a través de los cuales crecen las ciudades.

Es interesante ver aquí cuáles son las relaciones entre estos hechos de naturaleza económica y el tipo de crecimiento de la ciudad; de qué modo, pues, la forma de la ciudad depende de esas relaciones; en otros términos, si los hechos urbanos en su configuración son o no independientes, o en qué medida son dependientes, de estas acciones. Planes, expropiaciones, especulaciones actúan sobre la ciudad; pero la relación con los hechos urbanos concretos es tan problemática que no puede ser fácilmente captada.

En este capítulo me ocuparé de dos tesis diferentes que han estudiado la ciudad desde el punto de vista económico, y tomando sus datos fundamentales probaré de llegar a alguna conclusión.

La primera de estas tesis está desarrollada por Maurice Hal-

bwachs y analiza el carácter de las expropiaciones; sostiene que los hechos económicos son por su naturaleza preeminentes en la evolución de la ciudad hasta el punto de dar lugar a leyes generales, pero que desde el punto de vista económico se ha caído frecuentemente en el error de dar una importancia de primer orden al modo preciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido de aquella forma, en aquel lugar y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar o un momento diferentes.

El conjunto de estos hechos económicos no nos explica hechos urbanos en su estructura global. Pero entonces, ¿cuál es el motivo de la individualidad de cada uno de los hechos?

Halbwachs debía responder a estas preguntas cuando relacionaba la ciudad con el desarrollo de los grupos sociales y remitía a un sistema más complejo, a la estructura de la memoria colectiva, la relación entre la ciudad como construcción y su comportamiento.

En este estudio sobre los caracteres de la expropiación, que sale en 1925, y data por lo tanto del mismo año que *Les cadres sociaux de la Mémoire,* Halbwachs, partiendo de sus conocimientos científicos, se vale de modo magistral de los datos estadísticos tal como hará en su *Evolution des besoins dans les classes ouvrières.* Sobre esta base pocas obras sobre la ciudad están concebidas con tanto rigor.

La segunda en estas tesis, sostenida por Hans Bernoulli, sostiene que la propiedad privada del suelo y su fragmentación es el mal principal de la ciudad moderna. La relación entre la ciudad y el suelo urbano tiene carácter fundamental e indisoluble; cree necesario, por lo tanto, que el suelo urbano vuelva a la colectividad. Desde esta tesis el discurso de Bernoulli se extiende a consideraciones de orden propiamente arquitectónico referidas a la estructura urbana. La vivienda, el barrio, el equipamiento, dependen estrechamente del uso del suelo. Esta tesis, expuesta y sostenida con gran claridad, aborda, como cada cual sabe y puede ver, uno de los aspectos preeminentes de las cuestiones urbanas. Algunos sostienen aún que la propiedad del suelo por parte del Estado, es decir, la abolición de la propiedad privada, es una diferencia cualitativa entre la ciudad capitalista y la socialista.

Esta afirmación es indudable; pero ¿tiene relación con los hechos urbanos?

Me inclino a creer que tiene relación con ello porque el uso y la disponibilidad del suelo urbano son elementos elementales;

sólo que ésa parece aún una condición, desde luego necesaria, pero no un hecho en sí.

Creo que estas tesis nos sirven para darnos cuenta más plenamente de la naturaleza real de los hechos urbanos; hay muchas otras tesis de carácter económico, pero he preferido escoger éstas por su claridad y porque se atienen a la realidad urbana. No obstante, dentro y fuera de los hechos y de las fuerzas económicas hay el problema de las elecciones; y estas elecciones, de naturaleza política, no pueden ser tomadas más que a la luz de la estructura total de los hechos urbanos.

2. *La tesis de Maurice Halbwachs*

Al inicio de su estudio, Halbwachs [1] se propone estudiar desde el punto de vista económico los fenómenos de expropiación en una gran ciudad. Parte de la hipótesis de que es interesante, desde el punto de vista científico, considerar las expropiaciones separadas de su contexto; admitir, pues, que poseen caracteres propios y constituyen realmente una serie homogénea. En efecto, si se comparan dos casos particulares se puede prescindir de sus diferencias; que la causa sea fortuita, un incendio, o normal, la obsolescencia, o artificial, la especulación, parece que no influye en la naturaleza del efecto que queda en una demolición o en una construcción pura y simple.

Por otra parte, la expropiación no se ejerce de modo homogéneo en toda la ciudad; cambia completamente ciertos barrios de la ciudad y respeta otros. Será necesario entonces, para tener un cuadro completo, examinar las variaciones por barrios según series históricas.

Sólo con un cuadro general de varios barrios, y por períodos diferentes de tiempo, podremos tener la medida de las grandes variaciones en el espacio y en el tiempo.

Acerca de estas variaciones conviene ver algunas de sus características. Veamos dos fundamentales: la primera se refiere al papel del individuo, es decir, a la acción ejercida por cierta personalidad en cuanto tal; la segunda, a la importancia considerable dada al hecho de la sucesión pura y simple de los hechos considerados. «Si una calle –escribe textualmente Halbwachs– se llama Rambuteau, un paseo Pereire, un bulevar Haussmann, no es, desde luego, para rendir un homenaje a estos individuos; es porque estas denominaciones son marcas de origen.»

Cuando iniciativas municipales se refieren a necesidades enun-

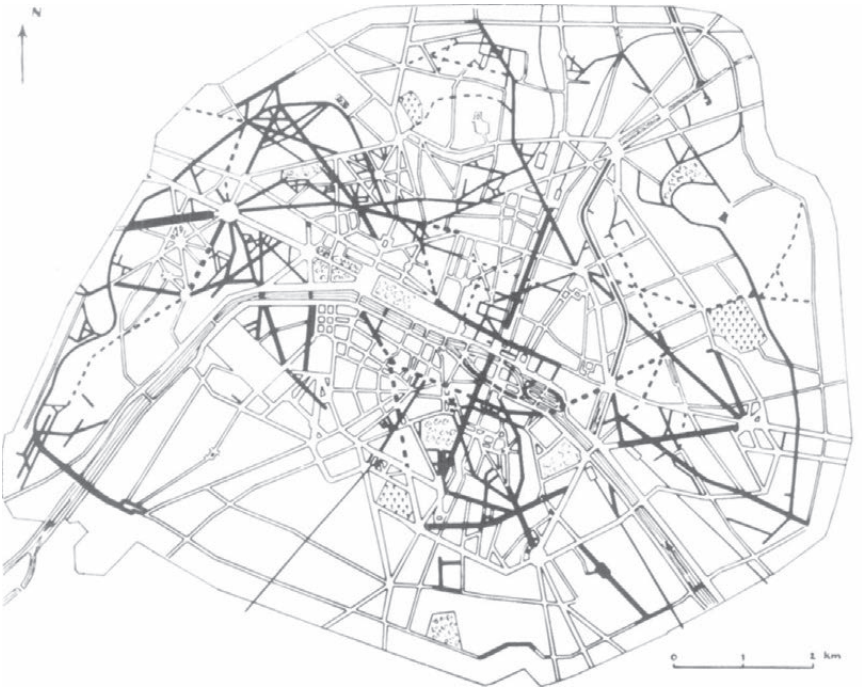
ciadas por la población, y a propuestas discutidas, hay muchas influencias, muchos motivos aun accidentales. Pero cuando la asamblea municipal no representa la voluntad popular (como en París de 1831 a 1871), ¿cómo no poner en primer término las ideas de estética, de higiene, de estrategia urbana, de práctica social de un individuo o de pocos individuos en el poder? Desde este punto de vista, la configuración actual de una gran ciudad resultará como la sobreposición de la obra de ciertos partidos, de ciertas personalidades, de ciertos soberanos; así, diferentes planes se han superpuesto, mezclado, ignorado, hasta el punto de que el París actual es como una fotografía compuesta, obtenida de la reproducción sobre una misma hoja del París de Luis XIV, de Luis XV, de Napoleón I, del barón Haussmann. ¿No es verdad, acaso, que muchas calles inacabadas, y la soledad y el abandono de ciertos barrios atestiguan la diversidad y la relativa independencia de gran número de proyectos?

La segunda característica se refiere a la sucesión pura y simple de los hechos considerados.

Hay fuerzas constantes que son llevadas a construir, a adquirir y a vender los terrenos en todos los tiempos. Pero estas fuerzas se desarrollan según ciertas direcciones concretas que les son ofrecidas de modo que se inserten en ciertos planes que les son presentados. Ahora bien, estas direcciones cambian bruscamente de modo a menudo imprevisible. Si la naturaleza de estos hechos económicos normales no puede ser modificada, su intensidad puede ser, sin embargo, muy aumentada o muy disminuida, sin que sea necesario invocar razones propiamente económicas.

Haussmann manifestó, entre otros motivos de transformación de París, razones de orden estratégico; es decir, las de destruir barrios poco propicios para la reunión de tropas. Estas consideraciones pueden ser comprensibles por parte de un Gobierno autoritario e impopular como otros; el trabajo ofrecido ampliamente a los obreros, las ricas perspectivas abiertas a los especuladores, igualmente convenientes en un régimen que buscaba compensar el mínimo de los derechos políticos con el máximo de prosperidad material. Así pues, los grandes movimientos de expropiación hechos en París durante este reinado se explican por medio de causas políticas; el triunfo, aparentemente decisivo, del partido del orden sobre la revolución, de la clase burguesa sobre la obrera.

Otro ejemplo característico del papel realizado por las circunstancias particulares de la historia son, durante el período revolucionario, los grandes planes de redes viarias que se siguieron a la nacionalización de los bienes de los emigrados y del clero.



París. 1. Transformaciones del sistmea viario proyectado y ejecutado durante el Segundo Imperio, según la reconstrucción de Pierre Lavedan (la más fiable de las muchas realizadas). 2. Vista de fines del siglo XIX del Boulevard du Temple (Adolphe Joanne, *Paris Illustrée en 1870 et 1877,* III edición, París).

La Comisión de los Artistas señala sobre el mapa grandes calles, utilizando los terrenos de las nuevas y enormes propiedades nacionales. El estudio de las transformaciones de París se encuentra vinculado, pues, al estudio de la historia de Francia; la forma de estas transformaciones depende, por lo tanto, sea del pasado histórico de la ciudad, sea de los actos realizados por ciertos individuos cuyas voluntades han actuado como fuerzas de la historia.

Se puede decir, pues, que los hechos de expropiación difieren por su misma naturaleza de todos los otros que se encuentran en el origen de los cambios de propiedad.

Un hecho relacionado con esta hipótesis es el de que los actos de expropiación no se presentan, en general, aisladamente; no consideran esta calle o este grupo de viviendas, sino que se relacionan con un sistema del que no son más que una parte; con las tendencias de desarrollo de la ciudad.

En todos los casos donde son invocadas razones históricas para explicar los cambios de París, se ven otras explicaciones posibles que ponen en relación hechos económicos. Las expropiaciones, con otros hechos económicos. Se cita la nacionalización de los bienes del clero; pero por otra parte no todas las calles proyectadas por la Comisión de los Artistas han sido realizadas; y la expropiación de los bienes de los conventos ¿no es también un hecho económico? Estas propiedades constituían impedimentos, aún en su forma física, para el desarrollo de la ciudad y, por lo tanto, en circunstancias diferentes habrían sido expropiadas por el rey, o vendidas por los religiosos, de modo no diferente de lo que sucede más tarde con los ferrocarriles.

A menudo, pues, se comete el error de dar importancia de primer orden al modo preciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido de aquella manera, en aquel lugar, y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar, un momento diferentes.

Dígase lo mismo del plan de Haussmann y de todos los argumentos de orden estratégico, político y estético que se citan para este plan.

El argumento estratégico no ha modificado, no ya en la forma topográfica, sino en su naturaleza económica la calle en cuestión, y entonces no se necesita tenerlo en cuenta más de lo que el químico tiene en cuenta la forma y el tamaño de la probeta donde realiza sus experimentos; intervengan motivos de orden, de higiene, de estética, hasta que éstos no tengan por efecto una mo-

dificación económica importante, que no pueda ser explicada sino por motivos económicos, el economista no debe preocuparse de ellos. O estos motivos han tenido este efecto y entonces no pueden ser descuidados, o sólo al término de la investigación positiva, y después de la eliminación de todas las causas económicas, es posible establecer la existencia de un tal «residuo».

Se establece por ello la hipótesis de carácter puramente económico de los hechos de expropiación, de su dependencia respecto de los hechos individuales y de la historia política.

La expropiación, además, es un adaptamiento rápido y de conjunto: los diferentes componentes de la operación se realizan simultánea y no sucesivamente; se puede, pues, imaginar que el acto de conjunto revelará la dirección y la influencia de las fuerzas presentes en un período precedente. (Así, el modo, también jurídico, con que la expropiación se manifiesta luego no tiene importancia.)

Desde el momento en que la conciencia de una necesidad colectiva se forma, desde el momento en que llega a ser clara, se tiene el origen para una acción total. Puede haber, desde luego, errores en la conciencia social; la ciudad puede ser llevada a trazar vías allí donde no hay realmente necesidad, a urbanizar terrenos allí donde no tiende a expandirse; calles creadas con rapidez pueden permanecer desiertas.

Así, la expropiación puede recorrer un momento regular de la evolución; las causas para ello son múltiples; por ejemplo, proyectando una calle cuya necesidad es urgente puede llevar a construir otras por analogía.

Como quiera que sea, la hipótesis de Halbwachs se niega a considerar la expropiación como un hecho anormal y extraordinario, sino que quiere aún estudiarla como el hecho más cierto y seguro de la evolución urbana.

El estudio de los hechos de expropiación es un punto de vista, el más seguro y claro para estudiar un conjunto muy complejo de fenómenos, porque en los movimientos de expropiación y en sus consecuencias inmediatas es donde se manifiestan como en una síntesis, bastante condensada, las tendencias económicas a través de las cuales analizar la evolución inmobiliaria urbana.

Por la importancia que se atribuye a la tesis de Halbwachs expuesta aquí quiero poner en claro tres puntos que creo fundamentales:

a) la relación, y por lo tanto también la independencia, entre los hechos económicos y el diseño de la ciudad;

b) la aportación de la personalidad, de lo singular, en las mutaciones urbanas, sus valores y sus límites; por lo tanto, también la relación entre el modo preciso históricamente determinado con el que se manifiesta un hecho y las causas generales de él;

c) la evolución urbana como un hecho complejo, de orden social, que tiende a realizarse a sí mismo según leyes y orientaciones de crecimiento bien precisos.

A estos puntos se añade el mérito de haber apuntado al principio la importancia del estudio de las expropiaciones como momento decisivo en la dinámica de la evolución urbana

3. Consideraciones acerca de los caracteres de las expropiaciones

Sobre la base de la hipótesis de Halbwachs se podrían llevar a cabo varios estudios sobre muchas ciudades y creo que éste es uno de los métodos realmente más seguros e importantes para el estudio de la ciudad. Algo en esta dirección lo he intentado yo en el estudio de un barrio milanés probando de poner de relieve la importancia de ciertos hechos, aparentemente accidentales, como las destrucciones producidas por los sucesos bélicos, los bombardeos, en la sucesiva evolución de la ciudad; creo que se puede demostrar, y yo mismo he empezado a hacerlo, que hechos de este tipo no hacen más que acelerar ciertas tendencias, modificándolas luego parcialmente, pero permitiendo realizar más rápidamente planes que en su forma económica ya existían y habrían producido efectos físicos en el cuerpo de la ciudad, destrucciones y reconstrucciones, con un proceso completamente similar a aquel del que la guerra ha sido artífice. Sin embargo, es evidente que el estudio de estos hechos, por la forma rápida y brutal en que se manifiestan, permite ofrecer resultados mucho más inmediatos que los que obtenemos por el estudio de una larga serie de hechos considerados a través de las series históricas de las propiedades inmobiliarias y de la evolución del patrimonio inmobiliario de la ciudad.

Un estudio así, además, en la época moderna tiene un apoyo notable en el estudio de los planes; planes de ampliación, planes reguladores, etc. Substancialmente estos planes están estrechamente vinculados a las expropiaciones, sin las cuales no serían posibles, y a través de las cuales se manifiestan. Por otra parte, lo que

Halbwachs señala para París, a propósito de dos planes importantes, por motivos diferentes, como el de los Artistas y el de Haussmann (y en ambos casos por la forma de estos planes se puede referir a muchos otros de la monarquía absoluta), es cierto para muchas ciudades y probablemente para todas las ciudades. Yo mismo he probado de relacionar la evolución de la forma urbana de Milán con las reformas primero de María Teresa y después de José II concretadas en tiempos de Napoleón. La relación entre estas iniciativas de naturaleza económica y el diseño de la ciudad resulta clarísimo; pero sobre todo, ello demuestra claramente la preeminencia del hecho económico, la expropiación, respecto del hecho arquitectónico, la forma.

Y pone igualmente en claro cómo el carácter de expropiación, prescindiendo de su momento político que demostrará más bien cómo ésta puede ser usada en provecho de una clase o de otra, es un hecho necesario que se produce durante toda la evolución de la ciudad, y cómo la base está bien sentada en los movimientos de carácter social del conjunto urbano.

Se puede demostrar, a propósito de Milán, [2] como la forma del plan napoleónico, que se puede considerar como uno de los planes más modernos creados en Europa aunque siga el plan de los Artistas de la Convención de París, es la explicación de la larga serie de expropiaciones y de remodelaciones de los bienes eclesiásticos, aun en su forma física, realizada por el Gobierno austríaco. El plano napoleónico es, pues, simplemente la forma precisa, arquitectónica, de este hecho, y en cuanto tal puede ser estudiada por ella misma; dentro de estos límites, si así se pueden llamar, el juicio que podemos dar debe estar basado en la cultura neoclásica, en las diferentes personalidades de arquitectos como Cagnola o Antolini, sobre toda una serie de propuestas de tipo espacial que preceden al plan y que se resuelven en él, y que quedan como independientes de su naturaleza económica.

En este sentido, es decir, en el de su autonomía, aquéllas pueden ser verificadas en cuanto permanecen aún en los planes sucesivos o reenlazan con planes precedentes, pero no promueven transformaciones económicas.

El éxito de la calle Napoleón, después vía Dante, va enteramente implicado en la dinámica de la vida urbana, aquella misma dinámica que ha permitido el éxito del Plan Beruto en la parte norte de la ciudad y ha decretado su fracaso en la parte sur, en la que algunas hipótesis eran o demasiado avanzadas o separadas del contenido de la realidad económica.

Ahora bien, esta fuerza, de naturaleza económica, se desata

en los actos de represión de las Ordenes religiosas seguida en el ventenio de 1765 a 1785 por José II de Austria; un hecho político y un hecho económico; la supresión de los jesuitas, de la Inquisición, de las numerosas y extrañas congregaciones religiosas que habían crecido desmesuradamente en Milán como en otras pocas ciudades españolas, no significó solamente un paso hacia el progreso civil y moderno, sino, concretamente, la posibilidad para la ciudad de disponer de vastas áreas urbanizadas, de sistematizar las calles rectificando situaciones absurdas, de construir escuelas, academias, jardines; precisamente en los huertos de los conventos de monjas y en el del Senado surgieron los jardines públicos.

Así, el foro Bonaparte no fue, desde luego, una exigencia arquitectónica; nació con la necesidad de la ciudad de darse un rostro moderno construyendo un centro de negocios para la nueva burguesía que tomaba el poder.

Y ello es independiente de la forma, del modo concreto, topográfico y arquitectónico con el que se erigió el foro Bonaparte; y aun histórico (en el sentido de que fue elegida el área del castillo que por motivos políticos debía ser destruido).

La idea de Antolini permaneció, sin embargo, como mera idea formal: y como tal, en un contexto político completamente diferente, vuelve en el proyecto de Beruto y con notable importancia en su plan; sólo que, por hechos de naturaleza también económica, el centro de negocios no será el foro Bonaparte, y por la naturaleza sumaria de los hechos urbanos esta sistematización tendrá, en el equilibrio urbano, un valor diferente. Este valor, repito, es independiente de su diseño.

El desarrollo de la teoría Halbwachs nos puede dar a entender mejor la confusión que se hace generalmente, partiendo de presupuestos en nada científicos e ignorando la naturaleza de los hechos urbanos, cuando se habla de despanzurramientos, de planes absurdos, etc.

A este propósito es típico el juicio sobre la obra de Haussmann; en sustancia, ampliando la teoría de Halbwachs, se puede afirmar que el plan de París de Haussmann se puede aprobar o desaprobar, puede agradar o no, juzgándolo sólo en su diseño. Y, naturalmente, este diseño es muy importante; y es precisamente de ello de lo que me quiero ocupar en esta investigación.

Pero es igualmente importante poder juzgar que la naturale-

za de aquel plan va vinculada a la evolución urbana de París en aquellos años y que desde este punto de vista el plan es uno de los más grandes acontecimientos que haya habido, por una serie de coincidencias, pero sobre todo por su adhesión puntual a la evolución urbana en aquel momento de la historia.

Las calles abiertas por Haussmann seguían el desarrollo real de la evolución de la ciudad y veían claramente la función de París en sus características nacionales y supranacionales. Se ha dicho que París es demasiado grande para Francia, pero que, por otra parte, es demasiado pequeño para Europa; y es justo en el sentido de que no se puede valorar la dimensión de una ciudad, y de las operaciones de un plan, prescindiendo del éxito real de este plan, de la realidad urbana que este plan entrevé. Se pueden aducir otros ejemplos hablando de ciudades como Bari, Ferrara, Richelieu por un lado, Barcelona, Roma, Viena por otro. Es decir, en un caso el plan ha recorrido los tiempos o expresamente ha permanecido sólo como un emblema, una iniciativa no traducida sino con algunas construcciones y algunas calles; en el otro caso el plan ha canalizado y guiado, a menudo acelerado, la propulsión de fuerzas que actuaban o estaban a punto de actuar sobre la ciudad.

En otros casos aún, el plan ha sido proyectado hacia el futuro de modo particular; juzgado al principio inactual, bloqueado en sus primeras manifestaciones, ha sido después como si dijéramos «recuperado» en épocas sucesivas demostrando la bondad de las previsiones.

Desde luego, en muchos casos la relación entre las fuerzas económicas y de desarrollo y el diseño del plan no es ni simple ni fácil de individualizar; un ejemplo muy importante y no suficientemente observado es el del Plan Cerdá de Barcelona. Un plan extremadamente avanzado desde el punto de vista técnico y que respondía completamente a las transformaciones económicas que apremiaban a la capital catalana. Un plan vasto y oportuno aunque tomaba su empuje en una valoración demasiado amplia del desarrollo demográfico y económico de la ciudad; un plan, por lo tanto, que no fue realizado como debía ser, o si se quiere, no fue realizado completamente en sentido estricto, pero que, sin embargo, determinó el desarrollo sucesivo de Barcelona. El Plan Cerdá no fue realizado donde sus visiones técnicas eran demasiado avanzadas respecto de sus tiempos y allí donde las soluciones que proporcionaba requerían un grado de evolución urbana muy superior al existente en aquella época; un plan ciertamente más avanzado que el de Haussmann y que por lo tanto no podía ser

Barcelona. Plano a escala 1:50.000

fácilmente realizado, no ya por la burguesía catalana, sino-por la de cualquier otra ciudad europea.

Veamos brevemente las características del Plan Cerdá, y aquí no importa analizarlas, pero baste pensar en los puntos fijos del plan; la vialidad, en esto común con las preocupaciones hausmanianas, una retícula general que permitiese la síntesis del conjunto urbano y, en el interior de éste, la autonomía de los barrios,

de los núcleos residenciales. El plan presuponía, pues, condiciones políticas, además de técnicas más avanzadas, y tropezó precisamente en aquellos puntos, como los barrios, que requerían justamente mayor empeño administrativo y que fueron de algún modo reanudados por el Grupo del G.A.T.E.P.A.C.

Por otra parte, el plan, como ha puesto de relieve justamente Oriol Bohigas,[3] no era sostenible allí donde presuponía una muy baja densidad; hipótesis contraria al modo de vida y a la misma estructura de las ciudades mediterráneas.

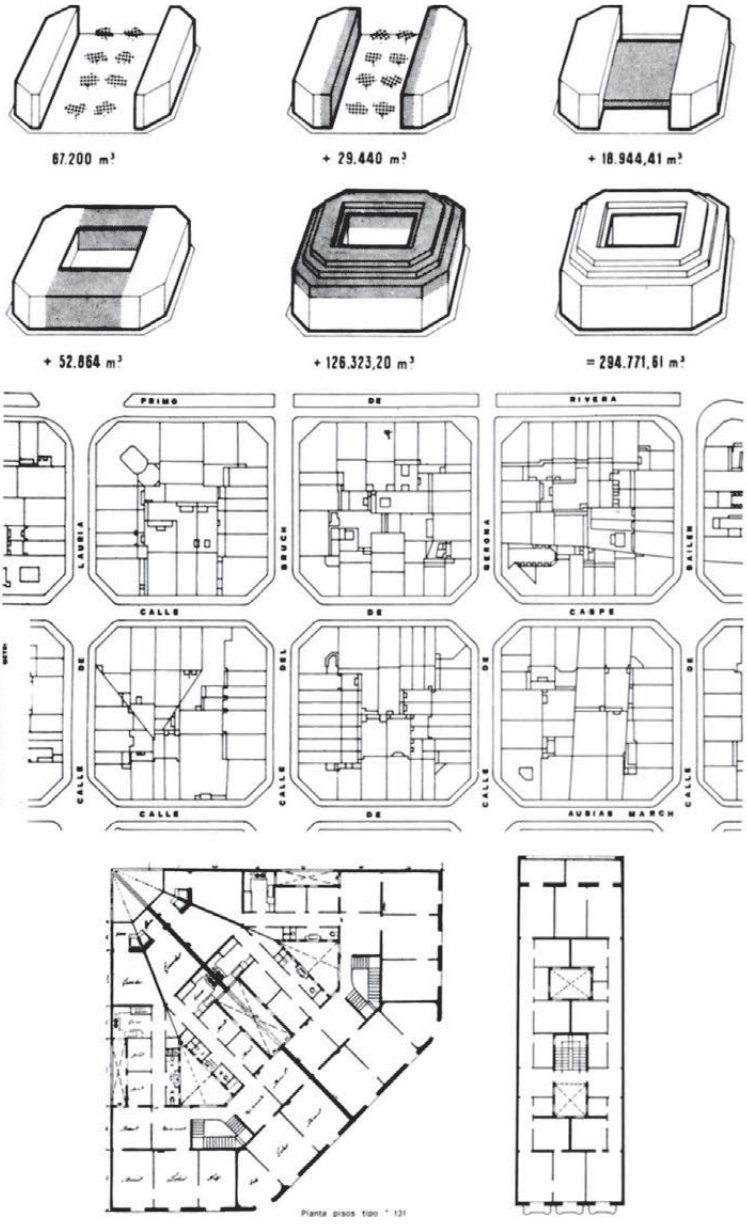
Además, transformando las *illes* en grandes bloques construidos y aceptando el principio general de la malla rectangular, el plan acababa prestándose magníficamente a los designios de la especulación y como tal sólo fue acogido a través de un esquema maltratado. Se puede ver, por lo tanto, cómo en este caso la relación entre el diseño y la situación económica es compleja y no contradice la tesis de Halbwachs, al contrario.

El crecimiento urbano de Barcelona se producía entonces como quiera que fuese, y el Plan Cerdá fue solicitado por este crecimiento; ése no tuvo el poder de transformarlo en sus razones políticoeconómicas y fue poco más que un pretexto o cañamazo a que atenerse. Su importancia, sin embargo, no es referible a la situación de las fuerzas económicas operantes en Barcelona, por cuanto se convertía en un momento de la historia de la urbanística y, por lo tanto, era juzgado como tal. Naturalmente, podemos repetir en este punto, puesto que la ciudad es una entidad compleja que debe coincidir, y a veces coincide perfectamente, con un plan que nace de ella, a veces puede no coincidir, sea por la carencia de este plan, sea por la particular situación histórica en la que se encuentra. En todo caso esta relación va juzgada sólo lateralmente a su desarrollo.

¿No podemos, quizá, juzgar el plan de Ferrara de los Duques de Este independientemente de su fallo, del fracaso de sus previsiones de desarrollo? ¿O deberemos quizá decir que aquel plan no era bueno porque no se ejecutó?

Otro ejemplo clamoroso puede ser ofrecido por el plan muratiano para Bari; [4] se trata de un típico ejemplo de «expropiación» como es tratado por Halbwachs, una expropiación caracterizada, como todas por otra parte, por una serie de circunstancias precisas de carácter histórico y político.

Lo que interesa resaltar aquí es que el plan proyectado en tiempos de los Borbones y aprobado en 1790 tuvo un desarrollo edificatorio, a través de diversas vicisitudes, que con períodos sucesivos prosiguió hasta 1918.



Barcelona. Manzanas en la zona de ampliación, según el plano de Ildefonso Cerdá (1859). 1. Véase el progresivo aumento de la densidad de la manzana. 2. Algunas manzanas según la planta catastral de 1969. 3. Tipologías residenciales: edificio en esquina, 1907 (Juli M. Fossas i Martinez, arqto., Calle Lauria, n.° 80); Casa Lamadrid, 1902 (Lluis Domènech i Montaner, Calle Girona n.° 113).

También aquí y hasta hoy mismo, el plan fue alterado de modo diverso precisamente en sus caracteres antiespeculativos y en sus características de las manzanas, pero permaneció no como la huella reconocible de lo histórico, sino como forma concreta de la ciudad constituyendo aquel típico diseño de Bari, caracterizado por la separación entre ciudad antigua y burgo muratiano, que es inmediatamente reconocible en la ciudad pullesa.

Por otra parte, como ya ha sido justamente observado, podremos estudiar no sólo cómo las ciudades se desenvuelven, sino también cómo decaen; en este sentido podemos hacer un estudio en la misma dirección de Halbwachs, pero en sentido contrario.

Decir que Richelieu [5] decayó rápidamente con la desaparición de la escena política del gran cardenal-ministro porque estaba ligada a éste no significa aún nada; su figura podía ser la que había provocado el inicio, que había dado ocasión a la fundación de este centro urbano, el cual después habría podido continuar creciendo por su propia cuenta. Los siglos de decadencia de algunas grandes ciudades o de algunas pequeñas ciudades han alterado diferentemente su estructura urbana, sin mellar por otra parte su cualidad; ¿o debemos creer que en el caso de ciudades como Richelieu o Pienza no haya habido nunca una vida urbana? ¿Quizá porque son ciudades artificiales? Pero lo mismo se podría decir de Washington o de otras cuidades; por ejemplo de San Petersburgo. No es que crea que sea nada importante la diferencia de escala, con frecuencia estridente, de esas ciudades; al contrario, es una nueva prueba de cómo debemos descuidar la dimensión en el estudio de los hechos urbanos si queremos tener un planteamiento científico del problema. En sus comienzos San Petersburgo se podía considerar un acto arbitrario del zar y la continua bipolaridad de Rusia entre Moscú y el actual Leningrado viene a demostrar cómo no ha sido enteramente pacífico el crecimiento de esta última al nivel de capital y después de gran metrópoli mundial. Los hechos concretos de este crecimiento probablemente son tan oscuros como los de la decadencia de Nijni-Novgorod respecto de Moscú o del predominio de Milán a partir de cierta época sobre Pavía y otras ciudades lombardas.

4. La propiedad del suelo

En una pequeña obra, Hans Bernoulli [6] iluminó uno de los problemas más importantes, quizá el problema fundamental que constituye un ligamen, una pesada cadena para el desarrollo de

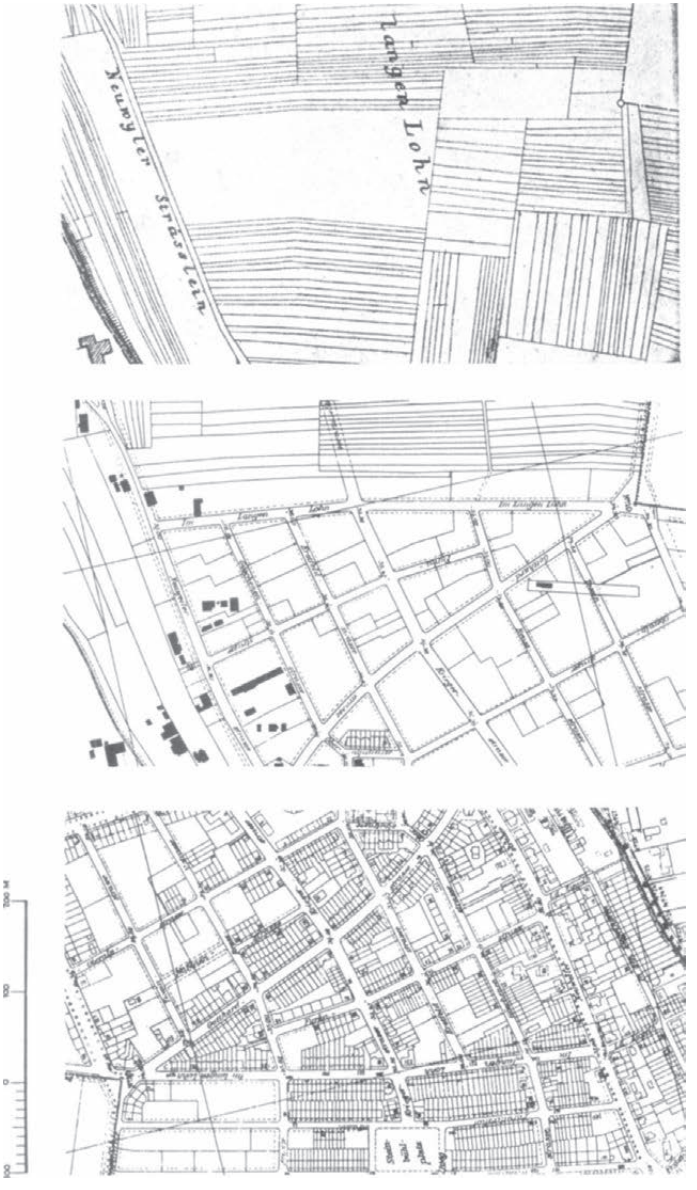
la ciudad. En esta pequeña obra, más clara y esencial que muchos doctos artículos e investigaciones realizadas después sobre este problema, Bernoulli ha apuntado a dos cuestiones principales; la primera se refiere al carácter negativo no sólo de la propiedad privada del suelo, sino también a la dañosa consecuencia de la extrema división de ésta; la segunda, relacionada estrechamente con ella, pone de relieve los motivos históricos de esta situación y precisa las consecuencias que, desde cierto momento en adelante, esta situación ha tenido sobre la misma forma de la ciudad.

La propiedad del suelo se encuentra subdividida, ya sea que se trate de suelo rural, ya de suelo urbano; a las extrañas formas de los campos se opone la complejidad, y a menudo la absurdidad, de la propiedad urbana: «[...]A toda innovación se opone inmediatamente el entresijo de los confines de propiedad, marcados desde la Antigüedad, de carácter bien diferente de aquellos confines campestres a lo largo de los que corren el arado y el rastrillo, pero no menos radicados e inamovibles. Estas parcelas no están ya solamente circundadas por piedras, sino precisamente ocupadas por construcciones de piedra.

«Aunque se sepa muy bien que las nuevas calles y las nuevas construcciones que deberían surgir pueden ser mejores que las estrechas callejuelas que serpentean por allí y que las casuchas ya gastadas por el uso, nada se puede hacer hasta que sean resueltas las lamentables contiendas con los derechos de propiedad. Largas contiendas que requieren paciencia y dinero y que muchas veces deforman durante el largo camino la intención originaria». [7]

En gran parte el hecho histórico que inicia este proceso de desmembración del suelo urbano es debido a la Revolución francesa, cuando en 1789 el suelo queda libre; las grandes propiedades de la aristocracia y del clero son vendidas a burgueses y campesinos. Pero como en gran parte se disuelven todos los derechos territoriales de la nobleza, se disuelven también los de los municipios y se dispersan así las grandes áreas del patrimonio púbico. El monopolio del suelo pasa a la propiedad privada; el terreno se vuelve así comerciable como cuaquier otra cosa.

[...] El terreno eventualmente escapado a la comunidad y caído en manos de prudentes campesinos y de avisados ciudadanos, en seguida se convertiría en objeto de real y auténtica especulación [...]. La ciudad se encontró nuevamente en aquel recodo de su camino en el que el derecho de propiedad inmobiliaria se manifestó plenamente en las nuevas instalaciones de fabricación. Los nuevos tiempos, despertados inesperadamente por otra actividad industrial, dieron a los propietarios una posibilidad casi desmedida de valorizar los propios terrenos. [8]



Organización y división del suelo. Basilea, transformación en una área de suburbios: confrontación entre los límites de la propiedad en 1850, 1920 y 1940. En el primer año el uso del suelo es agrícola; en el segundo, el suelo se ha parcelado, dispuesto a ser edificado; en el tercero, se ve la lotización de las manzanas (H. Bernoulli).

Este análisis es muy lúcido y describe claramente la situación real en un preciso momento histórico de la ciudad.

Pero a este análisis es necesario oponer los siguientes argumentos.

El fenómeno de la subdivisión negativa del terreno está indicado por Bernoulli en las consecuencias de la Revolución francesa; o al menos en el hecho de que los revolucionarios de entonces no se diesen cuenta del enorme capital común los bienes comunales, que debían ser mantenidos como propiedad colectiva y las grandes propiedades de la nobleza y del clero que debían ser confiscadas y mantenidas por la comunidad y no subdivididas entre los privados, que éstos enajenaban perjudicando el desarrollo racional de la ciudad (y de los campos).

Por otra parte, allí donde esto no sucede, como en gran parte de Alemania y en Berlín, el fenómeno se produjo con las mismas consecuencias cuando en 1808, en cumplimiento de la propuesta de Adam Smith, la ley financiera de aquel año permitió que las propiedades públicas fueran empleadas en la extinción de las deudas de Estado y los terrenos públicos fueron convertidos en «propiedad lo más posible privada, libre e irrevocable». Así aquí también el suelo, convertido en mercancía comerciable, se vuelve objeto del monopolio económico.

En su historia del desarrollo moderno de Berlín, Hegemann [9] ha puesto completamente de relieve las consecuencias espantosas que tuvieron para la ciudad y para los trabajadores alemanes después de estas iniciativas hasta aquel famoso Plan Regulador del presidente de Policía de 1853 que dio inicio a los famosos «patios berlineses».

Esta exposición de Bernoulli y todas las tesis de este tipo, particularmente iluminadoras en muchos aspectos, deben ser criticadas con dos argumentos distintos.

El primero se refiere a la validez en el tiempo de este análisis, al hecho en suma de que éste nos explica ciertos aspectos, desde luego imponentes, pero no definitivos de la ciudad capitalista-burguesa. Y de que, además, estos aspectos hacen referencia más bien a leyes económicas generales que debían manifestarse de algún modo y que, por lo tanto, a mi parecer, fueron concretamente un momento positivo en el desarrollo de la ciudad; el fraccionamiento del terreno, mientras que por un lado es una degeneración de la ciudad, por el otro promueve concretamente su desarrollo. Podemos tomar otra vez las conclusiones de Halbwachs, que antes he expuesto adecuadamente, las cuales nos dicen que no se debe dar importancia de primer orden al modo pre-

ciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido en aquella forma, en aquel lugar y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar o un momento diferentes.

De hecho, se ha visto cómo las grandes expropiaciones, y también por una parte la aumentada subdivisión de los terrenos urbanos, se pone en primer plano con la Revolución francesa y con la ocupación napoleónica, pero ya había claros precedentes en las reformas de los Habsburgo y hasta de los Borbones, y que al fin se manifiestan también en un país tan profundamente reaccionario como la Alemania prusiana.

Se trata, en suma, de una ley general por la que debían pasar los Estados burgueses, y como tal es positiva. El fraccionamiento de las grandes propiedades; las expropiaciones y la formación de una nueva situación catastral es en suma un momento económico, necesario, de la evolución de la ciudad en Occidente; lo que se puede resaltar es el carácter político con el que se realiza este proceso y sólo en la elección política se puede encontrar una necesaria diferencia.

Acerca de ello, de hecho, no se puede ignorar el aspecto sustancialmente romántico de los socialistas a lo Bernoulli y a lo Hegemann que, en términos históricos y económicos, reflejan el romanticismo de los Morris y de todo el origen del movimiento moderno de la arquitectura.

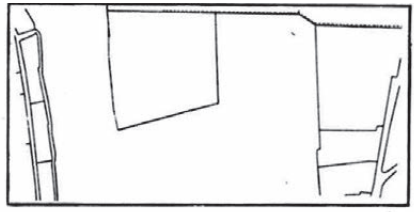
Es significativo que Hegemann combata las *Mietkasernen* en sí sin plantearse la cuestión de que al fin y al cabo las grandes casas de vecinos podían ser tan válidas desde el punto de vista higiénico, técnico y estético como las pequeñas villas. Como sucederá precisamente en las *Siedlungen* de Viena y de Berlín con la adopción de ciertos aspectos locales.

No por casualidad siempre hay en estos autores la referencia a la ciudad gótica o al socialismo de Estado de los Hohenzollern; situaciones que, incluso desde el punto de vista urbano, debían ser superadas aun a costa de un endurecimiento contingente de la situación.

Con esta referencia al socialismo romántico introduzco el segundo elemento relacionando la tesis de Bernoulli con la visión que centra el problema de la urbanística moderna, el probema de la ciudad, alrededor del nudo histórico de la revolución industrial.

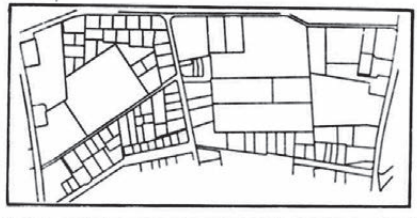
Esta visión sostiene que la problemática de las grandes ciudades coincide con el período de la revolución industrial y que antes de ésta el problema urbano es cualitativamente diferente;

Situación en 1797

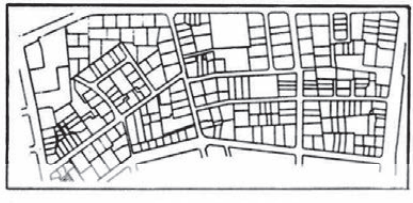


Situación en 1866

Situación en 1900



Situación en 1945



Organización y división del suelo. Berna, transformación de una zona en las afueras de la ciudad: la trituración de la propiedad inmobiliaria y sus consecuencias en el desarrollo de la construcción. La confrontación entre las situaciones de 1797, 1866, 1900 y 1945, muestran cómo la casualidad en la subdivisión del suelo, lleva a un desarrollo de edificación casual (H. Bernoulli).

con esta premisa sostiene que las iniciativas filantrópicas y utopistas de éste (socialismo romántico) son en sí positivas e incluso constituyen la base de la urbanística moderna hasta el punto de que, cuando ellas se pierden, la cultura urbanística, aislada del debate político, se configura cada vez más como pura técnica al servicio del poder constituido.

Me ocuparé solamente de la primera parte de esta afirmación, puesto que todo este libro no sólo considera sino que niega la definición de la segunda en los términos en que está planteada.

Ahora sostengo que la problemática de las grandes ciudades precede al período industrial, está vinculada a la ciudad y por lo tanto siempre ha sido objeto del interés de todos los que se han ocupado de la ciudad.

Bahrdt ha observado que la polémica contra la ciudad industrial surgió antes de que ésta naciese; las únicas grandes ciudades existentes en el inicio de la polémica romántica eran Londres y París. Precisamente la continuidad de los problemas urbanos en estas ciudades desmiente la polémica romántica que atribuye al surgimiento de la industria los males reales o presuntos de la urbanización. [10]

En las primeras décadas del siglo XIX, Duisburgo, Essen[11] y Dortmund eran pequeñas ciudades con menos de diez mil habitantes. En grandes ciudades industriales como Milán y Turín, el problema de la industria no existía. Lo mismo se puede decir de Moscú y Leningrado.

Lo que a primera vista resulta misterioso es ver cómo gran parte de los historiadores de la urbanística hayan podido conciliar las tesis de los socialistas románticos con las denuncias pronunciadas por Engels.

¿Cuál era la tesis de Engels? Simplemente ésta: «que las grandes ciudades han agudizado la enfermedad del organismo social que en el campo se presentaba en forma crónica, y precisamente con ello han puesto de relieve su verdadera esencia y el modo para curarla». [11]

Engels no dice que la ciudad antes de la revolución industrial fue un paraíso, pero, no obstante, en la. denuncia de las condiciones de vida de los trabajadores británicos subraya cómo el surgimiento de la gran industria habría empeorado y hecho aparecer condiciones de vida imposibles.

Las consecuencias del surgimiento de la gran industria no son, por lo tanto, algo que ataña específicamente a las grandes ciudades; se trata de un hecho que atañe a la sociedad burguesa.

La prueba de ello es la negación de que un contraste de este

tipo pueda ser resuelto, de cualquier modo, en términos espaciales. Esta es la crítica ya sea a los proyectos de Haussmann, ya sea a la regeneración efectuada en las ciudades inglesas, ya sea a los proyectos de los socialistas románticos.

Ello significa también que Engels niega que de algún modo este fenómeno ataña a la urbanística; al contrario, declara que el pensar que iniciativas espaciales puedan intervenir en este proceso es pura abstracción, prácticamente una acción reaccionaria. Cree que todo lo que se quiera añadir a estas posiciones es falso.

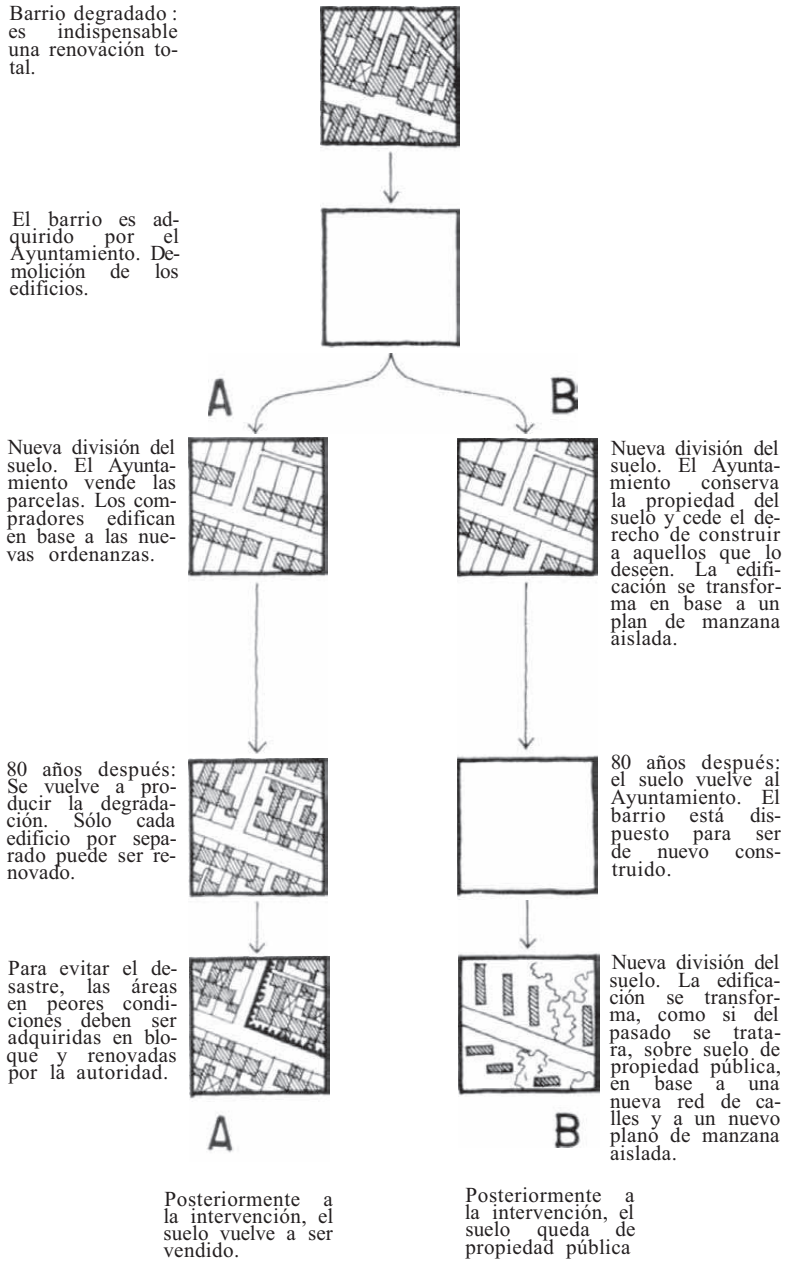
5. El problema de la vivienda

Otra confirmación de estas posiciones es ofrecida por el razonamiento de Engels acerca del problema de la vivienda. Aquí la posición no admite equívocos. Apuntar al problema de la vivienda para resolver de algún modo el problema social es falso; el problema de la vivienda es un problema técnico que puede ser resuelto sobre la base de cierta situación, pero que no es característico de la clase obrera.

En este sentido Engels confirma todo lo que ha sido afirmado más arriba de que la problemática de las grandes ciudades precede al período industrial cuando afirma: «[...] esta escasez de viviendas no es algo particular de la época, ni es un mal particular del moderno proletariado que lo distinga de todas las clases oprimidas que le han precedido; *al contrario,* dicho problema ha castigado a todas las clases oprimidas de todos los tiempos de manera más bien uniforme [...]». [12]

Es conocido actualmente que el problema de la vivienda en la antigua Roma, cuando la ciudad había adquirido las dimensiones de una gran metrópoli con todos los problemas a ella inherentes, no era menos grave que el de las ciudades de hoy.

Las condiciones de las viviendas eran ciertamente desesperadas, y las descripciones que nos quedan de los escritores clásicos muestran que este problema era preeminente y fundamental; como tal aparece en la política urbana de César a Augusto hasta los emperadores de las decadencia. Problemas de este tipo perduran durante todo el Medievo; la visión que los románticos nos han dejado de la ciudad medieval contradice completamente la realidad. Por los documentos, por las descripciones, por cuanto aún hoy queda de las ciudades góticas es evidente que la condición de vida de las clases oprimidas en estas ciudades era de las más tristes de la historia de la humanidad.



Organización y división del suelo: ejemplo de dos métodos distintos de intervención y renovación urbana (H. Bernoulli).

En este sentido es ejemplar la historia de París y toda la problemática relativa al modo de vivir urbano de las masas proletarias francesas en dicha metrópoli; caracterización que es por otra parte uno de los elementos decisivos de la revolución y que se prolonga hasta el plan de Haussmann. Aún en este sentido los despanzurramientos de Haussmann, como fuere que se quiera juzgarlos, representan un progreso.

Los que se conmueven con los despanzurramientos de la ciudad ochocentista desmienten siempre que éstos representaron de una manera u otra una afirmación, aunque sea demagógica e interesada, del espíritu ilustrado. Y que de la manera que fuere, las condiciones de vida dentro de los barrios góticos de las viejas ciudades representaban algo objetivamente imposible y que, sea como fuere, había cambiado.

Pero la tendencia moralista implícita o explícita en las posiciones de especialistas como Bernoulli o Hegemann no les ha impedido alcanzar una visión científica de la ciudad.

A nadie que se haya ocupado seriamente de ciencia urbana le ha pasado por alto el hecho de que los resultados más importantes provienen de aquellos especialistas cuya investigación va asociada concretamente a una ciudad: París, Londres, Berlín están indisolublemente vinculadas, para el especialista, a los nombres de Poète, Rasmussen,[13] Hegemann. Es significativo que en estas obras tan diferentes en muchos aspectos se perfile la relación entre las leyes generales y el elemento concreto de la ciudad de modo ejemplar. Casi no debemos recordar que si cada investigación tiene para cualquier aspecto del pensamiento científico aperturas más anchas que su objeto específico, en el caso de la ciencia urbana, ésta presenta indudables ventajas porque afronta de una manera u otra aquel elemento total, tan ligado al concepto de obra de arte, que es propio de la ciudad y que corre el peligro de volverse rígido u opaco, o sencillamente de perderse en un tratamiento general. Ahora bien, uno de los méritos de la pequeña obra de Bernoulli es el de no haber perdido nunca de vista esta relación con los hechos urbanos; y referir siempre cualquier aserción a un hecho urbano preciso sin por ello convertirse del todo en un historiador, como ocurre en las partes más convincentes de Mumford. Bernoulli ve la ciudad como una masa constituida, tal como él mismo la define, en la que cualquier elemento puede tener su particularidad y su diferenciación dentro de un plan de conjunto.

La relación entre el área y las construcciones está a punto de superar la única relación económica para plantearse como una

problemática más basta, pero nunca se formula completamente. El barrio como complejo unitario invoca, en el achaque polémico del teórico racionalista, los precedentes históricos de los grandes complejos edificatorios unitarios; es significativo que al entregarse a la investigación de un fundamento histórico para la polémica urbana los racionalistas se vuelven hacia los grandes teóricos del Renacimiento y principalmente a Leonardo; hacia aquel plan de ciudad constituido por un sistema de calles subterráneas y canales para el tránsito de cargas y para el servicio de las cantinas, y encima una red de calles para la circulación de peatones a nivel de la planta baja de las casas. Inmediatamente después viene, con una sucesión canónica que convendría estudiar en su orden clasificatorio, el proyecto de los hermanos Adam, el barrio Adelphi en Londres.

El barrio Adelphi en Londres entre la City y Westminster, al sur del Strand, donde los hermanos Adam se procuraron el derecho de fábrica del duque de St. Alban, propietario de aquel terreno. El distrito era suficientemente grande para contener un complejo de edificación en el que pudiese ser realizado un sistema de calles superpuestas de las cuales las inferiores estarían unidas a la orilla del Támesis. En estos términos nos viene presentado el proyecto de Adelphi.

Pero, ¿sólo en estos términos es esto importante?

¿Y sólo en términos de una propuesta unitaria, de notables dimensiones, de fuerte impulso racionalizador era valorable la propuesta leonardiana?

Bernoulli no podía llegar a ver todo el proyecto leonardiano como una de las más ambiciosas afirmaciones del Renacimiento; la constitución de la ciudad como obra de arte suprema al límite de la naturaleza, de la ingeniería, de la pintura, de la política. El proyecto leonardiano está mucho más allá de los esquemas de plantas ideales; está ya en la ciudad, una ciudad real en sus relaciones imaginadas, como reales son las plazas de Bellini y de los pintores venecianos. Este proyecto se añadía a una experiencia de ciudad, daba forma concreta al Milán de Ludovico el Moro, igual que como forma concreta era el gran hospital que traducía el orden de Filarete, como forma concreta eran los canales, las cercas, las nuevas calles. Ninguna ciudad está tan construida en su totalidad como la del Renacimiento; ya he señalado cómo estas arquitecturas eran signo y acontecimiento y se asentaban en un orden superior al desarrollo de su función.

Así el gran hospital milanés, desde luego no extraño a las me-

Londres, barrio Adelphi, construido por los hermanos James y Robert Adam en 1768 a 1772 y derribado en 1937; sección transversal y planta baja (S. E. Rasmussen).

ditaciones leonardianas, y cuya presencia constitutiva de la ciudad no ha modificado su valor.

Dos siglos y medio más tarde fue posible a los hermanos Adam construir una parte de la ciudad, un hecho urbano definido; también a través de todas las reales dificultades de la empresa.

Pero una obra de este tipo ¿es, pues, tan excepcional, o significa que quizá, esto sí en modo excepcional, un gran elemento primario estaba originado por la residencia?

6. La dimensión urbana

En los párrafos precedentes habíamos indicado algunas deformaciones en el estudio de la ciudad, la importancia del desarrollo de la industria vista de modo genérico y convencional respecto de la dinámica real de los hechos urbanos, la abstracción de algunos problemas del contexto de la ciudad, la confusión que algunas actitudes moralistas han introducido en el estudio impidiendo la formación de un *habitus* científico en la constitución de los hechos urbanos.

El que muchos de estos equívocos y prejuicios no hayan rebasado un ámbito al fin y al cabo limitado y no se hayan constituido claramente en forma sistemática –cosa que parece difícil– son fuente de muchos equívocos y conviene considerarlos en alguno de sus aspectos.

Intentaré exponer aquí sintéticamente estas opiniones que se constituyen sumariamente para explicar la génesis de la ciudad moderna; sucede encontrar exposiciones de este tipo como premisas a estudios técnicos y sectoriales. [14]

En primer lugar, esta visión se inserta en la problematicidad del término *ciudad* hoy; esta problematicidad se sostiene, nace esencialmente del fin de la homogeneidad física y política que se siguió al surgimiento de la industria. La industria, fuente de todo mal y de todo bien, llega a ser la auténtica protagonista de la transformación de la ciudad. El cambio se distingue históricamente en tres fases.

En un primer momento, y de aquí el origen de la transformación de la ciudad, se puede señalar en la destrucción de la estructura fundamental de la ciudad medieval que estaba basada en la absoluta identidad del lugar de trabajo y de la vivienda dentro del mismo edificio. Empieza así el fin de la economía doméstica entendida como unidad de producción y de consumo. La destrucción de esta forma básica de vida de la ciudad medieval con-

duce a una serie de reacciones cuyas últimas manifestaciones se medirían de lleno en la ciudad del futuro.

Al mismo tiempo surgen las casas de los trabajadores, las viviendas de obreros, las casas de alquiler; surgiría sólo aquí el problema de la vivienda como problema urbano y social. Signo distintivo de esta fase en términos espaciales es la ampliación de la superficie urbana, mientras que residencia y puesto de trabajo están poco subdivididos en la ciudad.

El segundo tiempo, decisivo, se iniciaría con la progresiva industrialización, provocando la separación definitiva entre residencia y trabajo y destruyendo la relación de vecindad.

La aparición de los primeros medios de trabajo colectivo permite escoger una vivienda que no esté en la inmediata proximidad del lugar de trabajo.

Paralela a esta evolución se puede considerar la separación entre los lugares de trabajo que producen mercancías y los que no producen mercancías. Producción y administración se separan; se inicia la división del trabajo en su sentido más preciso. Es de esta división de los lugares de trabajo de la que se originaría la *city,* creando interdependencias precisas entre los oficios que tienen entre sí necesidades de contacto cada vez mayores. La administración central de un complejo industrial, por ejemplo, busca la proximidad de los bancos, de la administración, de los seguros, más que la del lugar de producción. En el primer momento esta concentración se produce en el centro de la ciudad donde las superficies son suficientes.

La tercera fase del cambio de la ciudad se iniciaría con el desarrollo de los medios de transporte individuales y con la plena eficiencia de todos los medios de transporte destinados al trabajo. Este desarrollo debería resultar no sólo del aumento de eficiencia técnica, sino también de la participación económica de la Administración pública en el servicio de los transportes. La elección de los lugares de residencia se convierte cada vez más en independiente de los lugares de trabajo. Al mismo tiempo se desarrollan las actividades de servicio que tienden a localizarse en el centro, adquiriendo una importancia preeminente. En contraposición, cada vez es más fuerte la búsqueda de edificios de vivienda fuera de la ciudad, en el campo limítrofe.

El trabajo y su localización tienen en la elección de la vivienda un papel cada vez más subordinado. El ciudadano va a cualquier parte del territorio dando lugar al tráfico «pendular». Residencia y trabajo están ahora, en su relación, esencialmente ligados al tiempo, son función del tiempo *(Zeitfunktion).*

Es evidente que una exposición de este tipo contiene elementos verdaderos y falsos continuamente mezclados; tiene sus límites más evidentes en la descripción de los hechos, dando lugar a una especie de «naturalismo» de la dinámica urbana en la que las acciones de los hombres, la constitución de los hechos urbanos y las elecciones políticas que la ciudad lleva a cabo, se asumen sin elección. Al final, algunas legítimas y técnicamente importantes propuestas urbanísticas –baste pensar en los efectivos problemas de la descongestión y de la relación trabajo/residencia–, llegan a ser fines más bien que medios; casi principios y leyes más bien que instrumentos.

Pero se trata sobre todo de situaciones confusas en su formulación; que es el haber establecido una demasiado fácil y esquemática conmistión de puntos de vista, de afirmaciones, de sistemas de lectura, de métodos diferentes.

Las tesis principales que parece necesario discutir en esta división de la ciudad parecen ser las relativas al problema de la vivienda y al de la dimensión.

Del primero me he ocupado suficientemente, dado el equilibrio de este trabajo y en particular en los párrafos precedentes mediante la consideración de un escrito de Engels.

El segundo problema, el de la dimensión, requeriría una consideración muy amplia; pienso referirme aquí sólo a algunos de los aspectos principales de esta cuestión como puede ser entendida a la luz de los argumentos desarrollados en este estudio. Un tratamiento correcto del problema de la dimensión debería iniciarse con el problema del campo o del área de estudio y de intervención. De este problema ya me he ocupado en los primeros capítulos; y también me he ocupado de él hablando del *locus* y de la cualidad de los hechos urbanos. Naturalmente, esta investigación del «campo» puede ser aplicada también en otras direcciones; por ejemplo, en el sentido de la dimensión operativa. Pienso referirme aquí a la dimensión entendida «como nueva dimensión de la ciudad».

Es lógico que el extraordinario desarrollo de las ciudades en los últimos años, los problemas de urbanización de la población, de concentración, de aumento de la superficie urbana se hayan planteado con preeminencia a los ojos de los urbanistas y de todos los estudiosos en ciencias sociales que se ocupan de la ciudad.

Este desarrollo, la dimensión aumentada, es observable un poco en todas partes, es un fenómeno común a todas las grandes ciudades; en algunos casos tiene extraordinaria importancia. Para definir la región de la costa noreste de Estados Unidos entre Bos-

ton y Washington por una parte y el Atlántico y los Apalaches por la otra, Jean Gottmann [15] ha usado el término *Megalópoli,* ya acuñado o ilustrado por Mumford. [16] Pero si éste es el caso más clamoroso de la incrementada dimensión de la ciudad, no son menos importantes los casos de expansión de las grandes ciudades europeas.

Estas expansiones constituyen fenómenos y como tales son estudiados; las diversas hipótesis sobre la ciudad-territorio han aportado material interesante que podrá ser útil para el estudio de la ciudad. En este sentido la hipótesis de la ciudad-región puede llegar a ser verdaderamente una hipótesis de trabajo; y será tanto más útil cuanto mayormente sirva para aclarar situaciones que hipótesis precedentes no nos han podido explicar completamente.

Lo que queremos discutir es que la «nueva dimensión» pueda cambiar la sustancia de un hecho urbano. Se puede imaginar que la dimensión modifique de algún modo un hecho urbano, pero no que cambie su cualidad. Definiciones técnicas como la de «nebulosa urbana» pueden ser útiles en el lenguaje técnico, pero no explican nada. Por otra parte el inventor del término precisa que él lo ha usado «para explicar la complejidad y la falta de claridad de su estructura», pero que rechaza en particular la tesis de una escuela de ecólogos norteamericanos para los que «la vieja noción de ciudad núcleo estructurado, definido en el espacio, distinto del vecindario, es un concepto muerto» y que ven «el núcleo disolverse, formarse un tejido más o menos coloidal, la ciudad permanecer absorbida por la región económica o directamente en el conjunto de la nación». [17]

Por otra parte, el geógrafo norteamericano Ratcliff, desde un punto de vista diferente del nuestro, ha rechazado igualmente y ha condenado como popular pero falsa la tesis según la cual los problemas metropolitanos son problemas de dimensión. [18]

Reducir los problemas metropolitanos a problemas de dimensión significa ignorar completamente la existencia de una ciencia de la ciudad; en otros términos, significa ignorar expresamente la estructura real de la ciudad y sus condiciones de evolución.

El examen de la ciudad aquí realizado basándose en elementos primarios, hechos urbanos constituidos y áreas de influencia permite estudiar el crecimiento de la ciudad sin que la dimensión cambiada influya en las leyes de desarrollo.

Pero creemos que el desarrollo impropio dado por los arquitectos a la nueva dimensión puede ser explicado mediante otras sugestiones de carácter figurativo. Recordemos cómo Giuseppe Samonà, al comienzo de esta polémica, advertía del error por parte

de los arquitectos de una más fácil identificación de la acrecida dimensión urbana y el gigantismo de los productos. «Es absolutamente falso, a mi modo de ver –declaraba–, toda idea de parámetros espaciales gigantescos. En verdad, nos encontramos, como en todos los tiempos, en una situación que, desde el punto de vista general, presenta el hombre y el espacio en dimensiones equilibradas de relaciones análogas a lo de los antiguos, sólo que en las relaciones actuales todas las medidas espaciales son mayores que cuanto lo fueran las más estáticas de hace cincuenta años.» [19]

7. *La política como elección*

En este capítulo nos hemos preocupado de indicar algunas cuestiones –fundamentalmente ligadas a los problemas económicos de la dinámica urbana o, en todo caso, de ellos derivables– que no surgían en los temas tratados en los capítulos precedentes. (O sólo parcialmente a propósito de la clasificación operada por Tricart.)

Para hacerlo he expuesto y comentado inicialmente dos tesis; la primera de Maurice Halbwachs, cuyo trabajo sumario ha contribuido notablemente a aumentar nuestros conocimientos sobre la ciudad y sobre la naturaleza de los hechos urbanos, y la segunda de Hans Bernoulli, teórico ágil e inteligente de uno de los problemas màs discutidos de la ciudad moderna.

Estos dos autores consideran también desde estos puntos de vista algunos elementos de discusión que han ocupado este estudio y que requieren ser verificados constantemente.

Bernoulli, desarrollando su tesis de las relaciones entre la propiedad del suelo y la arquitectura de la ciudad, había de llegar rápidamente a una concepción científica de la ciudad; no sucedía de modo diferente, partiendo del proyectar, a los arquitectos teóricos como Le Corbusier y Hilberseimer en el mismo clima del racionalismo.

En las páginas precedentes hemos visto el aspecto romántico de especialistas como Bernoulli y Hegemann; y cómo su moralismo, que tanto valor da a su figura de polémicos y de innovadores, acaba viciando su estudio de lo real; estoy convencido de que no se puede eliminar tan fácilmente la componente moralista en la valoración de los estudios de los teóricos de la ciudad y que sería una operación arbitraria. La posición de Engels era sencillamente más fácil; afrontaba el problema por así decirlo «desde fuera», es decir, desde el punto de vista político y económico, para

decirnos que en este sentido el problema no existía. La conclusión podrá parecer paradójica: pero es la única consideración clarificadora.

Cuando Mumford acusa a Engels de sostener «que hay suficientes viviendas para salir adelante con tal que sean divididas» y de basar esta afirmación en la presunción no controlada de que lo que los ricos poseen es bueno, deforma brutalmente el pensamiento de Engels pero en sustancia reafirma la bondad de la tesis de éste. [20]

Y no sorprende, por otra parte, que la tesis de Engels no haya sido desarrollada en los estudios sobre la ciudad; no podía ser desarrollada en aquellos términos porque se planteaba en puros términos políticos.

Aquí se podrá objetar que después de haber intentado captar la complejidad de la cuestión urbana en todos sus términos y por lo tanto haber remitido a la totalidad misma de la estructura cualquier explicación concreta, ahora separamos lo que constituye, sin embargo, el hecho principal de la *polis,* la política, de su construcción.

La pregunta puede ser, pues, planteada en estos términos; si la arquitectura de los hechos urbanos es la construcción de la ciudad, ¿cómo puede estar ausente de esta construcción lo que constituye su momento decisivo, la política?

Pero, sobre la base de todas las argumentaciones expuestas aquí, nosotros no sólo afirmamos el lazo político, sino que, al contrario, sostenemos la preeminencia de este lazo y precisamente su carácter decisivo.

La política, de hecho, constituye aquí el problema de las elecciones. ¿Quién en última instancia elige la imagen de una ciudad? La ciudad misma, pero siempre y solamente a través de sus instituciones políticas.

Se puede afirmar que esta elección es indiferente; pero sería simplificar trivialmente la cuestión. No es indiferente; Atenas, Roma, París son también la forma de su política, los signos de una voluntad.

Desde luego, si consideramos la ciudad como manufactura, al igual que los arqueólogos, podemos afirmar que todo lo que se acumula es signo de progreso; pero ello no quita que existan valoraciones de este progreso. Y diferentes valoraciones de las elecciones políticas.

Pero entonces la política, que parecía ajena, casi mantenida lejos de este discurso sobre la ciudad, hace su aparición en prime-

ra persona; se presenta del modo que le es propio y en el momento constitutivo.

Entonces la arquitectura urbana —que, como sabemos, es la creación humana— es querida como tal; el ejemplo de las plazas italianas del Renacimiento no puede ser referido ni a su función, ni a la casualidad. Son un medio para la formación de la ciudad, pero se puede repetir que lo que parece un medio ha llegado a ser un objetivo; y aquellas plazas son la ciudad.

Así, la ciudad se tiene como fin a sí misma y no hay que explicar nada más que no sea el hecho de que la ciudad está presente en estas obras. Pero este modo de ser implica la voluntad de que esto sea de este modo y continúe así.

Ahora bien, sucede que este modo es la belleza del esquema urbano de la ciudad antigua, con la que se nos da el parangonar siempre nuestra ciudad; ciertas funciones como tiempo, lugar, cultura modifican este esquema como modifican las formas de la arquitectura; pero esta modificación tiene valor cuando, y sólo cuando, ella es un acto, como acontecimiento y como testimonio, que hace la ciudad evidente a sí misma.

Se ha visto cómo las épocas de nuevos acontecimientos se plantean este problema; y sólo una feliz coincidencia da lugar a hechos urbanos auténticos; cuando la ciudad realiza en sí misma una idea propia de la ciudad fijándola en la piedra. Pero esta realización puede ser valorada sólo en los modos concretos con los que ésta acontece; hay una relación biunívoca entre el elemento arbitrario y el elemento tradicional en la arquitectura urbana. Como entre las leyes generales y el elemento concreto.

Si en toda ciudad hay personalidades vivas y definidas, si toda la ciudad posee un alma personal hecha de tradiciones antiguas y de sentimientos vivos como de aspiraciones indecisas, no por esto es independiente de las leyes generales de la dinámica urbana.

Tras los casos particulares hay hechos generales, y el resultado es que ningún crecimiento urbano es espontáneo, sino que las modificaciones de estructura se pueden explicar por las tendencias naturales de los grupos dispersos en las diversas partes de la ciudad.

En fin, el hombre no sólo es el hombre de aquel país y de aquella ciudad, sino que es el hombre de un lugar preciso y delimitado y no hay transformación urbana que no signifique también transformación de la vida de sus habitantes. Pero estas reacciones no pueden ser simplemente previstas o fácilmente derivadas; acabaremos atribuyendo al ambiente físico el mismo determinismo que el funcionalismo ingenuo ha atribuido a la forma. Reacciones

y relaciones son difícilmente individualizables de modo analítico; están comprendidas en la estructura de los hechos urbanos.

Esta dificultad de individualización nos puede inducir a buscar un elemento irracional en el crecimiento de la ciudad. Pero este crecimiento es tan irracional como cualquier obra de arte; el misterio estriba quizás y sobre todo en la voluntad secreta e incontenible de las manifestaciones colectivas.

Así, la compleja estructura de la ciudad surge de un discurso cuyos puntos de referencia pueden parecer abstractos. Quizás es exactamente como las leyes que regulan la vida y el destino de cada hombre; en toda biografía hay motivos suficientes de interés, si bien toda biografía está comprendida entre el nacimiento y la muerte.

Es cierto que la arquitectura de la ciudad, la cosa humana por excelencia, es el signo concreto de esta biografía; aparte del significado y del sentimiento con los que la reconozcamos.

Notas al capítulo cuarto

[1] MAURICE HALBWACHS, *La population et les tracés de voies à Paris depuis un siècle,* París, 1928.

Sobre la aplicación del método y de los resultados de nuestro estudio, véase también nuestra cita, *op. cit.,* cap. II, nota 1.

[2] A. R., «II concetto di tradizione nell'architettura neoclassica milanese», en *Società,* año XII, núm. 3, Turín, 1956.

En este estudio ya entreveía, partiendo del análisis del concepto histórico de la historia urbana milanesa, la posibilidad de una más vasta teoría urbana que tuviese en cuenta la unidad del desarrollo de los hechos aún en sus múltiples aspectos. Así, la arquitectura del siglo XVIII se convertía en emblemática en el contraste entre una concepción racional e ilustrada de la ciudad y el interés para cada situación. Las líneas principales de la formación del plano napoleónico son las siguientes. Por decreto virreinal del 9 de enero de 1807, los municipios de Milán y Venecia eran dotados de una comisión de ordenación con vastos poderes y amplia esfera de acción. Precisamente era misión de la Comisión «señalar un tipo general de las calles internas de la ciudad para la sistematización sucesiva de éstas; hacer, a demanda del Municipio, los proyectos necesarios para la mejora simétrica de las construcciones lindantes con las calles y para el ensanche rectilíneo de éstas y para la ejecución de los proyectos ponerse de acuerdo con los particulares [...], vigilar por la seguridad pública sobre la posibilidad de los fabricados, etc. [...]». La Comisión nombrada por el Gobierno estaba compuesta por las personalidades más insignes que en este campo había entonces en Milán, entre ellos Cagnola y Canonica. Naturalmente, el primer trabajo al que se aprestó la Comisión de Ordenación pública fue el del plan regulador, cuyo proyecto se realizó en aquel año, pero, sin embargo, no descuidó un trabajo atento de guía, de disposiciones, de intervención directa y continua en el desarrollo de la ciudad en los años que van de 1807 a 1814.

Podemos aludir al plan en sus grandes líneas. Se preveía, dándola por realizada, la construcción de un nuevo gran centro, el Foro Bonaparte, proyectado por Antolini ante el castillo de los Sforza; de éste debía partir la gran calle Napoleón (cerca de donde se encuentra la calle Dante), que desembocaba más o menos a la altura del Cordusio, en una interesante plaza triangular, y de aquí proseguía en línea recta teniendo como fondo el Hospital Mayor y San Nazaro. Casi paralela a ésta, otra calle, partiendo más o menos del fondo de la vía San Giovanni sul Muro, se dirigía al templo de San Sebastiano del Tibaldi aislado y delineado en una gran plaza rectangular, dilatándose en torno a su planta central, subrayaba su volumen. Entre el Arzobispado y el Palacio de Justicia desembocaba el *corso* de la Riconoscenza (ya *corso* de Porta Orientale y hoy de Porta Venezia). La plaza del Duomo era ensanchada sin perturbar la primitiva red romana.

Como conclusión del estudio, escribía: «[...] En fin, considérese el respeto hacia los edificios artísticos y las memorias históricas de la ciudad, los monumentos considerados como sede y testimonio de la historia municipal, que son puestos como fondo y en el centro de las plazas, casi elementos constitutivos de aquel más vasto plan de construcción y de ordenación que la historia va formando en el tiempo y en el que las ciudades van a contemplarse» (p. 491).

Sobre la historia urbana de Milán existe un vastísimo material analítico y útiles valoraciones.

[3] ORIOL BOHIGAS, *Barcelona entre el Pla Cerdà i el barraquisme,* Edicions 62, S. A., Barcelona, 1963.

ILDEFONS CERDÀ, *Teoría general de la Urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma* y *ensanche de Barcelona, 2* vols., Barcelona, 1867; reedición por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971.

Bohigas ha estudiado y puesto de relieve, quizá por primera vez, el plan de Cerdá y su enseñanza; observa como la obra, de 1867, precede en unos veintiséis años el libro de Stübbens, *Der Städtebau,* que es considerado el primer tratado de urbanística.

Creo interesante referir aquí algunos de los pasajes de la obra de Cerdá, citados por el especialista catalán, remitiendo al ensayo de Bohigas para una valoración de su obra y del plan de Barcelona.

«[...] La urbe [...] no es más que una especie de estación o parador [...]. Tendrá siempre una o más vías que partan [...] de la gran red viaria que cruza la superficie de nuestro globo. De estas vías que llamamos trascendentales parten otras que distribuyen el movimiento [...] por la generalidad de la urbe. De éstas, que son las vías propiamente urbanas, arrancan otras que van a comunicar con las viviendas particulares [...]. Las circunscripciones formadas por las vías urbanas a consecuencia de sus recíprocas intersecciones han de ser mucho más pequeñas que las circunscritas por las trascendentales. Estas circunscripciones relativamente pequeñas, bien que mayores que las particularistas, son las que [...] se denominan barrios.»

Estos son «[...] apartaderos que el hombre se ha reservado para su estancia o permanencia siempre que desee separarse del gran movimiento que agita a la humanidad».

Bohigas muestra muy agudamente que, si bien muchos temas de Cerdá son comunes a la literatura romántica, sin embargo se destacan de ésta completamente por la importancia dada a la clasificación urbana y al análisis de las situaciones concretas.

[4] VINCENZO RIZZI, *I cosidetti statuti murattiani per la città di Bari,* Bari, 1959.

[5] PIERRE LAVEDAN, *op. cit.*. cap. II, nota 14.

La ciudad de Richelieu es una creación del gran cardenal, ministro de Luis XIII, de 1635-1640.

Hacia 1638, las murallas de la ciudad, la iglesia y cierto número de edificios están iniciados. En 1641 el conjunto parece terminado. El plan es muy regular, con un gran eje central que divide la ciudad en dos partes simétricas. El eje, partiendo de una puerta, está circundado por casas uniformes, *y* desemboca en una plaza cuadrada de ángulos cuadrados, donde se encuentran los edificios principales. En Richelieu el orden es impuesto no sólo en una plaza, en una calle, sino en una ciudad entera; es una magnífica unidad monumental que se ha conservado hasta nuestros días. Ha desaparecido, en cambio, el castillo que desde el comienzo era extraño a la ciudad; en el diseño de ésta no se intentó una composición más vasta de la que el castillo podía ser un elemento de desarrollo.

Con una evolución topográfica mucho más compleja está la otra gran ciudad residencial francesa: Versalles.

[6] HANS BERNOULLE, *La città e il suolo urbano,* ed. ital., 1951.

[7] *Idem,* p. 19.

[8] *Idem,* p. 67.

[9] WERNER HEGEMANN, *Das steinerne Berlin, Geschichte der grössten Mietkasernenstadt der Welt,* Berlín, 1930.

El volumen de Hegemann constituye una de las más importantes contribuciones de la historia urbana de Berlín; un libro excepcional donde el empeño político para una renovación democrática de las instituciones civiles se funde con un extraordinario conocimiento del desarrollo de la ciudad. Para Hegemann, Berlín, la más grande ciudad de casernas obreras de alquiler reguladas por una siniestra ordenación de policía, es también una ciudad que tiene en sí grandes posibilidades de renovación. El siguiente párrafo (Los falansterios regulados por las ordenanzas de policía) son indicativos de la fuerza y de la precisión de su obra.

«Berlín contaba cerca de 450.000 habitantes cuando el presidente de Policía de aquella época, despreciando los requerimientos de sociólogos y economistas, lanzó su temerario Plan Regulador que destinaba –para el porvenir– superficies verdes de los alrededores de Berlín para la construcción de gigantescos falansterios, estrechamente unidos, provistos de patios mal iluminados —de dos hasta seis para cada edificio— y la futura población, calculaba en alrededor de cuatro millones, a una forma de alojamiento que sólo un demonio habría podido concebir como un infierno para vivos.

»[...] Las tablas ilustradas demuestran aún al constructor profano lo que combinaron entonces el presidente de Policía y sus consejeros secretarios y lo que habría podido en cambio llegar a ser Berlín si hubiese llegado un poco antes al poder aquel electorado que ganó la mayoría en el Parlamento prusiano después del hundimiento de 1918. El barrio de Schöneber, erizado de construcciones intensivas y el más aireado de Britz, así como los falansterios *(Mietkasernen)* de Tempelhof y de la ciudad jardín, han salido sobre campos abiertos exactamente de la misma naturaleza.

«Solamente un incorregible contradictor podrá afirmar que las feas, intensivas y malsanas construcciones del período de anteguerra que deslucen casi todo Berlín, hayan sido necesarias y de utilidad pública. En los capítulos precedentes he demostrado cómo el arbitrio del rey y de los príncipes prusianos había influido dañosamente en la urbanística berlinesa. Sin embargo, a menudo este arbitrio estaba acompañado de una buena voluntad y también sus torpezas fueron más soportables que la anarquía constructiva provocada por el Gobierno prusiano en el siglo XIX. En la lucha entre Estado y ciudad, el bienestar público viene confiado sólo al acaso o completamente sacrificado a la ventaja del momento. Pero, ¿cómo se llegó a semejante anarquía?

»El Gobierno había eludido siempre, desde hacía más de cien años, el deber –que le competía– del ensanche de la ciudad.

«Súbitamente tuvo que tomar a su cargo los costes de construcción de las nuevas calles que al fin era necesario construir y se opuso con el pretexto de que la ordenación municipal de 1808 había separado las finanzas ciudadanas de las estatales. Sin embargo, el Gobierno no quiso decidirse a ceder a la capital también los derechos y los deberes gubernativos para la autonomía urbanística.

»En un país donde el absolutismo ha suprimido completamente o ha debilitado fuertemente la autonomía de los ciudadanos y hasta la posibilidad –para los ciudadanos más ricos– de construirse una casa decorosa, el bienestar público debe ser protegido con armas particularmente eficaces contra los abusos de los especuladores privados. Estas armas, en el caso particular, quedan representadas por la ordenación edificatoria y por el Plan Regulador.

Pero –por una triste fatalidad que pesa sobre Berlín– el Gobierno prusiano logró hacer ineficaces estas dos armas. ¿Por qué? Por temor reaccionario contra la autonomía administrativa, por el hábito hereditario de inmiscuirse en todo asunto público o privado; en una palabra, por incapacidad política. Así, el Gobierno se reservó la compilación de la ordenación edificatoria. La redacción y la elaboración detallada de los planes reguladores fue denegada –con despecho– a las ciudades prusianas, después, sin embargo, de haber aprobado e indicado el modelo (¡muy frecuentemente imitado!), el increíble Plan Regulador de Berlín, no desde luego a favor de la comunidad. sino para complacer a los propietarios de terrenos.

»Así, la ordenación edificatoria y el plan regulador que podemos definir como dos caras de la misma arma (¡fusil y cartuchos!) fueron confiados a dos autoridades diferentes, cuya imcompatibilidad y desconfianza recíproca tuvieron consecuencias mucho peores que —por ejemplo— la corrupción de los empleados que ha dañado a muchas ciudades norteamericanas.

«Favorecidos resultaron en cambio solamente los especuladores del suelo, que hubieran tenido que ser mantenidos a raya con estas armas; haciéndolas ineficaces, el Gobierno prusiano acabó alentándolos a enriquecerse sin escrúpulos y sin estorbos, antes con el apoyo de la autoridad a expensas de la comunidad. Las desventajas estaban reservadas sólo a los ciudadanos indefensos, a las grandes masas de los habitantes que la equivocada acción gubernativa constreñía a un alojamiento casernario como el mundo nunca había conocido antes. La urbanística y la edificatoria berlinesa recaían aún —hasta 1853— bajo la ordenación de 1641, integrada por normas adjuntas de 1763.

»La nueva ordenación edificatorio-policíaca de 1853 atendió casi exclusivamente a la máxima seguridad contra los incendios. Esta protección contra el fuego (definida como «piromanía» por Ernst Bruch, el mejor crítico de tal plan) era tan exagerada y sometía a los constructores a precauciones tan costosas que prácticamente la construcción de casas más económicas y más «racionales» fue hecha imposible. En compensación, sin embargo, delante de calles anchas de más de quince metros se podían elevar edificios de cualquier altura y aun sobre calles menos anchas eran admitidas alturas hasta de 1 y 1 1/4 de la anchura de la calle. ¡Pero estas normas —ya por sí insuficientes— valían sólo para la fachada! Sobre los grandes terrenos interiores, el Gobierno permitió la construcción de los famosos «patios berlineses»: para éstos bastaba la profundidad y la anchura de 5,3 m, mientras que las fachadas posteriores que los circundaban podían llegar hasta 22 m, o sea tan altas como las fachadas de cara a la calle.

»Por lo menos la mitad de las ventanas de estas casas daban sobre los pequeños patios. No existía limitación de la superficie edificable a utilizar: por ello la relación entre la anchura de la calle y la altura de la casa era solamente una especie de bravata exterior. Por lo que se refería a la parte posterior de las casas, el Gobierno prusiano había hecho aún menos con respecto a ventilación y lucernarios —de hecho no hacía ninguna objeción a los huecos de ventanas— si no hubiese sido por el miedo a los incendios: por esto los patios cerrados tenían exactamente la anchura mínima suficiente para maniobrar la bomba contra incendios.

»Este absurdo Plan Regulador pudo continuar funcionando sin notables cambios hasta 18S7: ¡hasta fue imitado respetuosamente por muchas otras ciudades alemanas!...

»Cuando el Gobierno, después de más de treinta años de su funcionamiento, intentó mejorarlo un poco, los propietarios de terrenos lucharon como leones para defender los derechos adquiridos y continuar también en el futuro disfrutando del suelo contra el interés de la comunidad y manteniendo los precios al más alto nivel posible, como les había sido permitido, y hasta «recomendado» por el Estado prusiano.

»No obstante, uno de los problemas más importantes había quedado sin solucionar en la ordenación de 1853: ¿quién debía asumir los gastos por el suelo necesario a los trabajos viarios particularmente urgentes en todos sitios? Según el Código regional, toda limitación de la propiedad debe estar basada en una ley. En 1855 el ministro de Comercio, que en Prusia era competente también para las Obras Públicas, intentó cargar a los municipios con la obligación de indemnizar el terreno de las calles.»

[10] HANS PAUL BAHRDT, "Kritik der Grossstadtkritik", en *Die moderne Grosstadt. Soziologische Ueberlegungen zum Städtebau,* Hamburgo, 1961; edición italiana, *Lineamenti di sociologia della città,* Padua, 1966, pp. 12-34. Versión castellana: *La moderna metrópoli,* Editorial Universitaria de Buenos Aires - EUDEBA, Buenos Aires, 1969.

[11] FRIEDRICH ENGELS, *La questione delle abitazioni,* edición italiana, Roma, 1950. Versión castellana: *El problema de la vivienda* y *las grandes ciudades.* Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona, 1974. F. E., *La. situazione della classe operaria in Inghilterra,* Roma, 1955.

[12] FRIEDRICH ENGELS, *op. cit.* en nota precedente.

El parecer general de Engels sobre la cuestión está expresado claramente después cuando declara: «[...] Ni tampoco es necesario que me defienda de la otra acusación : de que las infames condiciones de alojamiento en las que viven actualmente los obreros son para mí «pequeñeces insignificantes». Que yo sepa, he sido el primero en Alemania en describir esta situación en su forma de evolución clásica, como es la de Inglaterra [...]. Pero el resolver la llamada cuestión de la vivienda no me pasa ni siquiera por la cabeza; igualmente, como no me ocupo de los detalles de la solución de la cuestión alimenticia, que es aún más importante. Me tengo por satisfecho si logro demostrar que la producción de nuestra sociedad de hoy es suficiente para proporcionar de qué comer a todos los miembros de la sociedad, y que hay bastantes casas para proporcionar de momento cobijo espacioso y sano a todas las masas obreras. Especular sobre hechos como el modo en el que la sociedad futura regulará la distribución de los víveres y de las viviendas conduce directamente a la utopía» (p. 136).

[13] STEEN EILER RASMUSSEN, *London the unique city,* Londres, 1934 y 1960.

[14] Por ejemplo, en *Städte verändern ihr Gesicht,* Stadplanungs und Vermessungsamt Hannover, Stuttgart, 1962. Con una bibliografía interesante para este tipo de planteamiento de los problemas; bibliografía en gran parte de carácter socioeconómico. Recuérdese, por otra parte, la referencia a la primera revolución industrial, cómo el momento del salto cualitativo urbano acompaña (y paraliza) toda la historiografía del movimiento moderno.

[15] JEAN GOTTMAN, *Megalopolis, the urbanized northeastern seaboard of the United States,* Nueva York, 1961.

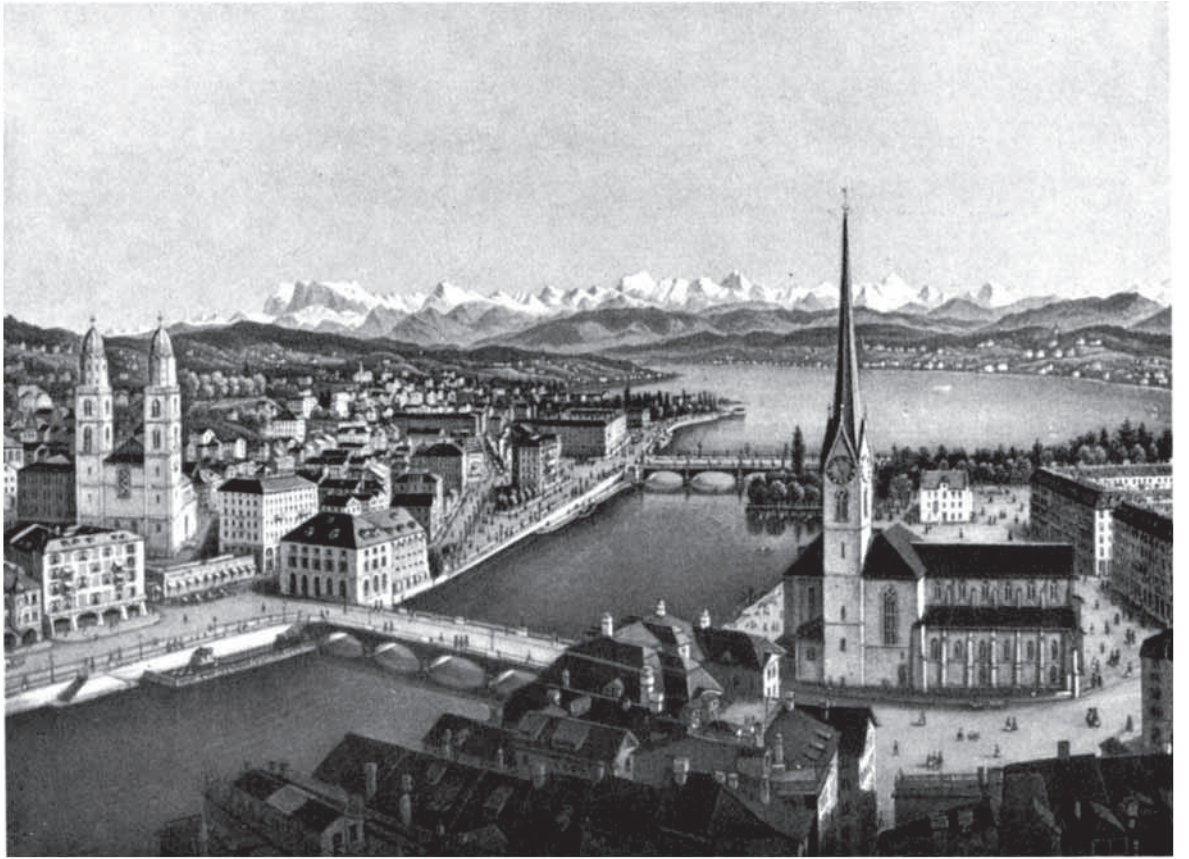
[16] LEWIS MUMFORD, *op. cit.,* cap. I, nota 1.

[17] JEAN GOTTMAN, «De la ville d'aujour-d'hui à la ville de demain; la transition vers la cité nouvelle», en *Prospective,* núm. 11, L'Urbanisation, París, 1964. Véase también la introducción de Pierre Massé.

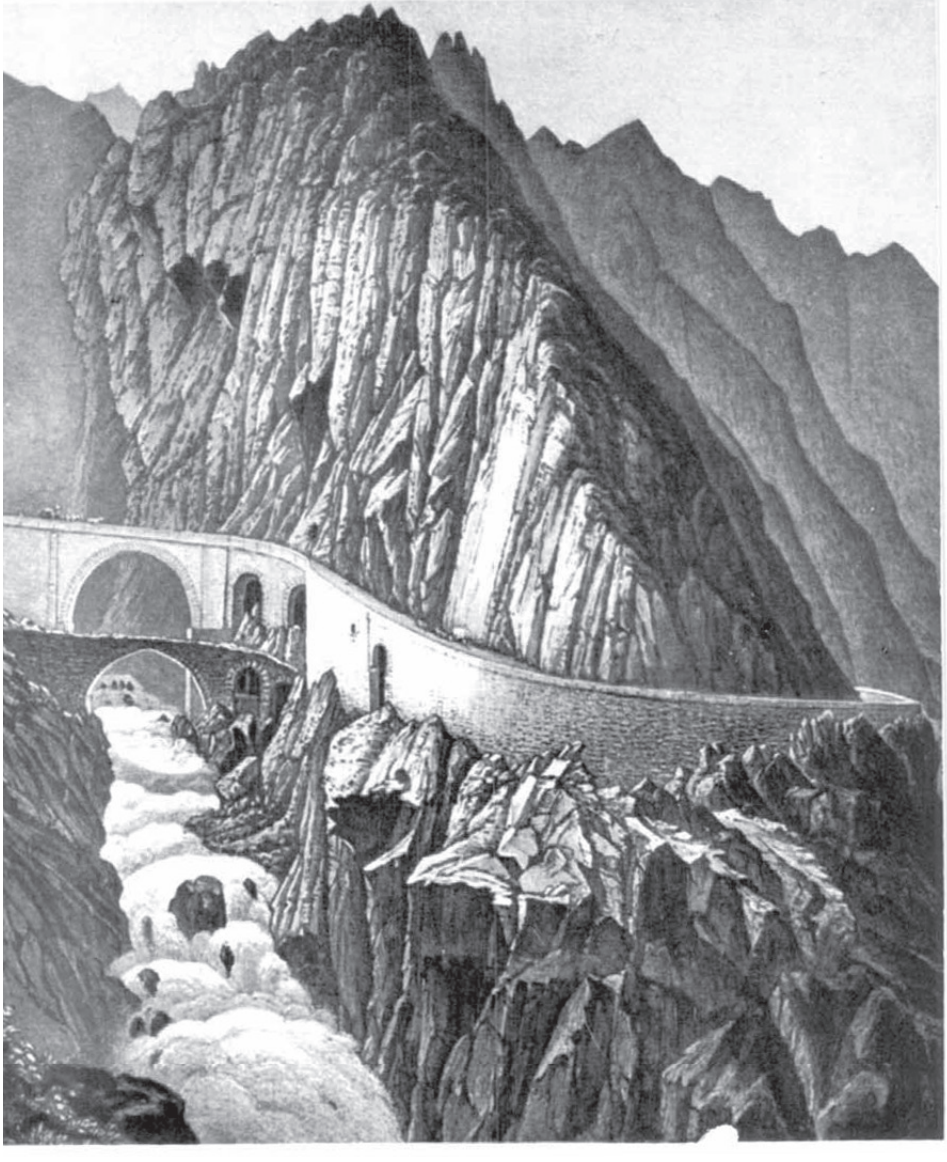
[18] RICHARD U. RATCLIFF. *op. cit.*. cap. 1, nota 12.

[19] GIUSEPPE SAMONA,en «La città territorio, un esperimento didattico sul centro direzionale di Centocelle in Roma», Bari, 1964. Intervención en p. 90.

[20] LEWIS MUMFORD, *op. cit.,* cap. 1, nota 1.



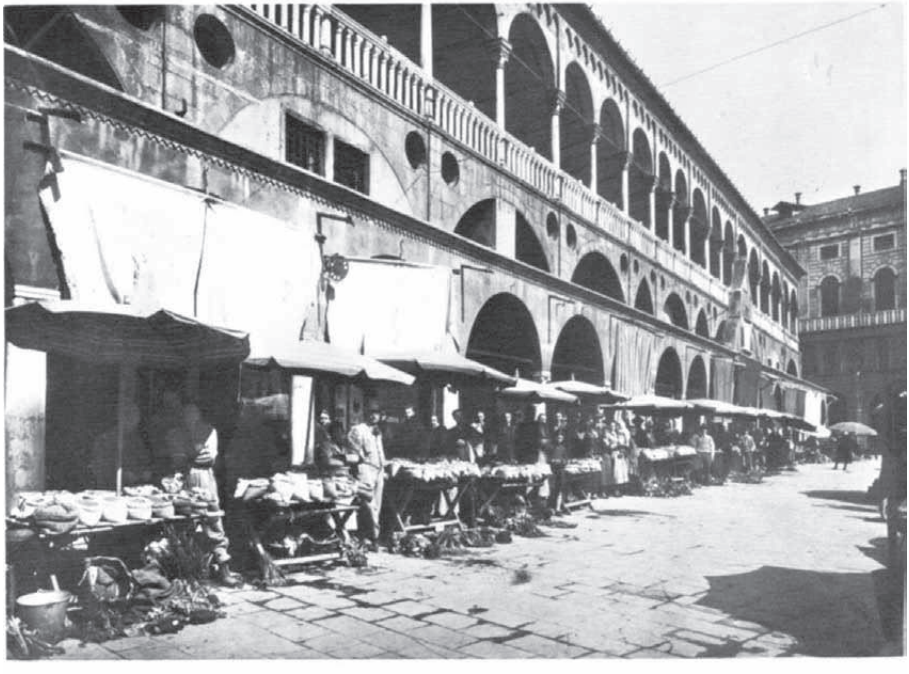
1 - Zurich. El lago de Zurich y los Alpes desde la torre de San Pedro.

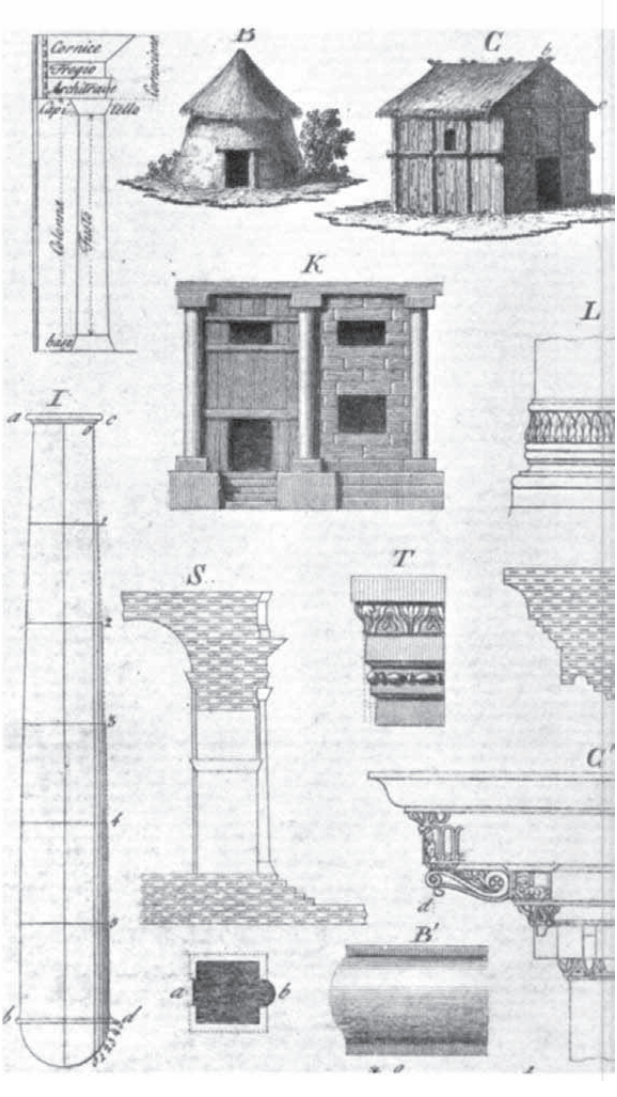


2-El puente del Diablo sobre el paso de San Gotardb

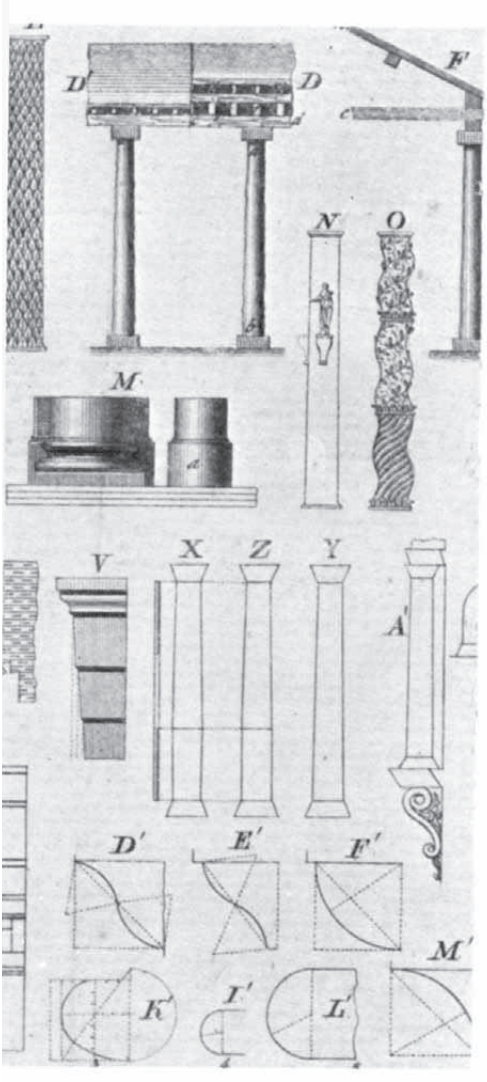
3-Padua. Palazzo della Ragione.

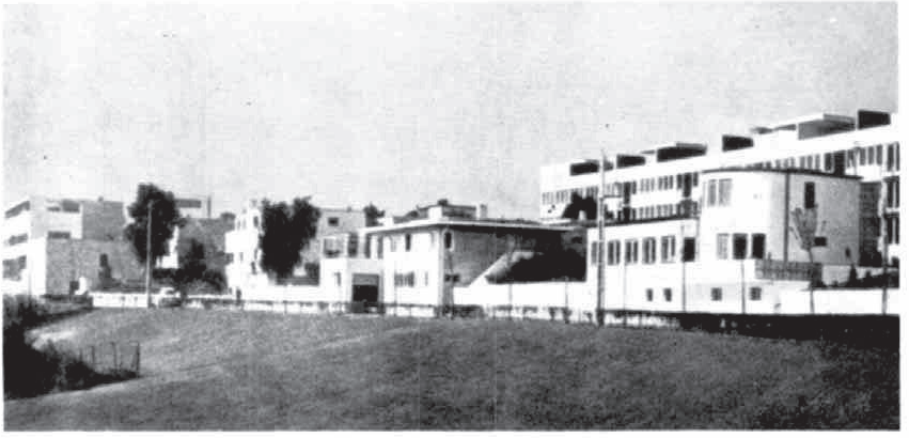
4, 5-Padua. Palazzo della Ragione.



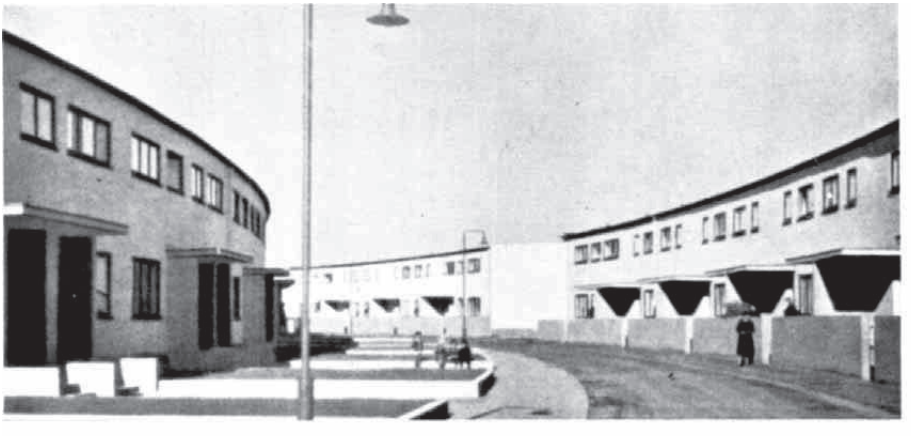


6-Francesco Milizia. Principios de Arquitectura civil. Parte primera, 1.ª lámina.

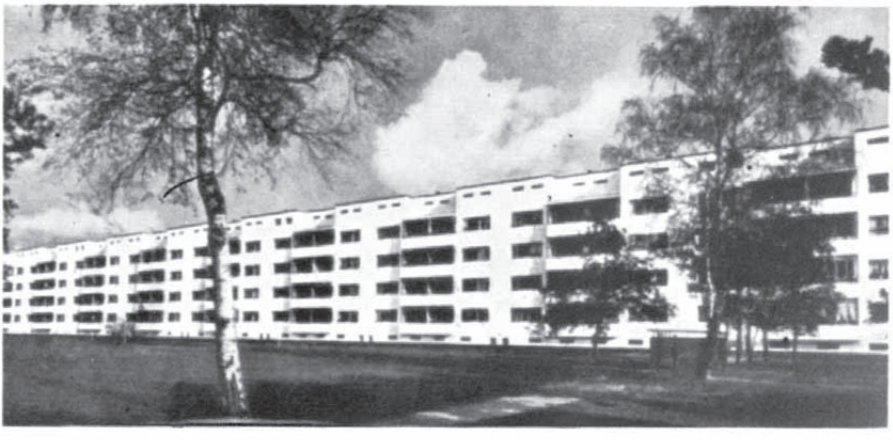

D'
D
F
N
O
M
V
X
Z
Y
A'
D'
E'
F'
M'
K'
I'
L'



7-«Siedlung Weissenhof» en Stoccarda, 1927.



8-«Siedlung Römerstadt» en Frankfurt am Main.

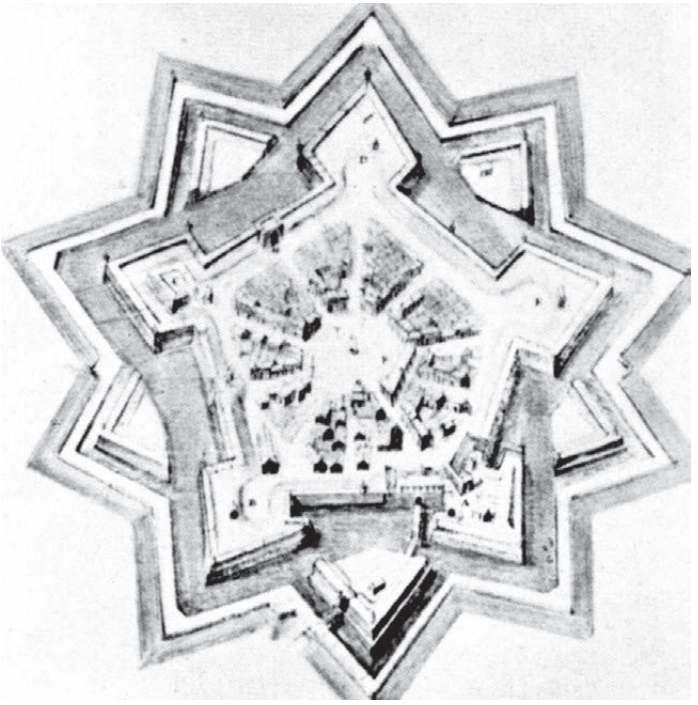


9 - Siemensstadt, Berlín, 1930.

10-Arles, el anfiteatro romano en 1686.

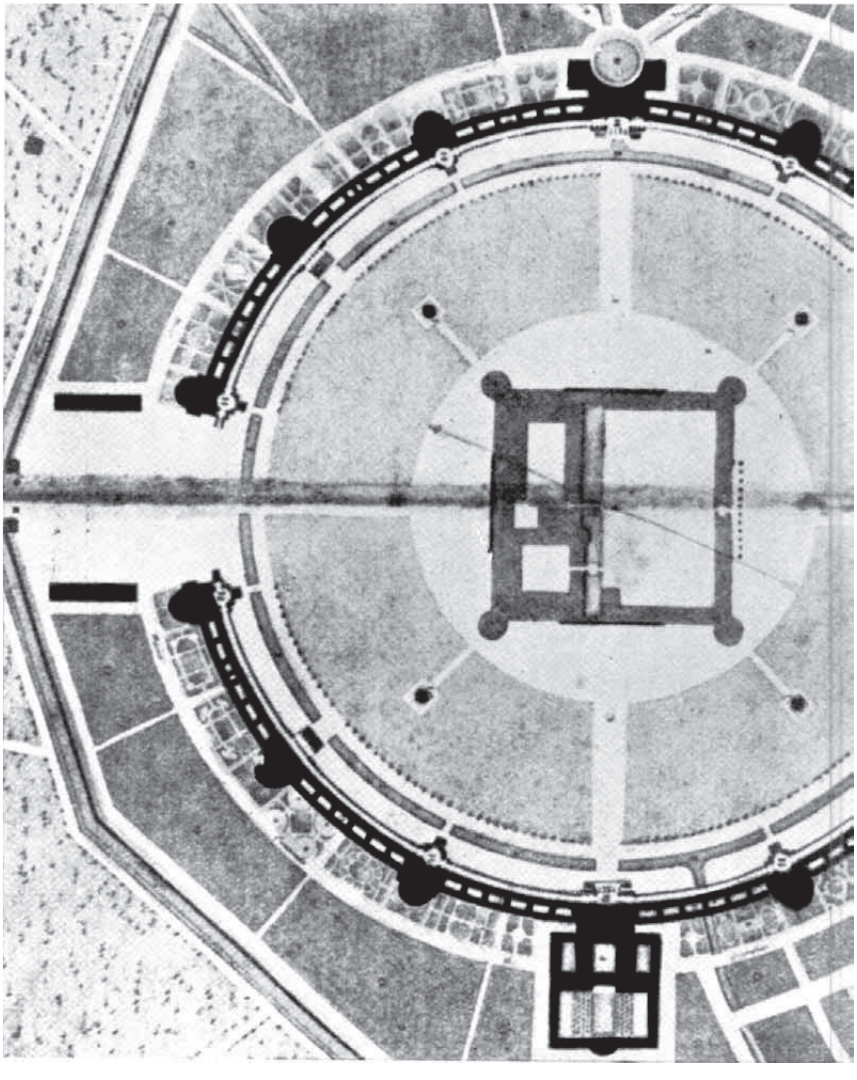
11-Arles, foto aérea del anfiteatro romano.

12, 13 - Planimetrías de dos ciudades fortificadas de Francia, en el proyecto y en foto aérea.

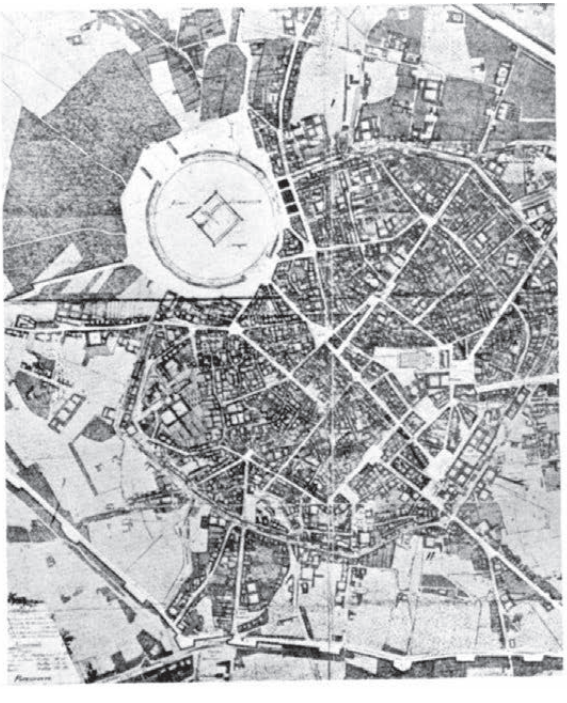


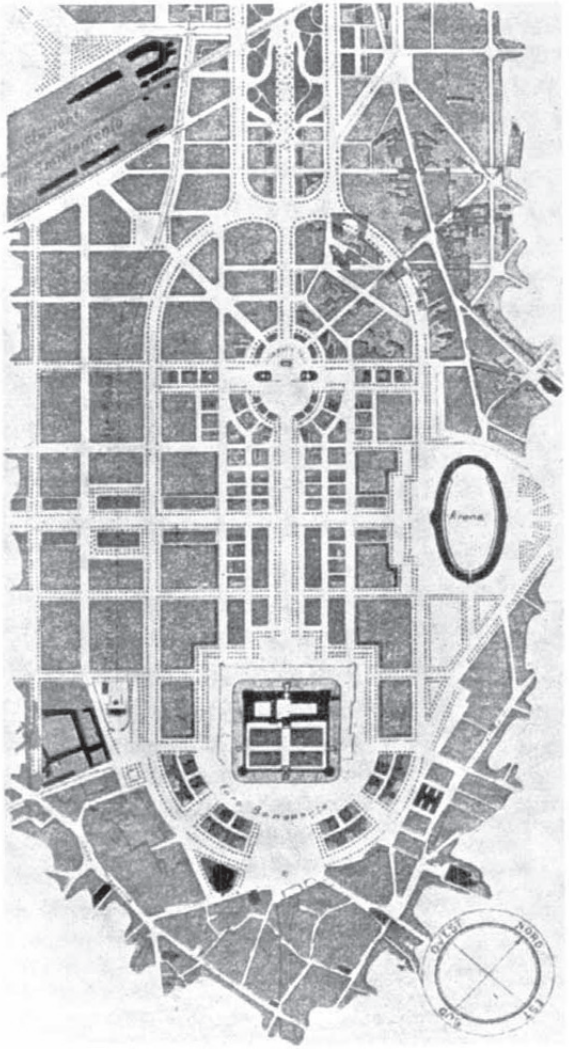
12, Brouage (Charente Maritime).

13-Rocroi (Ardenas).

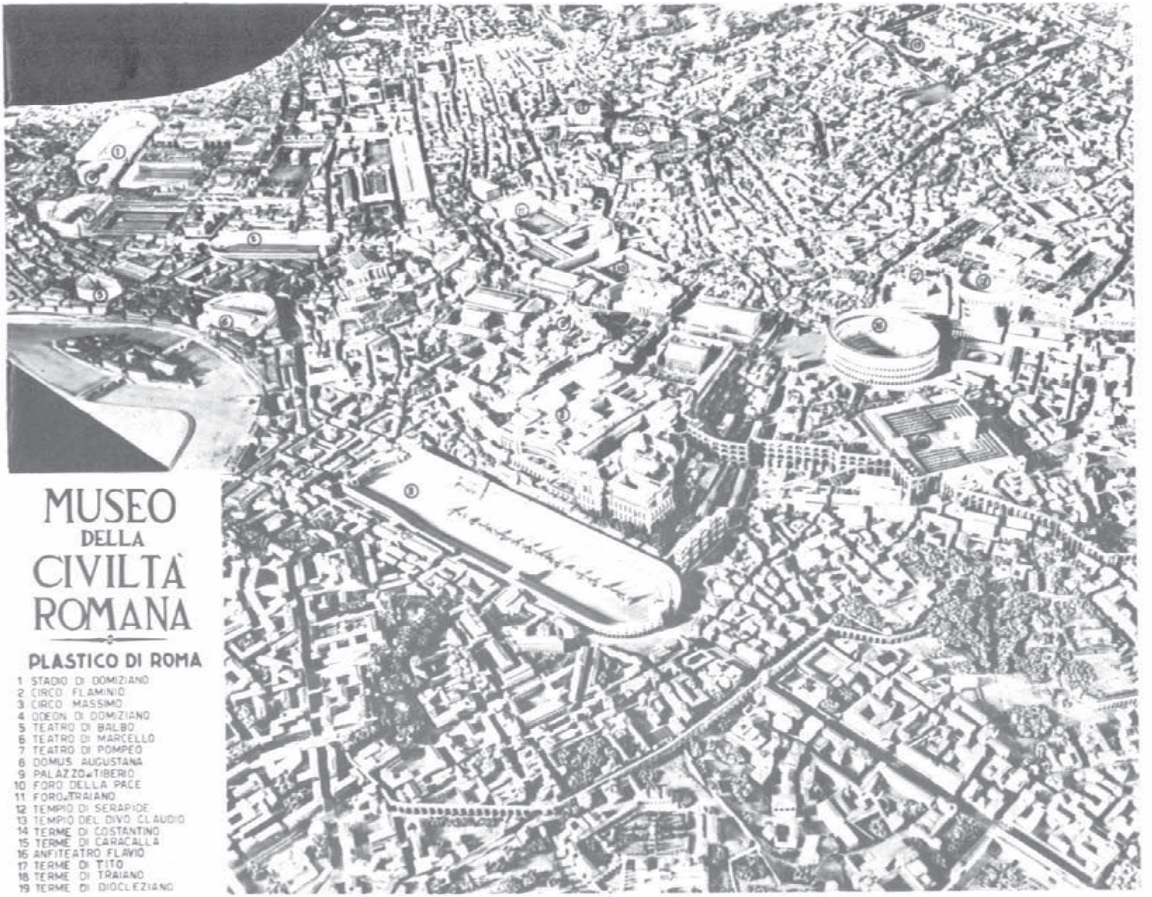


16, 17-Milán, plano napoleónico (1804), con el foro Bonaparte de Antolin

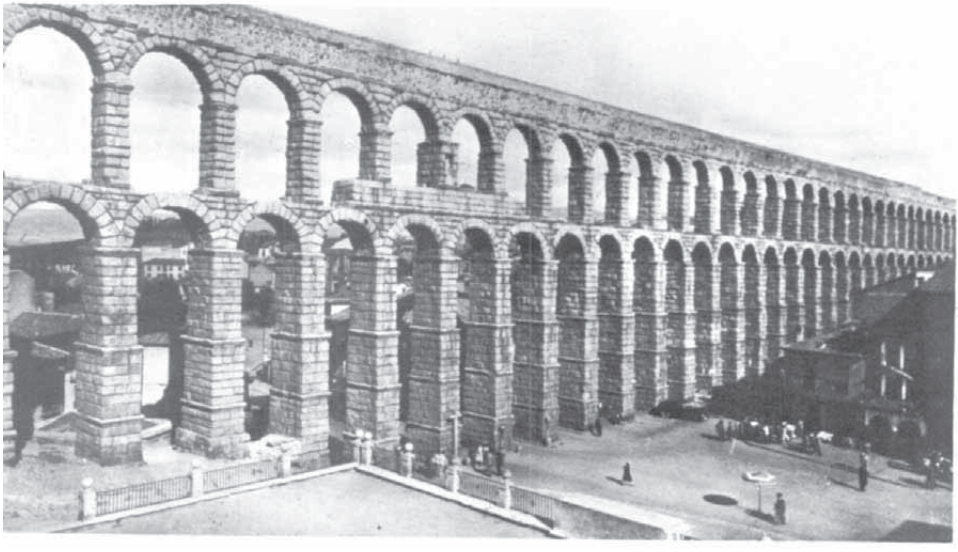




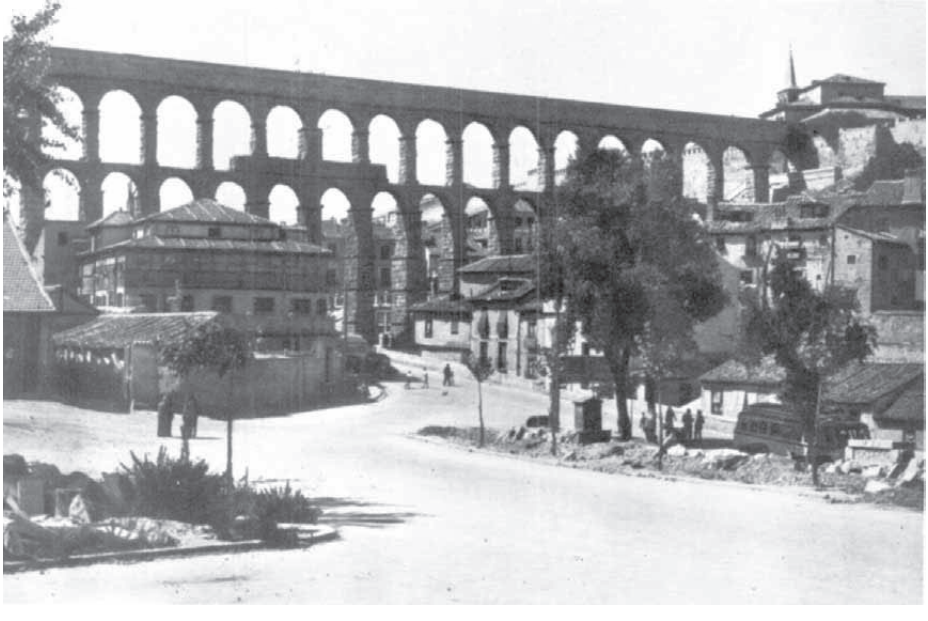
18-Milán, plano Beruto (1874). Variante para la zona del castillo.

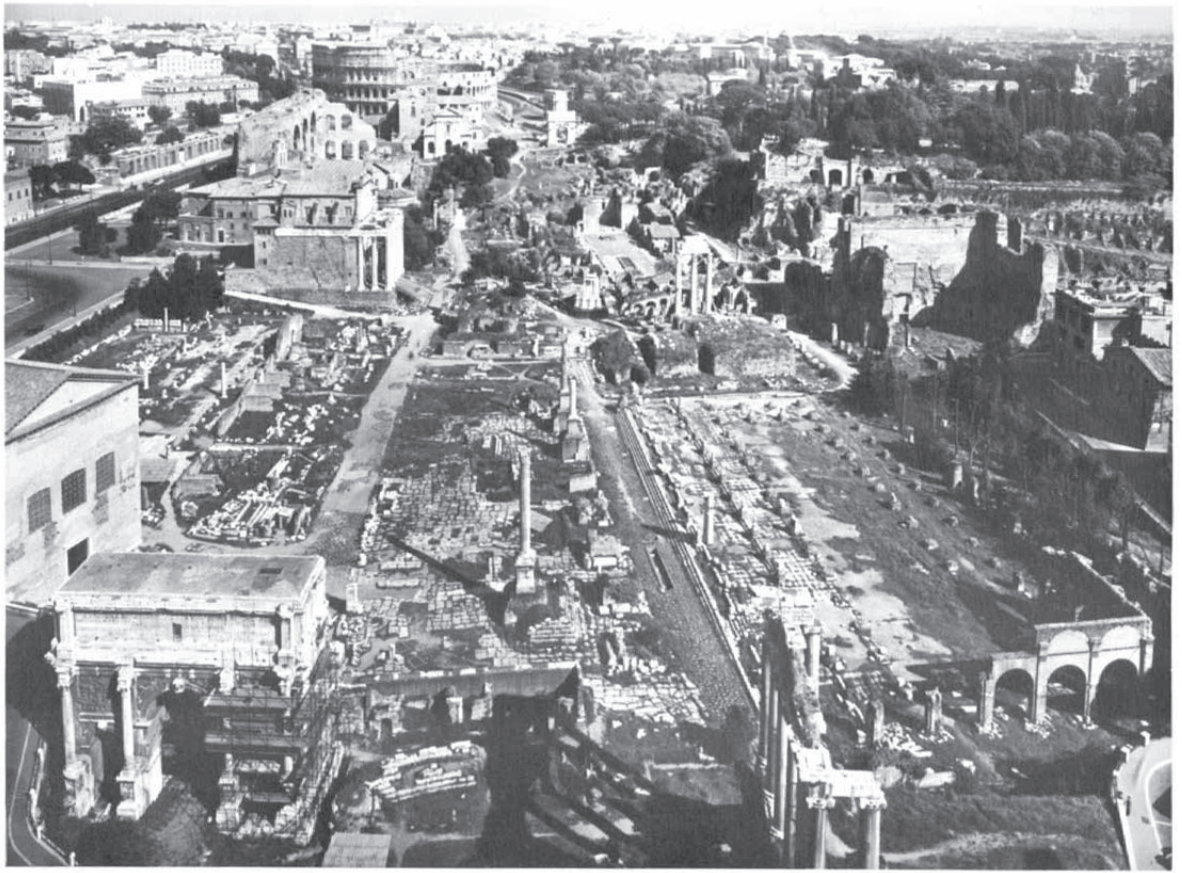


19 - Maqueta de Roma.



20, 21 - Segovia, el acueducto romano.

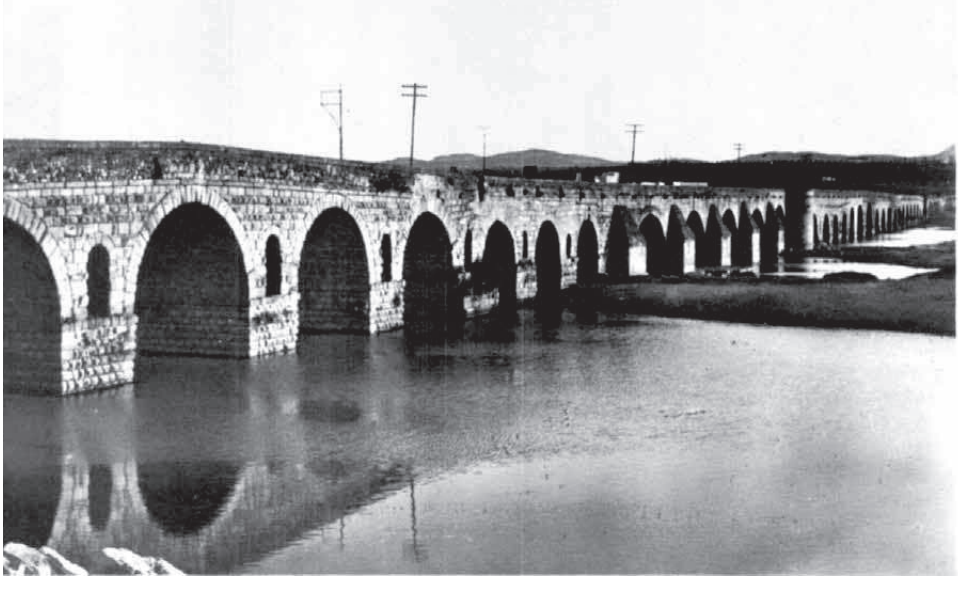




22 - Foro romano.

23-Mérida, el acueducto romano.

24 - Mérida, el puente romano sobre el río Guadiana.

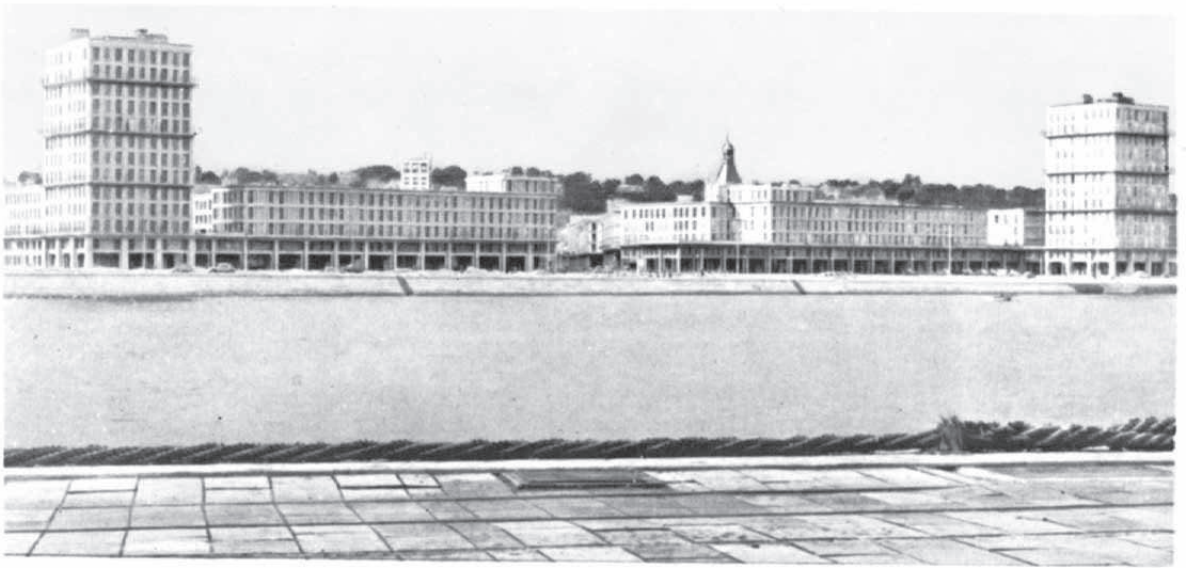


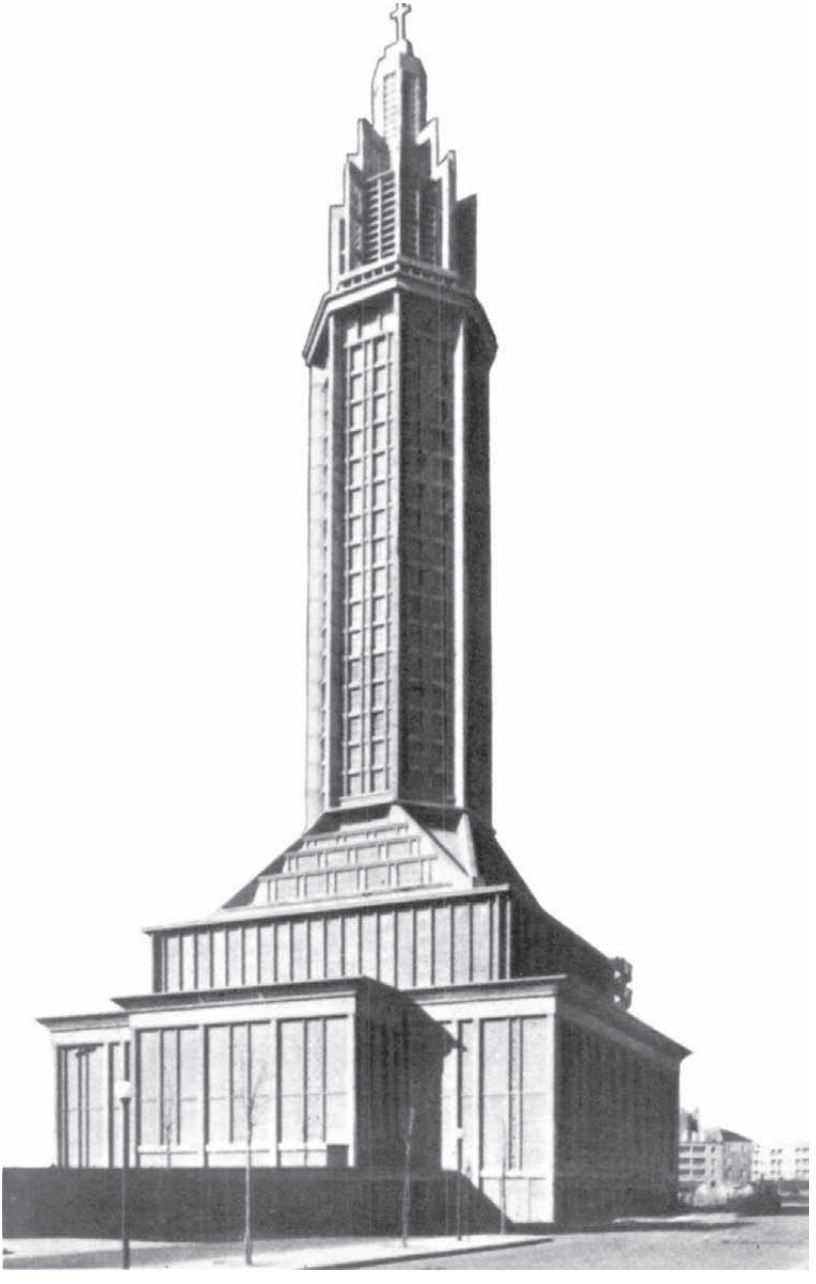
25 - París, 1853-1870, las intervenciones de Hausmann en el centro de la ciudad.

26, 27-Viena, Karl Marx-Hof.

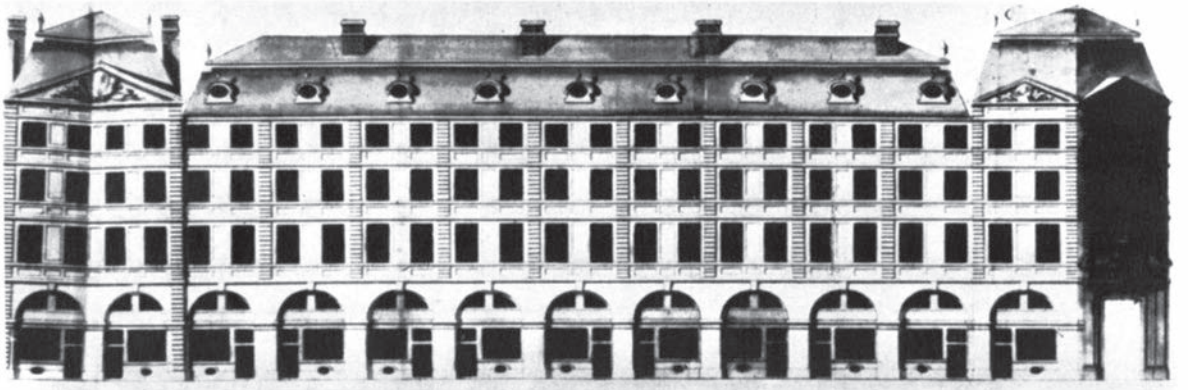
La reconstrucción del Havre de Perret (1945-1955).

28, 29-La plaza del Municipio y la entrada en la avenida Foch.

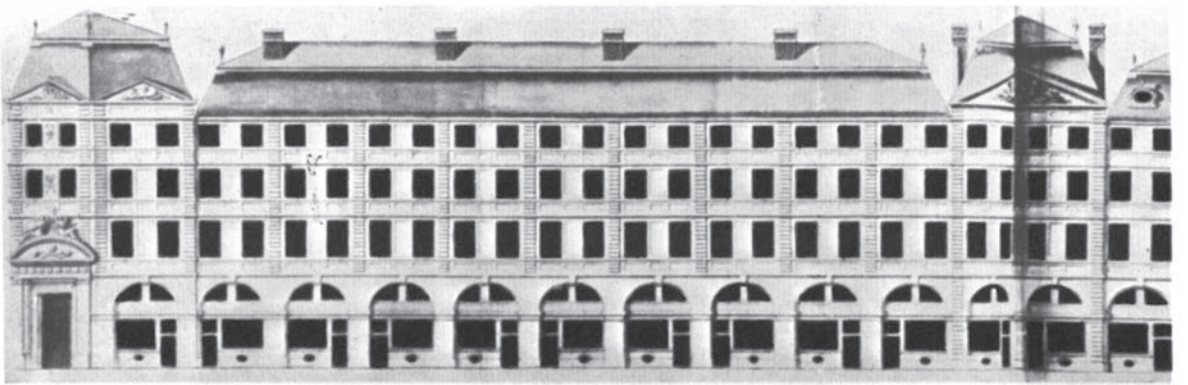


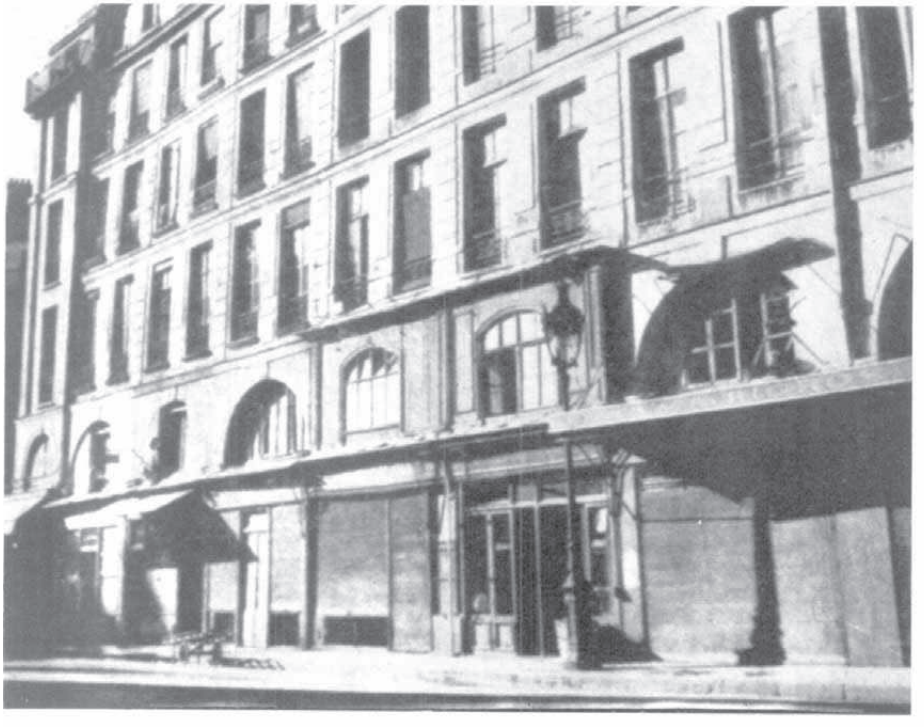


30-La iglesia de San José.

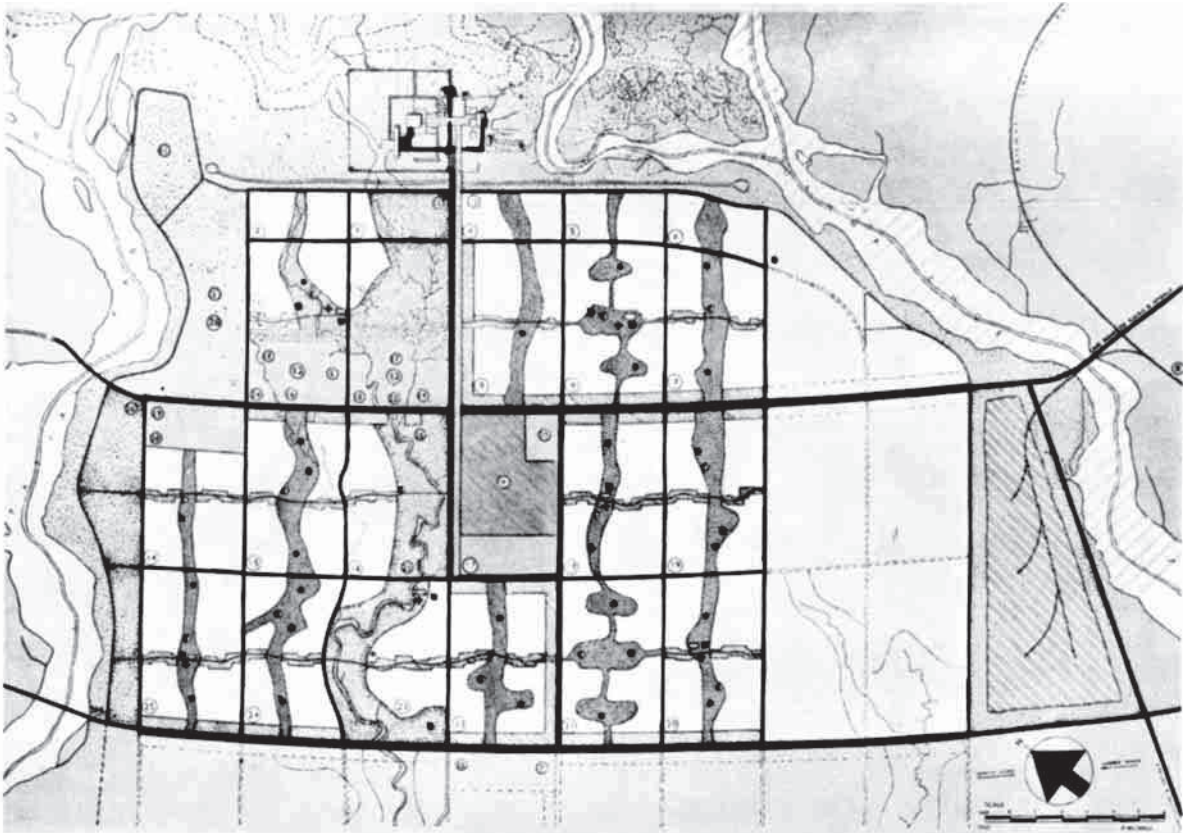


31, 32 Pa1í2,) 3, d, .a F, 110n, 1-, , 1969.

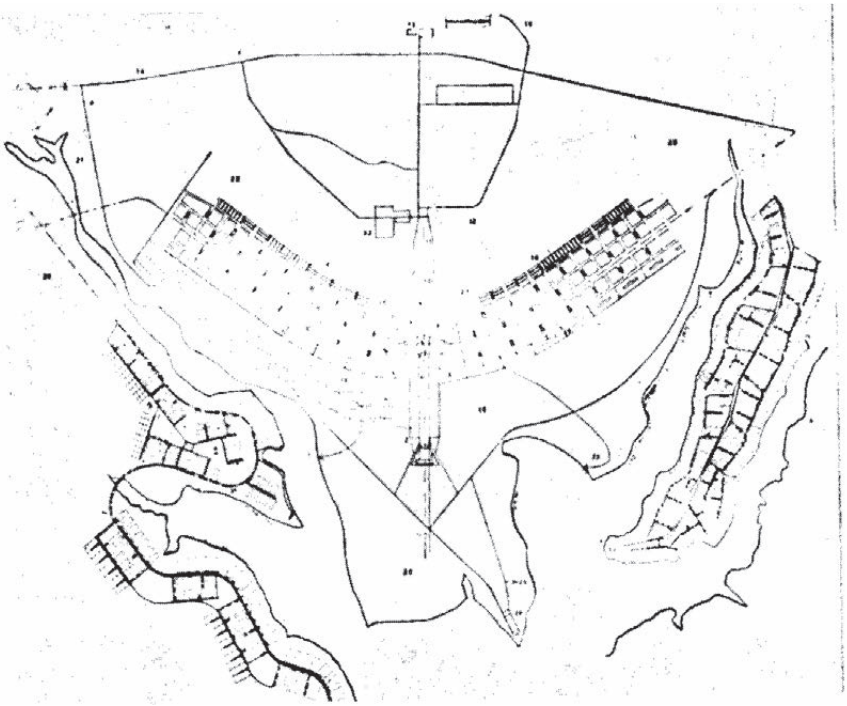
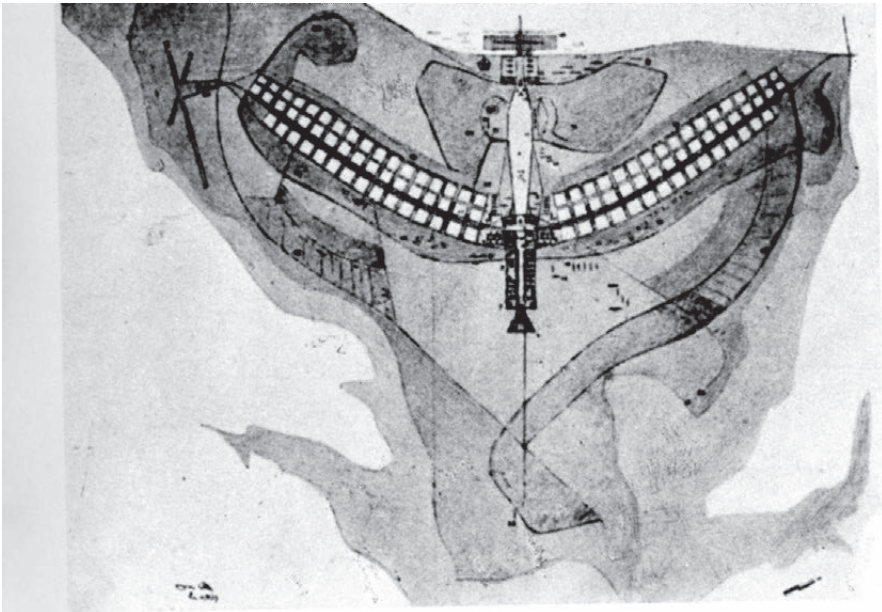




33,34-París, Rue de la Ferronerie, 1969.



35-Le Corbusier, Chandigarh, planimetría general. En medio, el centro comercial. Arriba, el Capitolio.



Lucio Costa, Brasilia.
36-Planimetría de la capital con las nuevas ampliaciones junto al lago.
37-Proyecto original.